Luis Luna Maldonado

Aquí sólo regalan perejil

Premio Ñ BaPro - Clarín de Novela 2017

Clarín ALFAGUARA

Luis Luna Maldonado

Aquí solo regalan perejil

Premio Ñ BaPro - Clarín de Novela 2017

Clarín · Alfaguara

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleerarg

@megustaleerarg

Penguin Random House Grupo Editorial

A Margarita,
que me apuntala y alienta.
A Matías y Ana,
que también.

How does it feel
How does it feel
To be without a home
Like a complete unknown
Like a rolling stone?

BOB DYLAN, *Like a Rolling Stone*

Cuanto mayor es el tiempo que hemos dejado atrás, más irresistible es la voz que nos incita al regreso. Esta sentencia parece un lugar común, sin embargo es falsa.

MILAN KUNDERA, *La ignorancia*

1

… Yo vine acá porque quise, porque me lo busqué, porque siempre quise vivir en la Puta Madre Patria y no porque quisiera huir de mi país y su guerrita a cuentagotas; no es que me hayan amenazado por ser sindicalista o periodista, o que haya sido una mula triunfal. No. Era mi ilusión desde chiquito y salté el cacareado charco porque aquí dizque todo iba bien. Bueno, y porque casi me matan.

¿Me extrañó? ¿Se acuerda cuando venía a ver los partidos? Me tomaba las cuatro cañitas reglamentarias; póngame otra, con un dedo de espuma como me gusta, que en esta mi última noche le voy a pedir que me escuche y prometo que le vacío el barril. Usted también tendría sus motivos o sus presiones para venir; pero, bueno, eso será por carta porque el que va a soltar la cháchara soy yo… ¿Que qué es cháchara, a ver, qué es cháchara? Pues, cuando uno habla paja, cuando descarga la palabrería sin parar y al receptor le importa un pito. O "abundancia de palabras inútiles", como dice el sabiondo diccionario que de sabiondo se las da, pero le falta salir a la calle. Es que por ahí empieza el choque, por la palabra; yo llegué hablando como hablo y así sigo, y cuando hablo pues como que no me entienden; también he aprendido palabritas, que hay que hacer acervo, ¿no? Mire, yo soy de provincia y cuando pasé unos días en la capital allá tampoco me entendían. ¿De dónde dijo que era usted, Wong?, de un pueblito, ¿cierto? Y seguro que antes de llegar acá pasó por Beijing y allá como que no le entendían, ¿cierto? Pues eso. Bueno, pues le voy a echar el cuento por partes, como si fuera una novela; lo que hice allá para poder venir y lo que me pasó acá para salir con el rabo entre las piernas. Usted sigue atendiendo a la gente, ni más faltaba, y yo le voy soltando la historia; es que la tengo fresquita, organizada y grabada en la cabeza, y si algún día me da tiempo la tengo que escribir.

El 11 de septiembre, llegué a Barcelona el 11 de septiembre de 2001. ¿Se imagina? ¿Se acuerda? Era un martes, llegué sin dormir mucho y arrastrando una maleta de cuero que pesaba como un ternero; tomé tren en el aeropuerto, trasbordo y al final me bajé en la plaza de Cataluña. Llegué y encontré un ambiente no festivo, pero sí de mucho entusiasmo; banderitas y algunos carteles con listas rojas sobre fondo amarillo: *11 de setembre Estat Català*, decía uno. No me detuve, pues lo primero que tenía que hacer era orientarme. Pregunté a una señora hacia dónde quedaba la calle Pujades, que si era cerca y tal; siempre he pensado que las señoras son las mejores para preguntar esta clase de cosas, a no ser que la de turno tenga malas pulgas o tú parezcas lleno de pulgas. Pues lo segundo. Respondió torciendo la boca que me referiría al Paseo de Pujades y que quedaba cerca si tomaba un taxi y lejos si iba andando, mientras miraba de reojo la maleta y de arriba abajo al dueño de la maleta. No me resultó tan extraño el tono; habló como responden en el mercado de mi Pamplona las vendedoras. ¿Qué tal tiene la papaya, señora? Pues si le sigue metiendo el dedo no sé, y si la compra pues ya verá. Así. Seco y rotundo. Porque yo soy de Pamplona, la de Colombia, fundada por un navarro con morriña pero con más ambición que morriña, si no pregúntele a un tal Aguirre, con su ira y con su dios.

Eran como las tres de la tarde; la bermuda y los escotes aún mantenían su vigencia y yo, como buen retoño de los Andes, llegué con chaqueta y botas. Tenía un hambre la macha, el vuelo había durado sus diez y pico de horas con su pequeña plaga de colombianitos, que en su mayoría aplaudieron el aterrizaje; yo no aplaudí porque tampoco aplaudo cuando se detiene el bus, pero sí bostecé. Ya en la plaza y medio regañado por la dama resolví pedir un mapa en Información, como había sugerido Mariño, el man que me ayudó a venir y que no me recogió en el aeropuerto porque estaba de turno en el restaurante. Bueno, cogí hacia abajo, hacia el casco antiguo por el Portal del Ángel, mirando hacia arriba como un bobo, así como miramos todos los que llegamos a las ciudades grandes, con la boca más abierta que los ojos. Como se habrá dado cuenta, no fui en taxi con la excusa de empezar a conocer por mi propio pie y buscar dónde almorzar, o sea dónde comer, porque le cuento que en mi casa se come

por la noche, ¿sí ve? Cogí por una callejuela y di con el tablón de un restaurante que explicaba en un idioma ajeno a mi idioma ajeno. Decidí entrar así sin más para darle alimento al animal que sonaba en mis adentros.

Primer plato: crema de verduras, ensalada de manzana, nueces y apio o ensalada del huerto. Segundo plato: merluza a la plancha, pollo al curry o lomo relleno de camembert. Postre: torta de chocolate y naranja, yogur y fruta. Pan y bebida incluidos.

¿Que cómo me acuerdo de eso? ¡Ah! ¿Memoria fotográfica? Más o menos. Es que además de aprendérmelo, le saqué una foto que he tenido pegada en un corcho. Y si quiere, mi querido chino de la China, también le puedo recitar el precio en pesetas y en el naciente euro de unas cuantas cosas, pero le daría risa. Un don que mi Dios me dio, dice mi mamá. ¿Cuánto vale hoy, ocho años después? Usted cobra ocho con cincuenta el menú porque es menú de barrio y tal, pero en el centro no se baja de diez, de diez y pico, hasta doce, casi dos mil pesetas.

—Quiero un menú —dije después de saludar muy cortés.

Después de haberme sentado y acomodado el equipaje al lado de la máquina de tabaco, ya noté la mirada del camarero; miró raro, no sé si por el saludo tan educadito o por el burro de maleta que a pesar de mis cuidados era evidente que hacía estorbo para sus maniobras. Tomó el pedido, primero en traducción simultánea y luego explicando en su andaluz catalán que tenía que escoger un primero y un segundo y que no eran seis platos los que me tenía que zampar. Menos mal, porque ya estaba asustado así tuviera el hambre que tenía. Ya quisiera eso un pariente que tengo por allá, que come como una bestia y sin preguntar.

—¿Y de beber? —preguntó acomodándose un poco el corbatín negro, ya lustroso y con tonos violetas. Qué tiene, le pregunto, y el camarero me explica que el menú incluye agua o vino. Le cuento una vaina, una coooosa, Wong. Aunque yo siempre he tomado jugo de frutas y pasar con agua me parece muy triste, le respondí con cierta suficiencia, como cosa muy natural:

—Vinito —dije. Y agregué ingenuo—: ¿Me podría regalar antes un vasito con agua?

—Aquí no se regala nada —dijo tajante el tunante.

Y un segundo después hizo un guiño y sonrió subiendo una sola comisura y dejando ver su dentadura maltrecha, mientras soltaba que traería agua del grifo, tal vez al ver mi congestión y mis cachetes rojos a causa del calor y de la vergüenza. Regalar, regalar, ¡quién regala algo! Es una muletilla bogotana que se me pegó.

Me acomodé en la mesa, con otra silla al frente, donde puse el morralito de mano con la billetera, unas mentas para el sabor a herradura al despertar y el pasaporte vino tinto, que ya no el verde, el que el gobierno de mi país archivó pretendiendo que con el cambio de color nuestro lastre mafioso desapareciera de los aeropuertos del mundo. Estaba dándole a la tercera cucharada de la crema de verduras (es que yo soy de sopita desde chiquito) cuando alcé la cabeza y vi en la pantalla muda del telediario cómo se estrellaba un avión —el segundo— contra la torre sur del World Trade Center de Nueva York. ¿Se acuerda?

—¡Mieeeerda! —dije, y se me encogió el estómago como cuando te dan un puño.

El camarero, que entraba de la terraza con una bandeja llena de vasos y platos vacíos, espetó un ¡cooooñño, otro! y siguió hacia el fondo mientras decía que el mundo a partir de esta fecha no volvería a ser el mismo de antes. La verdad, se me quitó el hambre, pero no las ganas de comer. Esperé el pollo al curry (porque yo soy de pollito) y comí con desgano, como comía la trucha en casa el viernes santo. La televisión no paraba de repetir el choque espantoso del avión como si fuera un gol inolvidable. Todas las especulaciones posibles se tejían por los periodistas y corresponsales, hasta llegué a sentirme sospechoso (todos los colombianos lo somos) pues en el vuelo alcancé a soñar que secuestraba el avión para regresar a mi país, que yo le decía al capitán que estaba arrepentido, que me había volado con plata que no era mía, que había traicionado a mi jefe y lo había dejado a su suerte y que había conseguido el visado con artimañas.

Gracias, así se sirve una cerveza, no me canso de decirlo, Wong; ¿sabía que en mi pueblo participé en una especie de Oktoberfest pero en julio? Fue durante las fiestas de independencia (porque en Pamplona somos independientes) y establecí el récord municipal de velocidad: un jarro de litro de amarga en veintinueve segundos. Y

después me senté frente a frente con un tipo mayor que yo, en edad y en barriga, cada uno con una canasta de treinta cervezas al clima y un destapador. De ese récord no recuerdo nada, pues amanecí emparamado en un banco del parque principal, en camiseta, y orinado como un bebé sin pañal. Es que yo soy de cervecita, pero ese día me pasé de espuma. Y póngame unos perdigones de esos. Perrrdigones, con "r", eso, maíz tostado y cacahuates.

Un día rarísimo ese de mi llegada a España, bueno, a Cataluña para que los chicos no se ericen, menos mal que están lelos viendo el fútbol. Terminé el menú, pagué, comentamos algo más del asunto con el camarero y me fui serpenteando un poquito, calle abajo, con una sonrisita a causa de la jarra de vino que libé en honor de las víctimas y de mi entrada triunfal en el Primer Mundo, mientras en el otro primerísimo el desconcierto y la incredulidad todavía daban rondas en casi todas las cabezas de la Unión. Rarísimo también porque más adelante iba encontrando gente con banderas y gritos independentistas que para un lego como yo entonces no decían nada, salvo que sembraban en mí más confusión por los vinos y el shock de las torres. No entendía, pero entendí porque pregunté. Se estaba conmemorando el Día Nacional de Cataluña (día de derrota) y dejé de pensar lo que estaba pensando: que qué le pasaba a esta parranda de hijueputas que iban cantando himnos y consignas mientras el mundo estaba en vilo de un hilo.

Media hora después estaba ahí, en la puerta del hostal para mochileros, cansado de arrastrar el ternero y aún turulato por el tinto. Sírvale al señor que yo sigo hablando, o mejor le echo el cuento a esa muchacha que acaba de entrar. Lástima que esta sea mi última noche, si no le soltaba mi perorata conquistadora y en una hora y dos cubatas le estaría soltando el brasier. Sí, brasier, el sostén del busto. Sujetador. Tetas. Así le suena mejor, ¿no? Es que en nuestro país somos más recatados. No diga culo, mijo, diga trasero, o pompis, querida. Timbré donde decía timbre en inglés y un ñññññññ en la cerradura abrió la puerta. Empujé y vi una escalera tan larga que casi me siento a llorar; era de unos baldosines brillantes con arabescos amarillos y verdes, y como demoré como cinco minutos en subir, me aprendí el dibujo de memoria. Si quiere se lo pongo en esta servilleta. Présteme un lapicero

y verá. Me atendió Silvia, una joven como de mi edad pero resultó ser dos años mayor. Y como me vio así con los pelos largos y la barbita de hippie en trasnocho y habría oído el fuck you que aprendí en las películas, my dear chinese, saludó en un perfecto inglés del barrio de Gracia. Así estuvimos un ratico dándole al bad english hasta que me pidió el pasaporte y tuve que develar mi verdadera procedencia: Locombia.

—¡Ah!, yo estuve en Cartagena de Indias, muy guay, pero me robaron en Bogotá, en Monserrate visitando la Moreneta de allá, ¿sabe? —dijo con alegría y desilusión al mismo tiempo.

—Es que Colombia enamora hasta que algún paisano la caga —le dije mientras le miraba un escote prometedor—. Y sufrimos de disentería, darling.

—¿Supiste de la caída de las torres? —dijo la chica como cambiando el tema.

—Y de la caída de Cataluña también —le solté con mi penúltimo aliento.

2

email 1 / Hermano, lo que tiene que haser es conseguirse un contrato de trabajo para ir sacando los papeles y poco a poco eso lleba tiempo, plata y paciensia y aguantarce a las tortugas del papeleo. Bueno pero lo importante es viajar. tiene que conseguir plata para demostrar o que biene de turismo a sacarle fotos a la sagrada familia, reservar en un hotel y todo eso. Usted vaya consiguiendose la plata para el tiquete y la visa que también cuesta bueno chino hágale que aca se acomoda uno como pueda.

Respuesta a email 1 / OK, me pongo en la tarea. Le voy contando los avances y si consigue algo de trabajo para mí allá pues bienvenido sea. Gracias, hermano. ¿Qué cosa tan jodida con su ortografía, no? Ahí le mando unas tildes (´´´´´), unas comas y unos puntos; unas cuantas letras "c" "s" y "v", y si quiere le mando el diccionario.

Lo primero que hice fue buscar a un tipo al que le decían Topo Gigio, por recomendación de Mariño el del email; Topo porque pasaba contrabando de Venezuela, y Gigio por sus orejas, supongo. Conecté con el Topo una tardenoche con un frío de ese que sólo se combate con aguardiente y ruana. Me recibió con un trago doble, con su nariz filuda y sus ojos pequeños de zarigüeya. Tenía un gorro de lana que le tapaba las orejas y que frustró el morbo tonto por comprobar que merecía el apodo.

—Chino —dijo alzando la copita—. Venga, tómese uno y hacemos bísnes.

—Gracias… —dije. Y casi digo Topo, pero me mordí el labio tomándome el trago de una.

—A ver, qué es lo que busca, mano, prestar plata, hacer plata o trae plata —dijo con tono burlón mirando al hombre con ruana que tenía

al lado, que soltó la risa para festejar el chiste del jefe.

Al igual que el Topo Gigio, tenía la misma piel parda quemada por el frío y por el sol de la cordillera y era, junto con su mujer, el encargado de custodiar cajas y cajas de licores, harina, mayonesa, cigarrillos, aceite y otros abarrotes menores que guardaban en unas casitas humildes de agricultor a las afueras de Pamplona, con paredes dobles, donde en tiempos mejores de la nación del Libertador descansaban televisores, equipos de sonido y toda clase de aparatos electrodomésticos esperando cruzar los límites permitidos hacia el interior del país.

Le conté que necesitaba billete para irme a España en un año más o menos, que quería estudiar y tal. Pues, eso sí, le va a tocar camellar duro, chino, dijo el Topo ya un poco más serio. Cuando digo "chino" no es el de su China; es que chino en mi Pamplona se les dice a los niños, pero también a los grandes, y el que lo dice lo hace para sentirse superior; bueno, pero también por cariño. ¿Y camellar? Pues trabajar, currarse el asunto, no tráfico menor de estupefacientes, como acá.

—Va tener que empezar como empezamos todos, por poquito y comiendo callado. Y como cuentan que es muy instruidito, de pronto nos sirve para algo —dijo mientras servía otro trago para él y otro para mí.

—Lo que usted diga, yo me salgo del almacén de mi papá y me pongo en esto no más —dije con solvencia, pero sabiendo la bronca que se venía en casa.

—Cómo es que se llama —dijo—. Tómese el otro.

—Abilio, de los Ayala del mercado —respondí, como para añadir currículum.

—Yo conozco a su papá y ese genio que tiene. Pero de esto ni pío, ni a él ni a nadie —sentenció.

Tomó su trago y después de un ¡aaaaaaahhh! por el fogonazo del anís puso su mano sobre la ruana a la altura de la pretina y alcancé a ver dibujada la cacha de un arma corta.

Después me despachó porque tenía cosas que hacer y que ya avisaría para otra reunión. Salí de la casucha un poco más calientico y seguro que como entré, pero cagado del susto por esa puerta que empezaba a

abrirse y de la que sólo sabía que se movía mucho dinero y rápido, pero que había que convivir con el riesgo de ser pillado, perder la mercancía o ser bautizado por la guardia fronteriza venezolana y su reputación zafia; o por la nuestra, a la que también le gustan las buenas tajadas, como a los niños torta en las piñatas.

El caso fue que puse atención a los movimientos de la tienda de mi papá para empaparme de precios y de cuentas y de entregas; era, es un puesto de abarrotes y granos de la plaza del mercado, como le decimos allí. Yo ayudaba en la venta por las tardes después del almuerzo, mientras mi papá se echaba la siesta religiosa oyendo la radio con su cantaleta de noticias terribles y sus jingles de promesas publicitarias: Última hora, el industrial antioqueño Perencejito de la Perenceja acaba de ser secuestrado cuando salía de su finca familiar y se disponía a regresar a la ciudad de Medellín en compañía de su señora esposa… Orden de captura expedida por la Procuraduría General de la Nación al senador Zutanito Zeta por peculado, asociación para delinquir y malversación de fondos públicos… La Selección de fútbol ha cosechado un nuevo fracaso en la senda clasificatoria para el Mundial de fútbol…

Nunca me había gustado estar ahí, en el puesto número 38 del mercado; me daba vergüenza. El solo hecho de ver pasar a mis compañeros de colegio y que me vieran ahí era fatal. Y si se paraban a comprar con sus mamás encopetadas, peor.

—Mijo, ¿y cómo van esos estudios? —decía la mamá del más creído de sexto, a sabiendas de que no estaba haciendo nada. Bueno, nada de lo que ella creía que se debía hacer: graduarse del colegio, entrar en la universidad, a ser posible en la capital del país, y volver en vacaciones mirando de otra manera a quienes no podíamos salir ni a la esquina, así hubiéramos sido de los mejores del colegio.

Pero no, a mí no me iban a mirar así, porque yo dedicaría por completo mi talento al comercio internacional y a ahorrar para irme a España y dejar ese pueblo friolento de blasones rancios y caducos al que sólo vendría de vez en cuando, en el verano, cuando los euros se salieran de mis bolsillos, efervescentes, y yo invitándolos a todos esos que tenían con qué pero que nunca me convidaron, para restregarles tanta afrenta y tanto desprecio. ¡Ah!, ya verían…

—¡Pssst! ¡Buuh! —me sacudió papá—. ¿Vendría por el encargo el muchacho del convento?

—No, ni rastro del bobo —dije distraído mientras preparaba el discurso.

—Si no viene antes de cerrar, acuérdese y lléveles usted la harina a las monjas o mañana no comulga nadie —dijo, con ese tono que no se sabía si me estaba tomando el pelo o a punto de rematar con alguna maldición.

—Oiga, papá —dije, metiendo la mano en el bulto de lentejas, sintiendo ese cosquilleo de los granos al ir penetrando mis dedos de buceo.

—Si es para plata, no hay —resopló desplomando sus diez arrobas de carne, hueso y ruana sobre su taburete de toda la vida.

—No es para plata pero es sobre plata.

Le mentí tan mal que a la segunda frase ya estaba diciendo que, si me metía a contrabandista, fuera buscando otra casa donde vivir porque él problemitas de esos ya se los conocía y una larga monserga pretendiendo meter miedo, pero lo que hizo fue darme alas. Cogí la pala de servir el grano y la clavé en las lentejas jurando que nunca más la usaría, y salí del puesto sin decir nada, dándole vueltas a dónde carajos iba yo a vivir, porque si una cosa tenía mi padre era que se le notaba cuando sus palabras iban en serio, y pensando también en lo mal que le sentaría la noticia a mi madre. La verdad, lo que dijo el viejo me ahorró más mentiras y entré de lleno en el oficio.

A los tres días de estar organizando la emancipación, ya estaba instalado en la calle de las putas, en una casa de citas, como se decía antaño cuando los señores muy aseñorados fijaban día y hora con las madames regentes. El Topo había hecho un trato con la dueña —a quien le surtía licores— y había construido tres “suites” para quedarse de vez en cuando a dormir sus borracheras o esconderse de los tombos o recibir amigotes que estaban de paso. Las piezas estaban al fondo de las habitaciones del placer, mi querido Wong, después de un solar con higueras y duraznos y unas moras enormes. ¿Tombo? Hombre, pues policía. ¿Que de dónde viene el mote?, pues ni idea, pregúntele a la RAE y verá que tampoco sabe la señora esa.

Buenas, dije al traspasar las bambalinas de cuentas rojas y negras

que hicieron un tintineo tímido al cerrarse de nuevo para dejarme en una oscuridad con los mismos colores. Al ajustar el obturador de las pupilas pude ver cómo una bola de espejos de un tamaño ridículo para el salón pendía lanzando unos rayitos dormidos de luz. Eran como las siete y pico de la mañana de un domingo y el frío de la madrugada con su escarcha invisible daba paso a un solazo de esos que sólo salen en diciembre. El recinto correspondía a la sala de una de esas casas modestas de una sola planta con tejado y sin alar, y a juzgar por la decoración y las mesas arrinconadas se trataba de la pista de baile. Esta y otras casas hermanas, una tras otra y que abarcan media calle, hacen parte del barrio El Camellón, pero para todo el mundo ese nombre es sinónimo de lenocinio, zona roja, de chicas malas que no siempre estaban buenas. Eran casas dolientes, reformadas para el oficio, de paredes exteriores del color del jugo de maracuyá con leche, o rosadas como el algodón de azúcar, o del color de unos pajaritos que se llaman azulejos y que nunca volví a ver.

Nadie respondió al llamado, sólo algunas risas se oían después del saloncito, al fondo de un corredor que a lado y lado dejaba ver una serie de puertas que, de no estar donde yo estaba, podría haber pensado que eran de los retretes de un internado. Al final, el pasillo llevaba hacia un rayo de luz, hacia una especie de patio trasero. Buenas, volví a decir un poco más fuerte y fue cuando apareció una mujer oscura por una puerta marrón oscuro; una mulata con una toalla a manera de turbante y otra rayada a manera de toga que le cubría un armazón que daba miedo.

—Mi amor, madrugaste mucho —dijo con una sonrisa caribe de dientes perfectos—. Los polvos mañaneros son entre marido y mujer.

—No, no. No vengo a… —dije mirando la maleta como una explicación.

—A culear —oí una voz ronca detrás de mí—. Y si no vino a lo que se viene a un establecimiento respetable como este, ¿a qué vino, joven?

Era la madame, que soltó de inmediato una carcajada que se convirtió en tos. Una vieja con un tabaco apagado entre los dientes y un rostro empañetado que le tapaba mal los lunares y las manchas que le había puesto el reloj; tenía las cejas pintadas con lápiz graso, a falta

de pelos por la práctica extinta —de moda en su tiempo— de sacarse pelo a pelo y a punta de pinza hasta dejar el arco superciliar lampiño y brillante como el de un boxeador. Traía una bolsa de plástico empañada por el sudor de algo recién hecho y que despedía olores conocidos.

—¿Quiere arepa? —dijo con un cariño premeditado—. ¿Usted es el fulanito que manda el Topo Gigio, cierto?

¿Arepa? Mi querido pato pekinés, es una torta de harina de maíz aplastada que se fabrica en todo el país de mil maneras y para todos los gustos, pero arepa también se le dice con cariño al sexo femenino, no a la mujer, sino al sexo de la mujer. Seguimos: después le dijo a la mulata que me ayudara a llevar la maleta, que este niño hoy estrena vida y que cuando eso pasa todo pesa el doble. La mulata se echó la maleta sobre la cabeza, tal como sus congéneres de la costa se ponen platones llenos de papayas y piñas y cocos y zapotes y nísperos, y bajó muy oronda por el corredor bamboleando las caderas como en un desfile de prêt-à-porter. Yo la seguí medio asustado o asustado y medio, aunque hubiera preferido una erección, pero mi inicio en un sitio como ese y por motivos muy particulares no invitaba a nada parecido. Pasé por las puertas, todas con un número pintado con brocha, algunas con unas flores infantiles y con orlas esmaltadas. Llegamos al lugar de las risas, un patio con el suelo de cemento rugoso y de tonos verdes en el centro, donde el sifón a manera de ombligo recibía unos ríos de espuma de jabón barato que salían de otras seis portezuelas al estilo saloon que lo rodeaban. Se estaban bañando.

La mulata pasó como si nada, descalza por encima de los torrentes blanquecinos y yo de güevón pasé de puntillas como si fuera lava hirviendo. Cuidao, se ahoga, beiby, alcancé a oír antes de la carcajada general; cuidado, se le quiebran los huevos, ¡jua, jua, jua! ¿Sí tiene de eso, papito? Apuré el paso mirando de reojo algunos rostros empapados entre la algazara, con las manos en los bolsillos como comprobando que sí había traído mis bolitas. Alcancé a la mulata, que de un golpe casi tierno con la planta del pie abrió un portón que daba al solar; otro chorro de luz, otro chorro de olores. Higos, duraznos y aroma a tierra mojada por el rocío. La mulata atravesó el jardín algo descuidado pero nutrido con cartuchos, novios y algunas rosas,

también se percibía el tufillo del cilantro y otras yerbas; al llegar al fondo atravesamos las ramas tristes de unos sauces que hacían de cortina y enmascaraban las tres puertas metálicas que daban paso a la construcción que se veía más reciente, o por lo menos no tan vetusta como el resto de la casa.

—Llegamos, nene —dijo la mulata con su canto caribeño—. Hasta aquí llego yo; escoge la que quieras que no hay inquilinos, después la doña te dará llave y candado.

Y bajó el maletón como si fuera una almohada. Le dije gracias muy bajito dándole paso y ella pasó rozándome con su olor a jabón rosado y se alejó por entre los sauces dejando caer más adelante la toalla que le cubría ese cuerpo de caoba que no olvido, convirtiendo esa imagen para mí y en ese instante en lo que no supe interpretar si era una promesa o un mandato.

3

Hicimos el registro de rigor. Silvia me pidió el carné del Youth Hostel, los datos, hice el pago y recibí las indicaciones pertinentes. Habitación con seis literas, baño compartido. Máquina de café. Desayuno en el bar de al lado y una llave para un locker por unos dólares más, como en el cine. Y de cine estuvo la noche. De terror. Es más, se habría podido instaurar el nuevo género del hedor. Eran como las cinco, pero yo estaba que me dormía, por el mal sueño en el vuelo, el desfase de la hora y el trasvase del tempranillo; una vez que crucé el dintel, también metálico y de un azul frondío, una oleada entre dulce y acre atravesó mis cornetes. ¡Fo!, dije sin abrir la boca y con la nariz bajo custodia. Después volví a catar y no tuve la menor duda: ¡pecueca! No abra más los ojos, míster Wong, que de pronto cambia de raza. Pe-cue-ca, así, P-Q-E-K. A ver, repita: pe, eso, cue, cue, así como cue-llo. Pe-cue-ca. A ver. Eso, vio, fácil. Nada como enriquecer el vocabulario. ¿Que qué es eso? Mal olor en los pies, crónico e incurable, palabra del laboratorio nacional de palabras, patentada por el pueblo.

Resultó ser el par de botas de un alemán, un caminante de un pueblito cerca a Estrasburgo, de cuyo nombre no puedo acordarme y que invitó al otro día la mejor cerveza que he probado y que a usted, mi quelido lollito plimavela, nunca le dio la gana vender en este bar para darle gusto a uno de sus consumidores insignes. ¿Que cuál? Si quiere se la escribo con el bolígrafo que todavía no ha traído para dibujarle el baldosín.

Yo le invité otra y, si no tuviera vuelo a mediodía el herr, todavía estaríamos sentados dándole, porque el tipo salió poeta y recitó en alsaciano unos poemas cortos que no entendí ni mu, pero que por el sentimiento y el desgarro con que los soltaba me estremecieron. Así es, porque, aunque a usted el alemán le suene a ladridos o a que acaban

de tragarse una pastilla sin agua, también está hecho para el poema. Ponga otra, Wong, aunque sea alemana de Sant Antoni; otra, que las primeras cinco son para la sed y el resto es porque "me pienso seriamente emborrachar", como dice la ranchera.

Estaba tan cansado en esa primera tarde barcelonesa que subí el cuello de la camiseta a la nariz a manera de atracador barato, acomodé rápido las cosas en la litera más cercana a la ventana (que aunque estaba de piernas abiertas no dejaba pasar ni una gota de viento) y caí fulminado por el cansancio y el somnífero de esas botas amarillas. El hombre venía de hacer el camino de Santiago de ida y vuelta, pagando una promesa innombrable, aquejado de ampollas en la mano que empuñaba su bordón y sin percatarse de que cultivaba un bouquet que haría romper el diploma a cualquier podólogo de la capital y sus cercanías. Esa noche soñé otra vez con el piloto del avión, pero esta vez le rogaba que me cambiara de silla, que ese señor olía fatal, que yo viajaba de pie al lado de los servicios, que yo le leía el periódico en la cabina para que no se durmiera; pero de pronto yo sacaba de la sección Judiciales una pistola perteneciente al abuelo de mi madre, general porque sí en la Guerra de los Mil Días de mi Colombia querida, y le espetaba las peores groserías y amenazas para que diera media vuelta en la próxima nube y se devolviera para El Dorado, ¡pero ya!

El alemán se fue con sus aromas y sus ampollas intactos y quedé solo en la habitación medio día, apenas para acomodar, tomar posesión de un armario, explorar el baño comunal y darme un duchazo largo evocando los pechos de la recepcionista pero sin llegar a nada; estaba cansado. Estuve solo sólo medio día, porque antes de caer la noche, que caía como a las ocho y pico, cosa extraordinaria para mi reloj biológico tropical, llegó un brasileño dicharachero, un mulato que saludó con un ¡oi, cara!, sou Olympio, prazer, tiró su mochila en el segundo piso de una litera del fondo y salió caminando bailando cantando, me voy para la playa, yo voy… Y se fue y volvió al rato después de bañarse en el mar porque era luna menguante y había que aprovechar.

Olympio era de la isla de Florianópolis y venía en las mismas circunstancias que yo, sin trabajo y sin saber muy bien cómo hacer

para conseguirlo. Bueno, en realidad venía detrás de una cooperante catalana que lo volvía loco pero a la que le había perdido la pista. Tenía la ventaja de tener doble nacionalidad y eso lo ayudaba en algo; era hijo de un exjugador de fútbol y una bailarina de flamenco, que, además de compartir amor, arrastraban severas lesiones en el tobillo derecho que les habían hecho abandonar sus profesiones muy temprano. Tenían un restaurante fusión en Foz do Iguaçu y por eso tenía la idea de probar en alguna cocina, en un bar do Brasil o lo que fuera. Bueno, y también traía nociones de contrabando por su vecindad con el país guaraní. Contó toda esa historia durante el desayuno, mientras mirábamos los clasificados de *La Vanguardia* a ver si aparecía algo. Yo tenía que buscar a Mariño en su restaurante, pero hasta las 4.30 porque ya nos habían dado las once parlando y Mariño ya habría entrado al Bogavant Blau, un sitio de cierta reputación en el barrio de la Barceloneta regido por la señora Neus, dama provinciana como usted y como yo, muy curtida en las lides de la restauración.

—¡Hombre! ¡No joda! —gritó Mariño quitándose el delantal—. Que siga la invasión.

—Quiubo, hermano, qué gusto verlo, está gordito, ¿no? —le dije—. Aquí estoy, a conquistar la conquistadora.

No Mr. Wong, si voy a tener que hacerle traducción a cada momento, esta vaina se va a alargar mucho. Quiubo es la contracción de "qué hubo", una muletilla para saludar, quiubo qué más, quiubo cómo le va. Quiubo, ¿trajo la cerveza? No, no traiga otra que todavía tengo. No se moleste, hombre, es que me pongo pesado pretendiendo enseñarle colombiano y pamplonés al mismo tiempo, ¿ah? Venga y le digo: yo a usted lo admiro, porque en menos de seis meses usted ya estaba hablando un castellano aceptable, se estancó ahí, pero es suficiente para torear el día a día, ¿cierto? Y del catalán, me imagino que, como la mayoría, llegamos a entenderlo pero no nos animamos a hablarlo. Ese día, lo primero que le pregunté a Mariño fue qué quería decir Bogavant y de paso qué era Blau. Me dijo, haciéndose el experto, que lo correcto era bogavante, una langosta grande entre negra y azul, y que la jefa lo había deformado así porque la palabra catalana para el animalito le parecía espantosa. ¿Y blau?, me riñó sabiondo, pues parecido al francés, al inglés: azul. ¡Ay los idiomas, ay Babel! De

verdad lo admiro, míster Wong, además usted se aprendió todas las recetas del bar en dos tardes, eso sí es de encomiar, mi helmano; la toltilla la haces mejor que muchos nativos, seguro. A propósito, sírvame un lingote de esa tortilla y pan con tomate y le sigo contando. ¡Uuuuyyy! En el palo. Casi gol otra vez. Si ve, ya están los hinchas apretando el culito una vez más.

Mariño contó que en el restaurante la cosa seguía igual, que no había chance de trabajar por el momento, que todo estaba cubierto, pero que tan pronto supiera algo me diría, que fresco, que con paciencia, que no gastara mucho, que en menos de un mes podría conseguir algo, de dependiente, de camarero, de albañil, trabajos que eran descartados por muchos españoles en esa época y que los inmigrantes tomábamos sin miramientos. Invitó a café, me presentó a un par de compañeros y me despachó porque tenía que hacer un recado o no sé qué. Quedamos en vernos el viernes para llevarle la plata, incluyendo invitación a almorzar, o sea, a comer.

Salí y fui a pie hasta el hostal, bueno, no es que quedara lejos; me detuve en algunos negocios cruzando el barrio del Born, preguntando si había trabajo. Pasé primero por un bar y, como tenía vergüenza, pues pedí una cerveza. Después del tercer trago, tragos grandes, tomé ánimos y le dije a la señora que si había posibilidad de trabajar allí o si sabía de algo, así, educadito como me enseñaron, y ella, así maleducadita como aprendió, espetó que no y que si tenía para pagar la caña o pretendía pagarla lavando la copa como algunos de ustedes pretenden, dijo, como echándome en ese costal donde suelen meternos a todos los que no pronunciamos la “c” ni la “z” como se debe. Después pasé a una tienda de ropa y cosas de diseño y tal, pero me sacó corriendo Jan, un gay holandés a quien le caí en gracia y quería contratarme “sólo para verte, para ponerte en la vitrina”; quería que lo visitara en su casa de la playa en Sitges y nosequemás.

Así estuve por una zapatería, donde el señor, muy amable y a punto de jubilarse, me propuso que si buscaba oficio estaba traspasando el negocio, pero como yo de zapatería y de pasta cero, pues nada, cero. Y también en una mercería, pero la viejita me sacó como si fuera un depravado aduciendo que ese era un trabajo para mujeres en el que atendían sólo mujeres.

—Oye, ¿sabes si necesitan camarero, o si alguno sale de vacaciones? —le pregunté al barman, después de tomarme otra cerveza en un sitio de copas o algo así.

—Nada, chico —respondió el chico—. ¿Eres colombiano?

—¡Uy! ¿Tanto se nota? —respondí.

Contó que era venezolano, de la frontera, como yo; una serpiente fría recorrió mi espinazo como recordándome lo que había dejado atrás. Charlamos un rato de lo uno y de lo otro; le conté que quería estudiar algo pero, ¡ay ignorancia!, yo no sabía que el curso ya había empezado. Me tomé otras a cuenta del bar, pues el vecino fronterizo se las ingeniaba para birlar birra y hasta ahí llegaron las ganas de seguir con la pesquisa y cancelé la entrada en el mercado laboral al menos por ese día.

Al llegar a la zona del hostal oí una voz brasileña desde otro bar. Hay muchos bares, Wong, la competencia es jodida. Oi, boliviano, ¿una cerveza? Los brasileños confunden los países andinos como los gringos. Brasil es una isla colosal hecha de islas inmensas, pero poco a poco nos van reconociendo. Tuve que aclararle el mapa con firmeza a Olympio y a otro coterráneo del nordeste que era decorador, pero la cosa no pasó de ahí; me caían bien, pero entendí su pretendida superioridad de país emergente, así como muchos de mis paisanos se sienten superiores a los bolivianos y ecuatorianos. Así es y así se lo voy contando. Imagino que los chinos miran por encima del hombro a los vietnamitas o a los nepalíes, ¿ah?, mi pequeño saltamontes. Tomé otras cervezas, nos comimos una pizza blanda y ellos se quedaron bebiendo; ya era de noche y me dieron ganas de ver a Silvia, la recepcionista del hostal.

—Hola, ¿a qué horas terminas? —le dije con cara de quien se ha tomado suficientes cervezas—. ¿Quieres hacer algo más tarde, no sé, hablar un rato, un cigarrillito? —seguí con mi pésimo tacto y sin dejar de mirarle la hoz o “angostura de un valle profundo”, como dice su señoría la Academia.

—No salgo con clientes —dijo tajante.

—Pues si no sales, entremos —dije dándomelas de chistoso.

—Ni salgo ni entro ni nada —dijo mirándome a los ojos—. Y menos si están ebrios.

—No se ponga así, corazón. Hago el check out y así dejo de ser cliente y nos vamos por ahí.

—Me pongo como me pongo —alzó la voz—. ¿Cuál es su habitación?

—O sea, ¿te lo estás pensando? —rematé seductor poniendo el codo sobre el mostrador.

No sé si la chica apretó algún botón o por casualidad o por olfato apareció un tipo que tenía la talla de gorila de discoteca y metió algún dedo junto a mi clavícula al tiempo que dirigía su tufo sobre mi cabeza.

—Si quieres te hago yo el check out y el kick off —dijo con voz del este europeo—. Vete a dormir o saca la maleta ya, ¿okey?

—La verdad, tengo sueñito —alcancé a mascullar.

4

La primera prueba fue viajar con el Topo Gigio, levantándonos a las cinco de la mañana para salir en dos carros hacia la frontera. No alcanzaba a hacer el frío de cuchillo, pero sí hacía el suficiente para zamparse una chompa gruesa y un gorrito de lana azul que tenía para dormir. Frío, hace frío en Pamplona, siempre, bueno, de vez en cuando sube algo la temperatura, pero es frío, Wong. Está a más de dos mil seiscientos metros sobre el nivel del mar; en el colegio enseñan que la temperatura media es de quince grados y con ese dato nos quedamos para siempre, porque allá nadie tiene con qué medir el clima ni le interesa, pero, como le dije, tenemos los antídotos.

—Tómese uno, chino —dijo el Topo Gigio ofreciendo la botella de aguardiente—. Vaya cogiendo temperatura que hoy lo desvirgamos con la hermana Venezuela.

—¡Uy, mano! ¿Sin desayunar? —dije.

—El desayuno cuando yo diga y cuando aprenda tres cositas —devolvió el Topo—. Empiece a templar carácter, que no vamos a piscina sino a camellar.

—Pues sí, pero es que…

—Pues nada, chino, acá se toma un trago a las cinco, o para acostarse si está bebiendo, o para levantarse si va de compras —dijo con aire filosófico el Topo—. Y me llamo Jairo por si no lo sabe.

Dos tragos más y nos montamos en el carro con el Topo y otro del equipo al que llamaban Cuajada, que llegó tarde y se llevó un regaño que por fortuna me dejó en segundo plano. Ellos adelante y yo detrás. Y en el otro —un taxi— iban un chofer y tres pasajeros ficticios que llevaba el Topo gratis para camuflar la maroma. Salimos de El Camellón hacia Cúcuta; pasaríamos en más o menos una hora, del frío de cubeta al calor soporífero de la capital del departamento.

El del Topo era un Dodge Dart color vino tinto, de esos grandes de

finales de los sesenta o por ahí, al que le cabe lo que usted quiera y que además estaba acondicionado con dobles fondos en el piso, en las puertas y en el techo para echar gasolina, licor, cigarrillos y los productos de la canasta familiar. Estaba reparado y andaba como uno nuevo y el Topo Gigio decía que, cuando se retirara, lo iba a vender a un coleccionista de Cali, que ya lo tenía apalabrado. El otro era un carro de línea contratado para la ocasión, más nuevo y amarillo, de alguna marca coreana que ya campea por todo el mundo. Ustedes de coches si poco, ¿no, Wong? Copietas es lo que son.

—Para empezar, lo que va a hacer hoy es esto —dijo el Topo mirando el haz de luz que partía la niebla—: cruzamos el puente, usted se baja con los tres del taxi y hacen unas compritas, y no hable con ellos, nada, ni pío, cada quien con su cuento. Yo le doy plata, una lista, y si le alcanza se come un heladito. Después el chofer tiene que hacer una vueltica, ustedes lo esperan por ahí y se devuelve con ellos. ¿Oyó, chino?

—Ya le dije cómo me llamo —dije como para ponerle las cosas claras, tal vez envalentonado por el licor.

—¡Uy!, salió contestón el chino, ¿ah? Cuajada. ¡Ja! —respondió dirigiéndose al man; al llegar a Cúcuta, cuando nos bajamos a desayunar, me di cuenta del porqué de su apodo: tenía la blancura de queso fresco que tienen muchos habitantes del páramo.

Llegamos los dos carros —coches, para que entienda— y cruzamos la frontera por un puente espantoso sobre un río melancólico. Saliendo del país del Sagrado Corazón, nada, un puesto de policía rancio y, al entrar a la naciente República Bolivariana, toda una alcabala montada a manera de peaje para requisar colombianitos. Yo había ido una vez, de pequeño, acompañando a mi papá, que compró una licuadora para darle a mi mamá de Navidad y nos compró unos chocolates gringos que no se conseguían sino allá. Esa vez, pues ni me enteré cómo era el asunto, es más, la palabra contrabando ni la oí nombrar.

Eran ya como las siete y pico (ocho y pico del otro lado) y parqueamos en cualquier calle de San Antonio, bajé y el Topo Gigio se fue sin decir ni mu; ya había dado las instrucciones, la lista, y se había dedicado a roncar el resto del viaje. Saludé a los tres pasajeros y el tipo que iba solo nos dijo que todavía no habían abierto los

supermercados, pero que nos diéramos una vuelta por ahí y que a las diez nos encontrábamos en uno de letrero rojo que nos indicó. Al volver, nos vimos sin saludarnos y cada uno cogió por su lado, el solitario, la pareja y yo. Yo compré cosas normales, que se conseguían en mi pueblo, pero más baratas. Harina de maíz para las arepas, mayonesa, pasta, bombones brasileños, unas bolsas de leche en polvo, aceite; lo único raro fue una botella de whisky.

Otra cosa rara fue que noté cómo un tipo que no había visto nunca iba cogiendo lo mismo que yo. Se hacía el loco, giraba o se agachaba, pero al final cogía los mismos productos. Esas son vainas del Topo, pensé. Y me hice el loco también; cogía algo fuera de la lista, caminaba un poco y después me devolvía y lo ponía de nuevo en la estantería fingiendo un error o un arrepentimiento. El man como que se dio cuenta porque siguió derecho y volteó por el siguiente pasillo. Al final fui hasta la caja, pagué en bolívares y esperé junto al tipo solo a que saliera la parejita. Todo el mundo callado, cada quien con sus bolsitas, que en realidad era poco, todos como autómatas con las mismas instrucciones caminamos hasta el taxi donde encontramos al chofer dormido y con el radio escupiendo rancheras norteñas. Subí al puesto de adelante, que era el que quedaba libre, y pensé: ¿Eso es todo?

—Una requisa, abre atrás —dijo el guardia muy serio y con gotas de sudor por toda la cara.

Habíamos llegado al punto fronterizo después de una cola eterna de carros, buses y taxis de las dos nacionalidades, todos en lo mismo, pasando harinaaceitearrozetcétera. El tipo que iba solo dijo que nos quedáramos adentro y se bajó del taxi hacia el maletero siguiendo al guardia; después de un minuto volvió y dijo que había un problema con mi bolsa. Yo sí estaba alerta porque de alguna manera el Topo me estaría probando, pero entre el madrugón, el aguardiente y el calor estaba como zombi. Bajé y fui a ver qué pasaba.

—¿Esto es tuyo? —inquirió el uniformado. Y al ver que yo asentía siguió—: Ábrela. —La abrí y sacó la botella de whisky mientras decía que eso no podía salir, que era un producto de contrabando.

—¿Y entonces? —dije.

—Pues que queda decomisado, chamo —respondió el guardia.

—Hombre, es para el cumpleaños de mi papá, cumple cincuenta el viejo —improvisé.

—Elige, te quedas tú o se queda la botella —remató, dándome un empujoncito suficiente para acojonar.

Regresé al taxi, subí calladito y salimos hacia la patria tan querida, y un par de kilómetros más allá el taxista se apartó de la autopista internacional y entró al pueblo de Villa del Rosario. Llegamos al parque principal y vi el carro del Topo parqueado frente a un estadero. El chofer aparcó justo detrás y nos bajamos.

Entre el sopor y la humedad y el encuentro con el guardia, tenía ganas de una cerveza bien helada. Nos sentamos junto al Topo, que había dispuesto dos mesas unidas. Pedí cerveza.

—A mí tráigame una cocacolita con yelo —le dijo el Topo a la dependienta—. Oiga, chino —me dijo—, me entraron ganas de un whisquicito; tráigaselo para envenenar el elixir negro de los Iunáis Estéis of América —concluyó, mientras se quitaba unas gafas oscuras más grandes que sus orejas.

—Me la quitaron —dije en seco.

Un silencio total se hizo en la mesa y sólo quedó de fondo un disco de Pastor López, un músico de la patria vecina que hizo bailar cientos de horas a adolescentes de toda una generación con su chucuchucu tropical. Los ventiladores del techo ejercían su zumbido y al fondo se escuchaba la algarabía de unos pájaros. Me quedé mirando el suelo de baldosines rojos y amarillos dispuestos en ajedrez mientras un frío me quemaba la barriga. Fueron los treinta segundos más largos en lo que llevaba de vida, Wong, hasta que por fin alcé la cara y vi que todos me miraban como diciendo lo que me dijo el Topo Gigio enseguida:

—¡Eso es mucho, güevón!

5

Al otro día, nos quedamos en la habitación con el brasileño toda la mañana, pasando la resaca y conversando. A la resaca en mi país le decimos guayabo, no sé a cuenta de qué, porque guayabo es el árbol que da guayabas y poco más; y si le digo cómo le dicen en el resto de América Latina, pues cuente tantos países, tantos motes. ¡Ay!, el castellano, tan querido y descalabrado. Le conté a él, como le cuento ahora, la manera como se cruzaba el charco al mejor estilo colombianpípol; nuestra malicia indígena contra la corrección europea y el candor ibérico.

Él, con la doble nacionalidad, pues entró como en casa, pero yo monté el operativo completo. ¿Sabes que estos fariseos del gobierno español a cambio de dar un permiso de trabajo son capaces de desmembrar una familia? Por ejemplo, le otorgan el permiso sólo al padre o a los dos padres y les toca dejar a sus hijos en el país de origen. Eso déjelo con la abuela, un año, dos años, eso no es nada, le dijo con sorna un funcionario a una señora que solicitaba el visado en Bogotá. En cambio, por otro lado, nos colamos unos cuantos miles fingiendo estudios, vacaciones, o entrando con permisos de trabajo ficticios o casándonos con un españolito o con una españolita. Es como el contrabando, mientras atajan a unos pocos con mercancías de risa, por otro lado pasan las toneladas en camiones, en aviones, en barcos. Y ni le cuento del tráfico de coca, bueno, usted sabe, la misma historieta con distinta pandereta. ¿Que con cuál modalidad llegué a la península? Pues con la número tres.

Como yo no estudié sino hasta secundaria, quedaba jodido optar por la vía del estudiante, que tampoco hubiera sido tan difícil, pues, en la plaza Gonzalo Jiménez de Quesada de la capital de mi país, uno puede encargar un diploma de la carrera que quiere cursar. ¿Que quiere ser médico? Pues usted escoge universidad, año de graduación y saca el

dinero. ¿Ingeniero? Pues lo mismo, con sellos, rematasellos del ministerio y si quiere la firma del mismísimo Simón Bolívar, pues se rasca el bolsillo un poco más. Todo es posible en la dimensión desconocida de my Locombia, pero la deseché, porque tocaba pagar matrícula acá y hacer que estudiaba y eso sí que no. Yo, artimañas las que quiera, pero meterme goles, eso sí que no.

Pero le aclaro, mi quelido Chop Suey, que no estudié más pero he leído mucho. De todo y en desorden, pero leído está. Y aquí, grabado en el coco para cuando se ofrezca. Leí lo poco que me obligaron a leer en el colegio, novelas rancias y poetas amelcochados y algunas cosas que me leyó mi madre, que fue maestra pero se retiró a causa de su pena por mi hermano. Y hasta escribí unos poemitas a escondidas, esos poemas lacrimógenos, de mocos juveniles y ella decía que se los mostrara, que de eso no me iba a morir y que de eso tampoco se podía vivir. Bueno, y leí lo de Gabo. No, eso no tiene traducción, así le decimos de cariño al único Premio Nobel que habrá en mi país hasta que se le acabe la dinamita al sueco; el resto de escritores se dedicaron a copiarlo o a todo lo contrario, o sea, que jodidos. Leí noveluchas de vaqueros que mi papá consumía como si fuera maní; él las terminaba y las tiraba por ahí, y yo, entonces, vénganos en tu reino y me las chutaba en la trastienda, ahí, donde le digo, en el puesto del mercado; cuando yo no atendía, iba atrás a llenar bolsitas de papel de estraza con arroz, garbanzos, lentejas. Media libra, una libra. Un kilo. No olvido ese olor, los sacos de fique, los granos, la harina y la madera desconchada por el trajín. Allí leí historietas, libritos de chistes verdes, y cuando ya estuve más grandecito, cuentos y otras novelas mejores que le prestaba a un compañero estirado del colegio. Y también revisticas porno en blanco y negro, con argumento y todo. Las que venían a color, la verdad no recuerdo si traían letras. Y escuché la radio horas y horas, de noche y de día, y me zampé la enciclopedia amarillenta de mi casa, de la “A” a la “Z”, con sus láminas y pies de foto. Después subí de categoría literaria en El Camellón, pero eso se lo cuento después, que ahora estamos en lo que estamos. Oiga, Wong, ¿se ha dado cuenta de que a veces lo tuteo y a veces no? Es que los pamploneses no nos tuteamos por naturaleza y cuando intentamos hacerlo por contagio nos sale remal. Me sabrás usted perdonar, verbi

gratia, pero es así. ¿Y en chino se tutea, se vocea o se ustedea?

Elegí la modalidad permiso de trabajo pero sin trabajo. ¿Cómo?, pues con el único ser que conocía de esta orilla del charco: Mariño, el del restaurante. A ese man lo conocía desde chiquito; era compañero de colegio de mi hermano mayor, bueno, del único; él era policía y lo mataron, bueno, lo desaparecieron y es la hora que no sabemos nada. Yo casi no lo conocí porque era nueve años mayor y era hijo de otra señora que no es mi mamá. Mariño iba a mi casa a estudiar con él y, antes de salir para la suya, yo le tiraba la pelota y hacía unos chutes buenísimos en el patio de atrás. Me cogió aprecio supongo y me ayudó por eso, hasta que pasó lo que pasó.

Él se vino para acá cuando no había que pedir visa; se vino de voluntario para los juegos de Barcelona, imagínese, y se quedó, sobreviviendo, que es lo que hacemos todos los que aventuramos. Consiguió trabajo en el restaurante como camarero y luego pasó a la cocina, y sin que nadie supiera resultó que empezó a clavarse a la dueña, rollo que ella camuflaba con insultos y menosprecios; lo trataba en el restaurante como a los perros en misa. Era, es, una catalana de la montaña, pequeña pero apretadita de carnes y que no le llevaba más de dos años a mi montañero amiguete, o sea que estaba por los cuarenta o así. Rubia a la fuerza y con la cara lavada como suelen ir las damas por acá, usted sabe, Wong, no tan paliduchas como su merced pero se le acercan. Bonita, eso sí. Pectorales no proporcionales a su estatura, o sea grandes, y culito chupao, detalle que a él lo mortificaba pero se acostumbró, como se acostumbra uno al gazpacho.

—Sudaca de los cojones, ¿no has aprendido a llevar un plato en condiciones? —le reñía.

—Pero si así me enseñó Josep —fingía sumiso.

—¡Burro, no sirves para nada! —le espetaba.

Al principio sí era en serio, pero al cabo del tiempo era puro teatro del Teatre Apolo. Lo insultaba mientras disponían los manteles y el cubierto y las copas, ¡ay!, las copas, que en tu puto país en qué beben el vino, despabila, pringao, que esto es Cataluña, le soltaba un día sí y un día también, una vez fingiendo, otra en serio; en el salón, en la cocina, en el área del staff. Todo empezó un día en que había dejado un refrigerador mal cerrado, lo mandó llamar de urgencia,

¡inmediatament! Que no importaba qué estuviera haciendo y Mariño subió por la escalerilla de madera que conectaba la cocina con la oficina de la segunda planta y se le plantó como estaba, en calzoncillos y con el pecho descubierto.

Me lo contó con pelos y señales; era el verano del noventa y ocho y hacía un calor del carajo. Él se estaba cambiando junto con los camareros, y el maître, tan circunspecto y fastidioso como todos los maîtres, se presentó mirando pero sin mirar y dijo algo como preséntese en el despacho de la señora Coma, inmediatamente, en un correctísimo catalán. Se dio media vuelta y se alejó desfilando con su paso de palomo. El man, que ya estaba hasta los huevos con los insultos de la jefa y estaba también a punto de ponerse los pantalones, quedó frío ante lo que se le venía pierna arriba. Lo primero que pensó fue en cómo iba a pagar la habitación el mes entrante.

—Chaval, te va a caer una… —dijo uno.

—Yo necesito quien limpie mi piso los jueves —se burló Josep.

—En la calle Aribau están contratando strippers —remató el más joven.

Estaban todos en el cachondeo y, cuando Mariño oyó stripper, pues ni corto ni perezoso se fue tal como estaba, en calcetines, calzoncillos y un trapo de cocina en el hombro, accesorio de su propia inspiración y desesperación.

—A esta vieja lo que le hace falta es un buen revolcón —les dijo a los presentes, que entre estupefactos y cagados de risa no hicieron nada para impedirlo.

Como era de esperarse, los compañeros dejaron su cansancio a un lado y se quedaron a ver, bueno, a oír qué pasaba. El camarero requerido subió la escalerilla corriendo, y sin golpear la puerta entró de sopetón.

—¡Inmediatament como ordenó, jefa! —dijo agitado por la carrera y por el pavor—. ¿En qué le puedo servir?

La señora Coma, de los Comas de Camprodon, quedó helada con la insolencia al levantar sus ojos melosos y solterones del libro de contabilidad. Llevaba el pelo recogido con un elástico forrado en raso negro que le dejaba ver su cara en pleno y unos aros de oro de cinco centímetros de diámetro que competían con el diámetro de las pupilas

que se achicaron y se ampliaron en un acto reflejo de animadversiónfascinación al ver que aquel muchacho, origen de todas sus furias laborales, estaba allí sudoroso con los puños apretados junto a los muslos, con ese pecho lampiño y generoso, con esa polla entre dormida y despierta en posición oblicua, ambigua pero no exigua, y se le estaba enfrentando como diciendo échame a patadas o échame un polvo. Lo miró unos segundos de arribabajo, tapó la pluma estilográfica y cerró el libro.

—¿Qué hace, se ha vuelto loco? —gritó. Y poniéndose de pie se llevó un índice a los labios indicándole que no dijera ni pío.

Estiró un poco los faldones de la blusa, bordeó el escritorio y se dirigió hacia el muchacho profiriendo una sarta de palabrotas y amenazas hasta llegar frente con frente gracias a la altura que le daban los tacones y, con la misma mano que se llevó a la boca, le capturó el paquete entero y, como buena alumna del gremio de pasteleros de la comarca del Ripollès, lo amasó con pericia y contención mientras le decía bajito y mordiéndole la oreja: te vas a enterar, y después retirándose y dándole la espalda lo ultrajó por la falta de cuidado con los alimentos, que las puertas del refrigerador no eran sólo para abrirlas, que qué creía, ¿que la carne se la regalaban? Gritó para que se enterara el que se tuviera que enterar y prosiguió con una retahíla seudolegal que se largara de una vez, que no lo quería volver a ver, que agradeciera que no lo denunciara por acoso a los mossos d'esquadra, policía autonómica orgullo catalán, y que pasara por su finiquito cuando ella no estuviera, ¡colombiano malparit!

Mariño dio media vuelta, cerró la puerta como si fuera la nevera y bajó las escaleras despacio, paso a paso para que su amigo se calmara entre los Calvin Klein piratas y sus colegas no se pillaran el asunto. Llegó abajo y todos estaban vestidos, esperando entre divertidos y cortados, en silencio.

—Me echó la triplehijueputa —dijo.

—Tranquilo, chaval —dijo Josep haciendo valer su veteranía—. Vete unos días y llamas; ya se le pasará el enfado. Siempre es así con los nuevos.

Los demás rieron un poco, le dijeron cosas parecidas y, mientras iban saliendo uno por uno hacia sus vidas privadas, le dieron

golpecitos de ánimo en el hombro; el más joven le dio una nalgada. Mariño esperó un poco más, se vistió con la parsimonia de siempre, dándole vueltas al asunto. Fue al lavabo, se lavó la cara, se peinó y se decidió.

6

email 2 / Hermano, ya casi tengo la plata completa; cuente cómo hacemos. Cómo va la vuelta del permiso, habrá chance? Además, aquí la cosa se está poniendo fea; después le cuento.

Respuesta al email 2 / Pues yo le estoy calentando el oído a la jefa haber si le hace los papeles a usted pero no a dicho nada todavia. no se fía le da culillo. Tambien ay un loco que conosco y trabaja en la construcción sera que usted se le mide a eso o no

Desde aquella noche en el despacho, Mariño —con mejor ortografía — empezó a darle de comer a la señora Coma ahí mismo, en el diván cubierto con una tela turca, y al cabo de un tiempo le comentó el caso mío y el trabajo para convencerla no duró mucho; la ablandó con el cuento desgraciado de mi hermano.

—Mire, monita, ayúdelo, es que la cosa está muy pesada por allá; a su hermano policía lo mataron y si él se descuida, se lo cargan también —le dijo.

—¿Y si me pillan? —respondió Neus asustada.

—Tranquila, todo es legal; yo conozco gente que se ha venido así. Le repito: se le hace el contrato, a él le dan la visa, llega, yo me encargo de que le pague el adelanto, que tramite su permiso, después de unos meses "lo despide" y que se las arregle como pueda.

—Y si…

—Que no, monita, él trae plata suficiente, salió buen negociante el chaval; ayúdele, hágalo por mí —dijo—. Y no le va a faltar de esto, mamacita —concluyó llevándose la mano al miembro de la Academia, que estaba a punto para su segunda intervención.

Y así fue, pero antes me puse a trabajarle al asunto del comercio internacional con el Topo Gigio. Después del bautizo del whisky, de

quedar como un culo ante todos —incluido el tipo que me seguía en el súper, que se habían puesto de acuerdo para mi iniciación humillante, la cosa desembocó en una parrillada descomunal y en una borrachera colegial con "los contrabandistas", que eran todos amigazos y le iban a celebrar el cumpleaños al hombre solo. A partir de entonces empecé a despabilar, pues no se trataba de madrugar y pasar mercaditos, sino de un trabajo especializado en el sector del tabaco y licores, además del combustible, que no sé si le he contado que allá es más cara una botella de agua que un litro de gasolina, ¿se imagina? ¡Ay!, Venezuela rica, Venezuela pobre.

La segunda vez fui solo con el Topo y Bocadillo, que era su chofer de confianza y que la primera vez no viajó porque tenía una diarrea descomunal. Era un tipo de mediana edad, de churcos africanos, ojos de miel clara, barba dispersa y parches colorados en los cachetes, de ahí su apelativo; todo un ornitorrinco del mestizaje nacional. Salimos temprano como siempre y con un par de aguardientes en el hígado. La misma rutina. El Topo Gigio echó su dormida en el trayecto y desayunamos en Cúcuta: caldo, arepa, café y sus chistes flojos.

—¿Sabe que le dice un ratón a otro cuando se le pincha una rueda al carro?

—¿Qué, patrón? —respondía Bocadillo.

—Y ahora ¿quién saca el gato? —remataba el Topo y se toteaba de la risa.

Cruzamos el puente triste sobre el río Táchira más triste todavía y seguimos hacia un barrio popular, La Popita se llama, y entramos a un garaje de puertas metálicas rojas que reverberaban el sopor como si entráramos al infierno. *Taller Miranda* decía un letrero hecho con plantilla y con letras mal sombreadas; había otros carros y estantes con herramientas, y mangueras exhaustas y cables a punto de derretirse y de llantas fundidas al suelo. El Dodge entró hasta el fondo y a la derecha, como quien va hacia donde quedan todos los baños del mundo.

El taller era una estructura alta con techo industrial, pero al final había un descampado con una casa de ladrillo reciente, ni un arbolito para dar sombra; la casa, que era la vivienda del vigilante, tenía la puerta del mismo rojo y del mismo metal que la de afuera; se entraba

a una sala comedor con una cocina apenas decente; había un baño y una pieza grande con cama, ventilador de techo y un armario inmenso que servía como entrada secreta a unas escaleras que, al bajar, llevaban hacia un sótano de paredes de concreto, grises tal cual, con luces fluorescentes y aire acondicionado.

—Mire, esta es la Cueva del Chulo —dijo el Topo orgulloso—. Cierre la puerta y aguarde afuera, Bocadillo; y prenda el aire, no joda, que para eso nos robamos la luz.

La bodega era un cubo de concreto sobre el que estaba hecha la casita, muy bien camuflado. No era mucha el área pero sí tenía más de dos metros de alto y estaba llena de cajas con cigarrillos americanos, botellas de trago fino y unos galones de pintura. Olía a eso, a tabaco, a licor derramado, y se percibía cierta humedad. El Topo Gigio avanzó hacia una caja, la abrió y sacó una botella de whisky escocés y remedó al personaje sacándose su gorra de béisbol con fallida elegancia. Puro blac léibol, dijo, y la abrió con pericia. Fue hacia una mesa de madera que hacía de escritorio pero sin silla alguna, la puso encima, abrió una gaveta y sacó un revólver 38 y lo puso al lado de la botella.

—Chino —dijo volteándose hacia mí—, usted está aquí conmigo porque, no sé si sepa, pero yo fui amigo de Hermes desde la primaria, donde uno hace las amistades pa' toda la vida.

La máquina del aire se encendió y, antes de echar la primera vaharada de frío, mi temperatura ya había bajado de golpe al ver el arma y la cara algo desencajada del Topo. Estaba serio, como el día que lo conocí en Pamplona, pero con los cachetes y las orejas escarlatas a causa de los treinta y pico de grados bajo tierra que hacía en ese momento.

—Y de alguna manera le debo algo por esa amistad con su hermano; pero el día que le dé por torcerse, primero le descargo esta en el buche, que es donde más duele —dijo señalando el arma—, y después despacho esta en el mío —dijo cogiendo la botella por la garganta y tocándose la barriga.

Me ofreció un trago y se tomó otro. El whisky selló el susto de inmediato, al mismo tiempo que el Topo se acercó, me tomó por la nuca y, con todo lo cariñoso que le salió, soltó la última sentencia picando el ojo y sonriendo como un vaquero del oeste.

—Este es nuestro pacto: usted hace su plata conmigo y después se pierde a las Españas a bailar el pasodoble, ¿listo?

—Listo, jefe —dije entre aliviado y sorprendido.

Hermes era mi hermano y no bailaba ni pasodoble ni cumbia ni currulao, esos ritmos costeros del Caribe y del Pacífico, esas dos costas hermosas y contradictorias de las que nos ufanamos tanto y que sirven entre otras cosas como autopista para transportar toneladas de polvo blanco alrededor del mundo. Los locutores futboleros de las cadenas internacionales dicen: el conjunto cafetero cayó ante el combinado albiceleste, cuando por dentro piensan: el equipo cocalero ta ta ta ta. Eso les pasa a ustedes, y perdone que le diga, pero eso de la China milenaria, la China inventora, la China sabia, esa cháchara ya queda corriendo otra bambalina, otra cortina, otro telón; por ejemplo aquí, en Barcelona Catalunya Spain ¿la gente qué piensa de la China, de ustedes los chinos? Pues que están llegando como conejos, que montan un todoacién y que venden de todo a precio dudoso pero ¡a qué buen precio!, que venden mala calidad pero ¡a qué buen precio!, que están comprando bares como locos, pero ¡a qué buen precio!

Eso, aquí somos de otro planeta, somos vistos como ven a nuestros países, con sus certezas inducidas y con sus mentiras intuidas. Aquí nos aceptan porque no tienen opción, son europeos por fin y pagan su cuota por ello, como pagamos peaje nosotros por estar. Aquí no regalan nada, ni más faltaba. Somos como una especie de Ulises en reposo, que estamos acá porque salimos de nuestros allás. Estamos como quien dice de paso. No terminamos de estar del todo porque nunca nos hemos venido del todo. Porque siempre la idea del regreso se cuela en sueños despiertos y en sueños durmiendo.

En fin, que estaba yo ad portas de participar en mi primer servicio de importación, a cuenta de la infante amistad del Topo Gigio con mi hermano, a quien quise con la lejanía de un bebé de cuatro años hacia el niño de trece, con la admiración que el niño de ocho profesa por su hermano que se va de casa a los diecisiete y con el vacío del hermano menor que pierde a su hermano mayor antes de ser adolescente.

Bajo las instrucciones del Topo cargué el carro con cartones y cartones de cigarrillos; se quitaban unos broches del forro de los asientos y en unos cajoncitos hechos a medida metía Marlboro, Kool y

cigarrillos venecos que eran los más solicitados por baratos. Yo fumé de esos, Belmont, se llaman. Y en los vacíos de las puertas encajaban a la perfección las cajas del whisky; cinco o seis en cada puerta.

—¿Ya acabó, Abilio? —me nombró por primera vez. Ya estaba untado del negocio; ya empezaba a crecer por dentro el hongo de la ambición y la adrenalina de la aventura hacia sus primeros bombeos.

—Ya va, ya va, es que no cierra aquí —dije, mientras peleaba con el empaque de la tapa del depósito.

—Apúrele que hoy son dos viajes —gritó el Topo—. Voy a tomarme una gaseosa, ¿quiere?

—Oiga, jefe, yo creo que hay que cambiar esta vaina o va a empezar a regarse —dije, pero no oyó.

Eso era lo más jodido, la echada de la gasolina en un doble tanque que ocupaba toda la parte baja del asiento trasero. Eso se hacía bajo un cobertizo donde había toneles repletos de gasolina; tocaba chupar con una manguera y esperar a que subiera, primero el tufo y después la eyaculación gasolinera. ¿Gaseosa? Primero tomé un poco del néctar del lago de Maracaibo, míster Wong. Qué mareo tan macho. Y así hasta cogerle el tiro a la cosa y llenar los veinte galones que le cabían. Y después un viaje de tres horas sentado en el puesto de atrás con una bomba bajo el culito.

7

Salí a comer hacia el restaurante y llegué a las doce en punto. Además de aceptar la invitación, iba a pedirle a Mariño algunas direcciones y datos para empezar con la búsqueda de trabajo en serio. Desarrugué como mejor pude una camisa, me puse el mismo jean, las botas, y me recogí el mechero con un caucho; las mechas, las greñas, el pelo largo, mi Confucio confundido. Pasé haciéndome el loco por recepción y bajé las escaleras de dos en dos como si el gorilón viniera detrás, como si Silvia fuera a tirar todas las llaves juntas a mi cabeza. Delirios de enguayabado.

—Oiga, hermano, póngame una cervecita que estoy seco —le dije apenas entré en el Bogavant Blau.

—Pero venga acá, que a usted en esas mesas no lo puedo sentar —contestó—. Yo lo invité y los invitados comen donde comemos los empleados, pero le toca solo, pues yo como por ahí a las cuatro, después del follón. Venga que hoy no aparece la jefa; hoy se va de bancos y come por fuera.

Trajo la cerveza y se sentó un rato conmigo. Al principio me miró raro, como si quisiera preguntar algo sin preguntar, como diciendo con los ojos qué carajos estaba haciendo allí. Yo debí responderle algo con ojos parecidos porque enseguida cambió el semblante y empezó a dar cátedra de cómo tenía que moverme y, sobre todo, de mi compromiso con la jefa.

—Bueno, hermano, la cosa con la jefa es como le conté. ¿Trajo la plata? —dijo en voz baja.

—Tome, mano, gracias —le dije, mientras le pasaba el sobre por debajo de la mesa.

—Déjese de güevonadas —dijo riéndose—. Venga y la cuento, que la plata se cuenta y luego se gasta.

Abrió el sobre, contó mojándose el dedo índice y volvió a guardar

los billetes en el sobre. Sus manos le olían a cebolla recién picada y veía en él una actitud sobrada que me pareció no sospechosa, pero daba la sensación de que estuviera en su propia casa. Se levantó y salió del saloncito hacia los vestidores; al minuto llegó con una libretica y dijo: Apunte, chino.

Aunque lo del jet lag no lo tenía controlado del todo, la hora de comer sí la tenía clarita. Doce o'clock en punto del mediodía, hora en que se almorzaba en mi casa y en la casa de citas; claro, a esa hora en la que estábamos, en mi pueblo de los Andes se estarían despertando los gallos y algunas de las chicas se estarían durmiendo, pero lo que yo tenía bien despierta era el hambre.

—Oiga, mano, ¿qué tiene de almuercito? —dije frotándome las manos.

—¡Apunte, hombre! —dijo tajante—. Piense menos en la comida y más en cómo ganársela.

Saqué una agenda que tenía destinada para el asunto y el man empezó a buscar nombres y números de su libreta, cuando oímos la voz, para mí desconocida pero no para mi paisano, que por la cara que puso caí en cuenta de que era la de la jefa, que había olvidado algo en el despacho. Cogió la jarra de cerveza y la llevó como un rayo a la cocina y al volver coincidió con la entrada triunfal de la señora, que antes de que Mariño pudiera decir algo sin mirarme le soltó:

—¿Y este noi que nos visita quién es? —dijo, sin reparar en la mezcla idiomática.

—¡Ah! Es Ayala, mi amigo, el de los papeles.

—¿Trajiste el dinero? —dijo, acercándose a la mesa para echar una ojeada.

Yo, que ya estaba de pie, le extendí la mano que ella recibió con firmeza y le dije que sí, que Mariño lo tenía y le agradecí todo lo que había hecho por mí, que yo era un tipo cumplido y le prometí que no se arrepentiría de haberme ayudado. Y ella, entre halagada y molesta por la zalamería, dijo que no pasaba nada, chaval, que mientras eso fuera así no habría problemas y su amiguito conservaría el puesto y que le soltara la mano, que tenía que irse.

—Dale una caña, que está como un tomate el pobre —ordenó y siguió hacia la escalerilla que la llevaba a su oficina.

Mariño regresó con una cerveza nueva y la puso al frente. Cogió la libreta de nuevo y dijo: Apunte, mijo. Me dio datos de la zona del Puerto Olímpico donde podría explorar en los restaurantes o en los bares, para entregar volantes o lo que fuera; también de un conocido que trabajaba en una frutería, tal vez para ir al mercado de abastos a cargar o a conducir algún furgón. O para entregar periódicos a la entrada del metro.

Pero a mí nada de eso me sonaba. Yo venía de ese medio donde la movida era cómoda, aunque supusiera riesgos, donde podía trabajar sólo tres días a la semana y sacar un buen dinero. Yo lo que quería era proyectar mi carrera, míster Wong, pero al principio sí tocaba trabajar en lo primero que saliera, porque así trajera buena plata, si en dos meses no recibía un duro, la ruina no demoraría en llegar y ahí sí quién sabe qué hubiera hecho.

—Esta vieja es jodida —dijo entre dientes—. Pero es buena gente; cúmplale y verá que, a la primera que tenga, ella misma le ofrece trabajo acá.

—Chévere —dije—. Pero mientras tocará gastar suela buscando.

—Oiga, chino, y por Pamplona qué tal.

—Allá sigue, no la han cambiado de sitio.

—¿Que estaba trabajando con el Topo? —dijo inquisitivo.

—¿Lo conoce? —respondí evasivo.

—Desde chiquito, de la primaria, con Hermes, ¿no sabía?

En eso oímos el taconeo que bajaba golpeando con ritmo los tablones de la escalera; yo estaba de frente y él de espaldas. Vi primero los zapatos granate, unas medias veladas que hacían de la blancura de sus piernas otra blancura, después la falda que cubría sus rodillas, su cintura que se empeñaba en abandonar su nombre, una blusa beige vaporosa que dejaba intuir su pechuga y, al final, su cara redondeada y con unas cejas como gusanos que salvaban el conjunto.

Cuando volví a mirarlo, estaba haciendo señas con los ojos para que acabara la cerveza. En efecto, apuré el último trago en dos tragos, cerré la libreta y le dije algo como, bueno, entonces quedamos así, y me levanté.

—¿Todavía de visita? —dijo desde el fondo la jefa—. A que le están esperando unas verduras, señor Mariño.

—Sí, señora —respondió, y dirigiéndose a mí en voz baja—: Se le jodió el almuerzo, hermano. Bueno, ánimo, chino, y cómprese un móvil; seguimos en contacto —dijo al despedirme con un apretón de mano.

Salió hacia la cocina sin mirar a la jefa, que en ese momento llegaba a la mesa. Teníamos la misma altura; ella con sus tacones y yo con mis botas exploradoras. Se quedó mirándome un momento y pasó rumbo a la puerta rozando su hombro con mi hombro y dejando un remolino perfumado que se fundió con los primeros hervores de las ollas y sus guisos. Un par de pasos más allá la oí, con un tono inconfundible:

—Ya nos veremos, Abilio, mientras haya cuentas por pagar —y se perdió tras la puerta de cristal hacia la calle.

En ese momento, recuerdo que pensé en Miladys… Es cierto, Wong, no te he dicho quién era Miladys; pues la mulata de la zona de lenocinio que te nombré antes. Mi-la-dys, así como suena. Con esas perlas bautizan a las niñas en muchos lugares de mi país, que, aparte de las mil Marías, está poblado por niñas y jóvenes con nombres sin tocayo posible. Bueno, pero si estamos plagados de nombres de santos hebreos y de filósofos griegos, de diosas egipcias, ¿por qué no poner a una niña, por ejemplo Ladydí, en honor a la princesa sacrificada, tan linda ella? Pues sí, pensé en ella, en lo mucho que me hacía falta y en lo pronto que debería reemplazarla.

8

Miladys me dio la espalda aquel día en que llegué a El Camellón, pero en realidad lo que hizo al pasar así, rozando como me rozó la jefa del restaurante, fue abrir las puertas a la edad en que un hombre cambia a su madre por otra mujer, el momento en que, sin importar la cifra, el nene de mamá deja de mamar y encuentra otra clase de madre de la que espera más o menos lo mismo, más lo que no puede pedirle a su progenitora. Seguro que un pensador chino lo habrá dicho mejor y con menos palabras, pero es eso, lo mismo.

El día que dejé mi casa, dejando a mi madre en mi pieza, sentada en mi cama, llorando en silencio, ese mismo día, entre el aturdimiento por la huida y la excitación y el miedo por el nuevo destino, mi lampiña experiencia alcanzó a susurrarme que aquella mulata iba a ocupar un cajón vital en el destete.

—Mamá, me voy —le dije en seco, desde la puerta de mi cuarto.

Estaba allí, con su delantal de tela estampado con rosas y un bolsillo verde manzana en el frente. Tenía las manos cruzadas sobre el regazo y movía los pulgares como un molino y los miraba sin mirarlos, con su cabeza ladeada, así como cuando tejía y yo le hacía siempre la misma broma pendeja.

—Qué, mamá, ¿ya le salió el agua del oído?

—Bobo —decía sonriendo.

Esa mañana no tejía, pero la madeja se le desmadejaba y estaba en la antesala de perder a su segundo hijo, ahí, sentada en esa cama, donde me leyó algunas noches, ahí sentada sobre las cobijas de cuadros rojos y grises que arroparon mis resfriados. Ahí, frente a la pared repleta de afiches de equipos de fútbol, con la cama de Hermes al lado, tendida como si lo estuviera esperando llegar del cuartel de la Policía Nacional y tumbarse sin más. Quite el tendido, mijo, por qué no se descalza, cómo se le ocurre acostarse así, venga y le plancho el

uniforme, le decía. Y ahora se le iba el chiquito, el suyo de verdad porque, como ya le dije, mi hermano era hijo de la primera esposa de mi papá.

Ahí estaba mi mamá, rendida, con una luz brillante que atacaba el vacío de la ventana iluminándola toda, pero no, no había sol que opacara esa sombra que llevaba encima.

—Ya su papá le dijo lo que le tenía que decir —balbució sin levantar la cabeza—. Dios lo guarde y lo favorezca.

—La bendición, mamá —dije y le di un beso en su cabeza, que ya empezaba a rayarse de blanco.

Y salí hacia el zaguán donde me esperaba la maleta desde la noche anterior, para que mi papá no sintiera el traqueteo de las ruedas sobre el baldosín atravesando el corredor, para que su única mañana de asueto no se viera quebrada por el chirriar de las rodachinas y el silencio enfático de mi adiós.

—No se le olvide que esta es su casa —dijo el viejo la víspera.

Estábamos sentados cenando los tres. Mamá había hecho turmada, un plato que no sé cómo se hace pero sí a qué sabe y que le subiría el ranking a este cuchitril. Lo hacía una o dos veces al año, aunque sabía que nos gustaba mucho a papá y a mí; tal vez dilataba la preparación por lo dispendiosa o para que la disfrutáramos más. Esa noche aciaga para ellos y de revuelto de emociones para mí, hubo turmada, pero trastornada. Comíamos en silencio y bajo el foco amarillento de la cocina, una bombilla incandescente que había roto todos los récords de permanencia y estaba cubierta de una lama, mezcla de grasa y polvo; mamá se levantó a traer la jarra del café y vi que sus ojos habían estado llorando, todavía le quedaba un charquito de lágrimas a punto de caer. Me sentí mal, pero ya llevaba varios días repitiéndome que nada detendría mi salida de casa, que apretaría los dientes y respiraría profundo para no claudicar.

—Y tampoco se le olvide en qué se está metiendo y con quién. Así que por acá no se aparezca con problemas; si se busca problemas por fuera, los resuelve por fuera —dijo, y empezó a subir el tono.

—Pero, mijo —interpeló mamá al regresar con la bandeja.

—Nada —la interrumpió—. En esta casa se le ha dado educación y buen ejemplo y tiene el puesto del mercado que también es suyo. Pero

no, el jovencito quiere subir las escaleras de tres en tres, coger el lado fácil si es que es fácil esa vagabundería.

—Papá, de esa vagabundería… —intenté replicar.

—No me interrumpa, que-soy-su-pa-pá-to-da-vía, hasta que atraviese el portón —dijo, subiendo el volumen a cada sílaba.

—Por el amor de Dios —dijo mamá poniéndose las manos en las mejillas.

Opté por callarme, pues sabía muy bien que el viejo siempre se reservaba la última palabra en cualquier conversación y más en esta, que habría podido ser la última; entonces concluyó su alegato con otras advertencias, con menciones a mi hermano, al dolor de mamá y a su sueño trunco de dejarme el puesto de granos y abarrotes, que si bien era humilde nos daba de comer y un techo y todo ese arsenal que esgrimen los padres para reafirmar su misión en la tierra y guiarnos por el sendero del bien, blablablá… Sírvame la otra Wong, que entre más hablo más sed tengo, en cambio, estos cúlers entre más sufren por su equipo menos beben.

Ese primer día fue rarísimo, fue como si estuviera de excursión en mi propia ciudad, como si el hecho de abandonar la casa y bajar hasta El Camellón y entrar en la casa de las chicas malas e instalarme en la suite hubiese sido como quitarme una piel que no conocía pero que sabía que sobraba. El Topo Gigio envió a Bocadillo a recogerme y esperaba casi en la esquina, recostado en el taxi, más rojo que de costumbre por la resolana mañanera, como evitando cualquier contratiempo con mi papá; ahora que caigo en cuenta, le cuento: su sobrenombre no era por el sándwich de acá sino por lo rojo de un dulce de guayaba de allá parecido al de membrillo. ¿Sí ve? La lengua lenguaraz. En fin, arrastré la maleta hasta el carro y él me ayudó a meterla en el baúl.

—Qué, joven, ni que fuera para la guerra —dijo mientras la soliviaba—. Parece que le hubieran echado una arroba de lentejas.

—Cállese la jeta que no estoy para chistecitos —le dije sin temor.

—Amaneció machito el joven —se rio—. Camine y lo llevo allá abajo para que empiece a hacerse hombre.

Cuando Miladys dejó caer la toalla, hermano, se me olvidó el mundo. No sé si usted, aparte de ver culitos asiáticos, se haya

tropezado con un culonón como el de ella. Y es que no es sólo el tamaño, sino dónde esté puesto. ¿Ha comido dulce de leche? Arequipe, le decimos nosotros. Pues de ese color, del de la canela, del de la harina tostada. Qué piel, qué nalgas, soportadas sobre dos columnas y precedidas por una cintura hecha para sacarla a bailar, por una espalda firme dividida por un surco más oscuro que iba de la gloria hasta la toalla fucsia que cubría su cabeza.

La vi perderse tras los sauces, pasar la puerta que daba al patio y escuché crecer la algarabía dominguera al verla pasar desnuda y saludando como una reina de belleza. Me quedé ahí, quieto, mirando, mirando, hasta que desapareció en el pasillo oscuro, como haciendo un replay mental de esa visión de película, y al final me sacudí la imagen, di media vuelta, husmeé las habitaciones y escogí la de la izquierda. Entré, puse la maleta sobre una mesita lacada que estaba a la entrada y me senté en la cama. Caí en cuenta de que nunca había dormido en otra cama que no fuera la mía y espanté el recuerdo. La habitación no tenía más de seis metros cuadrados pero bastaría para empezar, pensé. Había un armario con las puertas abiertas con dos cajones en la parte baja y una colección de ganchos de distintos colores para colgar la ropa, una mesa con una lámpara y una silla, que parecían recién pulidas aunque toscas. Una pared era color mandarina y las otras blancas, y había un espejo íngrimo demasiado pequeño en la misma pared que soportaba la mesa. El suelo era de baldosas de barro cocido y no había ventana, apenas una celosía de forja barata que coronaba la puerta, que dejaría pasar algo de luz y mucho frío. Acabé la inspección en el baño, que tenía por ducha un tubo pelado sin más y un inodoro nuevo que hacía juego con un lavamanos de un verde hospital. Decidí echar una meada cuando escuché la voz ronca de la madame que se acercaba por el jardín.

—Joven, ¿viene y se come la arepa? Que aquí arepas es lo que hay, pero como la que yo le voy a dar, ninguna —se carcajeó. Yo seguí con la micción cuando sentí el tufo del tabaco que atestaba la suite—. Lo importante no es el calibre, sino que haga espuma —escuché tras de mí.

9

Y ahí están los hinchas con sus bufandas y sus camisetas azul y grana, mírelos, con semejante equipazo y todavía no se lo creen, con el fantasma de la mano negra rondando sus cabezas; yo creí que el crack holandés les había espantado ese plan de víctimas, pues no. Es un pueblo quejicas este, ¿ah? Y hablo de este y del resto del Estado, como dicen acá. Desde que llegué a este revoltillo construido por impúberes en democracia, no he oído gente que se queje más por todo. Yo vengo de un país peor, que no se manifiesta por casi nada y se queja pero ante el televisor; acá se tira un pedo el rey y al otro día hay marchas por los agujeros en la capa de ozono. Acá pasaron del mandamás todopoderoso al reyezuelo de vitrina, con presidentes que no elige por vía directa el pueblo, y cuando llegué estaban todos de botaratas, los nuevos ricos de Europa, todos con coche y vacaciones impensables años ha, como diría un maestro mío.

Usted llegó hace cuánto, ¿tres años? Cuatro. Bueno, habrá notado el cambio, ¿no? Ahora, con el cuento de la crisis, media España a la calle, sin trabajo, y nosotros los inmigrantes, a la cueva de donde vinimos. Y usted, vendiendo menos: un menú para dos, dicen, que es que no tenemos mucha hambre, un cortado normal, pero hoy no quiero ensaimada que me la ha prohibido el médico de familia y así. Yo encontré mi nicho de mercado, como diría cualquier experto, mientras crecía la pompa de jabón, y ahora que ya reventó y ya me voy, pues ya ni importa. Entrené primero en mi tierra y me curré el posgrado en la universidad de Andorra. Con el Topo todo salió bien hasta cierto punto, pero acá sí duré casi un año para acomodarme. Al principio busqué trabajo como dos semanas más hasta que tuve que entrar al gremio de la albañilería, de paleta, mejor dicho, de ayudante de paleta para ser preciso. Un día que pasaba por una obra escuché el acento inconfundible de dos paisanos, dos ciudadanos de la región de

Antioquia o por ahí, que le soltaban unos piropos no muy poéticos a una chica rubia con aspecto de quiensabedónde.

—Oiga, paisa, ¿no habrá camello por ahí? —grité desde abajo como por no dejar.

—¿Qué sabés hacer? —dijo uno, mientras el otro seguía echándole el ojo a la rubia.

—Lo que me ponga, que ya me echan humo los zapatos —dije.

—Suba, que se le apareció Nuestra Señora Santa María de la Purísima Concepción del Santísimo Rosario de Arma de Rionegro, patrona de la ciudad y Generalísima de los ejércitos reales en el Nuevo Reino de Granada, papá…

Subí tras un par de agravios, primero por entrar así como así y después por no llevar el casco reglamentario. Me pusieron, como se dice, a cargar ladrillo; trabajo pagado en negro reemplazando a un negro que se había martillado un dedo y estaba de baja por una semana. Fue mi primera retribución en el continente europeo y también mi primer contacto con las buenas artes del mal hacer, defraudando a la duquesa doña Hacienda por cuenta de un piropo y de la explosiva combinación antioqueño-catalana que administraba la construcción de ese edificio a manera de cajoncitos para conejos; qué diría el maese Gaudí, que la Sagrada Familia en pleno y los doce apóstoles y los cuatro evangelistas tengan en su gloria.

A los ocho días volvió el negrito, que se tomó un día más porque, según argumentó, el domingo no contaba; en realidad era un negrón del Chocó que había sido campeón departamental del peso Walter, galardón que al parecer esgrimía cada vez que conocía a alguien, cosa que no necesitaba, pues si se trataba de amedrentar blandiendo la medalla, bastaba verle el torso cuando se quitó la camisa que llevaba para ponerse el mono. Chocolate puro, bien plantado, con los pectorales y abdominales como trabajados con su propio cincel; si no le faltaran los dos dientes de adelante le habría dicho que se fuera de modelo o al gremio del cine porno, pues según escuché tenía un martillo dos tallas mayor que el del machucón.

Saludó muy cordial con sus ojos de toro semental mirándome desde sus ciento noventa centímetros y agradeció que lo hubiera cubierto y que pasara por ahí cualquier viernes para brindarme una cerveza. Los

paisas, que se habían dedicado a sacarme la leche, o sea a exprimirla sabiendo de mi necesidad, apenas se despidieron no sin antes tomarme el pelo por el estado de mis manos.

—Echate cremita, papá, a ver si podés volver a tocar el piano en Palmira —gritó desde arriba el que hacía de capataz.

—¡Es Pamplona! —le grité—. La próxima vez le traigo un mapa para que aprenda—. Di la vuelta haciéndole pistola, mejor dicho una peineta, mejor dicho no le explico.

La verdad sirvió ese primer round, porque lo que pasa, Wong, es que uno llega cagado del susto; derechito en la cola de inmigración, muy educadito con los del sello, muy formalito por aquí, muy cortesito por allá y, a medida que el patio va mostrando sus baldosas rotas, pues uno se da cuenta de que no estamos tan lejos en lo que se llama por allá la movida chueca, o sea, el timo, la coima, el porcentaje, la comisión, la mordida. La misma mierda con distinto culo, y perdone la expresión pero es que se la oí a un amigo y se me quedó. ¡Gol! ¿Sí ve?

A los pocos días, resulté con curro en la playa, después de ir a la policía a presentarme y empezar con el papeleo de la tarjeta de residente y tal; estaba cerca, en la avenida del Marqués de Nosequé haciendo una cola del carajo para entregar los documentos. A usted le tocaría también esa ignominia; madrugar como los gallos, pero por fuera del gallinero, en la acera, en la calle. Colombianitos, ecuatorianitos, peruanitos, argentinitos, brasileñitos y venequitos, que empezaron a poblar la península poco a poco, y después se vino el bloque de centroeuropeítos que llegaron a robar cobre y chalets, todos con sus excepciones buenas y menos buenas, eso sí hay que aclararlo, porque naranjas con moho, en todas partes. Estaba en la cola y pasó una chica chilena, bueno, eso lo supe después; pasó como haciéndose la boba, la despistada mejor dicho, porque ya iba por la segunda renovación y lo que buscaba era colarse. La fila daba hasta la esquina y doblaba hacia una callecita interior, porque si hubiera doblado para el otro lado pues varios invasores inmigrantes habrían sido atropellados por el tráfico de los madrugantes currantes. Tatiana se llamaba y era un cruce amerindio y blanquito con un resultado delicioso, bueno, al menos la cara era angelical, linda, el pelo le caía en flecha, negro, con un atuendo medio hippie que no le dejaba

dibujada ninguna línea del cuerpo, pero esa carita me colgó como un imán de nevera.

—Hola, aquí —le grité manoteando cuando regresaba de preguntarle algo al guardia. Ella miró hacia donde venía el grito y me vio—. ¿Trajiste el empadronamiento? —seguí con la farsa.

Y ella, que no era ni un pelo de tonta, cogió la jugada al vuelo y dijo, así con la "r" arrastradita: Richard, casi que no te veo. Hola, hola, y como tocaba beso para que la cosa colara, pues beso. La chica de atrás, andina de algún rincón de los Andes, culibajita y con una carpeta que cubría las pechugas, como que se olió la cosa pero no se atrevió a decir nada. Al tipo de adelante, como no perdía su turno, pues le dio lo mismo. Unos metros atrás alguien protestó pero no tuvo eco, pues la representación estuvo magnífica, además le caí en gracia a Tati y hablamos generalidades como para irnos conociendo, afincando la mentira contándonos algunas verdades.

Hicimos el trámite en tiempo récord según ella, dos horas y media más el tiempo agregado, y salimos hacia la Barceloneta donde trabajaba ella, en un chiringuito playero que ahora estaban reformando para el verano siguiente y como que necesitaban músculo. Allí llegué y ahí me quedé quince días haciendo de todo un poco, todo por muy poco, pero así iba pagando el hostal y la cuchara, además de ir trabajando a Tatianita, que estaba más dura que una suela; me hablaba más seco que cuando la metí en la cola, por supuesto, pero ahora argumentaba sus evasivas con el cuento de que su novio —con el que había roto— quería venirse a Barcelona y tal, y yo queriendo mojar, pero nada, al final me cansé, porque la reforma estaba por terminar y ni un café había aceptado; al fin soltó su número de teléfono con la excusa mentirosa de ayudarle con el permiso del novio, pero así quedó la cosa.

Pero a lo que iba es que de tanto ir de tumbo en tumbo, por fin se me apareció la virgen, mejor dicho un santo, porque por ahí a mediados de diciembre, en el parque de la Ciutadella, me senté a leer en un banco y llegó un viejito y se hizo en el otro extremo. Saludó. Lo saludé. Aunque el día era soleado y era época de frío, él iba en camisa de manga larga, eso sí, esas de leñador, con cuadros grandes negros y azules; tenía *La Vanguardia* del día y una cachucha de pana echada

hacia atrás despejando la calva y llevaba una bolsita de plástico ajada con algo indescifrable, hasta que supe que era pan duro para los patos del estanque. Se puso a leer, mojando el índice y el pulgar con la lengua y doblando con precisión las hojas del matutino; yo seguí leyendo, pero no me podía concentrar mucho pues había empezado la *Psicopatología de la vida cotidiana* de Simoncito Freud, que había comprado por nada en una feria del libro de segunda en Las Ramblas. Lo vi y dije, yo nunca he leído a este man y lo compré. Bueno, y estaba tratando de meterle el diente en el relax del parque cuando llegó don Pere. Fue como olor a primera vista. No habían pasado ni cinco minutos cuando le puse conversación; me quité la chaqueta, estaba acalorado con ese sol del mediodía y con el galimatías del austrochecoslovaco.

—Hace calorcito —dije—. Usted sí la hizo bien —completé señalando su camisa y mi chaquetón.

—Suelo ir en mangas de camisa todo el año, ¿sabe? —contestó con aire superior—. No siento frío en invierno ni siento calor en verano, es cuestión de cabeza.

—Eso se lo oí a un paisano, pero con el frío, porque el calor no lo soportaba.

—¿De dónde es usted, noi? —dijo girándose hacia mí y bajando el periódico al sentir el acento.

Le conté que venía de donde yo vengo y que allí hacía frío todo el año. Le aclaré en qué parte del mapa quedaba, que a una hora y treinta minutos quedaba la frontera, que descendíamos de más de dos mil seiscientos metros sobre el nivel del charco a un poco más de trescientos y ya estábamos en el país vecino, que pasábamos de un caldo con papa y huevo hirviendo al desayuno a una cerveza helada a media mañana. Al viejo —aunque al principio me miró como nos miran cuando saben nuestro origen— le hizo gracia la descripción, pero lo que sí le causó curiosidad fue la coincidencia del origen fronterizo.

—Hombre, yo también soy de frontera, de La Seu d'Urgell, ¿conoce?

—No, no, señor, ¿queda lejos?

—A dos horas y un poco más en coche desde Barcelona; y de ahí a la frontera andorrana unos diez minutos.

—Disculpe la ignorancia, don —dije—, pero ¿qué puede hacer uno en Andorra?

—Fracturarse un pie esquiando o ir de compras —dijo divertido.

Y ahí fue la conexión, Wong, empecé a preguntarle que qué se compraba, que si se podía ir en bus, en tren; contó que sí, que la gente traía ropa, perfumes, cosas de electrónica y cigarrillos y licores, pero que no se podía traer mucho, que controlaban las cantidades, que en otra época sí que valía la pena, que ahora no tanto; debí abrir los ojos un poco más de lo normal al escuchar las palabras mágicas: alcohol y tabaco. Pero el señor dijo que si quería otro día me contaba más, porque ahora no tenía tiempo, que tenía que ir al mercado y después a prepararse la comida y nosequemás. El caso es que quedamos en vernos otro día, que él venía a leer la prensa y a darles pan a los patos, por ahí a las once, adéu jove, adiós joven, mucho gusto.

10

—Cómo huele a gasolina, ¿no, chino? —dijo Bocadillo—. Y todavía falta el retén de Perol, pero como ahora están jodiendo más que de costumbre…

—Desde que le dije al Topo que cambiara el empaque y siempre lo deja para después —dije, como si esa excusa sirviera para algo.

Eran como las cinco de la tarde y el calor ya se iba disipando, por la hora y porque ya íbamos de regreso a Pamplona, cargados de cigarrillos y trago, como siempre. Y de gasolina extra, claro, la bomba ambulante. El Topo ya me había delegado algunos viajes, uno sí uno no, para que me fuera curtiendo y porque él dizque estaba haciendo otras vuelticas, que estaba diversificando, una de esas palabras que se ponen de moda hasta que se gastan tanto que ya no quieren decir lo mismo.

Ya estábamos por llegar al retén móvil, que de móvil no tenía nada pues siempre estaba en el mismo punto junto a una venta de naranjas; ya lo conocíamos de memoria, como nos conocíamos de memoria al tombo de turno, Perol, pero ese día, que teníamos marcado como de trámite, se puso color de hormiga, porque esa precisa tarde lo cambiaron y nos topamos con uno al que le decían Quico y que, además de emputarle que le dijeran Quico, tenía fama de poner precio alto o de que sin mediar palabra fuera confiscando y multando; sabíamos que lo usual era que estuviera en la zona caliente de la frontera y no por esos rumbos más tibios.

—Documentos del vehículo y ábrame el baúl —dijo, quitándose las gafas de sol, que ya no le servían porque estaba oscureciendo, pero él lo habría visto en las películas gringas.

Se acercó a la ventanilla para echar una ojeada y miró a Bocadillo, que se estiraba para abrir la guantera. Enseguida frunció el ceño, metió la cabeza y gruñó:

—Esto huele a gasolina, apague el carro y bájense los dos —dijo mientras le hacía señas al subalterno que estaba más adelante para que viniera.

Bocadillo dio dos acelerones como quien va a apagar un carro viejo y lo que hizo fue meter primera y clavarle el pie entero al acelerador y ahí sí, como en las películas, las ruedas chirriaron y, hágale hermano, a toda pastilla, el Bocadillo volcó el pecho sobre el volante como hacía cuando avanzaba en las rectas, pero esta vez los ojos le brillaban entre emocionado y cagado del susto.

—¡Marica! —le dije, después de los primeros cien metros en silencio —. Cómo se le ocurre, güevón, pare, qué está haciendo…

¿Que qué estaba haciendo? Pues escapar, así de sencillo, dejar tirados a los policías que, mientras corrieran a subirse a la camioneta de aduanas, los ocho cilindros en V del Dodge nos dejarían con una ventaja suficiente. Después del incidente, Bocadillo confesó que ese era uno de sus sueños, una persecución en toda regla, pero esa tarde la vimos negra porque en una curva el man se abrió mucho y venía un autobús que arrancó de cuajo el espejo retrovisor y del bandazo que dio casi nos vamos al río y, al frenar en seco, la grava hizo derrapar el coche y quedamos mirando hacia Cúcuta a medio metro del abismo.

No nos habíamos repuesto del susto cuando oímos la sirena que vendría unas cuantas curvas atrás; el Bocadillo, ni corto ni perezoso, se persignó, se echó la gorra beisbolera hacia atrás y arrancó el Dart en sentido contrario a la patrulla, con la que nos cruzamos un minuto después y que pasó despavorida con los cuatro policías mirando al frente, dos adelante y dos atrás en el platón, con los ojos centelleando, a ver dónde putas iría ese par, que a esa hora en que ni está claro ni está oscuro acababa de pasar ante los faros encendidos de la camioneta, que siguió con su cantar mientras nosotros —yo acurrucado hasta que paró el coche— llegábamos a una casita por un ramal de la carretera que iba para otro pueblo que no le digo cómo se llama porque me va a obligar a repetirlo y no lo voy a repetir.

—¡Saque la cabeza ya, chino, qué susto tan hijueputa! —dijo con júbilo—. Los jodimos, ¿sí vio la maniobra? —siguió excitado y sin quitar las manos del timón; estaba como soldado a la circunferencia forrada en cauchoespuma.

—Si no nos matamos en esa curva es porque el que nos va a matar es el Topo Gigio —atiné a decir mientras iba asomando en la penumbra.

—Fresco, chino, y cierre un poquito los ojos que no le voy a echar gotas —dijo riendo al ver mis ojos de vaca asustada—. Aquí nos dan posada.

Y posada nos dio un tal Berenjeno, un viejo que resultó más sucio y matrero de lo que Bocadillo me había advertido algún día; era un labriego que hacía un guarapo de caña que tenía mucha fama entre el campesinado, que no le hacía ascos a las algas que le salían a la molla y le compraba por litros para sobrellevar el sol y el azadón. Molla, se la digo así con "ll"; no sé si sea con "y" pues la revejestoria de la RAE tampoco la tiene, porque la muy pizpireta tampoco va al campo. Molla es como un puchero de barro con la boca más angosta, que se cura y al que se le echa caña de azúcar o corteza de piña y, dependiendo de la curación —pues en pocas horas la madre natura, alcohólica por naturaleza, que todo lo pudre y todo lo fermenta—, tiene usted, sin serpentín ni mechero, un líquido ambarino, dulzón, llamado guarapo, licor nacional de las zonas calientes desde los tiempos de la uña encarnada, que con tres vasos te pone a bailar como un trompo o a dormir como un bebé, a picar a machete a cualquiera o a sentarte en el váter dos horas.

—Qué pasó, don Bocadillo, ¿le dio asueto el jefe? —dijo Berenjeno masticando pan al mismo tiempo; con cada letra le iban saliendo miguitas disparadas de la boca.

—Una emergencia, mano —dijo—. El jefe no vino pero nos dijo que podíamos quedarnos acá si nos cogía la noche.

—¿Y este quién es? —dijo sin mirarme—. No me diga que cambió de novio —soltó la risa y le salió un trozo de pan más grande ya reblandecido.

Fue una de las noches más perras que he pasado y que pasaré en toda mi vida, Dios me oiga aunque yo no lo oiga a él. El tipo estiró la mano que —claro— no podía rehusar y fue el comienzo de toda la pesadilla; estaba untada de grasa de cerdo, no podía ser otra cosa o su propia manteca. Lo cierto es que estaba empezando a hacerse la cena y salió así sin limpiarse al oír el ruido del motor que se apagaba. Antes

de hacernos entrar, a manera de peaje y sin una pizca de recato, le dijo a Bocadillo si no le había mandado algo el Topo Gigio, indicando con el hocico (porque tenía hocico) el baúl del carro.

A Bocadillo le tocó ir a la guantera y sacar un cartón de cigarrillos que tenía para mojar al policía incumplido y se lo tiró como diciéndole: pago. El cartón hizo la parábola y el hombre lo cogió en el aire con una mano. Y también dijo Jairo que podía guardar el carro atrás, se apuró a replicar el chofer. El tipo se hurgó la nariz y se sacó un moco largo y meloso que él mismo se sorprendió del tamaño. Hermano, eso está fuera del "todo incluido", así que le toca contribuir de su bolsillo, y se llevó el pulgar a la boca, señal inequívoca de que quería decir botella de alcohol. Del amasijo verde ni le cuento.

Ese fue el recibimiento, el tipo nos salvó el pellejo esa noche, pero a precio muy alto, no por el trago, que no valía mucho, además Bocadillo le dio del más barato, un bourbon que era pura candela. El viejo, que no lo era tanto (uno a los veinte ve a un tipo de cincuenta y se le hace anciano, ¿no?), vivía solo, con un perro ajado como él pero más limpio y decente; al vernos entrar latió echado como buen veterano y movió la cola un poco antes de que Berenjeno le soltara un berrido para que se callara. Ya no sirve de nada el desgraciado, pero me hace compañía, dijo mientras nos señalaba un horcón que hacía las veces de canapé en la entrada. Le dijimos que mejor adentro, que ahora llegaban los mosquitos y nos iban a acribillar, ocultándole la verdadera razón. No queríamos ni por asomo que la patrulla pasara peinando la zona en cualquier momento al no haber encontrado ni rastro carretera arriba y nos pillara como tontos.

—Estaba haciendo unos güevitos, ¿quieren? —dijo olvidando su talante mezquino—. Pero mañana nanay, mañana tempranito se toman su café y chao pescao.

—Tranquilo como Camilo —dijo Bocadillo siguiéndole el verso pero no sin su sorna—. Fresco, que mañana madrugamos, así se ahorra el café y la ordeñada de la gallina.

La casucha era un caos; la salacomedorcuartodeherramientas estaba alumbrada por un bombillo que colgaba desnudo de un cable negro desde el techo de zinc. El suelo era fresco, de baldosín, pero el dibujo ya no existía, no tanto por el paso del tiempo sino por falta de pasar la

escoba y el trapero; era —lo supuse— una masa entre barro, comida pisada y vuelta a pisar y babas de perro, entre otros, como se dice. Comimos huevo frito a las finas grasas con pan dulzón; ellos tomaron guarapo y yo, que no era de mejor familia, al ver cómo bullía la molla me decanté por los restos de una botellita de agua que tenía en el carro.

Nos acostamos ahí mismo; yo quise probar en el Dart, pero el tufo de la gasolina me sofocó. Bocadillo, mientras tanto, se cogió la hamaca que atravesaba la estancia y yo dormí en una estera y, aunque casi me cocino al principio, me tapé con un saco, el que nos ponemos todos los pamploneses cuando salimos hacia tierra caliente y nos volvemos a poner cuando estamos llegando. Dormir, dormir, pocón pocón; el hombre se fue para su cuarto, apagó las luces y nos mandó a la cama sin ser siquiera las ocho de la noche. Y prendió el radio, a escuchar las mismas noticias que hubiera podido escuchar un mes antes o un mes después. Que la guerrilla había hecho explotar un oleoducto en Los Llanos, que el congresista Tal le compró votos a Pascual, que el hijo del comerciante C fue encontrado con un tiro en la sien al negarse su padre a pagar el secuestro, que el Cúcuta Deportivo hacía la peor campaña de su historia futbolera, que los preparativos para la llegada del nuevo milenio estaban en plena ebullición, que esto y lo otro y dele toda la noche, cada hora, el mismo sonsonete del boletín de noticias, y no sabría decirle si era peor eso o los consejos de una especie de gurú —a quien llamaban los radioescuchas incomprendidos y las menguadas por el infortunio— o los ronquidos y los pedos de Berenjeno, que nos llegaban por oleadas y según las brisas del río.

11

Mientras haya cuentas por pagar, dijo Neus ese mediodía y me quedó sonando. Lo dijo y salió muy oronda, sabiendo que la seguía con la mirada. Yo estuve viéndola hasta que, como una actriz que sale del escenario hacia bambalinas, desapareció tras el ventanal caminando por la acera. Demoré un segundo más pensando en lo que pensamos los hombres ante el menor guiño femenino y me fui a buscar al paisano a la cocina.

—Está como buena la jefa, ¿no? —le dije al verlo venir con una canasta de alcachofas.

—Cuidado, chino —dijo después de una pausa sospechosa—. Cuidadito que yo tengo acciones en esa bolsa, además está muy vieja para usted.

—Fresco —le dije al instante y me olvidé del tema hasta el día en que tuve que ir a pagar la última cuota al Bogavant Blau.

Estaba todavía sin trabajo, el viejo Pere ya me había dado algunas claves geográficas para empezar a explorar el terreno, estaba cansado del hostal y poco más. Había abierto cuenta bancaria con lo que tenía y comprado un móvil de recarga y había conseguido el permiso temporal por dos años. Pero el tiempo se empezaba a agotar y la plata también. Era el segundo lunes de diciembre y salí hacia el restaurante, así sin avisar; ya lo había hecho antes para pagar las cuotas anteriores y esta sería la última. Ya podría hacer la baja en la Seguridad Social y esperar hasta la próxima renovación de la tarjeta y buscar otra triquiñuela.

Me levanté temprano, miré en la agenda el día marcado y me di cuenta de que el calendario ya había pasado por allí. Tocaba. Era la única obligación que tenía, ir a pagar la farsa y el hostal, donde había mejorado mi posición como cliente antiguo que era. Mi relación con Silvia se había arreglado porque, de digno, resolví no mirarla como la

miraba al principio. Me dio una habitación de dos camas sencillas con baño privado, todo un lujo; si tenía suerte, dos o tres días a la semana dormía solo. Pero siempre aparecía algún personaje de cualquier confín de la tierra con su desorden, su algarabía o sus hedores; siempre me topaba con algún huidizo, áspero o desconfiado, cuando el desconfiado debería ser yo, huésped ilustre, desde hacía algo más de un par de meses, todo un récord. Bueno, me fui a pie hacia el restaurante, pasé por el cajero, saqué la plata y atravesé la Ciutadella. Los plataneros ya estaban semidesnudos, los vientos del fin del otoño ya habían tronchado sus hojas, que caían como manos saludando hasta caer al suelo. Una alegría verlos así, inmensos con el vitiligo en sus troncos, altos, libres, no como sus hermanos en las calles del Eixample, que cada tanto reciben aterrados a los señores de las motosierras que los amputan en una práctica que no he podido comprender. Después, en primavera, como en una aparición explotan por los muñones ramas y ramas con una alegría rebelde y cuando te das cuenta están plenos de hojas verdes, otras pero las mismas. Ellos, con su fronda son otros, pero los mismos.

Llegué al restaurante y la persiana no estaba subida del todo. Afuera ya tenía el decorado navideño con guirnaldas doradas y cables de luces de colores que dormían a esa hora de la mañana; acerqué la vista a la vidriera y puse las manos en las sienes para tapar la luz y ver mejor. Si estaba subida la reja, pues habría alguien, pero apenas se veía una lucecita al fondo; busqué en los laterales y encontré un timbre pequeñito arriba, al lado del letrero de la compañía de alarmas. Timbré dos veces con algún intervalo y, como no pensaba perder el viaje, insistí. Volví a poner las manos y la vi venir. La jefa, Wong. Venía como adivinando la silueta que debería ser yo en ese momento; vestía un conjunto deportivo impermeable que le quedaba un poco grande; llevaba una coleta alta, caminaba resuelta y como rebotando en sus zapatillas deportivas. Tenis, diría yo, pero como no entienden, digo así; reeducación lingüística y cultural, mi querido Mao. Estaba embelesado con sus piernas cortas pero firmes aún, cuando vi que estaba tan cerca que retiré la cara y al abrir la puerta el rubor se estaba instalando en mi cara.

—¡Abilio, qué sorpresa! —dijo cambiando la mirada descompuesta

que traía—. Pasa, pasa, ¿qué te trae por acá un lunes¿, ¿sabes que hoy no abrimos?

—Qué vergüenza, ni se me pasó por aquí —respondí volviendo a la sien pero con el índice. Noté en la penumbra los adornos y los reflejos de las bolitas, y apuré a decirle lo linda que le había quedado la decoración y que venía a pagarle, que no le quería quitar tiempo.

—Merci, merci, se te estaba echando en falta, estamos a diez, ¿eh? ¿Quieres un café? Ven, te lo preparo y de paso ves cómo se usa la máquina; qué tal que un día el barman se enferme y nos saques de una emergencia.

Se volteó y avanzó hacia el final de la barra; el pantalón le sonaba a cada paso que daba, los muslos se rozaban a la altura de la entrepierna y los zapatos chirriaban al contacto con el suelo, produciendo una musiquita entre sensual y molesta. La seguí a distancia prudente y me senté en una de las butacas giratorias. Ella encendió las luces del bar, la máquina del café, bajó con destreza dos tazas, cogió el bote, midió la cantidad de polvo, y sin mirarme afirmó:

—Americano, supongo —dijo burlona—. No entiendo cómo les puede gustar esa aguachirle.

—Costumbres, ¿no? —dije un poco irritado. Y reviré con sorna—: Yo a esa tinta china del expreso tampoco la puedo soportar.

Se hizo un silencio neutro de cinco segundos que rompió el hervor de la máquina; volteó sonriente, buscó bajo la barra unos sobrecitos de azúcar, dos cucharitas, dos servilletas con un Papá Noel más obeso que de costumbre, y puso todo frente a mí mientras decía mirándome a los ojos, inquisitiva:

—Americano y colombiano. Tu amigo Mariño por fin me convenció, con toda esa historia de que es el más suave del mundo, del orgullo nacional…

—Pero ustedes creen que es otra cosa, ¿cierto? —interrumpí.

—No te enfades, no te enfades, venga, vamos al despacho y cerramos nuestra relación comercial —replicó entorchando los ojos como poniéndoles comillas a las últimas palabras.

Cogimos los cafés y subimos por la escalerita, ella adelante y yo detrás, en una penumbra que apenas intuía su culito acompasado con el crujir del impermeable y la madera. Sólo estaba encendida la

lamparita de cachucha verde del escritorio; yo esperé un poco en el último peldaño, cuidando que el café no se hubiera regado sobre el plato. Encendió la luz del techo y vi esos cuadros que le gustaban tanto, unos bodegones con patos muertos, quesos, uvas, jarras, vinos, manteles, todos posando para la foto.

—Mira, este es nuevo —dijo al verme observando una reproducción recostada en la pared—. Es de un tal Arcimboldo, ven, ¿sí ves?, la nariz es un pepino.

—A ver —dije al acercarme. Me incliné y vi las peras, berenjenas, ajos, hojas y hasta una mazorca que formaban la cabellera del personaje. Un melocotón prestaba su piel al pómulo y una alcachofa brotaba del pecho como un corazón extirpado. Y bajo el pepino, muy coquetas, dos cerezas brillantes hacían de labios.

En ese momento noté que nuestras caras estaban juntas descubriendo el juego del pintor; volteamos al tiempo y nos encontramos ojos contra ojos. Tenía aún gotitas diminutas de sudor en el bozo; había estado en el gimnasio antes de pasar por el despacho. Genial, dije y miré hacia el escritorio en un acto defensivo, como evitando lo que parecía evitable. Ella dijo que le encantaba y con entusiasmo de niña dio un saltico y giró hacia su silla.

Nos tomamos el café hablando las pendejadas que se dicen cuando no hay mucho que decir; que ya se venía el invierno, que este año sí parecía que iba a apretar bastante, que después de lo de septiembre esta Navidad no iba a ser lo mismo para mucha gente, sobre todo allá en Estados Unidos, que les ponen tanta parafernalia a estas fechas, porque aquí somos más de Reyes, aunque soy antimonárquica, dijo riendo; que si yo no extrañaba mi casa, mi gente, que dónde iba a pasar Nochebuena. A ver cuánto es el saldo que tenemos, por fin me libro de esto, créeme que pasé mucho miedo con todo lo del permiso, pero espero que haya sido por una buena causa.

—De verdad le agradezco mucho, doña Neus —dije ya sentado y sacando la billetera—. No sé cómo agradecerle, no tengo palabras sino de gratitud.

—Nada de doña Neus, que me haces sentir vieja y no lo soy —dijo sin alzar la vista y firmó un comprobante que acababa de rellenar—. Aquí tiene, dooon Abilio —estiró su mano y me lo entregó.

Saqué la plata y la conté poniendo uno tras otro los billetes sobre el cuadrado de cuero que cubría el centro del escritorio gerencial y, al terminar, alcé la mirada, que ella acababa de levantar también. Los cogió, los volvió a contar y después los metió en el primer cajón. Volvió a mirarme con una sonrisa distinta y se le expandieron las fosas de la nariz en un gesto que me hizo recordar a alguien, pero antes de caer en cuenta quién era ese alguien se bajó la cremallera de la sudadera dejando al descubierto una camiseta ajustadísima del mismo material sensual y que dejaba entrever su par de supremas bajo el blanco húmedo de la tela.

—¡Qué calor! —dijo, y a manera de disculpa agregó—: Entre el gimnasio y la calefacción mira cómo estoy —remató mirándose el pecho.

—Le hace muy bien el ejercicio, Neus —arriesgué.

—Antes de irte, ayúdame a colgar el cuadro —dijo y se levantó quitándose la sudadera del todo.

12

¿Sí ve?, siempre que voy al baño meten gol. Dos a cero; imagino que ya se les pasó el culillo, el miedo. Eso es lo que pasa por tomar cerveza, que uno resulta devolviendo a la madre tierra el ámbar líquido sin siquiera haberlo pagado; debería hacer un descuento y cobrar sólo el alcohol que se me sube a la cabeza, míster Wong.

Don Pere Piera tenía ochenta años cuando lo conocí y parecía mucho más joven; no te has dado cuenta de que acá a los cincuenta parecen ya viejos y después como que se detienen ahí y duran y duran, rosaditos, barrigoncitos al sol hasta que los hijos los mandan a un asilo y ahí sí emprenden la recta final. Había nacido en plena República, libre y rojo, pero justo antes de cumplir sus siete años perdió a su padre en la batalla de Lleida; los recuerdos que tenía hasta esa edad se le borraron y empezó otra vida, la de un hombrecito menos libre y menos niño; lo dijo con los ojos empañados en el tercer encuentro que tuvimos en el mismo escaño del parque cuando ya entrábamos en confianza y, como pude comprobar después, me lo había contado porque entre otras cosas no tenía con quién hablar. Sus amigos habían ido viajando al país de nunca volver, uno por uno, y había quedado solo en su pisito del Carrer dels Petons, cerca del parque en el barrio de La Ribera.

—Jove, y usted a qué se dedica —preguntó don Pere un día—. ¿No te has fijado que aunque lo conozcan a uno más o menos, en el edificio, en el trabajo, en el mercado, nunca te preguntan qué haces? No se interesan lo más mínimo en tu vida, salvo que trabes amistad y eso a duras penas. Por un lado, bueno, por otro no tanto.

—Don, pues por ahora a buscar trabajo, es que acabo de llegar —le respondí y ahí vi el chance de meterme por donde quería meterme—. Yo allá trabajaba de lleno en el sector del comercio internacional colombovenezolano, trayendo mercado y cositas desde el otro lado.

—¡Ah!, estraperlo —dijo seco don Pere de inmediato.

Yo quedé paralizado unos segundos pensando en qué decir. No sabía si responder pues, claro, qué otra cosa puede hacer un joven pobre y sin estudios, y así destapar mi condición arriesgándome a ser reprobado por el viejo; o matizar el término y tantear a ver qué opinaba de aquella práctica. Pero por el solo hecho de dejar pasar esos instantes me di cuenta de que ya estaba respondiendo y, antes de decir cualquier babosada, él lo dijo por mí.

—Sí, contrabando, comercio ilegal de bienes introducido en clandestinidad por bandidos sin pagar tasa alguna a otra clase de bandidos —dijo mirando al frente y con un aire de satisfacción que me dieron un respiro halagador.

—Pues sí, mi don, no le voy a mentir —le dije—. Eso hacía y es lo único que sé hacer bien.

—Pere Piera, para servirle —dijo volteándose hacia mí y estirando la mano—. Especialista en el ramo en los años cuarenta y cincuenta y retirado de la profesión con honores —remató con el talante divertido que dan los recuerdos gratos aunque se hayan pasado aprietos y sinsabores.

Se le iluminó la cara y pareció ver en mí a aquel muchacho que, al crecer solo con su madre y dejar la escuela muy temprano, se dio cuenta de que hacer queso con ella le sabía a cacho y era mejor unirse a una banda de jóvenes paisanos que hacían sus primeras incursiones por la zona de Alins, a hora y pico de su pueblo, esquivando a la guardia del tirano de voz asordinada, esquivando el Pirineo y sus vientos implacables, esquivando las sombras y el miedo de la noche.

Había crecido en La Seu d'Urgell junto a su madre, que quedó íngrima al perder toda su familia en el bombardeo de esa batalla. Diumenge 3 d'abril de 1938, migdia, pluja de bombes en un dia assolellat. Domingo 3 de abril de 1938, mediodía, lluvia de bombas en un día soleado, recitó y tradujo, como si fuera un poema; en los días siguientes a la refriega, la señora Nubia o Nuria —no recuerdo bien— y su hijito Pere se enteraron de que la media docena de familiares que vivían allí habían muerto cuando los nacionales tomaron Lleida; del padre, alistado en una brigada mixta, no se supo más; nunca apareció su cuerpo ni noticia alguna sobre su paradero. Llegaban voces que

decían que lo habían visto en las últimas escaramuzas del Ebro, que lo habían ajusticiado en Segre, que estaría en cualquier fosa común, cosa que dolía cada vez que un chisme corría por ahí. Y peor cuando las voces partidarias de los ganadores les hacían saber que había huido a México, que los había abandonado el muy cobarde. Pere tuvo que comerse toda esa basura desde niño. Apenas recuerdo a mi padre, ¿sabe? Su rostro se borra, se empaña cuando lo evoco, decía como exprimiendo el cerebro. Tenía una foto que perdí en la última mudanza y sólo lo tengo acá en mi cabeza, cuando la cabeza da para verlo. Es mi héroe, pero también es mi gran agujero, y vaciló mirando el suelo de tierra.

Le dije mi nombre, le dije que lo que se le ofreciera con mucho gusto, como decimos en mi país a veces de verdad, a veces como algo automático. Pero lo mío sí era de veras, porque el viejo era como el abuelo que nunca había conocido y porque —no lo puedo negar— me podría dar pistas de cómo aventurar alguna ruta por Andorra, así el negocio estuviera alicaído por esos días.

—¡Qué vaina! —dije, como decimos para decir lo siento—. Esa guerra sí fue la embarrada, ¿no?

—¡Y lo que vino después, noi! —dijo resignado.

—Nosotros llevamos medio siglo en guerra —dije yo como para equilibrar—. Y nos jactamos de ser la democracia más estable de Suramérica.

Ese día se nos alargó el chico más de la cuenta y don Pere me pidió que lo acompañara a echarles la ración a los patos y fue contando cómo él había hecho su propia guerra burlando una y otra vez la frontera, trayendo comida, tabaco y hasta revistas y libros que en Catalunya no se podían tener, y menos en el resto de España. Metía la mano regordeta en la bolsa y tiraba los trozos enteros de pan mientras iba contando, estaba tan complacido con mi compañía y tan contento de contar sus historias que me invitó a un menú en un rinconcito del Borne ajeno a turistas y otros intrusos.

Contó, mientras yo daba cuenta de unas habas a la catalana, que había empezado con sus amiguetes, que eran tres y hasta cinco años mayores que él, haciendo primero labores de centinela, haciendo voces de búho o tocando cencerros y después echándose al lomo fardos con

tabaco o aperando burros, y más tarde aprendiendo a manejar un Land Rover de un socio navarro que apareció huyendo de los antiguos carabineros. Hacían sus incursiones de noche, a veces por caminos improvisados, otras por tramos de la carretera que pasaba por el pueblo de Tor y otras, cuando la cosa se ponía fea, por el monte.

Su madre sufría mucho, siempre lo reconvenía y le decía que siguiera con ella, que los quesos le salían muy bien, que ganaban lo justo y le alcanzaba para vestirlo y enviarlo a la escuela como Dios manda. Pero él nada, así tuviera trece años se le había medido a la aventura, que él era duro para andar por donde hubiera que andar, dormir donde hubiera que dormir y hasta llegó a pensar que daría o quitaría la vida en su empeño por salir de pobre y burlar a los de la capa y el tricornio; creo que lo hacía en memoria de su padre también, pues siempre hacía alusiones a él, a su valentía para enfrentarse a la naturaleza y a la naturaleza del enemigo, así se lo estuviera inventando o tuviera por cierto lo que su madre le había contado; esas historias que escuchamos de niños y que de tanto recrearlas una y otra vez resultan tan reales, tan veraces, que hasta juramos haber estado allí, como si las hubiéramos visto por televisión la noche anterior.

—Hice buena pasta, como dicen ustedes los jóvenes —dijo limpiándose la boca con la servilleta de papel—. Me costó lo suyo, pero si ahora estoy tan tranquilo es gracias a esos quince años que le dediqué al oficio.

—Pues pasta de esa quiero yo, don Pere —dije animado por el vino turbio—. ¿Sabe cómo estará la cosa ahora?

—Compte, noi —dijo con algo de repulsa—. Cuidado, chaval, el año pasado echaron el guante a más de cincuenta tíos.

—¡Ah, carajo! —dije.

Don Pere se estiró hacia atrás y con la familiaridad de quien frecuenta siempre el mismo sitio le hizo una seña al dueño, que llegó un par de minutos después con dos cafés y una botella de orujo. Me presentó y, medio en serio medio en broma, le contó en su catalán leridano algo así como que yo era un fardero importado de Suramérica que quería hacer de indiano pero al revés. Yo cogí la cosa al vuelo, el contexto, ¿no?, así como cuando uno oye hablar en inglés y no entiende casi nada pero, por dos o tres palabras, cree saber de qué

están hablando, ¿cierto? Pues eso.

Le dije al dueño que le echara más agüita al café, que nosotros lo tomamos así, y mientras volvía me zampé el chupito de orujo sin cerrar los ojos; fue como el aguardiente de hierbas que probé algún día en un páramo de mi tierra, un lamparazo que espantó el sopor de las habas y las albóndigas que pedí de segundo y del flan que casi no me cabe, pero una invitación era una invitación y cómo la iba yo a despreciar.

—Compte, noi, compte —volvió a decir don Pere—. Una operación de las grandes en toda regla; desmantelaron toda la red los muy cabrones —remató no sin cierta ceremonia de veterano.

—¡Ah, carajo! —repetí.

13

—Mire, esta es la Tuti, ella Belén, Venus, Magdalena, y la flaquita es Amatista; todos nombres artísticos que les pongo yo, son mis estrellas de la noche, pero si al joven se le ofrece un servicio diurno estarán encantadas de atenderlo, eso sí, pasando antes por caja.

Esa fue la introducción que la madame hizo al sentarnos al mesón de la cocina donde habían llegado las divas después del duchazo. Todas se rieron con una risita distinta a la burlesca del recibimiento. Yo acompañé con la mía el comentario de la madame. Eran de fuera, ninguna pamplonuda, ninguna coica, lo que me recordó un desplante que escuché alguna vez y que decía que con mis paisanas no se hacía un buen caldo. Pero es mentira, hay chicas bonitas, Wong, lo que pasa es que, como siempre, las mejores son las inalcanzables, las niñas bien que uno apenas ve de lejos en los desfiles o en los partidos de básquet o en las procesiones. ¿Coica, coico? Pues es un mote que nos tienen los cucuteños; quién sabe de dónde viene la palabrita, pero a esos carapálidas —como les dice mi madre— les encanta.

Estaban sirviendo la aguapanela caliente cuando entró ella, la más grande, la más suntuosa, la más alegre, la más mandona, ella, la única, la irremplazable, Miladys Mayorga, mi mulata en la sombra, mi luz de muchas tardes oscuras, mi soporte, mi confidente, mi hermana, mi amante, mi cliente, mi alumna. Entró vestidísima de flores, con un vestido largo y una flor de papel crepé a un lado de su moña que coronaba una cabeza algo pequeña para semejante armario de mujer. No sé si te dije, pero sentado le calculé más de uno con ochenta, más los taconcitos de sus sandalias más la moña iba llegando casi al dintel de la puerta.

—¡Y Miladys, mi joya del Nilo! —exclamó triunfal la madame al verla entrar—. Es la misma que le llevó la maleta, mijo, pero disfrazada con vestido dominguero.

—Déjate de bromas, Pantera, que ahuyenta al sardino —dijo mientras acercaba una silla y la ponía junto a mí.

—Y cómo se llama el parguito rojo —dijo otra al verme como un tomate.

—Abilio —dije sin más—. Muy buena la arepa, doña —concluí, arrinconado entre la melena rubia de Venus y la fragancia arrebatadora y el bíceps derecho de Miladys.

Ella es de San José del Purgatorio, un pueblito largo sitiado por ciénagas y a orillas del río Magdalena, de donde se sale sólo en lancha o en planchón y del que su papá la sacó a los once años hacia El Carmen de Bolívar después de la muerte de su madre. Me lleva tres años no más, pero parecía mucho mayor. Y como suele pasar con los papás que no saben qué hacer con una niña de once años, pues se la dejó a unas familiares que la pusieron a lavar ropa de casa en casa y, cuando sus piernas empezaron a alargarse y sus caderas a expandirse y sus pezones a ennegrecerse, fue asaltada allá en los lavaderos por los hijos de los patrones y por los mismos patrones, quienes le propinaban unos polvos urgentes alzándole la pollera de colorines y bajándole los calzoncitos de algodón, arremetiéndola desde atrás mientras ella amasaba la ropa de turno con jabón azul.

Me dio tanta rabia el día que me lo contó que tuve ganas de pedirle el revólver al Topo Gigio, coger dos cajas de munición y un bus para ir a buscarlos y darles un pepazo uno por uno a esos desgraciados. Es que, como podrá estar imaginándolo, nos enganchamos, así como lo oye; fue terror a primera vista, pero con los días caí en cuenta de que yo le atraía; venía por el solar en las mañanas y cuando coincidíamos me regalaba moras o higos que recogía en una canastica de mimbre. Es raro, ¿no?, qué podrá pensar usted, que un muchacho normal, con lustre por el ala materna como yo, se liara con una prostituta así sin más, pero fue como un bautismo, fue la luz que me sacó de las páginas de las revistas y los folletines porno a la mismísima meca del placer en vivo y en directo.

Después de aquel desayuno donde parecía un perrito con la cola entre las patas, empecé a hacerme al sitio, poco a poco, nada fácil, pero entre la necesidad de tener donde dormir, la novedad del burdel y la emoción del contrabando pues ni cuenta me di en qué momento

yo entraba allí como si fuera mi casa y asumí que aquel lugar no fuera más que un internado donde se daban lecciones para párvulos y de repaso para los hombres carentes, los asiduos y de algunos remilgados que necesitaban unos alcoholes para ir a descargar toda su hombría en esa media docena de muchachas desamparadas, que abrían y cerraban sus piernas por unos pesos que apenas les alcanzaban para reponer el vestuario de vez en cuando, comprarse un colorete más o algún disco de música romántica.

Atienda a la señorita y ya le sigo contando… Cuando vienen solas casi siempre es para comprar tabaco, ¿cierto? Cómo fuman estas chicas, la boca les debe saber a cenicero y yo a ese recipiente no le meto la lengua ni crazy; Miladys fumaba poco, pero el encoñe era tal que a mí me sabía a jamón ahumado. También le daba a veces a la marihuana y apenas tomaba trago. Como a la segunda semana de estar en El Camellón apareció en la puerta de mi pieza una tarde después de almorzar, tocó en el metal y yo, que estaba tomando una siestecita, me levanté como un rayo sin saber quién era. Tal vez la madame a pasar revista y recordar que mi estadía era provisional; el Topo Gigio o Bocadillo con alguna urgencia, o mi papá que venía a sacarme de una oreja calle arriba hasta mi casa. No. Era ella. Abrí y estaba ahí, al pie de la puerta con una mano en la cintura y la otra escondida detrás; venía forrada en un vestido blanco sembrado de flores que hacía resaltar su piel y estaba tan guapa, tan prístina, Wong, que olvidé por un momento que estaba ante una fufurufa, que se trataba de una chica que venía a ofrecer alguna gama de perfumes de catálogo o algo así; la verdad, venía a proponer una especie de trato enmascarado; así son las chicas, hermano, dicen las cosas sin decirlas, le toca a uno desenroscar la rosca, y más yo que era un postadolescente bisoño entonces.

—Hola, Nene, durmiendo a estas horas —dijo sonriendo—. Yo lo hacía leyendo la Biblia —se burló.

Quedé mudo.

—Mira, le oí a la Pantera que te gusta leer, que eres bachiller y todo eso —dijo y estiró la mano para entregarme unos libros.

—Gracias —dije, y al ir a cogerlos ella encogió el brazo y los escondió coqueta en la espalda.

—Pero en esta casa nada es gratis, Nene —replicó frunciendo el

ceño—. Te los regalo si me los lees, es que yo no aprendí mucho —terminó, torciendo la boca con un dejo de vergüenza.

Traía tres libros, uno de Gaitán Durán, un poeta pamplonés que se mató en un avión; otro era *Los tres mosqueteros* en edición infantil. Mira, te pareces a este, dijo, así con chiverita y melenudo. Y el otro era uno de fotografías de Leo Matiz. Le dije que claro, que con mucho gusto, sin saber los alcances del acuerdo; es que era muy ingenuo, hasta ahora estaba rompiendo el cascarón y, con ese candor, le dije que cuando quisiera le leía y ella, ni corta ni perezosa, dijo que de una vez, que tenía toda la tarde, que la clientela en serio llegaba después de la cena.

—¿De dónde los sacaste? —fue lo primero que se me ocurrió preguntarle.

—Una, que tiene clientes intelectuales pero sin plata —dijo respingando la nariz.

Resulta que un aspirante a poeta le robaba los libros al papá que era un doctor y le pagaba así, a manera de empeño, pero nunca venía a sacarlos y, por el contrario, cada vez traía más diciéndole que esos sí eran caros, que eran ediciones espléndidas, al punto de que la mesita de noche de Miladys no daba abasto y había empezado a apilarlos en un rincón; al final se los recibía por lástima porque el poeta —en palabras de ella— soltaba la tinta muy rápido, en fin, que no daba la talla en la cama y no le quitaba mucho tiempo. De manera que así fue como empezó mi nutrición en materia de literatura y conocimientos varios, mi querido Ai Qing. En el año larguito que estuve allí me zampé media biblioteca del tal doctor, de la cual ella también fue partícipe, por supuesto. Un vicio que mi Dios me dio, le dije un día a mi mamá.

—Siga, siga, la verdad estaba escuchando las noticias —dije y sentí ese sudor en mis manos.

—Contando muertos habiendo tanta vida —dijo ella, con esa filosofía de la gente que no pretende filosofar. Siguió, fue directo a la cama, se sentó y alisó el tendido, despacio, con las manos.

Yo en cambio fui directo a la silla de la mesitaescritorio y abrí sin pensarlo el de poemas, por donde estaba el punto de libro; escuché que decía léeme, Nene, y la voz la sentí como dentro de un cono y yo,

como ido, fui al tercer verso del poema que estaba subrayado con resaltador magenta y leí:

Hacia el azul del mar corro desnudo.
Vuelvo a ti como al sol y en ti me anudo,
nazco en el esplendor de conocerte.

Aún no sé si ella puso la marca a propósito, pero el caso fue que al terminar el verso levanté la mirada y ella se había descalzado; estaba en mi catre, con toda su humanidad florida y sus ojos cerrándose y volviéndose a abrir en cámara lenta y yo, en cámara rápida, volví al libro y fui al principio del poema:

Sé que estoy vivo en este bello día
acostado contigo. Es el verano.
Acaloradas frutas en tu mano
vierten su espeso olor al mediodía.

Al subir la vista otra vez, se había desabotonado y tendía las dos manos hacia mí diciendo con una voz neutra: Ven, Nene. Podría decir ahora que también estaba inquieta, que era otra cosa, que no era la putita hecha a la fuerza sino la chica provinciana como yo, que necesitaba algo distinto. Puse el libro sobre la mesa y me levanté, pero no fui a sus brazos; mi pudor me llevó hacia la puerta, no para huir, que casi, sino para cerrarla. Me volteé y puse las manos atrás sobre el metal helado asegurándome de que estaba bien trancada y me acerqué despacio, sudando como una bestia y con esa incomodidad en el pantalón.

—Ven, ven, Nene.

14

A ver, a ver, no se me erecte, míster Wong, después le cuento el cuento; volvamos al día de la escapada de la policía. La sensación de júbilo de Bocadillo y el subidón de adrenalina que sentí fueron mitigados por los insultos del Topo Gigio, que nos esperaba de madrugada en las casuchas emparamadas con los ojos de rata encendidos y las orejas rojas como fresas.

—¿Y estos güevoncitos dónde putas se habían metido? —dijo al vernos llegar. Se estaba ajustando la correa en lo que yo interpreté al revés y creí que nos iba a coger a lapos, pero no, venía del baño—. ¿Es que ahora se mandan solitos?

Bocadillo le soltó la verdad pero a pedazos y en plural, echándole la culpa a la intransigencia del policía nuevo, diciendo que nos habíamos visto obligados a realizar la maniobra y tal; yo permanecí callado porque sabía que si abría la boca el Topo me sacudiría con un alarido, y también callé por el alivio de saber que él tenía claro que yo no iba conduciendo.

—¡Cómo se les ocurre volarse así de los tombos!, ¿en qué carajos estaban pensando? —arremetió el Topo—. ¿Y ahora qué?, ¡me van a traer la mercancía en mula, burros! —finalizó contra Bocadillo.

—Ahí está completica —refunfuñó Bocadillo—. Bueno, un par de vainas que le dimos al Berenjeno por darnos posada.

—Y usted, chino, ahí callado la jeta, ¿para qué le doy responsabilidades? —dijo empujándome por el hombro.

—Si no fuera por el olor a gasolina no habría pasado nada —dije.

—¿Para que deje hacer a este Fittipaldi lo que se le da la gana? —y siguió empujándome sin escuchar lo que yo decía.

—Todo por la tacañería de no cambiarle el empaque al tanque —dije ofuscado y me arrepentí un segundo después.

—¡Ah!, ¿entonces el de la culpa soy yo? —gritó el Topo—. ¿No se ha

dado cuenta de que ya no estoy para detallitos de esos?

—Pero como dice que no le toquemos su bólido de mierda sin autorización… —le reviré.

—No me suba el tonito —dijo señalándome con el índice y a punto de pincharme una pupila—. Soy su jefe y a mí me habla con respeto.

Se dio la vuelta y se fue renegando a revisar el carro, que qué tal el culicagao este, se le subieron los humos, se le suelta la pita y ya quiere enlazarme, no vaya a pasarle lo que le pasó al hermanito; ahora tocará pintar el Dart de otro color y me reponen el espejo. Tocará esperar a que se calme la cosa, pero ustedes me responden como sea por eso y por los viajes que están pendientes, par de bestias; qué creyeron que estamos jugando a presos y polis…

A Bocadillo y a mí nos tocó ir a negociar con un colega de medio pelo que contrabandeaba carne en una furgoneta que olía a diablos, para poder hacer unos viajes extras de alcohol y cumplir con la cuota; nos la alquiló a buen precio y sólo medio día, pero nos tocaba echarle gasolina, mejor dicho, que lo que nos tocaba de sueldo esa semana lo pagamos trabajando a diario en el furgón, oliendo a sangre y huesos podridos y pagando coimas más altas a la policía.

Pero lo que me quedó sonando fue lo que dijo de mi hermano. Cómo así que me podría pasar lo que le pasó a Hermes; qué sabía la zarigüeya esa de la muerte de mi hermano. Yo creo que el Topo también se arrepintió de decirlo, porque todo ese tiempo estuvo rehuyendo; se la pasaba entre Cúcuta y Venezuela y mandaba a decir que siguiéramos con ese ritmo, que él estaba enterado, que nos entendiéramos con Cuajada que para eso estaba, en fin, que se perdió unos días y sólo mandaba razones, que siguiera así, que yo iba muy bien; un día quisimos vernos con él en la gasolinera de siempre y nada, que cuando terminara unos bísnes íbamos a reunirnos todos en Pamplona para cuadrar cosas, y así, recados para mí y para los demás; a veces llamaba a Bocadillo y sin oír al Topo yo intuía el tema por sus expresiones: sí, jefe, claro, jefe, todo bien, jefe. ¡Nooooo, Jairo! ¡Cóooomo se le ocurre, Jairo! Ni más faltaba, jefe, aquí para servirle, jefe, sí, sí, no, no, hasta luego, jefe, suerte, jefe.

Así eran todos los del grupo, sumisos, obedientes, lo seguían, le temían, hasta lo admiraban. Era de entender, el Topo Gigio los había

sacado de la miseria o de chupar pegante o de estar pidiendo en la calle o de ir por ahí de raponero barato. El grupo era: los dos guardianes de las casuchas; una pareja de viejos que en realidad eran labriegos, cultivaban curubas y tenían un par de cerdos y unas gallinas, y cuidaban la mercancía del Topo que surtía el mercado local; Cuajada, que llevaba las cuentas y hacía mandados y untaba funcionarios, y Bocadillo, chofer oficial y un gocho, el guardián de San Antonio, que velaba por el búnker fronterizo. Y, bueno, yo, que según el Topo debería tomar el mando poco a poco mientras él buscaba otros horizontes en la diplomacia del comercio exterior, como le gustaba decir entre risas.

—Oiga, chino, usted debería aplazar ese caprichito de irse a tierra chapetona —dijo una noche de tragos en El Camellón—. Ha salido bueno a fin de cuentas, piénselo y verá cómo le va mejor de lo que espera.

De vez en cuando me tentaba con esos piropos, que era el único del equipo que tenía futuro, pero yo seguía ahorrando y haciendo lo que mejor se me daba, que era negociar en San Antonio o en San Cristóbal, o incluso en un antro llamado La Parada; serían los genes mercantiles de mi papá, porque sacaba los mejores precios posibles a los proveedores y aseguraba unos buenos márgenes de este lado del río triste; incluso llegamos a dominar un stock que nos permitía guardar para épocas de escasez y especular. Iba bien y lo disfrutaba. Hasta me daba el lujo de tener tres bluyines al tiempo y un pantalón de pana para cuando se ofreciera ir mejor vestido; zapatos de suela finos y deportivos último modelo y camisetas estampadas con nombres gringos, todo un lujo para mí. Hasta quise invitar a cenar a escondidas a mi mamá al restaurante del mejor hotel de Pamplona, pero mi papá se enteró y se negó a dejarla salir de casa, a esas horas y con ese malandrín, dizque dijo.

¿Curuba? Hombre, un fruto de tierras altas, con una flor hermosa, fucsia, en forma de lámpara de diseño. El día que los cocineros moleculares conozcan las curubas van a to flip, my friend. Y cuando prueben la yuca, ni le cuento; son primicias del suelo americano que, al igual que el tomate y la papa, pueden cambiar la ruta intestinal del viejo mundo.

Lo de Hermes seguía dándome vueltas en la cabeza y pensé ir a preguntarle a mi papá, pero un amigo del mercado me disuadió; dizque le había escuchado decir que si aparecía por allá me sacaba a correa, por lo que desistí. A mi mamá, ni modo, para ella era un tema cerrado en cuanto a las circunstancias, que en realidad sólo sabían los responsables de lo que le hubiera pasado a mi hermano. Mi inmenso y turbio Yangtze Kiang, cuando en mi país desaparecen a alguien es como si se lo hubiera tragado el río; y como Hermes era policía pues hubo revuelo y la exhaustiva investigación que no paró en nada, hasta donde me enteré de pequeño. La verdad yo también adopté la posición de mamá, de no querer saber cómo ni quiénes se lo llevaron, más bien esperábamos con estoicismo que cualquier día llegara y tocara la puerta con su golpeteo a manera de clave que le conocíamos, ilusión que se fue apagando como los ojos de la vieja, que pasaron del brillo de las canicas al ámbar opaco de las botellas de cerveza.

Pero el comentario que se le salió al Topo me sacó de ese letargo conformista y empezó a convertirse en pensamiento recurrente. Veía un poli por la calle y creía que era él, como al principio de su desaparición; despertaba a las tantas cuando escuchaba de nuevo "no vaya a pasarle lo que le pasó al hermanito", pero lo decía el verdadero Topo Gigio, el muñequito de la televisión mejicana con su vocecita, su mameluco y su suéter rayado; o cuando estaba leyendo se me iba la bola y resultaba pensando mil imágenes terribles con mi hermano amarrado, con mi hermano torturado, descuartizado, con una pistola en la nuca, tirado en una zanja con los chulos sacándole los ojos.

—Miladys, ¿usted conoció a mi hermano? —le pregunté una noche después de un supergriego invertido.

—No, mi Nene, no —respondió medio dormida—. Pero me hubiera encantado —prosiguió coqueta.

—No joda, que es en serio —la codeé con la fuerza justa para que cambiara de tono.

Se enderezó con sus movimientos lentos y calculados, puso la almohada contra la pared y recogió las cobijas para taparse toda. Pidió un cigarrillo y lo miró como buscando las palabras, lo pasó por su nariz de lado a lado y mirándolo fijo le dio fuego ladeando la cabeza. Después aspiró hondo y tiró el humo por las narices, cosa que me

fastidiaba en ella, una de las pocas cosas que me molestaban de mi beldad caribe. Pareces un dragón cuando haces eso, le decía, a ver si dejaba la manía, pero nada, como que lo dramatizaba para hacerme enfadar y, si el enfado era mayor, me contentaba con una mamada sublime. Era como un juego inconsciente y a la vez deliberado.

—De pronto lo vi por acá, pero una no siempre sabe sus nombres, o porque no los dicen o porque se los cambian. Pero algo escuché el otro día —dijo con un tono que no le había oído. Me miró de reojo como para comprobar mi reacción y volvió la mirada a ninguna parte.

—¿Qué, Miladys, qué? —me afané a preguntarle.

—Anda, que no es nada, lo que tú sabes, que lo mataron, que se metió a la guerrilla, que desertó, tanto embuste que se escucha.

—¿Y qué más? —dije y me le encaramé a horcajadas.

—Nada, Nene, y quítate de en medio que me voy, que yo amanezco en mi catre o me mata la Pantera —dijo mientras cogía mi cintura y me alzaba como quien cambia un florero de sitio—. Si quieres, te averiguo, que aquí chisme es lo que llega; tú vieras, esto a veces más parece un confesionario que una casa de putas.

15

—Compte, compte… Sabe don Pere que en mi Pamplona ciertas señoras dicen así, cuenta, cuenta; cuenta se cae, mijo, cuenta la roban, mija, cuenta lo secuestran, cuenta lo extorsionan, cuenta la violan, cuenta la estafan, cuenta lo vuelven a secuestrar, cuenta lo desaparecen, cuenta lo quiebran —y seguí echándole el cuento.

Expresiones y palabras que viajan, Wong, se aclimatan, habitan en ciertos reductos, se retuercen, se truecan, y permanecen y también se desvanecen. Debe ser un rezago de la lengua catalana, que quedó como un animalito aislado, en vía de extinción. ¿Sabe que en mi Pamplona importante y colonial echamos al corregidor catalán Joan Bastús i Falla y proclamamos la independencia en 1810? Según los que escriben la historia, fue un "hombre altivo, despótico, insolente y esbirro de Fernando VII", que nos llenó de impuestos y denigró de los cabildantes y menospreció a las gentes principales ganándose en un dos por tres su animadversión; y eso no fue lo peor, intentó prohibir las fiestas de San Pedro y San Juan y eso sí que no. Si algo nos gusta a los pamploneses es la fiesta, la bebeta, la bailadeta y la rezadera. Y al hijo ilustre de la villa de Tremp no le dio por otra cosa que echarse al pueblo encima. Pues se le dio la respectiva patada en el culo y pa'fuera. Nosotros dizque nos independizamos y el pobre Joan fue encarcelado, trasladado y retornado. Me contó un paisano que logró averiguar la última pista que se tiene de don Joan, que debió contar sus últimos días como magistrado jubilado de la Audiencia de Valencia a la edad de ochenta y tres años…

Toda esa cháchara le conté al viejo y no seguí porque don Pere estaba pestañeando y como que no había escuchado sino la mitad. Lo acompañé hasta su piso de la Calle de los Besos —así en castellano para compensar— para que hiciera su siesta reglamentaria y a solas, porque, según me contó, en otras épocas más eréctiles llevaba de vez

en cuando a una querida que despachaba pescado en el mercado de Santa Caterina, quien le propinaba unos polvos mediterráneos y escamosos que él sobrellevaba a cambio de que después ella lo bañara y lo perfumara con agua de colonia Añeja, uno de los poquísimos productos madrileños que aceptaba comprar, una especie de boicot personal ante la tierra que dio cuna a los asesinos de su padre y maltratadores de su país. ¡Malparits!

Días después hice un viajecito por Andorra la Vieja en autocar; no era muy buena época, o sí, depende, como dijo Einstein. Compras de Navidad mezcladas con compras profesionales pues sí y no. Por un lado el hervor frío de los padres comprando un juguete tres euros más barato y una loción otro tanto. Y ropa de invierno, y relojes y equipos electrónicos. Muy parecido a San Antonio, pero con treinta grados menos. Yo, como para ir tanteando, traje varios cartones de cigarrillos —los permitidos y otra dosis que me trajo un muchacho a cambio de nada—, un Armañac que me encargó don Pere, y unos bombones finísimos para Neus. Pero la diligencia real era buscar mayorista, cosa que no resultó muy difícil más adelante. Esa tarde pasé con ese pequeño cargamento como si nada, pero estaba claro que, para el asunto a mediana escala, por ahí no era la vía.

—Tiene que ir por la ruta de Alins y Tor que le he contado y en un 4×4, jove —dijo el viejo saboreando su traguito—. Y bien acompañado, que han pasado cosas terribles, tan terribles como incontables.

—¿Y a usted no le interesa invertir en una joven promesa del oficio? —le disparé a don Pere con el valor que dan unos brandis.

—Pásame el pan rallado —cortó haciéndose el sueco—. Que con tanto alcohol las albondiguillas nos van a quedar como pirámides.

—Bon Nadal, don Pere, gracias por la invitación —agregué yo como otro sueco.

Pasamos esa Navidad juntos y solos. Le ayudé a cocinar la escudella. ¿La ha probado? Plato típico de la Navidad catalana; una sopa poderosa con butifarra, unos tubos de pasta inmensos y otras carnes quien puede y con pocas cosas el que no puede. Me contó que en las épocas duras su madre apenas le echaba un hueso y algo de manteca y macarrones. Yo le conté que en mi casa se hacían tamales y que donde

los ricos dizque comían capón. Le preparé unos buñuelos con harina de yuca y queso, otras esferas pero más grandes y fritas; aunque esa noche esferas no hubo; resultaron con unos tumores de diferentes formas que nos hicieron reír comparando las redondeces de carne con las de harina. La pasamos muy bien esa noche; yo le improvisé un Belén con botellas de distintos tamaños y le recité parte de la novena de aguinaldos que había aprendido de chiquito. En fin, que cenamos y bebimos hasta caer, eso sí, tempranísimo y redondos como dos amigazos con sesenta años de diferencia, antes de que el Niño Jesús hiciera sus primeras arengas.

—¡Eh, noi! —me despertó don Pere como a las doce y pico—. Ve, ve a dormir a tu hostal, que en este piso dos hombres no han pasado la noche jamás ni la pasarán.

Se carcajeó mientras tomaba camino de su cama y con un grito de anciano ordenó que cerrara la puerta al salir, que tampoco quería que se le colara ninguna mujer. Esa noche supe dónde dejar un rollo de euros que tenía de reserva; la casa del viejo era perfecta y don Pere —así no lo supiera— era garantía para que estuvieran a salvo. Fui hacia la galería y encontré un tarro pequeño de pintura medio lleno, lo metí allí dentro de una bolsa plástica y lo escondí detrás de la lavadora en el suelo, fuera de su alcance.

Como yo soy de Papá Noel y no de Reyes, salí hacia el Bogavant a entregarle los chocolates a la jefa, a sabiendas de que el restaurante estaría a reventar con la cena que ella organizaba para sus paisanos cada año, a los que invitaba a la mentada sopa y quienes acudían como acuden los pensionados a las chocolatadas de barrio. Miré a través de la vidriera y no la atisbé en principio; sólo vi que la gente tenía ya la cara flácida a causa de las incontables cucharadas; la mayoría estaba fumando o tomando el postre y otros rematando con chupitos amelcochados.

Al fin entré, porque si había decidido ir era para entrar y entregarle el regalo y ver qué cara hacía después de nuestra clavada del cuadro a cuatro manos y de la clavada clavada a cuatro piernas. Avancé por entre las mesas deseando feliz Navidad a la gente con esa sonrisita de borrachito contento, oteando pero nada.

—¿Ha visto a la jefa? —pregunté a Josep que venía cargado de

copas.

—En el despacho —dijo con prisas y apenas saludando con los ojos —. Y ni piense en subir.

Fue tan enfático que resolví ir a la barra y pedir un café; creí que ella me habría visto y se había escaqueado para evitarme; o que estaría arriba con Mariño dándole a la zambomba; pensé que lo mejor era irme y dejé los bombones con el barman; a fin de cuentas yo había ido a deshoras y era mejor encargar al azar el encuentro, encuentro que me tenía desvelado por las consecuencias que yo esperaba positivas, pues según mis percepciones la señora Coma había llegado a cotas altas de placer aquel día y podría ser mi tabla de salvación para mis planes empresariales y de bragueta.

—Está con dos guardias arriba —chismoseó Santi, el barman—. Su ex se apareció borracho a poner numerito y la jefa tuvo que llamarles.

—¿Ex?—dije espantando el último grado de alcohol—. Si ya me mostró la puntica, cuente el resto.

—Exmarido, ¿qué va a ser? —apuntó mientras le sacaba brillo a una copa—. Le echó por maltratos y el juez ordenó alejamiento, pero cada vez que bebe más de tres cervezas el muy cabrón se aparece por acá.

—Usted sí es mucho barman, ¿no? —le dije no sé si como reproche o como aplauso—. No tenía ni puta idea.

—Y como fue de la pasma, los colegas se la perdonan —dijo mirando el cristal como si estuviera ante el microscopio. De pronto se enderezó y abrió los ojotes como si le hubieran pinchado la espalda con un alfiler—. Les deseó buena noche, feliz Navidad y feliz año, y vi pasar al par de agentes a través del espejo con cara de haberse librado de un apuro aprendido.

—Oiga, hermano, ¿y el hombre…? —dije, con puntos suspensivos.

—Le llevaron a casita y santas pascuas. Y no es la primera vez — respondió.

—No, me refiero a que… ¿el tipo es poli?

El Santi contó que era exmosso d'esquadra, que lo habían echado por conductas xenófobas en el ejercicio de sus funciones y tal, además de las reiteradas denuncias por maltrato. Que según cotilleos que llegaban a la barra, el hombre trabajaba de freelance para una agencia de detectives y ofrecía servicios subterráneos de adiestramiento a

skinheads, neonazis, okupas y antisistema. Un facha, retrofacha, matón y mercenario que, además —en sus palabras—, se sentía muuuuy español. Lo que faltaba, pensé: siempre se tenía que atravesar un policía en mis asuntos.

Me tomé el café, le entregué el regalito para que se lo diera a la jefa, y cuando me levanté la vi venir. Tenía un vestido blanco y un tocado en el pelo que la hacía ver más grande. La vi con otros ojos; los ojos que los machos ponemos a las presas capturadas, que ya son otros, y los ojos celosos de quien acaba de saber que estuvo casada. Raro, me sabía mal el asunto, así ya fuera agua pasada, pero algo se retorcía en el estómago. Y raro que no sintiera lo mismo por Mariño; sabía de su rollo con ella desde antes, pero como ahora yo entraba a destronarlo, como que eran otros ojos los que ponía. Venía con la cara contraída pero le cambió al recibir el ¡viva Neus! de algún espontáneo alegrón; saludó en algunas mesas, haciendo ademanes de agradecimiento por la cena o de olvídalo ya ha pasado, a propósito del incidente. Al final se acercó a la barra, me miró como a un cliente conocido (o como a un cliente no invitado) y pasó de largo mientras saludaba:

—Bon Nadal, señor Ayala, ¿qué lo trae por acá? —dijo, y pidió al barman—: Un whisky, Santi.

—Feliz Navidad, doña Neus. Nada, nada, a esperar a Mariño, que iba a invitarlo a unos traguitos, pero como que le faltan cosas por hacer —mentí con algo de ironía.

Miró hacia un par de mesas de la pared y remató:

—Cierto, aquí el personal no sale antes de las tres —dijo sin mirarme—. Ve a tu casa, a ver si el Niño Dios te trajo regalitos —susurró con sorna al pasar por mi espalda.

Santi le puso el whisky y aproveché para desearles feliz Navidad en plural y salir hacia el hostal a dormir lo que ya se había convertido en resaca estomacal y guayabo en todo el centro del orgullo. Me dolió mucho su burla; que fuera a “mi casa”, sabiendo que no tenía, que estaba a más de diez mil kilómetros y algunos centímetros; que los regalitos del Niño Dios, sabiendo que no tendría ni medio porque entre otras cosas no tenía pesebre, o sea Belén, sí, esa representación con muñequitos que venden todos sus paisanos en los todoacién y no tienen ni idea qué son pero sí cuánto cuestan.

Yo le había contado lo que se hacía en Pamplona por estas fechas; que se rezaban las novenas, que se cantaban villancicos, que los mayores se emborrachaban, que los menos mayores echaban pólvora, que se apostaban aguinaldos, que hacían bailes en las casas y en los clubes, que no existía el gordo del traje rojo sino Niño Dios, que él traía los regalos hasta que descubrí que los calcetines y algún juego de mesa los compraban mis padres. Que en casa lo pasábamos aburridísimos pero juntos los cuatro, pues abuelos ya no tenía, mi papá tenía la familia en su pueblo y los familiares por parte de mi mamá le habían arrebatado su alcurnia y apenas nos determinaban.

Esa noche batí récord en llegar al hostal, no sin antes darle vueltas a la cosa; ¿por qué las mujeres son así?, me preguntaba. ¿Por qué tan borde?, como si nada hubiera pasado entre nosotros. Pero también me recriminaba por ser tan inoportuno, cómo me había aparecido así, medio borracho, medio dormido. Caminé mirando los balcones con lucecitas compitiendo cuál hacía más piruetas, pero ninguna pandereta, ningún cántico, acá no se ve eso, pensé, acá es otra cosa, acá son más de Reyes aunque antimonárquicos, eso sí.

Llegué al hostal y ni Silvia estaba. Encontré a una señora que la reemplazaba y a la que la luz de un arbolito ridículo le alumbraba la cara con colores multicolores. Me acosté como venía, con ropa y botas, y se me vino una imagen: estaba en casa, mi madre abría un tamal vaporoso quitándole las hojas con cuidado, servía café con leche y pan de agua. Me dieron ganas de llorar y lloré. Me dieron ganas de vomitar y vomité.

16

—¿Abilio? —dijo con su leve estridencia a través del teléfono.

—Sí. ¿Quién eres? —respondí haciéndome el loco. Después de tres segundos interminables ella continuó, dejándome oler un hálito de nervios.

—Neus, del Bogavant Blau. Abilio, ¿podrías echarme una mano en la fiesta de Año Nuevo? —dijo con prisa evitando cualquier tema que no fuera ese.

—Y ¿qué hay que hacer y cuánto paga la señora? —dije seco, en plan negocios.

—Un poco de todo. Tendrás que estar a las dieciséis y hasta que se haya fregado el último plato. Y por el pago no te preocupes, que tendrás menos de lo justo y más de lo que esperas. ¿Te interesa?

—Vale —dije después de no pensarlo mucho.

En realidad había estado contrariado todos esos días, había estado encerrado, durmiendo y comiendo mal, leyendo a ratos y ni siquiera había ido al parque a buscar a don Pere, y menos a buscar trabajo, pero me animé, por verla y ver qué pasaba, y sobre todo por no despedir el año encerrado en el hostal, que estaba casi vacío, hasta los brasileños se habían ido a hacer un ritual a Lloret de Mar.

—¡Molt bé, muy bien! —dijo, quebrando el tono inicial, pero volvió rápido al glacial—. Dile a Mariño que te deje un pantalón negro y yo te doy una camiseta del staff; hasta entonces, Abilio —y colgó sin dejarme decir nada; bueno, la verdad no quería decir nada.

El treinta y uno llegué muy puntual, después de llamar a mi madre, que estaba extrañadísima y brava por mi ingratitud, como dijo. Había olvidado llamarla en Navidad y durante el poco tiempo que llevaba acá apenas la había telefoneado dos veces. Le pregunté lo de siempre y por papá, y ella dijo que él no decía ni mu sobre mí, pero que ella sabía que sufría y rezaba porque no me pasara nada. Dar brillo a

vidrios, espejos, copas, vasos; subirme en la escalera a poner guirnaldas, más luces, más adornos, quitar otros, empacarlos y guardarlos; ir a la papelería, volver de la papelería, subir al despacho por más cinta, por tijeras; recibir los centros de mesa, poner los centros de mesa, que no que así no, que la servilleta se dobla así y no así, hasta que a las nueve tuvimos el Bogavant Blau, de todos los colores menos el blau.

En todo ese trajín apenas cruzamos mirada. Estaba excitadísima y más grosera que de costumbre; nos puteó a todos de todas las formas posibles mientras disponía, ordenaba, llamaba, recibía llamadas, hacía y deshacía; en una de sus órdenes me mandó arriba a sacar unas fotocopias del menú; al levantar la tapa de la impresora encontré el documento de identidad de ella y por un impulso le saqué copia por lado y lado, doblé la hoja y la guardé en el bolsillo de atrás. Hice las copias del menú y le entregué el documento alabándole su fotogenia, cosa que agradeció, ya con mejores maneras.

Al final de los preparativos, dijo que se iba a su piso a cambiarse y que volvería en poco más de una hora, pero antes nos brindó una cerveza a todos, que esa noche éramos más, los de siempre y dos chicos que como yo iban de toderos y que mudaríamos a camareros después de darnos un duchazo y estrenar camiseta negra. Nos agradeció el esfuerzo y después nos soltó una arenga de entrenador para que lo diéramos todo, para que esa noche fuera perfecta. Me fui a un lado a tomar una cerveza con Mariño, al que apenas había saludado pues el man estaba pelando una tonelada de patatas en el sótano con un rumano que no entendía ni pío, pero le rendía como una máquina.

—Oiga, mano, estaba como una moto su novia, ¿no? —le dije con malicia.

—¡Calle esa boca, Ayala! De novia nada; me como a la señora Coma y punto —me soltó bajito pero firme. Miró a ninguna parte y agregó—: Está más rara estos días… —se tomó lo que le quedaba de un trago largo y se fue para la cocina.

—Eso por el embolate de las fiestas —le grité en mi mejor pamplonés y en ese momento me di cuenta de que tenía que jugármela toda.

En Colombia, mi querido Chiang Kai-shek, decimos que todos

llevamos un hijueputica dentro; esta era la ocasión y no era la primera vez que lo iba a dejar salir. Mientras me bañaba pensé que esa noche debería aclarar las cosas con Neus como fuera. La plata se estaba acabando y don Pere, por más buena gente que fuera, con el gesto de Nochebuena había dicho clarito sin decirlo que no era tan pendejo de soltarle ni un duro, así como así, a un recién llegado como yo. Pero lo que más me jodía eran las promesas orgásmicas de la jefa, que aquella mañana en su despacho, entre espasmo y espasmo, me ofreció esta vida y la que viene con reencarnación y todo. Le cuento lo que pasó:

—¿Ves ese cajón? —dijo señalando un rincón—. Trae el martillo y un clavo —fui y al volver con las cosas ella estaba encaramada en una escalerilla y no pude dejar de mirarle su par de tetas que apuntaban justo a la altura de mis ojos.

—Aquí tiene —dije subiendo la mirada.

—Suelta eso —dijo, y con sus dos manos tomó mi cabeza y la estampó contra su pecho empapado.

La tomé por los muslos y alcé la vista; vi cómo le aleteaban las fosas y recordé que Miladys las expandía así cuando lo hacía de verdad; la recordé fugaz y no sentí que fuera una traición ni mucho menos; no la olvidaba, ni su risa amplia blanquísima, ni su torso de caramelo, ni su ombligo oscurísimo y profundo; es más, la invocaba con cierta frecuencia durante la ducha, pero en el verano absoluto en el que estaba hacía meses las meras razones de supervivencia no me detuvieron.

Nos empelotamos el uno al otro y de la manera más torpe posible, nada parecido a las escenas de película, con esas veladuras y contraluces, la pareja dando vueltas expertas en cámara lenta, no; de la escalerilla al suelo y del suelo al escritorio porque el diván estaba pleno de cajas, y volaron papeles, recibos, el cenicero y un bustico de Beethoven que rodó con nosotros por la alfombra y se quedó mirando el show todo el rato. Hicimos todo lo posible por proporcionarnos placer; yo desde mi corto pero provechoso curso con mi mulata, quien me enseñó a sacarle partido al cuerpo por todos sus orificios, y ella, desde la experiencia insana con el tombo, Mariño y quiensabequienmás.

—Vete, vete que llega la chica de la limpieza —dijo en tono de jefa,

al terminar los jadeos de los cien metros planos finales.

Se levantó tapándose todo lo que podía con la sudadera y recogió el resto de ropa, con ese gesto de vergüenza de los amantes presurosos; me lanzó mi parte como si la tirara al fuego, dijo lo que dijo y se vistió tapándose de mí tras el escritorio. Yo, con ese gesto de vergüenza de los amantes presurosos y el pelo al estilo del compositor mirón, vi de reojo el clavo, que en el suelo como yo apuntaba sabio hacia la salida. Me levanté, terminé de vestirme sin mirarla y bajé las escaleras sin decir ni adéu.

A usted qué le parece que una vieja, bueno, una chica para que entienda, mejor dicho, que una mujer se lo pida a un hombre, ¿ah?, o que sin pedirlo lo ataque a uno así sin muchos cálculos. Yo no sé cómo es la cosa en su República Popular China, pero a mí me parece bien que arremetan, están en todo su derecho, ¿o no? La mujer desea igual, y cuando se desea se busca. Claro, por acá en los confines católicos estamos contaminados con testosterona y las cosas van como van, pero poco a poco todo se está equilibrando, estamos volviendo a lo salvaje humano en pleno milenio de la deshumanización.

Bríndeme un anís, Wong, que me estoy poniendo filosófico y no quiero. No niego que se habían encendido algunas señales y pasó lo que al fin de cuentas queríamos los dos, pero en estos asaltos cuerpo a cuerpo, mente a mente, siempre hay uno que queda en desventaja; el más inexperto, el que le da por enamorarse o el de más baja condición, en este caso yo, el inmigrante, el desplatado, desempleado y desamparado. Esa mañana salí con las piernas flojas por el trajín cintura abajo y por todo lo que se me cruzó por el coco. Imaginé las peores cosas después del encuentro; que me denunciaba por violación, que me echaban mano los mossos d'esquadra en plena noche hostelera, despertando a toda la pípol mochilera que tiraba sus porros y algo más por los retretes, que lanzaba lluvias de marihuana por las ventanas en un otoño diminuto y sacaban a rastras al sudaca de mierda, a chirona, al pabellón de los negros africanos para que sienta en ese culo el tamaño de lo que le hizo a la señora Coma, y yo berreando como un marrano rumbo a la matanza, aferrándome a las literas, a las puertas, al mostrador de Silvia, Silvia yo no he hecho nada, se lo juro que no le toqué ni un pelo, y como una maleta sin

ruedas me bajaban por la escala interminable de baldosines brillantes con arabescos amarillos y verdes; bueno, sí le toque más que un pelo, pero fue consentido, ella fue la que empezó, aplastó mi cara en su seno y qué hombre en su seno juicio puede resistirse, pregúntele a Ludwig van Beethoven, yo sólo fui a pagarle una plata porque ella me ayudó con el permiso de trabajo pero con trampa para que lo sepan… ¡Mariño, Miladys, mamá!

Lo de Año Nuevo fue otra cosa. Llegó despampanante, esta vez venía de rojo absoluto, escote profundo y tacones altos; las uñas parecían venir a juego, brillantes como diez luciérnagas del averno que centellaban mientras manoteaba sus últimas órdenes. Y la boca, mi hermano, la boca era un fresón, lista para el beso, la palabrota y la indecencia.

Por supuesto, ella sabía que todos los que estábamos en el salón dando los últimos toques le diríamos piropos de inmediato; guapa, maca, te sienta muy bien el rojo, unos con más o menos lascivia encubierta, claro. Yo no dije nada, pero nos cruzamos una mirada que era un cóctel entre reto, venganza y hambre. Jovial, le dio una bolsa a Josep, con cotillones, gorritos, antifaces, todo rojo y un arsenal de confetis, serpentinas y matasuegras. Y pasó directo al despacho sin entrar a la cocina, por lo que Mariño y el resto de cocineros no la vieron hasta más tarde, cuando se asomó por el torno para la arenga previa al despelote de la cena, aunque esa noche pintaba más cómoda al haber elegido un menú corto, de común acuerdo con el maître y el chef.

Servimos con relativa tranquilidad, sobre todo los nuevos que recibimos un curso acelerado y aburridísimo, donde el maître se deleitó más alardeando de sus conocimientos que por saber si en realidad habíamos comprendido; que la cucharita de postre se pone acá, que el plato se acerca por este lado, que la botella nunca asá, que repartiera el peso de la bandeja. Todo marchó bien, el servicio, la gente estaba animada, la cena muy aplaudida; salvo un par de tropezones o un tenedor al suelo, las cosas salieron bien hasta que llegó la hora de las campanadas.

Encendieron la tele en TV3, porque es nuestro canal y porque dizque los fascistas de la 1 enviaban mensajes subliminales durante el conteo

de las campanadas. Neus hizo salir a todo el equipo como era su costumbre y entre todos gritamos el feliz Año Nuevo. Yo le di el primer abrazo a un chaval de los nuevos, que acababa de conocer hacía unas horas, y fue como si fuéramos amigos del colegio; después a una señora de la mesa que tenía al lado y que había jodido toda la noche con peticiones absurdas; todo eso al compás de unos vinitos, claro, que nos aplicábamos en la cocina, o en los vestidores o en la bodega, colombianada de mi paisano; había botellas por todas partes y en cada viaje hacíamos una ronda, solos o acompañados. Uno y otro abrazo y yo llegué hasta la barra echándole el ojo a ella, que justo venía desde la entrada abrazando y regando su copa una y otra vez, hasta que llegó y nos abrazó uno por uno; cuando se acercó a mí, adicionó un beso carmín en el cachete con los párpados a media asta y las burbujitas del cava dando vueltas en su cabeza y más abajo. Con voz de presentadora sexy, dijo Bon Any, noi, que sea un buen año para los dos, así, ni gritando ni susurrando y sin la coraza de la sobriedad.

—BonAnyNou, Neus —dije ensayando la lengua y sonrojándome después de mucho tiempo.

Por supuesto, Mariño se olió algo, además porque a él le dio su abrazo como a los demás y le apretó la mejilla como lo hizo con los más antiguos, más al modo maternal de un superior hacia sus empleados que a su machucante ocasional. Y le cuento que se olió algo porque al ratico ya lo tenía yo detrás —con la valentía que dan los celos untados de incertidumbre más los vinos de mesa y de cocina que llevaba dentro—, tomándome firme por los hombros como quien coge a un hijo para aconsejarlo o reprenderlo, y me arrinconó con maña hacia una estancia donde estaban la nevera de los refrescos y los congeladores con el hielo y los helados, y soltó:

—¿Qué es la vaina suya con Neus? ¿Qué es esa confiancita, o cree que no me doy cuenta?

—¿Por qué no le pregunta a ella?, es su vieja, ¿no? —bromeé haciendo énfasis en el “su”.

—Cuidadito, se mete en berenjenales, que el que juega con fuego sale chamuscado —dijo acentuando el tono y puso su mano ancha de labriego en mi garganta.

En eso empezó un griterío en el salón del que ninguno de los dos

supo la causa hasta que terminó la tunda que nos dimos; al cogerme el pescuezo yo le di un rodillazo instintivo en las pelotas y nos agarramos a puño limpio, patada sucia y jalón de mechas entre un galimatías de insultos y palabras groseras, de esas que ya no quieren decir nada de lo aporreadas que están. No supimos que todos habían corrido a ver a un señor al que se le había quedado en la glotis la uva número once y nadie, entre el jolgorio, los besos y las promesas para el año recién estrenado, había reparado en el pobre hombre que, sentado a la mesa y haciendo aspavientos mudos, parecía el más feliz de la fiesta.

17

No le he contado que el nombre de la madame es Laurencia Cote, aunque ella me insistía que era en francés, Côte; posaba de franchuta y hablaba con la "egge" arrastrada que le sonaba muy bien, pero yo creo que era de nacimiento. Dijo que era de Pau y yo, como no tenía ni idea si existía ese pueblo, pues quedé en las mismas. Regentaba el burdel desde hacía más de veinte años, después de haber caído en desgracia por un altercado sexual en una compañía de variedades que venía de Caracas, y le habían dado la patada en las posaderas en el parque de Pamplona dejándola tirada allí sin más que una maletica roja con un par de trajes de su propiedad; bueno, eso fue lo que contó una tarde que la ayudé a bajar unas cortinas de su habitación que quería mandar a lavar. Era malhablada e implacable cuando algo torcía el normal devenir del Danubio Azul, como le gustaba llamar al local, pero nadie lo nombraba así. Que vamos donde las putas, adónde, pues donde la Pantera; todo el mundillo masculino conocía su fama, pero la única que podía decirle así sin que rechistara era Miladys. Por lo demás era una señora normal y conmigo se portó muy bien, a su manera, claro; me protegió sin mimos y al final me aceptó como uno más de la manada pero sin permiso de trabajo en el local.

Los domingos yo no hacía viajes y dedicaba el tiempo a lavar ropa y a darle un repaso a la habitación, y por la tarde iba al cine o a dar una vuelta por el parque principal o a otro que queda más arriba, esperando el milagro de ver a mamá, que algún día habría de salir de su clausura a dar una vueltica, la pobre. Además de que se había retirado del colegio —ella era profesora de español—, no volvió al portón sino para abrir y cerrar cuando venía alguien. Se encerró a cuidar sus matas, a su marido y a mí; y a tejer gorritos de lana y bufandas que una señora le encargaba para una tienda del centro.

Mi casa, mi casa… queda en el barrio de El Carmen; por fuera es de

color blanco con una franja azul celeste pintada desde el suelo y le llega a uno a la cintura o así; eso debe tener un nombre, ¿no? Bueno, la puerta es también celeste como los pilares del patio, como las canales para el agua y los bajantes de latón. Y el patio, ese hueco inverosímil en mitad de la casa, donde el frío entra y se cuela en los cuartos, en el comedor, en los huesos. Algún castellano o extremeño o andaluz al que le dio por hacer tales casas a más de dos mil metros de altura con ese frío de cubeta, en Tunja, Pamplona, en La Capital. ¡Ah!, pero si hay helechos y geranios que cuelgan a lo largo de los corredores como los de mi casa uno se aguanta; ella riega sus matas todas las tardes por ahí a las cinco, encaramada en un banquito enclenque. Cuidado se cae, mija, dice mi papá pero no le ayuda. Y los días de aguacero las tejas despiden un olor a liquen y a tiempo y el agua se arremolina en el centro del patio buscando salida por el sifón bajo una maceta inmensa de piedra, donde crecen yerbas para cocinar y curar males.

—Mijo, tráigame cilantro para ponerle al cuchuco —decía y yo salía corriendo por unas tijeritas y subía a un taburete y cortaba un puñado de hojas que le darían a esa sopa el toque triunfal—. Mijo, tráigame un poco de manzanilla para los gases de su papá —decía y yo hacía lo mismo mientras resucitaba en mi memoria los morteros que el viejo emitía desde su cama y que retumbaban en el techo de caña brava.

Es que estar fuera de casa es jodido, ¿no? Aunque los últimos días allí fueron desagradables y tensos, desde que crucé el umbral hacia afuera, algo por dentro me susurraba que tendría que regresar. Dejar tus cosas, tonterías al fin y al cabo, pero tus cosas; la cama, la mesita de noche con las pendejadas que se guardan en la mesita de noche; los afiches de futbolistas que me gustaban tanto, uno de las fiestas de Pamplona y una foto de Hermes y yo cuando cumplí los siete años, momento que ni recuerdo, sólo la foto en la que dice que él pone la mano sobre mi hombro y me mira mientras yo lo hago hacia la cámara con un ponqué ovalado y sus siete velitas encendidas.

Uno de esos domingos me quedé en el Danubio espantando la resaca, después de una borrachera con unos compañeros del colegio. Desperté pasado el mediodía y la madame me dio un caldo de costilla que alivió mis males lo justo para seguir durmiendo la mona otro rato,

hasta que llegó la Tuti y cogió a manotazos la puerta llamando a gritos; con el estruendo del metal quedé de pie en tres segundos, recuperado del guayabo y asustado por los alaridos de la señorita, que cada vez subía más el volumen hasta un grado tal que no sabía si el dolor de cabeza volvía o no se había ido del todo.

—¡Abilio, Abilio, es Miladys, venga, venga! —gritaba despavorida y cuando abrí poniéndome aún el bluyín, la Tuti estaba con las mejillas chorreadas de negro, una mezcla de lágrimas y rímel que le daba un aire teatral.

—¿Qué pasa? —pregunté y salí hacia el "área de contacto", como la llamaba, con ella detrás contando el asunto.

—Es que está encerrada con Puercoespín; le está dando una zurra del demonio —dijo.

—A ese hijueputa lo mato —apuré a decir.

—No, la paliza se la está dando ella y no nos quiere abrir, qué tal que lo deje tullido y nos cierren el negocio —siguió sollozando menos.

En eso ya habíamos cruzado el jardín, el patio de las duchas, el corredor, y cuando estábamos llegando salió al encuentro la madame con los brazos abiertos.

—Gagsó, megd, gagsó, sólo usted puede hacer que abra, lo va volver papilla —gritaba con los pelos parados.

El salón estaba a medio llenar y la mayoría se agolpaba en la puerta para que Miladys abriera y otros para que le siguiera dando; algunos desde sus mesas hacían burlas por el estilo en medio de los tragos, que a esa hora ya hacían estragos en algunos buches antes de caer la tarde. Los domingos es el día en que algunos clientes amanecen después de descargar sus gónadas un par de veces y sus vejigas unas veinte. Bailan y toman cerveza toda la noche, y los más machos le dan al aguardiente. También es el día en que los soldados que tienen salida van a echar por tierra en las sábanas todas las promesas escritas a sus novias en el papel de sus cartas.

El Puercoespín, que en ese momento yo no conocía, era un malandro de los barrios altos que asaltaba a los incautos que osaban pasear por esas calles empinadas y a horas oscuras. Era chiquito, con un bigotito de frenada de cicla y le decían así por su pelo hirsuto y entrecano. Era un cuchillero de La Loma oí decir después, como

también me enteré hasta hace poco por ella misma, que lo habían picado a machete un par de campesinos en las fiestas de Nuestra Señora del Carmen, patrona de los choferes y de los copilotos como yo.

—Miladys, soy yo, Abilio, abra —grité entre el griterío y nada. Volteé hacia todos y, como nunca, pegué un aullido para que se callaran y se callaron, aunque la música siguió sin hacerme caso—. ¡Miladys, que abra! —seguí dándole manotazos a dos manos a la puerta, que se estremecía en sus maderas añejas como diciendo tengo la tranca puesta y no me abro.

Pasados unos segundos de varios ¡que abra, le digo!, se hizo un silencio y después se oyó el trajín de madera tras la puerta, que se abrió y dejó salir al Puercoespín, que pasó como un famoso entre paparazzis tapándose la cabeza con un saco pero dejando ver su camisa rasgada y un chorrete de sangre en el antebrazo. Llegó a la puerta de la calle, se volteó y señaló con el dedo.

—Cuídese, malparida, esto no se queda así —gritó—. Y el hermanito del tombo ese también, que no dé la espalda —escupió al suelo y desapareció del marco de la puerta.

Alcancé a escuchar la amenaza, pero ya estaba dentro de la pieza alarmado por saber cómo estaba mi mulata; estaba de espaldas frente a la cómoda mirándose las manos; miré hacia atrás y vi que la madame gobernaba la puerta y echaba a todo el mundo para que el domingo siguiera marchando: Fuera, fuera, a hacer lo que estaban haciendo que minuto que pierden minuto que se les cobra, decía acalorada.

—Váyase, Abilio —dijo Miladys sin tutear y sin voltearse—. Después hablamos, cierre la puerta y que nadie me joda.

Me quedé menos de medio minuto ahí parado, tiempo suficiente para darle un vistazo a la habitación en la que nunca había estado, por una especie de respeto a su oficio o por el sentimiento juvenil de no querer saber dónde se aguantaba ella a hombres de toda calaña; en las noches, al llegar de los viajes, pasaba derecho a la suite sin apenas mirar para la pieza de ella, que era, junto con la de la madame, de las originales de la casa; me tiraba en la cama y, cuando no leía o caía como un plomo, aparecía la tortura inconsciente de imaginar el ganado que le tocaba soportar: borrachos babosos, choferes de camión

con su sebo y con su hambre, vejetes con tufo de muerto, soldaditos apurados, estudiantes erectos y uno que otro doctorcito descerebrado por el whisky y la coca, que al otro día lamentaría su desliz yendo a su médico privado para que le hiciera todas las pruebas habidas y por haber, de modo que no se le cayera el pipí o pringara a su dilecta esposa.

Tres paredes eran de un azul ultramar ya mareado y una de ellas, la que daba al espaldar de la cama, era rojo ladrillo, tenía desconches y estaba decorada con tres o cuatro globos de colores, algunos ya desinflados. Había un afiche de Garfield montando en moto con un letrero que decía *No puedo estar sin ti ni un segundo más*. El resto era un desbarajuste de cobijas y trapos y cosas de la mesita que cayeron por el suelo. Y un rollo de papel higiénico que había rodado por el baldosín trazando una línea divisoria entre ella y el resto del universo, y que al igual que la puerta hizo alarde de locuacidad para decirme: Váyase, Abilio, o quiere que también lo zarandeen.

La madame hizo un guiño con ojos y manos que entendí como un déjala, que está hecha una fiera, que después, que tranquilo. Pues eso, salí sin decir nada más, cerré la puerta y seguí a doña Laurencia hasta su habitación, que con otra seña había dicho: Venga, mijo. Entró, me hizo pasar y se sentó en su mecedora Thonet, de la que se ufanaba, regalo de un señor principal de cuyo nombre no tenía la gana de acordarse.

—Siéntese, Abilio —dijo, con algo de agite todavía. Hizo una pausa para encender su chicote, cruzó la pierna como pudo y prosiguió sin quitarme la mirada—. Mire, acá pasan muchas cosas y no es la primera vez que una de mis potrancas se jala las mechas con un machito. Yo sé de lo suyo con Miladys y usted sabe que yo lo sé. Y lo he permitido porque no le hacen daño a nadie y mi joya del Nilo sigue rindiendo muy bien. No tengo ni idea qué pasó allá dentro pero lo voy a averiguar; lo que no quiero es que un día a ella le rajen la cara o a usted le peguen un tiro en el coco.

Hizo otras advertencias y que volveríamos a hablar después de que lo hiciera con Miladys y que tendría que comentar el asunto con el Topo Gigio, porque antes de que una tragedia pasara prefería que cogiera los corotos y me fuera para otra parte o donde mis papás, que

bastante falta les estaría haciendo.

—Y el Topo ¿qué tiene que ver en esto? —le pregunté.

—Bastante y mucho —dijo volteando la mirada hacia la lámpara colgante—. Y ahora váyase que me dio dolor de cabeza.

No dejó que rechistara, se puso la mano en visera sobre los ojos y dijo que apagara la luz. Yo salí hecho un enredo porque, entre la pelotera, el discurso y el "váyase" de las dos mujeres, me daba una mala espina que no sabía cómo iba a sacármela. Lo primero que hice fue coger por la cintura a la Tuti que estaba tomándose una cerveza sola en la puerta y llevármela con zalamerías para su habitáculo como quien va a echarse un polvito dominguero.

—¿Quién es el tal Erizo? —le solté apenas cerré la puerta.

—Puercoespín —dijo, ya sentada en la cama, con las manos entre los muslos y mirando al suelo.

—¿Qué pasó, por qué estaba con Miladys, quién es ese hijueputica?, que no creo que tenga plata para pagarse ni un pajazo y mucho menos con ella, ¿ah? —dije descontrolado.

—Si supiera —siguió hablando como en shock, como quien dice cosas despacio porque está pensando en otras.

La Tuti era la más jovencita, o al menos la más nueva, y Miladys la había tomado como su protegida y la Tuti veía en ella una hermana mayor o algo así. Era larga pero apretada de carnes y tenía un pelo negronegro que amansaba haciéndose una trenza tan gruesa que habría podido amarrar un barco. Decían que a los mayores les encantaba estar con ella, al contrario de los jovenzuelos que buscaban las más veteranas, tal vez buscando unos la piel lozana que ya habían perdido y los otros, lecciones magistrales.

—Si supiera —volvió a repetir.

18

Gol. ¡Incrédulos! Qué paliza, van a salir los sevillistas así como yo estrené aquel año. Es que la pelotera de Año Nuevo arrojó como saldo la nariz de Mariño rota y mi meñique izquierdo luxado; y además de los moretones y magulladuras de la lucha libre estaba lo peor: nuestra posición ante Neus. Algunos muchachos del staff nos separaron, a él se lo llevaron para dentro y a mí me sacaron a empujones del restaurante entre la confusión por el señor de la uva y los de la ambulancia y las escenas de histeria de algunas señoras y el desorden de mesas que quedó al entrar la camilla por un pasillo tapizado de serpentinas, confeti y servilletas sucias.

A Mariño casi lo echa. Le envió una amonestación férrea por escrito y lo suspendió dos semanas al cabo de las cuales regresó mansito a pedirle disculpas, que fueron aceptadas con tajante frialdad y en lo que él debió interpretar como un usted sigue trabajando conmigo, pero conmigo nada más. En cuanto a mí, pues también me autosuspendí no mucho tiempo; el día antes de Reyes fui al restaurante y estuve espiando desde una terraza cercana a ver a qué hora aparecía ella. Estuve toda la mañana y nada, claro, Neus había llegado antes y como era sábado estuvo todo el tiempo dentro. Tuve que esperar más, me comí un bocadillo y esperé otro buen rato hasta que vi a uno de los cocineros que había salido a fumarse un cigarrillo; le hice señas para que viniera y le invité un café. Me contó que la jefa no estaba, que se había ido el fin de semana a Sant Pol de Mar donde una amiga, que estaba insoportable, que nadie la aguantaba, ni ella misma, que ella en invierno nunca tomaba vacaciones pero que con el despelote de Noche Vieja había quedado muy afectada; que el señor atragantado no se había muerto ni nada, pero la fiesta había llegado hasta ese punto y los pocos que quedaron, pues se quedaron comentando el incidente y la pelea como si fuera una noche cualquiera.

—Y el follón de los colombianos y su lío de faldas —dijo de reojo.

—¿Qué dijo, hermano, qué dijo la jefa? —dije sin ponerle atención a su sorna.

—Yo qué sé —dijo subiendo los hombros.

Le pregunté si Santi estaba y le pedí un cigarrillo. Fumamos en silencio, él en sus cosas y yo dándole vueltas a las mías como los cinco días anteriores. Tenía que retomar nuestra relación, al menos establecer contacto con ella a ver cómo pintaba la cosa. El chico mató el cigarrillo y entró por la puerta de los suministros que yo no conocía; di un par de chupones más y fui a buscar al barman y preguntarle por la entrega de los bombones. El hombre apenas saludó, no estaba tan hablador como en Navidad; no soltó nada de Año Nuevo, sólo vaguedades, y cuando le pregunté del regalo se hizo el loco, pero al fin dijo que estaría por ahí, que como la jefa esa noche estaba tan contrariada con la visita exprés del ex, él no se lo había entregado, que por qué yo no se lo había dado cuando ella bajó; hice el amague de entrar al bar y soltó su ¡eh! alzando la palma de la mano; se agachó y abrió algunos cajones bajo la registradora y lo sacó.

—Aquí está, chaval —dijo haciendo sonar las bolitas de dentro.

—Hágame un gran favor, Santi —le dije con cara piadosa—, entréguele eso, es que no confío en los otros, que estarán de parte de Mariño.

—¿Me ves de uniforme amarillo, crees que soy un puto cartero? —respondió y puso el paquete sobre la barra. Después miró fijo, apretó un ojo en cámara lenta y me atrajo con el índice hacia él—: Chaval, he oído que tú puedes conseguir… ya sabes… polvo, coca —dijo mientras se pasaba el dedo por la nariz.

—Noooo, hermano, yo de eso nanay —le dije—. Quién le dijo esa vaina…

—Venga, y la jefa come bombones —chantajeó.

—Cabrón —le dije torciendo la boca—. Tú entrégale eso a la jefa y yo te empolvo las ñatas —dije contra las cuerdas sin saber dónde carajos iba a conseguir el fruto de la patria.

Sabes, Wong, no es que me cabree, pero sí da grima que asocien siempre a la ligera, por ignorancia pura o pura malaleche, colombianitodroga, brasileiriñofútbol, gitanitoladrón, suecogüevón. O

es que cuando te vieron por primera vez pensaron ¡Ah!, un chinoConfucio, un chinoinventordelpapel sin el cual no hubiésemos escrito "la historia", ¡Ah!, un chinitoinventordelapólvora sin la cual no hubiésemos inventado nuestras guerras. Pura demagogia mía, ¿no? También es cierto que la fama nos la hemos ganado con brillantez; kilómetros cuadriculados de selva abajo, quintales de polvito para los cornetes de quienes quieren seguir escribiendo la historia, hombre, y toda la gente que sube y que cae alrededor. ¿Y qué puede hacer un chico en proceso de encoñamiento, varado y con ínfulas de listillo cuando le piden que consiga cocaine? Pues salir y conseguirla.

Y no fue muy difícil averiguar, busqué a Olympio, que era un marihuanero sublime, y dijo que él sólo le daba a la yerba pero que en la misma Ciutadella la podía conseguir, o en El Raval, o en La Rivera, y, si quería calidad, en las discos de la calle Aribau, o en las puertas de cualquier colegio. En ese momento recordé al Topo y sentí escalofrío. ¿Sabe qué hice? Nada. Tuve un culillo del carajo, o sea miedo, físico miedo químico, ni coca ni nada, que Santi se esnifara el azúcar glasé que yo no iba a meterme en rollos ni que esa fuera la única manera de llegar a ella.

Mi adorada Neus, lo que puede el amor. No pienso más que en ti y cuanto tiene relación con tus atractivos. Lo que veo no es más que la imagen de lo que imagino. Tú eres sola en el mundo para mí. Tú, ángel celeste, sola animas mis sentimientos y deseos más vivos. Por ti espero tener aún dicha y placer, porque en ti está la que yo anhelo. Después de todas estas y otras muchas cosas que no te digo por modestia y discreción, no pienses que no te amo. Ya ves que la distancia y el tiempo sólo se combinan para poner en mayor grado las deliciosas sensaciones de tus recuerdos. Piensa sólo en lo que no puedes negar de mi pasión y constancia eterna. Tu enamorado, Abilio.

¿Ah, cómo la vio? ¿Cuál es el atajo para llegar a una mujer? ¿Una joya, tal vez? Pero un pobre pobre no tiene otra arma que la labia, la poesía, el verbo. Helmano inventol de la blújula, invoqué la fotocopia de su documento nacional de identidad, leí dónde vivía y salí hacia allá no sin antes visitar a la sabelotodo worldwideweb y preguntarle

por una carta que había leído en uno de los libros del poeta de polvos deleznables, y ella al instante respondió: en la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá apareció este delicioso texto, listo para ensalzar cualquier corazón femenino quitándole un par de cosillas; es que no todos los de mi país somos traficantes, pero la mayoría somos copietas y tramposos. Que de quién era la carta se estará usted preguntando, pues le respondo a la gallega: ¿quién fue un florido conquistador de mujeres y libertador de territorios, quién sino el más maquillado y photoshopiado, quién sino el más enamorado de la libertad, adalid sudaca, guerrillero oficial de charretera? Ahí le dejo el acertijo y, si quiere preguntar quién era la dilecta dama, pues se jodió, porque las damas —que ya quedan pocas porque los caballeros están en vía de extinción— merecen consideración y recato. Deje de ver tanto porno y averigüe en las gavetas del saber que nos ofrece el ciberespacio.

Llegué vía metro a la estación de Rocafort —si quiere también le recito todas las estaciones, color por color, con correspondencias y todo— y caminé hasta la avenida de Mistral, donde estaba su piso. Exploré hasta encontrar el número del portón y eché una mirada hacia arriba; vivía en un segundo y vi unos Nomeolvides resecos en el balcón. Fui hasta la esquina y volví, estudiando el terreno. Al frente hay una especie de rambla agradable con parquecitos para niños meones y perros cagones y me pareció perfecto para husmear, esperar o lo que fuera necesario. Pero esa tarde, sabiendo que ella estaría en el Bogavant, llegué a la puerta y piqué en un tercero.

—¿Sí? —respondió una voz anciana.

—Cartero —dije seco, como todo un cartero.

—¿Qué? —replicó la viejita.

—Carteeeero, ¿me abre? —forcé mi acento y mi volumen.

Entré y busqué el buzón, Neus Coma. La carta adentro. Y salí con ese cosquilleo de chiquillo que timbra en las casas y sale corriendo. Fui a pie hasta el hostal, pensando en todo lo que había pasado en tan sólo un par de años y sin saber qué me esperaba siquiera al dar el siguiente paso sobre la acera. Tres cuartos de hora a buen paso, cogí por el Mercat de Sant Antoni, busqué la calle Hospital, ahí donde murió Gaudí, el supergenio pío, creador pagano; llegué a Las Ramblas, una mirada al teatro del Liceu, Monserrat adéu, reina lírica, dama

antipática, y seguí por el Call, antiguo barrio judío de judíos jodidos, con el violín bajo el brazo y bajo el sobaco su miasma; eso dicen las mismas malas lenguas que nos vituperan, Wong. Después crucé la plaza de Sant Jaume, adéu president Pujolín, con su guirigay el ladino chiquitín; ¿te imaginas veintitrés años al frente, por encima y por debajo del gobierno? Tomé la calle Princesa, ¡adieu!, monsieur Picasso y su museo, genio maltratador, macho irresistible. ¡Ah! Es que yo también reparto caca para el zarzo cuando se me sube la espuma y, como ya tengo síntomas, póngame una butifarra y unas patatas bravas. Y lléneme la jarra. ¿Otro gol?, ¿o es la repetición?; apuesto a que alguno todavía no está seguro del triunfo, cuánto falta, media hora, alcanzan a meter otros cuatro. Qué aburrimiento con las distancias, es como cuando en mi colegio jugaban 6º B contra 4º A. ¿Qué partido viene después? ¿Ninguno? El fútbol es así.

Y entre las cosas que iba pensando una era salir del hostal de la hostia que me tenía hasta aquí; no puedo negar que conocí gente chévere, gente joven sobre todo, unos queriendo comerse el mundo al son de la sandalia y la mochila y otros con el mundo indigesto tomando el regreso. Olympio ya había encontrado trabajo en un restaurante brasileño de la avenida Paral·lel y estaba buscando socio para sacar un piso, pero yo nada; había perdido medio diciembre sin buscar y los euros cada día eran más escasos. Pero le disparé una vez lo vi, le dije que sacáramos un apartamento, que yo le daba lo de dos meses de una, que seguro en menos de un mes tendría curro y tal. El hombre, que llevaba casi tanto tiempo como yo y que también le sabía a cacho el hostal, dijo que sí, que había visto una habitación grande cerca del parque del Guinardó, hacia la montaña. Y, como el que las hace se las imagina, hicimos un pacto frágil de confianza. Le di lo propuesto y él confió en que yo consiguiera algo estable.

Nos pasamos en pocos días a la tal habitación, que resultó ser en una casa medio abandonada y un remedo de loft de paredes sin pintura, un baño de pena y una cocineta improvisada. Una guarida, pero una guarida independiente. Nos fuimos a los Encants Vells, ¿conoce? Es como un mercado de las pulgas con pulgas. Conseguimos camas baratas y colchones de enrollar. El resto de mobiliario, en la calle. Yo había visto una película italiana en que la gente tiraba a la

calle los muebles y los trastos viejos en Año Nuevo, pero acá descubrí que era todos los jueves. Recogimos un sillón, tres sillas, dos iguales y otra distinta. Unas sartenes también, que cogí con asco, pero estaban buenas, qué carajo. A los pobres nos sirven cosas que los pudientes ni imaginan. La mesa sí tuvo que esperar, pero cuando comíamos en casa, que era al desayuno y en la cena, pues un bocadillo sobre una alfombrilla al mejor estilo magrebí. Vivía otra gente joven en el piso de más arriba, y el señor que nos arrendó lo hacía abajo; se las había arreglado para dejar la escalera sólo para nosotros y la planta baja para él y sus mil gatos.

La mudanza y la búsqueda de trabajo mantuvieron mi mente ocupada, aunque siempre esperando noticias de ella pero nada, no llegaban. Aspiraba a que Santi, confiando en nuestro pacto, le hubiera entregado los chocolates, que ella hubiera leído la carta o, como último recurso, al menos esperaba que llamara para pagarme lo del treinta y uno, y más aún, que tuviera otro cuadro para colgar juntos, pero eso ya era mucho pedir. Pero, como el que no quiere aguantar pues no aguanta, escogí un lunes para ir al Bogavant Blau y salir de dudas de una vez por todas. Llegué y, como la primera vez, el timbre, la oscuridad dentro y de pronto una silueta al fondo haciendo jarras. Ella, quién más. Esta vez no estaba en trusa sino con una falda de ejecutiva. Dudó un momento. Yo también; estuve a punto de dar media vuelta pero vi que había soltado los brazos y movido la cabeza a lado y lado como diciendo no hay manera. Se acercó con paso rápido, abrió y con afán dijo que pasara rápido bajo la persiana. Cuando entré, ella ya estaba alejándose y la seguí hasta la barra, encendió las luces y empezó a preparar dos cafés. Me senté en un taburete y forcé el silencio. Le dio la vuelta a dos tazas y bajó dos platicos. Sólo se escuchaba la máquina y el tintineo de la cerámica. Puso los cafés, dio la vuelta a la barra y se sentó junto a mí, todo esto sin quitarme los ojos de encima cada tres segundos, seria, casi inexpresiva. Abrió un sobre de azúcar y lo vació. Revolvió y tomó un sorbito de café dejando la huella escarlata del colorete en el borde.

—Cara es lo que tienes —dijo, y al ver que yo ni alzaba la mirada siguió—. Que me traéis de los pelos. —Estuvimos otro largo minuto sin decir nada.

—Lo siento, de verdad, yo no quería que nada de eso pasara —dije dándole vueltas a la cucharita.

—Ni yo. No sabes por lo que he tenido que pasar estos días —dijo y añadió con firmeza—: Lo mejor es que "eso" quede ahí, ¿de acuerdo?

Se hizo otro silencio y sorbimos otro poco el café, ella mirando hacia el gran espejo y yo las vetas de la barra. Tomé fuerzas y me dije que, si la cosa iba para allá, debería decir algo, que para eso había venido y tenía la lengua hecha un nudo ciego.

—¿Recibiste lo que te dejé? —dije, insistiendo en el tuteo.

—¿El qué? —respondió, sin mirarme.

—El otro día te dejé algo con Santi —respondí buscándole la mirada.

—Pues no —dijo y miró de soslayo relámpago.

—¿Y lo otro? —ataqué.

—¿Qué otro? —dijo y se volteó extrañada.

—La carta —dije seco.

—¿Qué carta? —dijo y subió los ojos.

Me quedé mirándola para sacar la verdad de su pupila pero sólo encontré un iris que no se decidía entre el recelo y la burla. Algo se me revolvió por dentro y le dije que nada, que lo olvidara, que sólo venía a disculparme, que gracias por el café y salí.

—Pasa el viernes por la paga y agradece que no te cobro los daños —apuró a decir cuando ya me alejaba hacia la puerta.

Enseguida oí el taconeo detrás diciendo que la esperara que iba para el centro, que qué era eso de la carta. Le ayudé a bajar la persiana, le dije que el viernes pasaría y adrede tomé el sentido contrario al parking. Di unos pasos, volteé y vi que iba con paso de disgusto, tic-tac-tiqui-tic-tac, y dije duro:

—Esos papelitos que escribimos los románticos tontos.

19

La convivencia con Olympio fue lo que se podía esperar entre dos cuasi desconocidos; al principio, con la ilusión de los dos por salir del hostal y de nuestro estatus de turistas encallados, de ese limbo de tener por armario tu maleta, de mesa de noche un locker y todos los días compañeros distintos. Lo único que lamenté fue haberla cagado con Silvia; era una chica muy amable, se estaba sacando la carrera a pesar de esos turnos bárbaros, soportando toda la fauna de los cinco continentes, ahí sentada; los registros, las llamadas, el ordenador, las llaves, los mapas, y estudiando cuando esto y lo otro le dejaban. Fue curioso, a Silvia la vi de pie sólo el día de mi salida. Y si me pregunta cómo la veía antes de ese momento sublime, le hubiera dicho que tenía una mirada limpia que centellaba entre el protagonismo de su pelo rubio y rizado que le caía hasta los hombros. Así, viéndola en un fotograma, ¡pum!, podría asegurar ante cualquiera que Mia Farrow era mi recepcionista. Me gustó desde que llegué, pero como llegué como llegué, o sea, rendido, mamado, pues sólo pude atacar después y en condiciones etílicas con su baja probabilidad de éxito.

—Mucha suerte, Abilio —dijo y estiró la mano—. Ojalá todo vaya a mejor.

Se aflojaron mis rodillas, hermano, qué cuerpazo, qué mujerona, de esas que uno ve inalcanzables por su imponencia, cómo es que no atendía de pie esta beldad. Me habría podido enamorar pero sabía que ni eso ni lo otro sería posible; la línea roja la había trazado yo desde el primer día y eso no se borra, más con una chica buena como ella; además, lo que yo necesitaba no era una estudiante, lo que necesitaba era una mujer hecha y derecha y con la faltriquera llena. Y ni rastro. Ese viernes pasé a cobrar y la jefa había dejado el sobre con el barman, con quien cruzamos reclamos por el incumplimiento de las entregas, pero el asunto quedó ahí porque no quería que Mariño

apareciera y salí rápido.

Lo jodido era que no sabía qué hacer. O yo estaba muy lento o ella estaba pasándose de digna. O no quería verme ni en pintura ni en escultura a juzgar por el último comentario del Santi: Ve, chaval, que por aquí no se te quiere. Olympio fue el que me dio impulso y azuzó a la ofensiva desde su nube marihuanera.

—Oi, cara, o que tem que fazer é escrever outra carta, y otra y otra y otra hasta que ella vuelva a tus brazos, querido —dijo con la sonrisita de pendejo que le dejaba el chiruzo.

Y eso hice. Volví a escribir la misma carta y fui hasta el mismo buzón. Timbré donde la misma viejita y entré de la misma manera, sabiendo que ella estaría en el restaurante. A los tres días regresé y metí otra sin saber si ya había sacado la anterior y mucho menos si la habría leído. Esperé que pasara el fin de semana y nada, el teléfono no sonaba. Estaba llegando a la ruina, consumía hasta dos paquetes de cigarrillos al día. Leía, dormía, preparaba lentejas y arroz y carne molida; pasta, pasta y más pasta. Y caldo de papas con mucho cilantro para los fríos de la noche. En realidad, en invierno acá no hace más frío que en un día normal en Pamplona; pero es un frío distinto, acá es más húmedo, y la baldosa del loft más la altura del techo lo hacían más helado.

El lunes sonó el teléfono y salté del camastro pero no era ella; era de un periódico gratuito para una entrevista. No creí que llamaran pero ahí estaba mi primera oportunidad de dejar la vagancia y ocuparme en algo ya que mis intentos con el comercio internacional estaban aparcados por entonces; le había vendido el tabaco al gorila del hostal, a un par de viajantes, y el resto me lo fumé. El trabajo lo tuve enseguida; de siete a nueve de la mañana en la estación de metro Diagonal repartiendo todos los días una pila inmensa de periódicos. Poca plata, pero algo era algo; me levantaba temprano, hábito que había ido dejando y que recordaba mi corta y revuelta época de contrabandista junior.

La última carta la llevé esa semana. Llegué como siempre, a la misma hora, ding dong en el tercero segunda. ¿Síií?, carteeeero. Entré y me dieron unas ganas de subir a su piso, no sé, para ver su puerta, para ver qué felpudo tenía, si era un corazón o llevaba el letrero de

Benvingut, no sé, intuir a qué olía su piso, a su perfume dulzón, a aceites perfumados; tal vez poner a funcionar mis rayos equis y ver un paragüero, un espejo en el pasillo, un ficus de años en el salón, fotos de su juventud y muebles algo anticuados; imaginé su cama y fantaseé con su Abi, Abilio, mi sudaquita de mierda, cómeme una vez y otra, així, así ¡visca Catalunya, viva Cataluña, free Catalonia!

—¡Eh! ¿Qué coños hace? —escuché una voz castrense.

Volteé y ahí estaba el tipo; chaqueta negra de cuero, pantalón negro de cuero y un gorro negro tipo pasamontañas. Tenía la cara cuadrada y un cuello de piloto de Fórmula One. Llevaba guantes y se los ajustaba esperando mi respuesta. Me había sorprendido justo en el momento en que estaba metiendo la carta y el embeleso en mis ocurrencias habían impedido escuchar el portón. Estaba ahí, a un par de metros, y yo quedé paralizado unos segundos sin saber quién carajos era el personaje, pero la intuición femenina me dijo algo; solté la carta dentro y haciéndome el loco le dije que venía a dejar un recado y que tenía que entregar otras cosas, pero al tratar de flanquearlo me cogió fuerte del brazo.

—¡Epa! Y es que usted es el conserje o qué —dije sarcástico pero no funcionó.

—Qué, poeta, tortolito enamorado —dijo apretando los dientes y destripándome el bíceps.

Quedé mudo y mi tenue sospecha se confirmó, el hombre no podía ser otro que el Ex o mínimo otro pretendiente adolorido. Me zarandeó y espetó una presentación formal como cualquier caballero desquiciado.

—Soy Francesc Taraball, marido de Neus Coma hasta que la muerte nos separe —dijo con los ojos desorbitados—. Y no será un latino de los cojones el que se interponga entre ella y yo.

Estaba arrinconado y a merced del man cuando salió un vecino a pasear el perro y me salvó, pero no porque hiciera algo; se redujo a mirar extrañado la escena y salir a contribuir con la decoración de las calles. Aproveché que el ex poli aflojó un poco el acoso y escapé detrás de amo y perro. Taraball se quedó adentro y yo escapé por el paseo mirando hacia atrás, pero no apareció. Seguro se había quedado sacando la carta con ganzúa o hasta también tendría llave del buzón.

El caso es que entré en pánico y a la vez en modo asesino, eso, así, como lo oye; como todo el mundo, alguna vez he planeado la muerte de alguien. Así somos, imaginamos la vida como ricos y gastando como locos o imaginamos la muerte de otros actuando como vengadores implacables.

Fue entonces cuando decidí llamarla; lo había evitado porque siempre he preferido decir las cosas de frente, aunque ante ella como que las cuerdas vocales se me arrugaban; pero era cuestión de apostar al todo o nada. Tenía que mostrarle todas las cartas, las de la baraja y la que tenía copiada diez veces más; pero como el hombre al parecer —y resultó ser que así era— se la pasaba vigilando el piso y también el restaurante, la vía telefónica aseguraría evadir la sombra del mosso celosso. Tenía que conquistarla con la carta y hacerme la víctima del ex marido; amor a corazón abierto y queja a moco tendido era la receta.

—¿Digui? —respondió Neus. Silencio—. ¿Abi…?

—*Mi adorada Neus, lo que puede el amor. No pienso más que en ti…* —la interrumpí y empecé a recitarle la carta, que de tanto escribirla, aprendida estaba, como un niño que hace planas de castigo en la escuela. Y seguí sin parar hasta el final—. *Piensa sólo en lo que no puedes negar de mi pasión y constancia eterna…* —mientras sentía su respiración cada vez más agitada al otro lado y colgué.

Me quedé mirando el móvil como hipnotizado sin saber qué hacer y sin entender muy bien por qué había oprimido el botón rojo. El pecho me galopaba y debí quedar pálido porque en ese momento entró Olympio y dijo que tenía cara de harina de mandioca y me mostró triunfal un par de medallones de solomillo que se había robado de su restaurante. Sonó el teléfono y manoteé para que se callara y le dije que era ella y fui a un rincón.

—¿Abi? Hola —dijo.

—Hola —dije—. Esa era mi carta y ya sé por qué no la recibiste.

—¿Por qué? —dijo.

—Tengo mucho miedo —dramaticé un poco.

—Qué pasa, Abilio, que no me entero —endureció el tono.

—Es tu ex —dije con voz quebrada. Y agregué que me había amenazado y que tenía que verla pero en cancha neutral.

Dijo que nos viéramos dentro de la Sagrada Familia, que ella me devolvería lo de la entrada, que fuera en metro haciendo varios cambios, que el cabroncete ese podría seguirme, que ella lo burlaba así, que estaba acostumbrada, que allí estaríamos a salvo y podríamos hablar entre tanto turista mirando para arriba. Chupé cola más de una hora y ella ya estaba esperando dentro, como buena benefactora del templo. Buscamos un rincón y empecé por confesarle mi desliz de haber ido hasta su casa de esa manera, cosa que no le gustó nada, pero salí del tema entregándole una copia de la carta recalcando que todo era cierto, que no tenía mente ni ojos para nadie más, pero me paró en seco.

—Para, para, chaval, que yo ya no estoy para estos rollos —dijo poniendo su mano en mi boca.

Dejó en claro que ella en cuestiones de amor ya no entraba, que ya bastante había llorado por ese desconocido que ahora era Taraball, que después de haber entregado su juventud a él y sólo con él, que después de haber recibido palizas sólo por amor, porque él la quería tanto que tenía que corregirla, que cómo era que salía con esas faldas, que ese escote era de ramera, que esto y que lo otro, que perdóname, que yo no quería hacerte daño, que te amo, que no puedo vivir sin ti. Que después de todo eso y más, ella ya no creía en el amor y menos con un crío como yo.

Enseguida tomé cara de víctima, le conté lo de las cartas, que el Ex las había robado, que me había seguido y amenazado y que había salido ileso por los pelos, que ahora qué iba a hacer…

—Pobre —dijo y arropó mi mejilla con la palma de su mano.

Miró la carta y me hizo saber que le había gustado mucho, que si podía conservarla, que nunca había recibido algo así en su vida; que cuidado con el Ex, que no era de fiar, que no volviera a acercarme a su casa, que ya veríamos.

—Conseguí trabajo, pero no alcanza —cambié de tema—. ¿Me ayudarías con una cosa? —arriesgué.

Le eché el cuento de Andorra, que si quería yo le traía licor y tabaco, que así ella se ahorraba unas pelas y yo ganaba otras. Hermano, me lancé a tumba abierta como los ciclistas bajando; amor o bísnes, sexo o rocanrol; tenía que buscar cualquier salida, lo había

pensado bien, pero no sabía muy bien el orden, pero así se lo fui soltando.

—Son mis últimos ahorros y a mí se me da bien el negocio —seguí con el cuento, que tampoco era mentira.

—Son muchas cosas a la vez, ¿no te parece? —dijo, guardó el papel en la cartera, dio un toquecito en mi barbilla y antes de dar media vuelta me miró aguzando sus ojos, dejando en el aire una de esas interrogaciones que te dejan en pelotas.

20

Nada peor que estar fuera de la casa y mal, jodido. Siete años, siete meses y once días acá en Barcelona. Sé por lo que he pasado. Me voy tal como vine, con la ilusión de empezar algo nuevo, pero ahora es al revés. A desandar un camino que ya no es el mismo para volver al ombligo que ya está poblado por otros aunque esos otros sean los mismos. Mi gente dirá ¡Uy!, Abilio está en las Españas, y entre chismes pensarán que voy todos los domingos a toros o a ver al Barça sin saber que soy del Español, que como jamón del bueno y paso con mejor vino, que voy a museos y visito castillos, que eso sí es progresar, que ahora como que va a venir, ¿se le habrá pegado el acento? Y cuando le digo mi gente, son los tres pelagatos conocidos, los tres familiares y sus pequeños círculos, los colegas del colegio que quedarán por ahí, los dueños de negocios del mercado y las chicas de El Camellón, cada quien en lo suyo, recordándote de vez en cuando o todos los días, como mis papás. Todos creen que acá todo es más fácil pero ignoran que la mierda sabe igual en todas partes.

No es mucho tiempo, pero es algo más de un cuarto de mi vida y dos y pico de ellos en chirona. No te lo había dicho, ¿no? No bastó con la condena del exilio voluntario sino que chupé una buena temporada en La Modelo barcelonesa, la cárcel encarcelada en la ciudad; qué tiempo más estéril, qué tiempo más esclarecedor… Después te cuento, después le cuento.

¿Recuerdas que empecé por una simple botella de mal whisky que me quitaron a la primera? Chino, dijo el Topo, esto no sólo funciona a punta de lengua sino moviendo el billete. Yo lo imaginaba, pero era mi iniciación y no fui capaz de ofrecerle el soborno al guardia; tuve más miedo a eso que a enfrentarme al Topo; ecuación que meses después se habría de trastocar, corriendo peligro por ambos lados. Yo había seguido dándole al asunto sin sobresaltos, le cogí el tiro rápido. ¿Que

qué llevo? Llevo esto, mi sargento, y le pasaba un rollito de billetes. Siga, hoy por ti, mañana por mí. Yo iba ahorrando, iba a la alcancía que tenía en la cisterna del váter, ahí sumergida en un pote de chocolate en polvo, y guardaba la plata que recontaba el primer día de cada mes. A veces le traía cosas a mamá y se las mandaba con una amiga suya; vivía a ocho calles y no podía ir a verla, ¿se imagina? Primero porque decidí cortar el cordón, pero tampoco para no volverla a ver. Ella con su encierro y yo autodesterrado; que por qué no la visitaba, pues porque las chismosas del barrio, que la mayoría son hombres, irían con el cuento donde mi papá y no quería contrariarlo ni que fuera a buscarme a El Camellón y tragándose la vergüenza me sacara a correazos. ¿Que si mi papá daba correa?, pues claro; nunca un bofetón y menos un puño o una patada, pero correa sí. En otras casas dizque los padres usaban fuete, que parecía más terrible, pero imagino que el calorcito en las nalgas sería el mismo.

A Miladys también le traía cositas, chocolates suizos, galletas finas y pañoletas coloridas que le quedaban lindas, sobre todo cuando estaba desnuda. Todo iba como pensaba, menos el rollo de Hermes, que visitaba mi cabeza con una frecuencia que obligaba a escarbar donde hubiera que escarbar. Miladys duró días sin venir a la pieza y apenas nos cruzamos en los horarios prohibidos, ella en su trabajo y yo volviendo del mío, hasta que un mediodía llegó a la suite con una bandeja y la plantó en la mesita como si nada.

—A que no has almorzado, Nene —dijo, poniéndose las manos en la cintura.

—No —respondí—, no tengo hambre. —Y seguí tirado en la cama con las manos detrás de la nuca y mirando al techo, como si estuviera a punto de hacer flexiones pero no, estaba pensando en lo mismo.

—Tú y yo tenemos que hablar —dijo, poniéndose seria.

—Hace días —dije sin mirarla.

Se acercó, se sentó en el borde y golpeó mis pies para que los corriera. Repitió que comiera, que la sopa de ruyas estaba buenísima para el frío, que las papas, arroz y carne eran lo de siempre pero que estaba rico, y las tajadas de plátano frito no podían estar más melosas y dulces que ella mismita. Es que a veces era como poeta, hermano, mejor dicho, cuando no insultaba lo demás era poesía como su cuerpo.

Convine y me tomé la sopa porque hambre sí tenía y hacía rato que no almorzaba en condiciones; siempre comía a las carreras, en la carretera, en cualquier tienda o comiendo fritos en cualquier esquina.

—Mira, ya sé que estás cabezón con eso, pero, ajá, una tiene que hacer caso.

—¿Cómo así?

—La Pantera, Nene, que cuida de su corral.

—Bueno, pero dime algo que no dices nada —dije y crucé los cubiertos sin terminar—. Desde la pelotera con el Puercoespín todo el mundo no hace más que sacarme el culo.

—Mira, lo que pasa es que un pajarito me dijo que el asqueroso ese podía saber algo, que algo le había oído —dijo sin mucha convicción.

—Bueno, ¿y por qué le dio en la jeta así?

—Pues porque no la abrió el enano maluco —dijo y estiró los labios y alzó los hombros como una niña que acepta algo a regañadientes.

El "pajarito" había quedado con Miladys en que le pagaría un polvo al mamífero roedor para que ella lo interrogara. Cuando lo recibió en la pieza, al Puercoespín le brillaban los ojos por estar ante semejante hembra y porque ya llevaba varios aguardientes en su cabeza de flechas. Le soltó un par de obscenidades tan conquistadoras como inútiles y ella lo esquivó con carantoñas mientras iba a poner la tranca en la puerta. Cuando se dio la vuelta, el hombrecillo ya estaba en calzoncillos y recostado en la cama, poniéndose la mano en su virilidad esperando darse el banquete de su vida. Miladys lo montó y le separó los brazos, mirándolo a los ojos ansiosos; después adelantó las rodillas, se las puso en la fosa de los codos y mientras el tipejo seguía con sus piropos desatinados, ella le cogió la garganta y empezó a apretar.

—Mira, lagartija de tierra fría, tú me vas a decir lo que sabes del agente Hermes Ayala, pero ya, o sales con los pies por delante, le dije, a lo Charles Bronson —narró ella.

Pataleando, el Puercoespín no podía hablar porque no podía y porque no quería. Le hizo señas con los ojos que lo soltara y ella aflojó un poco pero lo único que hizo fue escupirla y decirle puta suelt… Y mi fruta del Caribe volvió a ajustarle sus manazas en el pescuezo hasta que el mancito llegó a enrojecer y a azulecer como un pavo y cuando

sus ojos estaban a punto de saltar por los aires ella lo soltó, se bajó de la cama y fue a buscar el rollo de papel para secarse la saliva. El tipo saltó como una ardilla hacia sus pantalones, sacó la navaja y ahí se armó la que se armó. Miladys cogió una silla y se la zampó completa y hombre y arma blanca al suelo y ella también, y en el tire y afloje lo cortó y tiró la navaja debajo de la cama y lo correteó por la pieza, y cada vez que lo cogía lo lanzaba por el aire a lo Schwarzenegger, contra las paredes, contra el armario, contra el suelo mientras le gritaba ¡dime qué sabes, dime qué sabes! Y el man sólo gritaba ¡Auxilio, que me mata! Y no quería porque no pudo y porque quién sabe a quién le tenía más miedo, si a esa negra aplanadora o al supuesto responsable que evitaba delatar. Nada, el tipo ni habló ni volvió por esos lares.

—Te lo cuento porque al fin y al cabo no te estoy contando nada —dijo en acertijo.

Y que ni una palabra a la madame, que le tenía prohibido el tema, pero que se había ido para Cúcuta a hacer unas vueltas y ella no se había resistido y había venido a traerme esa sopita, Nene, que tanto tiempo sin vernos como Dios manda, que le hacía mucha falta, que venga para acá y sin yo querer, me violó. Así como se lo cuento y así no crea; yo pensaba que era imposible que una vieja violara a un man, porque a uno con miedo o con amenazas quién se lo pone tieso, nadie. ¿Nadie? Pues ella sí. Sin pormenores, mi querido pornochino porcino, pero sí, me violó, con sus cinco letras y la tilde; si no la quisiera como la quiero la habría ido a denunciar, así la justicia ordinaria y la del pueblo —la segunda más eficiente que la primera— se cagaran de la risa y fuera el hazmerreír de mi noble pueblo blasón de la historia.

La madame volvió por la noche, congestionada por el horno de Cúcuta, y mandó que me buscaran con el pretexto de que la ayudara a entrar unas compras, que resultaron ser unas cajas con unas tabletas plásticas porque iba a remodelar el piso de su habitación.

—¡Uy! Y por qué no las compró aquí, que hasta vienen y se las ponen —dije mientras partía mi espalda cargándolas.

—Pues porque allá hay más surtido, por qué será —refunfuñó.

Cúcuta, como ya le dije, es la capital del departamento y además de árboles está llena de cucuteños que se creen más listos que los

pamploneses que nos creemos más cultos que los cucuteños. Y llena está de toda una pléyade de personajes de todas partes de la región, del país y de otras latitudes y longitudes; es como una metrópolis provinciana fronteriza que se debate entre el caldo de su sopor y las ráfagas de aire acondicionado entre otras ráfagas. Cuando los pueblos no se soportan a ellos mismos, eligen pelearse con su vecino; debe haber algún libro sobre eso, ¿no?, seguro que algún sociólogo antropólogo fronterólogo habrá perdido el tiempo con esa evidencia; y si lo hay pues no creo que lo vaya a leer. Es que yo soy de sopa, de pollito, de cerveza y de ficción.

—Venga, Abilio, siéntese —dijo después de acomodar las cajas y unos paquetes con telas para cortina, que las otras se las habían dañado en la lavandería—. Aseyevú-gagsó —sentenció con grandilocuencia desde su sillón dando señas de cansancio y avidez.

Echó toda una cháchara de lo mucho que me estimaba y de lo bien ponderado que me tenían las chicas, que siempre era bueno tener un hombre en casa, que no viniera a lo que venían todos; que había demostrado respeto y consideración a la profesión más longeva del mundo, pero que tenía que dejar el Danubio. ¡Pum! Así lo soltó, de pronto, aunque a medida que avanzaba yo olía que la cosa iba por ese lado.

—Hablé con Jairo y, como él es lo que se diría su acudiente, pues quedamos en que lo mejor para todos es que usted se busque otro sitio donde vivir —dijo entre cariñosa y tajante.

—Doña Laurencia, dígame, todo esto tiene que ver con mi hermano, ¿cierto? —le solté sin más.

Se quedó mirando como mira una profesora a su alumno cuando este le pregunta lo que ya sabe.

—Mijo, el arreglo con el Topo fue darle posada a usted una temporada, pero la cosa se alargó sin que nos diéramos ni cuenta —trató de evadirse.

—Pero ¿qué fue lo de Miladys con el tipo ese? —ataqué—. Y la amenaza que hizo, que mi hermano, que yo…

—Se dicen tantas cosas que ya nadie sabe qué es más mentira o menos verdad —sentenció.

Me mandó sentar junto a ella, en un banquito acolchado y forrado

en terciopelo verde donde solía poner los pies, y puso la mano en mi hombro. Hizo que le diera fuego con unos fósforos largos y chupó varias veces su chicote hasta que el cuarto se llenó de un humo dulzarrón.

—Le voy a decir lo que yo sé y lo que escuché y que es lo único que hay claro, porque lo de la investigación sólo lo sabe la policía o la fiscalía y se lo tienen guardado si es que saben algo. Mire, su hermano estuvo aquí un par de noches antes de enterarnos de la desgracia. Calle la boca —cortó firme cuando quise decir algo—. Y no la abra hasta que termine, que esto es lo único que le voy a decir, y cuando usted salga por esa puerta ese tema muere entre nosotros dos.

Yo sólo miraba las arrugas de sus mejillas, barbilla y boca que se alargaban y encogían mientras iba liberando las palabras sin quitar su mano para retenerme hasta que acabara con el cuento.

—Estuvo con el Topo Gigio; él lo trajo y me lo presentó como un amigo de la infancia; venía de civil y se le notaba que no quería estar aquí, pero Jairo lo tenía abrazado como sólo los borrachos abrazan y su hermano pues como que no pudo resistirse. El Topo pidió aguardiente y se sentaron en la dos, en el rincón debajo de la cabeza del toro; dijo que iban a celebrar el reencuentro y se estuvieron ahí un buen rato. No requirieron ningún servicio, eso sí se lo digo clarito, aunque el Jairo le presentaba a las chicas y le decía que bailara, pero a su hermano le daba vergüenza o no tenía ganas, nada parecido a ciertas yerbas.

La madame dijo que le alcanzara una botella de mistela y sirviera un traguito. Se lo serví en una copita de cristal llena de arabescos y, cuando quise preguntar algo, ella dijo ¡chito! poniéndose el índice en los labios. Probó con dos sorbitos pequeños y continuó.

—Yo misma los atendí, se pusieron a beber y a conversar y se tomaron casi dos medias hasta que su hermano se paró de pronto y dejó unos billetes sobre la mesa y se fue con malas pulgas. Yo me acerqué a ver qué había pasado y el Topo Gigio sólo miraba la copita que tenía entre los dedos; al sentir mi presencia levantó la mirada y dijo: lo desagradecida que es la gente, ahora que es tombo se cree que es mejor que uno, o algo así; me pidió que cogiera esa plata y se la diera a Belén y que él pagaba la cuenta de su bolsillo, que para eso

había invitado, que qué tal el desgraciado, y se quedó ahí hasta acabar la botella y salió sin despedirse.

—Eso es lo que sabe y ¿qué es lo que escuchó? —me atreví a decir y sentí el apretón.

—Ya termiiino —dijo con un suspiro—. Eso fue un sábado y el lunes salió la noticia por la radio; después nos enteramos de que era el agente que había estado con el Topo y, claro, mijo, como el Topo es quien es y su hermano era quien era, pues la lengua es la lengua, más acá en este pueblo chismoso y mentecato. Punto.

Encendió otra vez el chicote y cruzó la pierna. Dijo que fuera con Dios, que me cuidara, que no hiciera pendejadas, que hiciera mi vida y que volviera a visitarlas, pero pagando. Sus medias veladas oscuras le daban cierto aire señorial y se le notaban unos bultitos que delataban los años de trajín y un cableado que no aguantaría muchos sobresaltos.

21

La situación duró así varios meses. Neus apenas respondía mis llamadas y, cuando lo hacía, daba largas a mis propuestas. Las de ocio y las de negocio. A veces, cuando la llamaba, o no contestaba o atendía sólo para decir que no la volviera a llamar. Pero al rato o al otro día, casi siempre de noche, marcaba ella y pedía perdón, se ponía sensual y nos calentábamos el oído y otras partes por la vía del cobre o de las ondas celulares. Así me tenía, pero yo resistía porque a pesar de sus rabietas y su boca sucia era una manera de tenerla cerca, de tenerla a tiro. Algún día llegaría la hora, pensaba.

Mientras tanto yo seguía bandeando en el periodismo pero en la estación Arc de Triomf; además conseguí otra chanfa pegando carteles de espectáculos, ferias y talleres de toda clase. El rollo de papeles y el rollito de cinta pegante y dele, echando pata, gastando suela y gastando diente cortando cinta; un día me di cuenta de que un viejito venía a prudente distancia, arrancándolos, uno por uno, los rompía y echaba los trozos en su carrito de la compra. Volteé la esquina y esperé a que llegara; tome, señor, le dije, y le metí la pila de carteles en el carrito, tome, al por mayor, así caminamos menos los dos. De allí surgió la brillante idea de seguir así, pegando la mitad y tirando la otra al contenedor, cobrando lo mismo, claro, clarinete, la jugada perfecta. Ese día recordé a don Pere y ya que estaba cerca fui a buscarlo a su piso del Carrer dels Petons y no lo encontré; timbré varias veces y nada, fui hasta el fondo donde muere el callejón y donde el viejo tenía unas plantas aromáticas y tampoco; pasé por nuestro parque y no estaba en su banca preferida. Pensé en Silvia, pero no me atreví a pasar por el hostal.

El verano llegó como todos los veranos, en verano. Cuando uno se ocupa el tiempo pasa más rápido y parece que las cosas importantes se quedan en el camino y las personas que salen de nuestra rutina

pareciera que salieran de nuestras vidas. Mientras nos gastamos los días sobreviviendo, los proyectos se aplazan una y otra vez, o se marchitan en las gavetas de la ilusión y la azotea. Un domingo, después de insistir hasta el cansancio, salimos con Olympio a la playa, más por la promesa de unas cervezas heladas en su neverita que parecía un carnaval que por el hecho de ir a tirarme al sol como una iguana. No, a mí ese plan nanay. Que se te meta la arena entre los dedos de los pies, que se te pegue en los codos; que toda esa sílice se te meta en el centro del sieso con trocitos diminutos de vidrio pulido y trazas de concha marina no me atrae en lo más mínimo. Además, yo que soy del tono blanquito páramo, pues ese sol —en segundos— lo torna rosado de gamba pelada.

Camino de la Barceloneta compré una sombrilla playera, ya que el verano era largo y las salidas con el brasileiro prometían ser toda una aventura etílica, sensual y tal vez policial. Esa mañana nos zampamos veinticuatro cervezas entre los dos pues una amiguita carioca y un gaúcho recién llegados no aparecieron. A eso de las tres, se nos despertó el cocodrilo, un hambre la macha, hambre total, y no tuve mejor idea que invitar a mi partner de piso y borracheras al Bogavant Blau; vamos, mi hermano, sabes que allá me conocen y tengo rebaja, le mentí; hacen un arroz caldoso del carajo, así deja esa feijoada terrorista, que un día esos fríjoles nos van a sacar en átomos volando como a un superhéroe de mi patria. Llegamos así, en chancletas, con la neverita y la sombrilla, y nos instalamos lo más cerca a la entrada para no mojar mucho. No habíamos puesto nuestros culetes en la silla cuando llegó monsieur maître a joder.

—Senyors, vestits d'aquesta manera no els podem donar servei —dijo como si no me conociera.

—Nos vestimos como nos da la gana y sí nos va a dar servicio. ¿Está Neus? —dije envalentonado por las cervezas y por la tirria que le tenía al calvo—. ¡Llámela!

—La señora está ocupada en asuntos más importantes —cambió al castellano, muy cortés, como la mitad más uno de los pobladores de este condado.

—Va usted o voy yo —amenacé.

El tipo dio media vuelta, girando su charol, y emprendió su desfile

hacia el teléfono interno de la barra. Habló tres cosas mientras me miraba con verdadera furia. Nos acomodamos con mi amigo, que no paraba de reírse, tal vez por el porro eterno que había apagado antes de entrar, tal vez por los aires de distinguido del maître, que hasta un ciego se habría dado cuenta que se pudría con lentitud dentro de ese chaleco, descomponiéndose dentro de esos zapatones embolados mil veces hasta alcanzar el brillo de su calva, dentro de ese pantalón lustroso, lavado y vuelto a lavar, planchado y vuelto a planchar por ese solterón que no tenía otra vida que hacerles la pelota a los clientes habituales y hacer quedar en ridículo íntimo a los imberbes en enología, clavándoles unos vinos de reserva en franca caída hacia la acidez, con toda su perorata de términos grandilocuentes. Movía su mano amanerada describiendo los efluvios del caldo y aunque no podía meter su gancho en la copa del cliente hacía la pantomima: este Ribera del Duero es excelente; servía la dosis reglamentaria en la copa invitando al novato. Observe, señor, ese color rojo de cereza picota, muy cubierto. Aprecie ese aroma intenso y complejo, rico en matices ahumados y especiados, ese fondo de frutas rojas maduras, y en boca, deguste, palpe su densidad, tráguelo y note ese final extraordinariamente largo en el que aparecen esas notas finas y tostadas que el señor sabrá apreciar. Y, ¡pin!, caía redondo el choncho, cuarenta euros se iban por su gaznate bisoño, que al fin y al cabo, como no se daba cuenta, se lo bebía con deleite y tal vez se jactaría contando qué vino tan bueno nos tomamos la otra tarde y diría cuánto le costó para cerrar su postín…

Antes de terminar mi descripción mental del sujeto, oí el tintineo de Neus y sus pulseras, plantada al frente con las manos en la cintura. Estaba un poco cambiada; le noté unas ojeras profundas y un desarreglo disimulado en su atuendo; llevaba una falda aguamarina arrugada a plazos y una blusa que no le cuadraba; el pelo sin peinado alguno y hasta ahí llegó mi periscopio porque, tras saludar muy seria a los dos playeros, se dirigió a Olympio y le pidió que nos dejara un segundo. El hijo de la antigua Nossa Senhora do Desterro se puso de pie y se fue a vaciar la vejiga con su pasito de pagode y pandeiro.

—Abilio, Abilio —dijo con cariño y reproche al sentarse junto a mí —. ¿Qué lo trae por acá, de esa guisa y en ese estado?

—He invitado a mi amigo para que pruebe la verdadera comida mediterránea —dije adulador y con la risita que pongo cuando estoy prendido—. Además de tener el honor de presentarle a mi beldad pirenaica.

—Deja, deja; sólo por esta vez te lo permito —dijo blanqueando los ojos—. Y lo hago porque te tengo que pedir un favor.

—¿Qué puedo hacer por ti? Por ti hasta me como la chancleta izquierda, pero con alioli.

—Ven mañana sobre las diez —dijo—. Y recuerda, esto no es un chiringuito —remató mirándome de arriba abajo, un ojo con reprobación y el otro con lascivia.

Olympio volvió vacío y yo hice el relevo rumbo al lavabo, sabiendo el riesgo de un cruce con Mariño, pero con la docena de birras en incesante oleaje eso me pareció una pequeñez. No pasó nada, el man estaba adentro, dándole a la sartén. El miedo no era encontrármelo sino que decidiera hacer conmigo los honores al cliente quisquilloso que me contó hacían de vez en cuando en la cocina: ponme una merluza y un conejo con caracoles, decía el camarero; y cuando el chef se descuidaba le hacía la seña: los dos con regalo… ¿Que qué regalo? ¡Ah!, lo que sucede en la cancha se queda en la cancha; no pretenderás que te dé ideas, que ya corren mitos suficientes sobre la chinese cuisine, Wong. ¿Vio? Se acabó la contienda, pierde el más débil, por goleada, otra vez. Cantemos juntos: Tenim un nom, el sap tothom, Barça, Barça, Baaaarça.

Al otro día, después del consejo de redacción en la boca del metro, llegué en cuanto pude al restaurante. El timbre, la persiana, el cristal, ella. Llegó con prisa y como con paranoia de que me vieran entrar; bajó rápido la persiana y caminamos en la penumbra hasta el bar. Encendió la luz, hizo café y esta vez no lo puso sobre el roble pulido sino que me invitó a una mesita junto a la pared. Llevaba la misma sudadera, la trusa negra y la camiseta de nuestro primer revolcón. Yo la había estado mirando; sus movimientos expertos con la máquina, el polvo marrón, el vapor, el aroma; pasitos para acá, pasitos para allá; la miraba de frente y a través del espejo oblicuo. Ella muy seria, como preparando, más que café, lo que iba a decir. De repente alzó la mirada y a través del lago que no miente me pilló empinado pasándole

revista al culito. Me reprimió con un bufido y al encontrarnos los ojos, pues con los ojos también. En ese momento reparó en su atuendo y movió la cabeza negando como diciendo, estos hombres, una en problemas y estos pesando en lo mismo de siempre.

Nos sentamos y antes del primer sorbito echó su cuerpo hacia delante como si alguien la fuera a escuchar. Yo había estado fantaseando con el motivo de la reunión; por supuesto deseché "lo mismo de siempre" al verle el rictus de momia en la cara lavada que la cola de caballo le hacía resplandecer en toda su lividez. Había pensado que tendría trabajo de verdad en el restaurante, que había echado por fin a Mariño y necesitaba savia renovada; pensé que me iba a entregar las llaves de su campero para que empezara con las incursiones andorranas; imaginé que me llevaba a vivir a su piso, que no podía estar sin mí. Pero las ojeras y el desgreñe inusual obedecían a otros motivos.

—Abilio, necesito tu ayuda —dijo misteriosa—. Di que puedo confiar en ti, algo me dice que tú me puedes ayudar con esto.

Dijo "esto" y sacó una bolsa blanca de supermercado enrollada con un bultico oscuro en su interior y la soltó en la mesa como si estuviera caliente. Lo cogí extrañado y desenrollé la bolsa con cuidado, más por su cara que por lo que pudiera ser eso que no pasaba del tamaño de un panecillo alargado y duro. Abrí la bolsa buceando con los dedos y vi al fondo algo oscuro, como de lana, como un ovillo sucio. Me dio como cosita cogerlo y lo que hice fue vaciar la bolsa y dejar caer el contenido. Ella se tapó la cara con las manos y emitió un chillido.

—¡Es esto! —exclamó mirando a través del anular y el corazón—. Lo encontré ayer antes de abrir.

Era un amasijo de pelos y ramas y semillas secas, todo amarrado en una especie de muñequito atado con fibra de mimbre y pelos que no parecían humanos y, si lo eran, tenían el aspecto del pelo teñido de una anciana, tosco y sin brillo.

—¿Qué es esta vaina? —dije yo.

—Abilio, el Bogavant se está yendo a pique y yo creo que es por esa cosa inmunda.

—Esto parece magia negra —aventuré.

—¡Eso, eso! —gritó.

Contó que desde el incidente de las uvas en esa misma mesa habían sucedido cosas muy extrañas; a una señora se le había clavado una espina de merluza en el paladar, que al día de hoy todavía estaba en proceso una denuncia y que la infección no remitía; que ya iban dos parejas que se habían peleado allí de manera incomprensible, una muy conocida y asidua al restaurante había roto veinticuatro años de matrimonio; y otro día un señor se cortó tres veces el mismo dedo, el mismo día, al trinchar el mismo entrecot al roquefort. Y que llevaba gastadas unas treinta bombillas de la lamparita que coronaba la mesa, que no había manitas que pudiera dar con el desperfecto.

—Yo no creo en eso, pero he oído cosas —dije—. ¿Has contratado a algún africano?

—Ni negros ni moros —dijo categórica. Y volviendo a mirar el amarradijo arrugó la cara y rogó que se lo quitara de en medio.

—En Pamplona conozco gente a la que le han aparecido cosas de esas, dentro del sofá, debajo de la cama; eso es para echarle la pava —dije y cogí el monigote con la bolsa a manera de guante, como quien recoge caca de perro.

—¿La qué?

—La pava, la mala suerte —le aclaré—. Por eso debe ser que la gente pone una penca de sábila en la entrada de la casa, arriba de la puerta.

—¿Ponen qué?

—Hojas de aloe vera, mi amor —dije con cariño y puse mi mano sobre la suya.

—Qué cosas más raras tienen —dijo, hizo una pausa y de pronto se le fueron inyectando los ojos, se levantó y señalándome con el dedo acusó—: ¡Mariño!

22

Cuando los barcos están a punto de naufragar, dizque el capitán debe ser el último que abandone el barco; no sé si queden de esa clase de capitanes, pero como yo iba de pasajero en mi propio viaje entendí que el bote salvavidas que quedaba era para este pecho y para nadie más; así que la lámpara del coco se me encendió y sin vacilaciones la apoyé en su conclusión apresurada, antes de que yo entrara en el mismo saco sospechoso.

—Mariño, ¡qué desgraciado! —corroboré y agregué, farsante, que yo sí había oído que una tía suya le jalaba a los mejunjes y a las yerbas raras.

Antes de que ella dijera algo más le propuse que yo sabía quién podría revertirle el hechizo. Inventé que Olympio sabía de rituales de macumba, de contras santeras y de vudú, de magia negra y magia chueca, que me diera el envoltorio y un trozo de su cabello, que yo no creía en eso pero que había oído que para mordida de perro, pelos del mismo perro. Y agregué salsa a la cosa, que Olympio y su amigo nordestino iban a Lloret a esas prácticas y que seguro ellos harían algo con completa discreción y sin más interés que la amistad. Le cogí la mano otra vez, ven, ven y te corto ese mechón y nos deshacemos de este maleficio, que mire cómo está de ojerosa, venga, venga y la hice levantar y le di un abrazo paternal.

—Tienes que echarlo, inventa cualquier pretexto —dije apretando los ojos, esperando su reacción.

—¿Y el finiquito? —atinó a decir.

—Cualquier dinero que tengas que pagarle será poco, a ese man los celos lo han vuelto loco, mi amor, ¿no te parece?

Me soltó de pronto y secándose unas lagrimitas mínimas dijo que dejara las carantoñas, que no estaba para nada de eso; se fue hasta el bar, revolvió un par de cajones, sacó unas tijeras, se cortó unas puntas

y las envolvió en una servilleta. Me acerqué con la bolsa cogida con dos dedos y me senté en una butaca, la de siempre. La miré fijo y no resistí preguntarle por qué había acudido a mí. Explicó que todos en el restaurante estaban rarísimos con ella, que desde el desmadre del treinta y uno y la suspensión de Mariño todo había empezado a ir a peor, que no entendía, que también había tenido que negarse a subirle el sueldo a la plantilla, que había tenido muchas peleas y jaleos, que faltaba producto, que se perdían cosas y aparecían en lugares inverosímiles, que había perdido confianza en su gente, que no sabía qué hacer, que no dormía. Hizo una pausa y se pasó el dorso de la mano por un ojo y aseguró con voz quebrantada que mi llegada sorpresiva con Olympio había sido una señal para ella, que no lo había dudado un segundo, que no le preguntara por qué, que las mujeres sentían cosas que los hombres no entenderíamos nunca. Suspiró hondo y cambió el registro, sacó una bolsa de tienda de ropa y me dijo que metiera eso ahí y que cuando tuviera algo claro la llamara. Yo cogí los dos bulticos y los eché en la bolsa y salí.

Lo peor de todo era que yo no sabía qué hacer con todo ese rollo que no esperaba; qué carajos hacer con el envoltorio, tirarlo en el primer contenedor como los periódicos de la mañana o llevárselo a Olympio, que quién sabe si saltaría del terror o se cagaría de la risa. Pero lo más jodido era saber que el restaurante iba mal por otras razones además del maleficio, si es que eso iba en serio; lo cierto era que el cuento del rincón si olía a raro, tanta casualidad, tanta pava en un solo lugar y el muñeco peludo para completar. Pero volver a estar en contacto con ella era la parte positiva del asunto, que confiara en mí, que me hubiera convocado en calidad de salvador.

En efecto, el home do Brasil saltó a la cama al ver el personaje y se santiguó siete veces por la izquierda y siete por la derecha y gritó que escondiera eso donde no lo viera, que eso daba mala suerte, pero que no lo tirara que era peor, que iba a llamar a Chico, que él sabía de contras y esas cosas, que de dónde había sacado eso. Metí la bolsa por ahí y me puse a pensar cómo ayudarla de verdad y así conquistar otra parcela de ese territorio que se resistía tanto, lo acepto, por mis carencias en temas de faldas y porque ella también tenía un ovillo en su cabeza que no conectaba muy bien con su corazón. Oiga, Wong,

¿usted sabe por qué se ponen corazoncitos en las cartas y en los regalos y en las tarjetas y en los tatuajes y donde haga falta para simbolizar el amor? Hombre, a mí cuando me rompen el corazón lo que me da es dolor de barriga y cuando me enamoro también me duele y hasta se me afloja. La amo con todo mi corazón, la amo con todo mi estómago. No sé si es por la costumbre pero sí suena mejor el corazón, el mango. Qué tal una postal con estomaguitos violáceos pintados por todas partes. El amor es sólo una víscera más, un órgano compartido que conecta sin venas y se desconecta con nervios.

¿Cómo ayudarla? Que el Bogavant saliera avante me interesaba tanto a mí como a ella, pero no podía dejar sólo al azar del maleficio y de las curas que prometía Chico el éxito o el fracaso de lo que era todo para Neus. Tal vez era que el restaurante se estaba quedando rezagado con tanta competencia y con tanta fusión y colisión de cocinas del mundo, con tanta esfera, con tanto hidrógeno, con tantas pinzas, con tanto quirófano con fogón. De hecho, yo había visto algunos restaurantes nuevos por la zona, unos más jóvenes, otros más light; además los clientes eran los de siempre, los del barrio, y a raíz de los incidentes y el cotilleo se habían ido alejando; nada mejor que un boca a boca positivo para ganar clientela, por eficaz y barato; y nada peor que el mismo boca a boca para echar al traste la reputación de un establecimiento. Lo sabía, porque —salvando las diferencias— eso le pasó al Danubio de la madame después de la paliza al Puercoespín; muchos de los doctorcitos que gastaban whisky y llevaban amigotes y follaban más que en casa dejaron de ir una buena temporada; se asustaron con los cuentos que surgieron y las amenazas del puntiagudo que siguieron rondando El Camellón y enrarecieron el ambiente, que si bien tenía sus escaramuzas domingueras entre estudiantes, o las propias entre borracho y meretriz a causa de una billetera sellada y un falo pánfilo, no pasaban del mechoneo o de la pelotera a puño limpio.

—¿Neus? —dije, al no reconocer su voz dormida—. ¿Qué día tienes menos ventas?

—Los miércoles.

—Cierra el restaurante ese día; ya tengo quien te quite la pava —dije convencido.

—¿La qué?

—La paaava, mi corazón, la mala racha —dije con cariño—. Dele día libre a los fariseos y empezamos el tratamiento.

—¿Más pérdidas? —chilló.

—Y menos maleficios —sentencié con más convicción.

El miércoles siguiente le dio el día a todo el personal con la excusa de que iban a ir unos compradores y tal, de paso les metió culillo, porque más vale jefa conocida que jefe por conocer. ¿Culillo? ¿Otra vez, hermano? Lo he dicho varias veces. En el más puro pamplonés eso es miedo, susto, pánico, pavor. A que ni en cantonés ni en mandarín hay tantos sinónimos para culillo. Oiga, ¿todavía sigue dando tanto culillo el Partido, ahora que son más capitalistas que la mamá del Tío Sam? Tu sonrisa responde mejor que tus palabras. Bueno, al mediodía estábamos los dos brasileiros y yo al frente del Bogavant Blau. Nos recibió con un cóctel de miradas y recelo que interpretamos como normales en estos casos tan delicados. Chico pidió permiso para cambiarse en algún lado, pasó hacia los vestidores y a los diez minutos apareció con la cara pintada, unos collares y una especie de toca y tobilleras con plumas de las que ponen los pasteleros en las monas de Pascua, más infantiles que propias de un brujo del Amazonas, de Bahía o de donde quiera que aparentara parecer nuestro amigo. Dijo que nos alejáramos un poco y que ella le indicara cuál era la mesa maldita, y la hizo subir. Encendió una astilla de palo santo y empezó a rodearla con el humo dándole varias vueltas, mientras recitaba en voz baja quiensabequé rogativas y ensalmos. El salón se llenó de ese olor empalagoso de las procesiones de Semana Santa en Pamplona, con sus pasos y penitentes, con sus incensarios apaciguando el olor corrupto de la multitud fervorosa y pecadora.

La hizo bajar, sacó el monigote, lo puso sobre la mesa, le entregó el trozo de madera humeante y le dijo que lo apagara en el centro del pelero. Ella cerró los ojos y, como matando al conde transilvano, apagó la punta del palo santo con un crujir y un olor desconocido por todos.

—Mía señora, ahora você tiene que pintar una caixinha de cartón con pintura roja —dijo Chico ceremonioso y completó la frase con afectación diciéndole que pusiera dentro de la caja una fruta fresca y un poco de sal; después debería esperar la luna llena y poner la cajita

en un rincón del restaurante y, pasadas dos semanas, tirarla a una corriente de agua y por último prometerle a Exú el regalo de objetos o dinero a seres que los necesitaran.

Nosotros seguíamos en nuestros puestos, cagados del susto y de la risa. Del susto porque yo ya estaba sugestionado con tanta parafernalia y por la superstición de Olympio, que entre menos sabía más se asustaba; y de la risa porque del mismo nerviosismo el garoto iba acompañando el discurso de Chico con apuntes pendejos. Que le estaba echando humo por debajo de la falda para seducirla, que ojalá la jefa no fuera a meter una sandía en la cajita y cuando dijo lo de dar dinero me dio un codazo diciendo que si yo era uno de esos seres necesitados. Por último, Chico tomó el muñequito y lo envolvió en un paño blanquísimo y se perdió en silencio hacia los lavabos para poco después aparecer y decir sin ser preguntado que no se le debía nada, y seguido por mi compañero de piso salió repitiendo, lua cheia, Neusinha, não se esqueça, no se olvide, luna llena…

—Abilio, ¿y el mechón? —fue lo único que reparó en decir desde la mesita maldita, todavía turulata con el ritual.

La tranquilicé diciéndole que ya se lo devolvería para que no pensara mal, aunque mi pensamiento era meterlo en un cofrecito y guardarlo y olerlo cada noche. Le dije que saliéramos de allí, que diéramos una vuelta por la playa. Paranoica, ordenó que nos encontráramos en la escultura de “los cubos”, que no se llama así, pero las cosas se llaman como las llama la gente. Dimos un paseo largo más allá del Puerto Olímpico sin decir mucho. Yo preferí quedarme callado, a ver qué soltaba ella, porque, así estuviera contando conmigo, yo desconfiaba tanto del rollo de Chico que seguía dándole vueltas a la cosa y ver cómo carajos se haría para sacar al Bogavant a flote. Comentamos tonterías de cómo la gente podía tirarse horas enteras al sol en un metro cuadrado de arena, sitiado y sitiando a una panda de desconocidos que comen bocatas y dejan la bolita de papel de aluminio al costado de la toalla, que se fuman diez cigarrillos y entierran las colillas como sembrando arroz; que se adentran en el mar y se mean sin pudor; sal a la sal, dirán. Me gustaba coincidir en esos gustos con Neus; ni el sol, ni la arena, ni el mar. En lo que no encajamos fue en los pechos que se metían en mis ojos a cada rato;

entonces aplicaba unos pellizcos en el brazo que me sabían a gloria, a celos, y eso me decía algo. Yo le dije que la mayoría eran teticas de cabra o flanes inapetentes; que los buenos estaban en los yates y bromeé que a mí los que me gustaban eran los melones que pintaba Archibaldo. ¡Arcimboldo!, corrigió con otro pellizco. Al final de otro silencio largo, ya de regreso, preguntó:

—¿Tú qué crees, servirá de algo?

23

—¿Jairo, qué fue lo que le pasó a mi hermano con usted? —le solté al Topo así, de pronto, cuando lo volví a ver.

Había citado a una reunión en las casuchas emparamadas. Fue una tarde de esas en que la niebla hace su entrada por la boca del río como un dragón blanco, largo, largo y va bordeando las lomas, envolviendo la ciudad y enroscándose hasta bajar a las tejas que aún quedan para luego reptar por los huecos de sus calles, por los andenes, por los zapatos, por las patas de los perros que siguen cifrando mensajes en cada esquina, en cada poste; y quien está en el parque no ve las montañas y el que está en las montañas no ve el parque. Al verlo llegar y antes de que entrara en la casucha principal, le dije que quería decirle una cosa y lo aparté del taxi hacia la peña y le dije lo que le dije; no se veía a más de un metro y quedamos aislados en un reducto vaporoso, íntimo, donde el hielo de la neblina peleaba con el vaho que desgajaba cada palabra.

—¿Que qué? —dijo el Topo, sorprendido.

—Lo que oyó, mano —dije yo con la voz que- brantada.

El Topo Gigio me miró apagando un ojo; bajó la mirada, sacó las manos de debajo de la ruana y empezó a sacarse mugre de las uñas con las uñas, con cierta calma, ganando tiempo. Volvió a levantar sus ojitos de rata y arrugó los surcos de la frente.

—Mire, Abilio, no me pasó nada con Hermes, ni a su hermano le pasó nada conmigo —dijo pausado, como contando las sílabas—. ¿Quién le vino con cuentos? ¿Laurencia?

—Estuve preguntando por ahí y dicen que usted fue el último conocido con el que habló él, allá en El Camellón —dije devolviéndole la papa caliente.

Se acercó a un palmo mientras metía las manos en la pretina del pantalón y, aunque yo le llevaba unos diez centímetros, su postura

desafiante desde abajo me hizo retroceder un paso.

—Me tomé unos tragos con él y punto. Lo que pasa es que yo quería invitarlo a una culiadita y el hombre no quiso; le insistí tanto que se paró y se fue; que él era de la policía y no podía estar ahí y otro poco de paros —dijo con más velocidad, como queriendo desembarazarse de lo que iba diciendo, y lo interrumpí.

—¿Y usted ya se dedicaba a esto? —le solté, mirando cómo su pestañeo espantaba la niebla—. ¿Y qué le dijo él, tenía problemas, le contó algo raro, qué le dijo? —ahora era yo el que no paraba y enlazaba una pregunta con otra sin dejarlo responder.

El Topo se pasó la mano por la mejilla lampiña una y otra vez, como buscando las palabras justas. En eso se oyó un grito: ¡Jairo!, se le enfría. Era la voz amortiguada de Bocadillo que llegaba a través del algodón de niebla y parecía venir de todos lados. No me jodan, entren que ya voy, gritó el Topo sin dejar de mirarme la barbilla o la manzana de Adán, porque la verdad no me miraba a los ojos sino fugazmente, como si le ardiera mi mirada, que a esas alturas se había puesto acuosa.

—A ver, mano, le repito —dijo—: jartamos aguardiente y hablamos paja un rato, recordando vainas del colegio y cómo le va con esto y cómo le va a usted con aquello y punto —bajó la cabeza y como lamentando siguió—. Hacía mucho que no nos veíamos y me lo encontré a la salida del mercado esa tarde y me provocó invitarlo; quién iba a pensar, ¿no?

Yo debí poner una cara de desconfiado porque cuando volvió a mirar lo hizo como diciendo sin decir: no me cree, ¿no? Se metió la mano atrás y yo pensé me mató, pero lo hizo tan rápido que pude ver la botella que tenía en el bolsillo. Se puso en tono paterno, dio unos pasos hacia el carro y se recostó en el capó. Yo lo seguí, pateé un par de piedras y le recibí la botella.

—Mire, chino —dijo otra vez—, yo estoy contrabandeando desde los dieciocho y he visto muchas cosas pero no todas; en este país pasan cosas más feas que en las películas —apretó los labios en señal de aflicción y me dejó el silencio servido.

Tomé un trago que calentó mi garganta primero y después sentí la combustión en todo el cuerpo. No dije nada, le devolví la botella y

seguí pateando piedritas tratando de desenredar lo que acababa de escuchar, cuando el Topo retomó diciendo que yo estaba muy chiquito cuando eso pasó y que todavía estaba muy tierno para meterme en la boca del lobo, que le echara tierra al asunto, que ni la misma policía sabía, a menos que hubieran sido ellos mismos, que ni siquiera había cuerpo ni razón de él, que me cuidara; venga, prosiguió, que le tengo buenas noticias pero se las digo delante de todos, deje a su hermano descansar en paz. Se levantó del capó y se puso enfrente otra vez.

—No escarbe, que el que busca encuentra —y echó un chorrito de aguardiente al piso, el trago de los difuntos.

Adentro estaba abrigado. Había una estufa de las de antes, de esas de hierro que se ponen en un sitio y nunca más salen de ahí; la leña ardía echando chispas y olía a arepa y aguapanela. Todos, con su ruana, ya estaban tomando las onces alrededor de la mesita y en bancas de madera, cuchicheando, como si hablando bajo conservaran el calor. Cuajada se levantó, nos sirvió lo mismo y abrió las hojas que cubrían el queso fresco; sacó la navaja y cortó unas tajadas, las pinchó y repartió para todos con orgullo. Miren, mandó mi mamá, del que hace ella.

Lesson námber ten: aguapanela es una bebida que hacen con agua y con panela; agua de la llave y panela, que es como un ladrillito cuadrado de azúcar cuando aún no es azúcar. Es oscura, del color de la miel y a veces del de la melaza. Es bebida caliente de pobres, para coger juerza y combatir el frío; los ricos también la toman pero les da vergüenza admitirlo. Y arepa, ya le dije, ¿o no?

Acabamos la merienda y el Topo no había parado de preguntar y hacer cuentas. Que qué pasó con el aceite que iba para Bucaramanga, que la harina que se había mojado se la echaran a los marranos y que se la iba a descontar a los cuidanderos; que por Chitagá estaba más fácil para mandar lo de Bogotá, hasta que se puso de pie y sacó otra vez la botella y pidió que trajeran las copitas de plástico y regañó otra vez a la pareja: estas son desechables, no es para que las laven, tacaños, ni que las compraran ustedes. Sirvió con diligencia y brindó haciendo el anuncio.

—Muchachos, ya sé que estoy perdido hace rato pero también saben que sigo al frente y los felicito porque, apartando las cagaditas de

siempre, todo va viento en popa —dijo a medida que se le iban hinchando pecho y barriga—. Pero la di-ver-si-fi-ca-ción de los bísnes me tiene muy ocupado y por eso tengo que anunciarles una vaina.

Dijo que se iba a instalar del todo en Cúcuta así se le sancocharan las pelotas, pero que la jugada que estaba haciendo requería sus cinco sentidos allá, que tranquilos que todos seguían con el mismo sueldo, pero que dentro de poquito iba a subir; que de ahora en adelante le hicieran el favor de hacerle caso a Abilio, que quedaba al frente de las operaciones, que ya se habrían dado cuenta de que yo daba la talla mientras él no estaba, que tenía don de gentes, así con esas palabras, estaba poético el roedor; que yo sí era instruido y me codeaba de tú a tú con quien fuera, que tenía buena pinta y no era un indio como todos. Que de ahora en adelante él dirige el chuzo y responde ante mí por todo, desde la compra de una puntilla hasta el último peso que se recoja.

—Y el que se meta con él se mete conmigo —amenazó.

Se zampó el trago, sacó un sobre de manila avejentado y lo puso sobre la mesa. Reparta, Bocadillo, dijo pleno, es una prima para todos; cogió la botella, la metió en el bolsillo de atrás y me convidó a salir diciendo, jovial, hastalueguito, que me voy pero estoy viniendo, y compren ropa, no se la jarten toda en cerveza. Afuera seguía la cortina de niebla, que ya tenía el color de la noche; a tientas llegamos al carro y salimos hacia el centro.

Yo tenía la cabeza hecha un nudo entre las explicaciones del Topo —que no acababan de convencerme del todo— y el ascenso oficial con lo que ello implicaba; y, entre las muestras de generosidad y la firmeza de líder que él imponía ante el grupo, no sabía qué decir ni qué hacer. La idea de venirme a España seguía en pie, pero no lo iba a negar, estaba ganando plata y eso nubla, y, aunque ya manejaba la cosa hacía meses, el poder que ahora iba a tener no sabía si me iba a quedar grande. Ya no se trataba de ir, negociar, comprar, esconder, sobornar, sino que tocaba controlar las ventas locales, las que iban para el interior, pedirle cuentas a Cuajada, dárselas al Topo, pagar sueldos, hacer favores, pagar favores, hablar pasito y hablar duro, mejor dicho un Topito.

Bajamos a Pamplona, que no se veía desde la carretera y su

caracoleo; sólo era un resplandor amarillento. Ya habrían cerrado el mercado, ya habrían salido los colegios, ya habrían cerrado oficinas y comercios; ya la gente habría comprado el pan, ya estarían en casa las familias. Papá ya se habría puesto las pantuflas y mamá estaría preparando la comida. Íbamos callados mirando al frente pendientes de la raya blanca que bordea la vía, la que recordaba qué frágiles son las fronteras. Alcanzamos a un camión y el Topo se pegó a los cocuyos rojos, que nos llevaron despacio hasta abajo. Nos tomamos otro par de tragos durante el trayecto sin decir ni mu, apenas un brindis silencioso, supongo que por lo que se quitaba de encima y por lo que se me venía encima. Sólo tenía preguntas y tendría que hacerlas. Él había puesto la radio local que repetía la retahíla nacional, donde daban las mismas noticias con muertos distintos, distintos desfalcos por los mismos desfalcadores, la misma coca con narcos nuevos, la misma guerrilla inútil contra el mismo ejército inútil.

—Oiga, hermano —le dije confianzudo, cuando llegamos al parque y se estacionó—, ¿por qué no contó antes que me iba a soltar el negocio? Usted sabe que lo que yo quiero es largarme de este pueblo, perderme de este país.

—A ver, Abilio, que le quede bien clarito: yo-no-le-he-sol-ta-do-na-da, ¿okeys? —dijo mirando al frente con las manos todavía en el volante—. Usted lo va a ad-mi-nis-trar porque esos burros son eso, unas bestias, y son capaces de tirar más de diez años de trabajo en un volar.

Antes de yo seguir, estiró la mano a la guantera y sacó una funda de cuero de forma triangular, como si fuera el estuche de un violincito. La puso en sus piernas un momento y después la posó en las mías y dijo: Abra. Era un revólver. Se me abrieron los ojos así, como a su merced ahora. Un revólver 38 corto, Smith & Wesson, igual al que me había mostrado en San Antonio. Había sentido un peso inusual pero hasta que no corrí la cremallera y abrí la funda y quité la bayetilla roja no supe lo que era. Lo cogí por la cacha, como se coge una pata de pollo cruda, lo volteé dos veces viéndolo sin verlo, como aturdido.

—Cójalo como un hombre, no joda —dijo con decepción—. Si quiere se lo negocio con papeles y todo. El sobre sí es suyo —y lo del sobre era un fajo tan gordo como el que les dejó a los otros. Plata,

mando y, si quería, arma. Qué más podía pedir un chino como yo a los veintiuno.

—Esta noche usted y yo somos los mismos pero distintos —filosofó cortándome cuando quise hablar—. Le desembuché lo de Hermes, que en paz descanse, y le doy mi confianza, más de la que ya tenía, ¿qué más quiere?

—Gracias, mano —dije automático mientras miraba las seis balas, puestas en seis ojales de la funda, como seis supositorios a la espera de seis ojetes.

Cogí el revólver "como un hombre" y apunté hacia el parabrisas por dos segundos, lo volví a poner en su sitio y lo tapé con el trapo como quien cubre a un niño en su cama. Guardé el sobre sin abrir en la chaqueta, cerré la funda, la metí en la guantera y cambié de tema.

—Sí sabe que la madame me echó, ¿no? —dije y mordí el labio de abajo—. ¿Será que usted me ayuda a ver si me recibe otra vez? Es que estoy en un hotelucho, hermano, y entra gente muy rara y otra que sólo viene a tirar y hacen un ruido —no había caído en cuenta, pero los amantes sinuosos gimen como si les doliera y acaban febriles; en cambio en El Camellón la cosa se movía con otra velocidad y por otra clase de apremios.

El Topo dijo que eso ya no era cosa de él, que el arreglo con Laurencia había terminado y que además yo me había quedado demasiado, que las suites eran para emergencias, que para eso ya ganaba plata, que pagara algo mejor.

—Vaya, coma y acuéstese —dijo señalando con la boca hacia el frente—. Y me avisa si quiere el fierro.

Y cuando quise saber cómo sabía que yo me alojaba allí, me miró bajándose el párpado inferior con el índice, como diciendo: chino, lo tengo controlado.

24

Lo que funcionó en principio fue la echada de Mariño. Neus sacó la excusa del recorte de personal por la crisis del Bogavant y como él era junto con el barman de los últimos en entrar a la plantilla, pues a la calle, colombianete, que en cocina ya se las arreglaba con los que había, pero Santi era insustituible, por ahora. No crea que me alegré del todo, porque ese man fue el que me ayudó a venir y uno no puede ser ingrato; pero con la pelea y la rabia que me profesaba desde entonces, el instinto animal dictaba que él o yo, y como a mí el yo-yo me gusta mucho, pues yo.

Al restaurante las cosas no le fueron tan mal ese verano; a Olympio —que estaba aburrido en el suyo— se le ocurrió proponer que pusieran una barrita hacia la calle para ofrecer auténticas caipiriñas con auténtica cachaça do Brasil brasileiro. Reticente y más por agradecimiento, Neus accedió y con una reforma express la vidriera se convirtió en ventanabarra y pusimos banderitas verdes con el rombo amarillo y el círculo azul pero sin el Ordem e Progresso que no nos cupo, más el letrero con un precio asequible, del que él se llevaría una parte. La gente empezó a detenerse por la alegría del garoto y de la música que salía de un grabador improvisado; se tomaban la caipiriña, a la que Olympio ponía su ingrediente secreto que no era otro que una pizquita de marihuana que maceraba con las limas y la pípol se quedaba ahí, haciendo bulto y bulla, unos reían, otros improvisaban pasos de sambódromo y el mancito les ofrecía una tapa, unas olivas, unos boquerones y así los iba enganchando y muchos resultaban pidiendo mesa y comiendo con un hambre y una alegría insospechadas.

A Neus se le veía con ánimos nuevos para sacar adelante el local, pero la cosa no pintaba regresar a la edad dorada; había seguido a rajatabla los procedimientos de Chico y salvo un par de cosas sin

importancia no habían sucedido más infortunios. Eso sí, la lamparita nunca volvió a funcionar y fue reemplazada por una de pie —con un crucifijo bajo la base circular—, inspiración de la dueña. La cajita con un kiwi adentro había bajado por el agua mortecina del río Besós hacia el Mediterráneo de Serrat, hacia su alma profunda y oscura, y al día de hoy, mi quelido hechicelo, la verdad no se supo pruebas en mano quién había puesto el fetiche bajo la mesa ni volvió a importarle a nadie quién había sido el culpable. Nada mejor que el borrón y cuenta nueva y el convencimiento ciego de ella y el fingimiento mío con la eficacia de las ciencias ocultas provenientes del Reino de Pelé.

—Abilio, qué es lo que me quieres proponer —dijo por fin.

Yo había tomado por costumbre, y con su aprobación tácita, el ir al restaurante después de entregar la prensa gratuita. Iba y le ayudaba a mover esto, a entrar lo otro, a tráele una cosa, a llevarle la otra, eso sí, sin subir al despacho y con la condición de que me marchara cuando los demás empezaran la faena para preparar la comida. La pregunta inesperada llegó porque una noche, al salir del restaurante, la esperé a la entrada del parking y fue tal el susto que me hizo señas para que entrara y bajamos hasta el campero; era un Land Rover color verde oliva de los largos, de los indestructibles, de lo poco que había dejado su papá. Me le planté frente a la puerta ante su enfado: Qué quieres, cuántas veces te he dicho que en la calle no.

—¿Recibiste las flores? —le dije desesperado, y sin dejarla modular seguí—: Cada rosa es una pregunta: ¿quieres estar conmigo, sientes algo por mí, tengo esperanzas al menos? —continué ansioso, poético, inspirado, transpirado.

—Te faltan nueve —dijo retadora, con las manos en las caderas y con una pierna más adelante que la otra.

—Multiplica por tres las mismas, no son otras; y cada pétalo es un beso y cada beso es cada segundo y a cada segundo te beso el número de pétalos de esa docena de rosas y de las que no te pude comprar…

—Déjate de mates, chaval —dijo y se le dilataron las fosas y me agarró de las orejas y succionó mi boca con su boca.

Y dejé las matemáticas y nos dedicamos a la anatomía. ¡Entra!, dijo empujándome a un lado, con la rabia deliciosa de aceptar lo inevitable. Y entramos y nos pasamos atrás y lo hicimos medio

vestidos sobre el asiento triple y negro, el original; y los muelles prehistóricos tomaron tímidos el ritmo de nuestro empuje y nos dijimos porquerías bilingües hasta que remontamos el Pirineo y el perineo con el grito ahogado de los amantes furtivos.

—Dejémonos de gilipolleces —dijo después de un reposo breve—. Abilio, venga, vamos a casa y me follas como Dios manda, en la cama —ordenó componiéndose la falda, con el tono con que regañaba en el restaurante. Me obligó a quedarme acostado en la banca, puso un disco de Carmen Amaya, que entonces yo no tenía ni puta idea quién era y nos fuimos por el atasco escuchando a la cantaora calladitos, como una pareja que llevara años, como aquellas que no necesitan decirse nada para decirse todo. *"Que tu mal no tiene remedioooooo, ajuntalo con el mío que yo tampoco lo tengooooo"*. Llegamos al parqueadero de su edificio y subimos al piso besuqueándonos en el ascensor. Abrió la puerta y cerró la puerta, y corriendo alcanzamos la habitación y nos descueramos como se despelleja un conejo y apagó la luz.

—La idea es esta —dije al recibir la pregunta; mirando al techo y con la diligencia de un agente comercial que se sabe el catálogo entero, le solté lo que había ensayado cientos de veces—: Empecemos con el licor; yo te traigo lo que digas, lo que tenga más salida en el Bogavant; whisky, coñac, vino francés, spirits, lo que quieras te lo traigo, lo reenvaso, lo etiqueto, lo que haga falta una y otra vez, que yo sé cómo es la jugada, my Snow White; mejor dicho, le eché la retahíla completa con cifras, tiempos, costos y un margen que la dejó boquiabierta.

—¿Y gano todo eso? —dijo encantada.

—Ganamos —dije audaz—. Porque el nene se lo curra y corre con los riesgos ¿no?

Dije nene y no pude dejar de pensar en ella. ¡Ah!, Miladys, que me lo dabas sin fila y sin trámite, que me exprimías sin remilgo ni recelo, que me engullías sin freno ni tanteo; ni yo pagaba ni tú cobrabas, todo gratis, sin factura ni recibo allá en mi catre; y ahora yo acá con mi Neus, mi Blancanieves, en cama doble con colchón viscoelástico. Ya en el salón —con muebles cercanos a los que imaginé y en plan negocios — convinimos mi tajada, que no era mucha, pero compensaba con lo

demás que yo traería por mi cuenta entre tabaco y más licores y que fui colocando en otros locales que, aunque empezaban con prevención salvo un par de casos, al final los numeritos mandan y los escrúpulos quedan en el cajón del importaculismo, que en castellano peninsular vendría a ser el medaigualismo. Somos los mismos empacados con papel distinto, my Wong.

Lo más jodido fue que soltara el carro, su campero. Pero si es el coche preciso, cómo no lo vamos a aprovechar, le rogué. Que yo pago la gasolina, que ya tengo la ruta, que no te preocupes que tengo experiencia, y le conté de mis andanzas colombovenezolanas, más las gozosas que las dolorosas; que ya había homologado la licencia en Tránsito, que haríamos un viaje de tanteo, que fresca que yo te respondo. ¿Te pongo otro vino? Y le puse el vino y otro y le tajé salchichón y abrimos unas olivas y despachamos una barra de pan rebanada a rebanada y siguieron los brindis y los silencios y sus dudas. Entre una y otra cosa, para seguir con el ablandamiento le solté un trozo de Guillén memorizado para la ocasión:

Que alumbre de día y de noche la nieve,
la nieve más clara. [mi Neus]
¡Nieve ligera, copo blando,
cuánto ardor en masa!
La nieve, la nieve en las manos
y el alma.
Tan puro el ardor en lo blanco,
tan puro, sin llama.
La nieve [Neus]*, la nieve hasta el canto*
se alza.

Redondita cayó en mis brazos pero no calló su boca. Se levantó del sofá y de mis piernas después de dos besos en mi frente y se sentó en su sillón preferido, cubierto con un terciopelo alopécico, y echó una perorata larga y clara sobre el infierno que había pasado con Taraball, que era la primera vez que un hombre entraba en su piso después del rompimiento casi trágico; que ella había salido adelante sola y con mucho sudor para sostener el Bogavant, y otra copa; que se iba a arriesgar conmigo porque veía en mis ojos algo transparente, que yo la

hacía sentir viva, que ya no se escondería más, que el guarromacho de su Ex se fuera a tomar por "allá", que la vida era para vivirla y ella se estaba perdiendo la mejor parte, y antes de que se pusiera más filosófica le hice un guiño para irnos a la cama otra vez pero me paró en seco y dijo que la dejara acabar que estaba hablando en serio, que eso es lo que odiaba de los hombres, que se plantan frente a una y no te escuchan, están ahí, mirándote como si te oyeran pero nada, están pensando en sus cosas o en cómo quitarte la ropa.

—Que te quede clara una cosa, Abilio —dijo señalando con dedo ebrio—. De amor, nada, allá tú y acá yo. Sexo, riesgo y negocios, nada más.

Sirvió dos copas más y dijo algo así como que ese era el trípode en que se iba a fundamentar nuestra relación, que si una pata se quebraba todo se iría al suelo y cada quien con lo que le tocara asumir. Yo estaba menos bebido, pero con la lucidez para entender que había llegado mi hora.

—Como tú quieras —dije obediente y le agregué cursilería—: Pero ya sabes que yo siento algo especial, algo…

—Calla, calla —dijo poniendo sus dos manos abiertas hacia mí, como creando una barrera a mis palabras—. Dame uno de los tuyos y explícame algo.

Le encendí el cigarrillo y le desmenucé cómo pensaba hacer mi primera incursión, que era más una exploración del terreno, tomar apuntes de la ruta, lograr algunos contactos en la zona para tapaderas y coartadas; le hablé de don Pere y exageré su experiencia y su implicación incuestionable como director táctico y consultor. Quedamos en que yo haría los preparativos logísticos y en un par de semanas, un lunes, iríamos al país pequeño con alforjas anchas y le eché otros cuentos sobre mis correrías, todo sin nombrar El Camellón ni lo que pasó con el Topo y como tampoco preguntó nada pues seguí con mi jeringonza hasta que vi que se había dormido por completo, con la mejilla recostada en el dorso de su mano derecha, la de las pulseras.

La alcé en brazos con dificultad extrema pero con la entrega digna de un devoto, y con las rodillas a punto de reventar llegué a la cama, la posé y, al quitarle los zapatos, despertó asustada y me sacó de la

pieza, mejor dicho del piso, que ella se desvestía solita que ya estaba mayorcita y que ni pensara en dormir allí, que no me confundiera, que así todo iría mejor, que cerrara bien la puerta, que le habían encantado las flores, que mañana nos veríamos, cosita rica, así como yo le había dicho al verla desnuda dos horas atrás.

25

Salí al contrario de como entré, erguido y por el portal y con sentimientos en choque; qué rara es esa vieja, pensaba, por un lado una tigresa en celo y por el otro una víbora mandona. Me acogía y repelía, me tomaba y dejaba como a un vicio, pero esa noche habíamos dado un paso más tal vez sabiendo que nos aprovechábamos el uno del otro, tal vez sabiendo que estábamos a punto de empezar una partida con las cartas bocarriba.

Y bocabajo me encontró una parejita que me llevó a urgencias del Hospital Clínic. Había salido con las manos en los bolsillos aunque las frotaba en la mente, contento con ella y conmigo, con la puerta que se abría para mis propósitos de prosperidad y todo eso; caminé por el suelo de cemento, una lengua roja y ancha que queda en sándwich entre las dos vías de la avenida de Mistral. Encendí un Lucky (lo más parecido al Pielroja de mi Colombia) y avancé bajo la sombra nocturna de los árboles rumbo a la Plaza de España, crucé la avenida del Paral·lel y ahí fue la cosa, Wong; ¿conoce ese paredón largo que hay ahí, donde se parquean los buses?, es un pabellón de la Feria de Barcelona, ¿no? Tiene que salir de este antrobar, salga de su palacio, mi querido Pu-yi. Hay que ser turista donde uno vive y sorprenderse con los rincones anónimos y cambiar de ojos para ver lo de siempre. Lástima que mañana me vaya, si no lo invitaba a dar una vuelta. Tanto querer venir para terminar deseando irme. Tanto querer salir de allá para que el imán infalible me regrese a la matriz, donde todo empezó, donde está la luz que conozco, donde huele a lo que huelo yo.

—¿Cómo se llama, joven? —preguntó la doctora en un catalán con timbre de raqueta rota.

—Neus —dije. Y cuando miró como me miró, agregué—: ¡Que llamen a Neus!, y yo me llamo Abilio.

Hizo otras preguntas, vio mi sien sangrante y dijo que necesitaría

sutura y que harían unas pruebas en mi torre; en la cabeeeeza. Los tipos, que eran unos cuatro o cinco, habían salido de nosedónde y me alcanzaron en un volar, no sé si por lo rápidos ellos o por lo lento yo, pero cuando me di cuenta los tenía alrededor, de negro pleno y rapados, y yo contra la pared; empezaron con empujones, con insultos, de sudaca para arriba y mestizo de mierda para abajo, y al tratar zafarme uno sacó de la manga una barra metálica y me dio en las corvas, aquí atrás, cooorvas, y caí doblado en la acera, hermano. Y ahí fue, empecé a ver botas negras que golpeaban donde fuera, como a una bolsa de basura, pateando el ovillo en que me convertí, tapando la cabeza con los brazos y encogiendo las piernas hasta la barbilla hasta que un taxi pasó y pitó varias veces, entonces me dejaron y salieron corriendo. El último golpe que sentí fue el de una manopla contra mi oreja, ahí donde empieza la patilla. Y ahí quedé, como un fetico, acurrucado y sanguinolento, con los ojos apretados y gimiendo y rezando al Niño Jesús de Praga de mi Pamplona por primera vez.

La parejita, que nunca supe quiénes eran, y el taxista que pasó me salvaron de una paliza mayor o quiensabequemás; se acercaron y, aunque el muchacho no quería mucho, la chica le decía que me ayudaran, que seguro habían sido los skins que habían visto en la boca del metro, que cómo iban a dejarme ahí tirado. Yo nunca había creído eso de los desmayos de las películas, siempre me pareció artificial, así como cuando vomitan por una contrariedad. Yo hasta ese momento sabía que uno se desmayaba de la risa o vomitaba de la borrachera. Pero debí desmayarme porque cuando abrí el ojo ya tenía a la doctora con las gafas en la punta de la nariz, preguntando mi nombre con unos ojos azul clarito.

A Neus no la contactaron sino hasta la mañana siguiente, cuando ya estaba estable y rapado media cabeza, como si hubiera sido una prueba bautismal para incluirme en la banda. ¿Sí ve esta rayita? Pues me la llevo a la tumba por obra y gracia de esos malparidos xenófobos y del cabrón del Taraball. Claro, fue él quien me los envió; él mismo me lo hizo saber días después a través de un papelito que dejó bajo mi puerta y con letras recortadas de revistas, sí, así como los secuestradores: EstA vEZ fue fútbol, BÉISbOL y boxeo La PRÓxima jugamos al BuCEo. El sobre no tenía destinatario, pero para quién más

podría ser sino para mí.

—¡Abilio, Abi, qué te han hecho! —dijo al verme.

—No sé —dije aliviado al verla—. Ni importa. Di papaya y me dieron pata a la lata.

Vamos a tener que hacer canje, Wong. Yo le enseño jerga y usted me invita la próxima birra. Poner papaya no es otra cosa —como le expliqué a ella entonces— que ponerte en bandeja para que otro te joda. Y dar pata, pues dar patadas como una bestia futbolística. Y a la lata, pues, en cantidades incontables. Eso. Sigo. Neus tomó la mano sana y me apretó con cariño. No tocó más porque quedé con magulladuras y moretones por todas partes.

Estuve un par de días más mientras se aseguraron de que mi coco estaba bien y ella me recogió en el Land Rover para llevarme al piso. En ese momento ni se nos había pasado por la cabeza pensar que la paliza había sido orquestada por el Ex; estaba muy arrepentida de no haberme dejado quedar en su casa, que esas cosas no pasaban por esa zona, que cuando estuviera al cien por cien iríamos a Andorra y tal. No la invité a subir al hueco por vergüenza y porque lo más seguro sería que no quisiera. Me quedé unos días de baja, leyendo y haciendo planes, y fue cuando recibí la nota que empecé a atar cabos y, entre la proximidad al piso de Neus y los insultos y la advertencia por acá no vuelvas cabrón y la alusión deportiva de las letras recortadas, no podía ser otro que él.

—Fue él, tu ex —dije sin ninguna introducción.

—¡Qué dices! —dijo al otro lado del móvil.

—Recibí un anónimo, pero sé que es Taraball —agregué.

Tuvimos que tomar precauciones máximas para evitar un incidente similar; si las sospechas eran ciertas, quería decir que Taraball seguía patrullando su piso y de la orden de alejamiento, nada. Seguro había visto mis repetidas visitas al Bogavant y me había visto entrar al parking con ella esa tarde y nos había seguido en uno de los coches de la agencia de detectives y, claro, después desde abajo imaginando qué harían esos dos durante tanto rato, le dio tiempo de llamar a los perros de negro pleno, con sus tatús de calaveras y esvásticas y sus puyas de acero y sus lenguas sucias, ¡ah!, y sus botas, sus botas lustrosas de recluta. Yo dejé de ir unos días por el restaurante y decidí buscar a

don Pere después del trabajo matutino para ir redondeando el viaje.

—¿Será que comen de esto? —dije emocionado al verlo en el estanque de los patos y le acerqué una bolsa con bollerías.

—Home, noi, jove —dijo el viejo mientras partía la barra de pan con la rodilla—. Creí que te habías regresado al Ecuador.

—Colombia, don Pere, Locombia; la cafetera y la cocalera, la coqueta y la turbia, la lista, la ilusa, la bailadora y la ametralladora, la enguayabada, la digna, la soñadora, la buenagente y la malaleche, la pensadora, la espantosa, la carpe diem, la ergo sum, la ora pro nobis, la urbi et orbi, la…

—Calla, chaval —espetó don Pere y al alzar la mirada—: Hijo, ¿qué te ha pasado? Ya decía yo que se te había caído un tornillo o algo así.

—Algo así, don Pere. Intolerance —dije rascando el vendaje—. Lo busqué un par de veces, creí que estaba de viaje —mentí cambiando de tema.

—De viaje en el Hospital del Mar —dijo haciendo un puchero—. El mango, como dice usted —bromeó tocándose el pecho después de una pausa larga.

—Pues estábamos en las mismas. Vamos a tener que darnos los teléfonos, don Pere, para eso están los amigos —dije.

La verdad, cuando no lo encontré en su piso había pensado en lo peor; es lo que pasa con los viejos; los ves venir y piensas cuánto lleva y cuánto le queda. Y cuando te despides, hasta mañana, que pase buena noche, crees que es la última vez que los vas a ver.

Compartimos con los patos el contenido de la bolsa y don Pere me dio algunas claves de la profesión para no despertar sospechas. Dijo que ya había pasado mucho tiempo, pero que había un par de escondrijos en caso de persecución y que con dinerito la gente se movía. La idea era hacer contacto con gente de la zona, los labriegos, y ganarnos su confianza, su complicidad o al menos su discreción. Y, como su origen y el mío tenían nexos con el campo, algo de ese gen deberíamos tener, pues nos lanzamos a ciegas con las consignas del contrabandista en la sombra.

—Acompáñenos, don Pere, y se da un paseíto —le dije—. Y lo llevo a su pueblo, ¿no le provoca volver? Mejor dicho, ¿no le apetece regresar?

—Noi, volver, volver —dijo despacio, contando las letras—. Cuando has dejado lo tuyo y por tanto tiempo, regresar es asomarse al abismo; ya eres otro, y el que fuiste allá te espera indefenso.

—No se ponga filosofal —le dije bromeando—. Vamos con la jefa, ¿se acuerda?

—El amor y los negocios son como el agua y el aceite —dijo ya de regreso a nuestra banca—. Falta ver quién es el agua y quién el aceite.

—¿Y cómo sabe que…? —dije sorprendido.

—Filosofal que me pongo —respondió.

Dos semanas más tarde estábamos montados en el campero, Neus y yo. Salimos tarde, como a las siete de la mañana; además a la señora le dio por pasar por su pueblo primero, que hacía tiempo no visitaba Camprodon y quería echarle un vistazo a la casa de sus padres que ya no era de ella pero la nostalgia se lo pedía.

—Cuando has dejado lo tuyo y por tanto tiempo, regresar es asomarse al abismo —evoqué las palabras de don Pere y las repetí como si fueran mías.

—No digas chorradas —dijo.

26

—¿De dónde vienen los señores? —preguntó un policía imberbe que no conocíamos, al detenernos en el retén.

—De toros —respondió Bocadillo, bajando la ventanilla hasta la mitad.

—¿Y para dónde van?

—Pa' toros —replicó burlón.

—Abra el baúl y permítame los papeles —dijo serio el muchacho y Bocadillo bajó del coche.

Ese fue un error que pagué caro; dejé que él atendiera el asunto sin pensar que haría lo que hizo. Se dedicó a mamarle gallo al policía y… Paréntesis: mamar gallo, fuera de su significado primigenio y otros menores, my Wong, le decimos en la Colombie a tomar el pelo, burlarse, mofarse, y lo asumimos como una manera de ser. Allá, para mamarle gallo a la rutina violenta, por ejemplo, practicamos el mamagallismo. Cierro paréntesis.

Cuando me di cuenta de que la cosa demoraba más de lo habitual bajé y ya era tarde; el muchacho policía, para estrenar funciones o ganar aplausos se alborotó por la actitud burlona de Bocadillo y porque sin medirlo le ofreció soborno. El tombito llamó a su pareja que custodiaba el frente del Dodge, retuvo los papeles, dijo que el carro quedaba inmovilizado, y nos llevó a la patrulla donde estaban otros dos polis y llamó por radio. A Bocadillo lo hicieron entrar y a mí me dejaron fuera, menos mal porque estaba que lo mataba; sólo lo atravesé con la mirada y le mascullé un qué hizo gran güevón a través del vidrio.

—Permiso, mi sargento, nos disponemos a incautar suministros y víveres de contrabando allende la frontera y a reportar intento de soborno, dádiva o mordida por parte de dos sujetos aquí presentes, a saber: el señor… —dijo el tombito dando el nombre real de Bocadillo,

cuando alcancé a oír a Perol al otro lado de la línea que lo calló de sopetón.

—¡García, pare!, que parece una cotorra. Ya sabe el procedimiento, encárguese de la mercancía que yo ya sé quiénes son esos —concluyó.

Claro que nos conocía, ¿se acuerda, Wong? El que se untaba más a menudo con nuestras coimas, pero por políticas de la Ins-ti-tu-ción, pues los rotaban para evitar esas debilidades, que por el contrario iban en incremento. Nada más adictivo que un sobresueldo, nada más fácil que una sobretasa de comercio internacional a la buchaca personal. Pero el sargento no tuvo otra que dar ejemplo y echarnos a la guandoca, a mi primera experiencia carcelaria; nos llevaron esposados en la furgoneta y a la cana, al talego, al horno cucuteño, y dejaron el cargamento y el carro con los otros. No le dije ni mu a Bocadillo durante el viaje, agaché la cabeza y dediqué el tiempo a pensar qué estaba pasando; no sabía si había sido una de sus payasadas o lo había hecho aposta, pero por qué, para dejarme mal con el Topo, o quizás el mismo Topo le había ordenado la maniobra para obligarme a pagar trabajando y así amarrar a su mano derecha durante más tiempo.

Desde el principio supe que estaba solo. De eso tan bueno no dan tanto, como dicen por ahí; no bastaba con mi ascenso, no bastaba decir hagan esto, hagamos lo otro; ellos, el grupo, que se conocía desde hacía años, sólo funcionaba porque el Topo lo había decidido y sabían que el man tenía sapos por todas partes; chivatos, soplones. Pero se les notaba el resquemor, no porque quisieran mi lugar, eran demasiado conformes, sino por el solo hecho de que un jovencito de buenas a primeras estuviera dando órdenes y porque no podían negar que conmigo el negocio iba mucho mejor.

Y claro que me la cobró el Topo, pero primero nos sacó de los calabozos. Qué días más aciagos, mi helmano. No se imagina. Ratas de todas las especies; atracadores, raponeros y conductores borrachos en pocos metros cuadrados. Todos los días entraba y salía gente; unos para los juzgados o para La Modelo o para la casa. Tuve suerte, pero no lo supe hasta que salí, pero mientras la cosa estuvo fea y cambió de color varias veces. A la primera oportunidad que tuve, me lancé encima de Bocadillo por sorpresa y le di una tunda que tuvieron que cogerme entre varios porque la cara roja del tipo estaba más roja aún

con su sangre. No fue mucho lo que le hice, sólo que la nariz del hombre era como un surtidor y parecía que lo hubiera roto por todas partes.

Fui incomunicado en una celda solitaria y asquerosa; bien porque me libré de la caterva de la celda comunal y mal porque estuve dos noches sin luz, sin váter, ni cama, ni ventana; era una suerte de mazmorra que al parecer ni utilizaban, pero con el estado colérico imparable me hice acreedor a ese antro. Cuando volví, noté miradas disparejas entre los que me vieron aplastar al Bocadillo, unas de aprobación, otras de conmigo no se meta o lo jodo. Todos ya sabían del origen tergiversado de la pelea y les parecía más que nimio el problemita. Cada quien sobrevivía ese limbo como podía, pasando desapercibidos los más frágiles y haciéndose respetar con ínfulas los veteranos; se decía que a veces era mejor que a uno lo mandaran de una vez a la cárcel, donde al menos había cama y comida seguras, que estar ahí, hacinado, cuidando el culo y yo esperando que fuera lunes para que miraran mi caso.

El Topo movió sus hilos de malandro de pelo y medio y nos sacó en tiempo récord gracias a que el hombre tenía untado a media rama jurisdiccional a punta de botellas de whisky y una que otra joyita para las esposas de vuestras señorías los jueces y secretarios; y hasta las que repartían el café y fregaban los pisos le debían algo o algo le habían recibido. Una llamadita del Topo y la maltrecha y renca justicia colombiana aceitaba los mismos engranajes que usaba para sacar a los de corbata con eficiencia prodigiosa. Las cosas por allá se mueven con plata o con miedo, my friend.

—Don Jairo los espera, camine y los llevo —dijo el chofer que vino a recogernos—. Y si quieren matarse ahí atrás, háganlo rápido porque el hombre está que se los come crudos.

Bocadillo no dijo nada en el trayecto, entre otras cosas porque todavía tenía la boca hinchada y la nariz con un vendaje espantoso que le habían hecho en el centro de salud. Sólo me miraba de vez en cuando desde sus ojos amarillos bordeados por unos hematomas que iban del verde al púrpura, como una máscara de carnaval hecha por un niño torpe. Yo en cambio le decía mudo, usted me las paga, mostrándole la mano extendida como deteniendo el tráfico.

La camioneta, de ruedas anchas y con vidrios polarizados al mejor estilo mafioso, tomó como quien va para el aeropuerto y en un semáforo se subió otro, un seboso con un par de cervezas en lata y diciendo este es el par de tortolitos, a ver, papá le pegó a mamá, ji-ji-ji-ja-ja-ja. Antes de coger la ruta definitiva orillaron la camioneta y nos vendaron con unos trapos que olían a cebolla o a sudor con olor a cebolla, que no es lo mismo. Viajamos así como media hora o un poco más, primero unas vueltas por la ciudad para desorientarnos; semáforos silenciosos, pitos delirantes, voces de vendedores pertinaces. Después, el paso de camiones nos decía que íbamos por carretera hasta que sentí que salimos por un camino destapado y plano; tal vez un río, o el viento entre cañas y de pronto el freno.

—A ver, la parejita otra vez, Batman y Robin —escuchamos la voz del Topo—. Quíteles la venda, que no están secuestrados; por estos no pagan ni para hacer salchichón.

El Topo estaba en pantaloneta y con la camisa abierta. Tenía unos zapatos tenis nuevecitos con talla de niño; no me había fijado hasta entonces que tuviera esas paticas tan pequeñas. Nos habían llevado a lo que parecía un galpón abandonado; hacía un calor de infierno, se sentía cómo crujía el techo metálico rebotando los rayos solares y haciendo insoportable la respiración. De no haber sentido su voz o de haber oído la de otro, hubiera pensado que ese era un lugar preciso para pegarnos un tiro.

—¡Uy! Bocadillo, le cascaron duro, ¿no? —dijo al ver los ojos del hombre—. Váyanse y esperen a que los llame, que esta es harina de otro costal —ordenó al par que nos trajo.

—Jairo —me apresuré a decir.

—Cállese la jeta, chino —vociferó de inmediato—. No necesito que diga nada, ya me llegó el reporte; no se sabe cuál de los dos es más güevón, ¿ah?, la cosa iba bien Abilio, no creí que la fuera a cagar de esa manera, que se relajara así. Hay que estar mosca siempre. Usted es el que negocia, usted es el que hace la movida chueca y no este burro.

Acercó un cajón y se sentó. Con un golpe de viento llegó un olor a molienda, a caña de azúcar; estaríamos por los lados del Zulia, pensé. Se quitó su cachucha beisbolera y le salieron las orejas, coloradas, como dos aletas brillantes, siempre tan bien resguardadas y ahora

aparecían así, de pronto y dejando ver su pelo de cerdas, tupido cortado al dos; en ese momento tan tenso el Topo era el mismo y era otro, furibundo y risible.

—Me costó bien caro recuperar el carro, sacarlos no tanto —prosiguió—. Abilio, no necesito decirle cómo vamos a componer esto, pero lo hice traer para repetírselo. Me va a reponer hasta el último centavo, uno por uno, sin chistar, cero disculpas; se dejó echar mano y punto.

Se puso de pie y se acercó a Bocadillo, que estaba congestionado y tambaleando por la canícula y los esparadrapos. Le dijo el padrenuestro al revés, que si se las seguía tirando de chistosito se iba a ganar un pepazo, se puso detrás de él, sacó una pistola y se la puso en la nuca. Bocadillo balbuceó un ruego a través de sus labios inflados y cayó desplomado en cámara lenta.

—Hasta se habrá cagado en los calzones —dijo y siguió blandiendo el arma acercándose a mí—. Este se queda conmigo a manejarme la Toyota y usted se va para Pamplona; ya le puse el taxi allá con la mercancía. La gasolina se la robaron los tombos, así que se la apunto en la libreta. Y dígale al Pollo, el de la buseta, que si le sigue interesando está adentro, con las condiciones que le dije. Que maneje el carro y cierre el pico.

Fue hasta el cajón, se puso la gorra y se alejó hacia la puerta metiéndose el arma en la pretina y diciendo: A usted no le queda grande esto, chino, no me haga gastar favores, que los necesito para las grandes ligas. No necesité hilar mucho para saber en qué pasos andaba el Topo ahora; sin decirlo lo dijo y corroboró un soplo que recibí en los calabozos.

—A ver los topitos —dijo el policía que cuidaba la celda—. Alístense que ya les llega la niñera a recogerlos.

—Oiga, usted se mueve con el tal Topo —preguntó un tipo que estaba mi lado y que no había hecho otra cosa que arreglarse el pelo.

—¿Cuál Topo? —fingí.

—No se haga el gringo, un loco que está entrando fuerte en la frontera, ¿será el mismo?

—¿Fuerte en qué? —seguí haciéndome el gringo, el sueeeco.

—Perico, qué va a ser —dijo bajito, como si fuera pecado.

¿Perico? Pues coca, cocaine, C17H21NO4, fruto de la patria que desbancó al café, al banano y a la trata de blancas, mulatas y morochas; polvo blanco, el que nos puso en el mapa de verdad, la nieve tropical que nos catapultó para siempre; no valieron campañas de imagen, ni condenas en los foros internacionales, no. Que de dónde viene el señor, ¡ah!, de Colombia, ¿no traerá por ahí un kilito, medio, una papeleta al menos? Eso sí que es reconocimiento global. ¿Que dónde están las narices más desarrolladas del orbe? En USA. ¿Que dónde la tienen más larga que el oso hormiguero? In Europe. Nicho de mercado, my Wong, en cambio por sus latitudes más bien poco, será por las fosas diminutas o porque no nos enteramos. ¿Cómo hacer para abastecer a más o menos dos mil millones de orificios nasales de su China llena de chinos? Llamen, estamos abiertos veinticuatro horas, prefijo 0057, llamen sin compromiso.

Antes de salir del cagadero ese, el mancito sacó una tarjetica arrugada del bolsillo del pantalón y me la dio. Yo le jalo al menudeo por los barrios, a los chinos les encanta, en los colegios se vende más que los helados. Dígale al jefe que yo soy un bacán, que en esa peluquería da conmigo, que pregunte por Paleo, por si necesita alguien íntegro, firme, pa' lo que sea, hermano, dijo mientras se seguía acicalando con el trinche un afro pasado de moda.

27

Un desastre. El primer viaje fue un desastre. Don Pere me había contado de todo, menos una cosa. Pero qué podía saber el viejo la que se nos venía. Me advirtió de las malas condiciones de la carretera que sube al Port de Cabús, que, como dicen aquí, es una pista de tierra, al principio limpia y lisa, bordeando el río, llena de árboles y prados de un verde que recordó mis Andes, con sus jorobas oscuras y sus valles ceñidos. Pasamos Tor, que, además de una docena de casas de piedra, arrastraba una historia de pendencias y muertos por sus tierras de pastos y maderas, y que unos inversores querían convertir en hoteles y pistas de esquí. Hasta ahí todo bien.

—No sabe usted, noi, lo que ha pasado en esa montaña —había dicho don Pere mirando la copa de un plátano enorme—. Hace gracia, hasta café de su país habrán pasado, y oro, y armas, además de lo de siempre. Y lo más, personas; judíos que huían del nazismo pasaron esos puertos congelados.

Y, congelados, casi morimos allí Neus y yo, como dos enamorados borrachos. Llegué a pensar que nos cubriría la nieve de tal manera que en el dos mil cincuenta, después de terminada la Sagrada Familia y en la inauguración del complejo invernal por fin construido en la zona, una excavadora sacaba el Land Rover cargado de botellas de brandy, de vino, de whisky, unas intactas, otras quebradas, y cartones de cigarrillos como lingotes de piedra. Y a dos personas abrazadas con la piel curtida y seca, cachete con cachete. Una mujer, sin duda, por sus aros inmensos y sus pulseras de oro y un hombre, algo menor, con un peinado raro, medio rapado, medio mechudo, poco común a mediados del siglo veintiuno.

—Neus, las seis y media —le reproché—. En este oficio o se madruga o nos coge la leva.

—Fresco, mano —dijo burlona imitándome.

Al final salimos un miércoles y, según mis cálculos, sólo de ida y vuelta en carretera iban a ser unas doce horas incluyendo la pasada por Camprodon, desayuno en el bar de nosequiencito, eso sí, buenísimo, visita a la casa paterna con lágrima incluida y yo medio emputado, medio elástico, qué se le iba a hacer, mi mecenas, mi acudiente, mi amante, mi socia, mi sponsor merecía eso y más. Pasamos Tor y empezó el viento y el zigzag, el camino se empinó y el campero brincó con el tapiz de piedra y Neus se quejó de sus riñones. Llegamos por fin como a las dos de la tarde arriba, a la frontera, a más de dos mil trescientos metros sobre el nivel del Mediterráneo, y yo en mi salsa, ¿le parece mucho? Yo nací a más de dos mil seiscientos sobre el nivel del mar Caribe, pero lo más cercano a la nieve que conocí fue el congelador de mi casa cuando se llenaba de un hielo picadito, que crecía como un hongo en esas neveras sí frost.

—¿Quieres de chorizo o de pernil? —preguntó sacando un par de bocadillos de un antebrazo de largo.

—Chorizo, pero ¿por qué tenemos que parar? —le dije—. Si hablas por el móvil conduciendo por qué no nos comemos el sándwich de aquí para abajo, que está asfaltado —y seguí insistiendo sin éxito; dijo que ella comía a cero kilómetros por hora, quieta y con ese paisaje tan guay por qué no.

A qué hora se me ocurrió traerla. Las viejas tienen una relación con el tiempo diferente; tienen un reloj manco, sin manecillas; la hora en que hacen las cosas es la hora en que las hacen. ¿Por qué antes, por qué después? Debe ser por lo de la maternidad, ¿no? A ellas se les puede hacer eterno o fugaz y nosotros apenas nos damos cuenta; metemos el pichirilo y nueve meses más tarde, sin anuncio previo, por el mismo lugar sale un bebé quejándose si concebirlo fue tan rico. Wong, cuando empiece a decir tonterías, me avisa. ¿Será que se me está subiendo la chevecha a la cabecha? Ponga la otra, señolito tles delicias, no irá a cerrar ya, ¿no? Se están yendo los ganadores y queda el perdedor; pero este infortunado dejará el resto de su fortuna en este bar, esta noche. Hágame un favor, escúcheme otro rato que no es mucha la cháchara que falta y es mucho lo que queda de barril, ¿o no? Usted dice cuando sea el momento; tranqui, tome, cóbrese esto y lo que falta, que ya tengo lo del taxi aquí y lo del taxi allá.

Bueno, entonces bajamos hasta la capital del principado, qué triste, qué gris, qué vitrinas, qué escaparates. Ahí sí tocó coger el mando porque si por ella fuera estaríamos todavía allá mirando joyas, oliendo perfumes y midiéndose relojes. Nada, mi hermana, acá vinimos a trabajar; fuimos a encontrarnos con los contactos que nos tenían ya el alijo listo. Neus: Meritxell y Roger; Meritxell y Roger: Neus. Así, presentación peliculera (es que yo soy muy de cine). No fue mucho lo que cargamos, por ser la prueba piloto, pero sí suficiente para sacar unos buenos pavos de ganancia o para ser multados con ejemplaridad. La pareja nos tenía además una petición especial, mi contribución criolla a la expedición: una pila de heno cubriendo las cajas y una oveja vieja con su identidad y su ubre en regla. Adéu, Meritxell, besito, adéu, Roger, apretón y hágale, de regreso al premio de montaña de categoría especial, coronado ya de tarde como era la idea, para bajar por territorio español con el sol de los venados, así como el poema de un paisano, que lo aprendí solo porque a mi mamá le gustaba mucho:

Recuerdo el sol de los venados
desde un balcón crepuscular
allí fui niño ojos inmensos
rodeado de soledad.

Se lo recité, aunque ni sol ni venados, lo que apenas veíamos eran pinos borrosos y los ¡ayyyes! de la señora y el beeee de la lanuda y una ventisca que venía y que degeneró en nevada ya pasado el pueblo fantasma. Lo que no contó el viejo, y que por novicios tampoco consultamos, fue el tiempo, la meteorología, tan dada en los ascensores y olvidada ese día por nosotros; justo ese año a principios de noviembre cayó la primera tanda de hielo raspado sobre el Pirineo leridano. Nieve, mi helmano, nieve hasta las rodillas. Yo había tenido barro hasta media pierna, pero esto sí fue jodido. No es como el barro, meloso, que parece que te succiona los zapatos y hasta te los come, pero por lo menos tiene una temperatura aceptable y se quita con agua, pero esto, esto para mí era entrar en la dimensión desconocida. Esto en mi país —que todo lo tiene pero al pobre le queda lejos— sólo lo podemos ver a más de cuatro mil metros y, como a los nevados ni a

la selva ni al llano profundo a nadie le interesa ir, pues nada. Sólo playa, río, piscina y charca. Turismo de pantaloneta y punto.

—Mare de Déu de Monserrat, ¡ampáranos! —repetía Neus sin parar.

—Mierda —decía yo sin parar hasta que no pude controlar más el campero—. ¡Y ahora qué!

Estábamos en una recta, con árboles canosos a lado y lado, con el último atisbo de luz y la algarabía del río que recibía los copos como parmesano un caldo. Idílico si no estuviéramos a menos cero y a más de doscientos cincuenta kilómetros de casa. No faltaba mucho para Alins, pero no se podía seguir ni retroceder, ni yo sabía poner cadenas a las ruedas, es más, ella no sabía si tenía cadenas el Land Rover, pero sí estaba segura de que nunca había tenido calefacción.

Apreté el claxon hasta que temí por la batería y lo dejé, pues nadie escuchaba el grito del insigne inglés fabricado en Linares, el Santana que todo lo puede y todo lo remonta menos ese día que ni para adelante ni para atrás, más por el culillo mío por salirme del camino y ahí sí cagarla del todo. Quién iba a pasar a esas horas y en esas condiciones por ese paraje olvidado, ni la policía. Mejor. Pité por última vez y volví a mirarla; estaba paralizada mirando al parabrisas que empezaba a tapizarse del blanco más blanco que la ropa blanca de la televisión. Tenía agarrado su bolso como si se lo fueran a robar, apretándolo contra la barriga, y no paraba de nombrar a la Virgen y empezó a añadirle algunos santos. ¿Por qué será que, sin tener siquiera un crucifijo en casa, cuando la cosa se pone peluda empezamos a invocar a Papalindo, su mamá y el santoral en pleno? No lo digo por usted, clarinete que no. ¿Usted de cuál equipo es, del budista, taoísta o confusionista? No me lo diga, no me lo digas.

No demoré en contagiarme y pensé en el Señor del Humilladero, ¡oh!, artillero tenaz, Cristo de mi Pamplona añorada, tan venerado por mi madre y por feligreses a cuarenta leguas a la redonda y más allá. También recordé una estampita del Niño Huerfanito que ella metió en mi billetera junto a un “detente” del Sagrado CorazóndeJesúsenvosconfío, los dos hacen bellezas. Y me encomendé a ellos por si acaso.

—¡Cállese ya, Neus! —grité—. Ni la virgen de aquí ni la pirateada de allá nos van a salvar.

—Beeeee —baló la oveja, no sé si aprobando o no.

Yo no fui boy scout, pero no tuve más que tirar de malicia indígena para sobrevivir esa noche; nunca había conducido sobre la nieve y de noche, así que le dije que se tranquilizara, que de frío no nos íbamos a morir y de hambre tampoco. De amor tal vez. Lo que hicimos fue lo siguiente: Oiga, póngame un poco de ensaladilla y pan con tomate que de nombrar hambre me dio. Lo que en principio era un despiste para la autoridad en caso de requisa se convirtió en nuestra salvación. Nos pasamos para atrás recordando para nuestros adentros nuestro encuentro en el parking y nos acercamos a la oveja que no entendió muy bien la cosa pero nos acogió sin reparos, sobre todo porque no había espacio para otra decisión; hicimos un lecho de heno y nos abrazamos a ella y sus efluvios, comimos galletas hasta el empalago y abrimos una botella de brandy del bueno.

—Si pasamos esta prueba —dije ya en plena oscuridad—, las pasamos todas.

—Lo que soy yo, por acá ni loca —dijo tiritando.

—Ya lo sé, ya lo sé —dije blando—. Me refiero a-lo-nues-tro.

—Calla o te saco —regresó la voz de sargento, lo que me tranquilizó.

Hablamos de cosas que nunca habíamos hablado. Me contó de su infancia tan distinta a la de sus padres, que las pasaron turbias bajo el mando del generalito, con todo y su economía familiar más o menos holgada; se imagina, Wong, que llegue un tipo y le diga: a partir de este momento usted no habla más cantonés porque no se me da la gana y punto. Eso tiene que ser muy jodido. Por eso y otras cuestiones anteriores, acá siguen con la cosita de la independencia. ¿Que por qué? Pues claro que sí, ¿por qué no? Usted no debe saber, pero mientras nosotros nos emancipábamos del imperio español Cataluña fue segregada de España y después anexada al imperio francés. ¿Se imagina lo que nos habríamos ahorrado siendo francófonos? Ya tendríamos una copa del mundo con jugadores de nuestro departamento catalá-occità entre otras vainas.

Le conté de la mía, de mi infancia —que fue diez años más tarde, ¿no le había dicho?—, sí, hermano, ciento veinte meses de diferencia con ella en el registro civil, pero no en el carnal ni en el mercantil. Me

preguntó por mi hermano y le conté lo que sabía; le conté que crecí en medio de las bombas de la mafia drogoindustrial, paradigma que perfiló la identidad de toda una generación, para la muestra un botón. ¿Para qué hago una carrera en la universidad, para que no me den trabajo? Mejor me trago unos condoncitos, los llevo en mi barriguita y los defeco en La Latina, centro de Madrid. O dedico mi talento al mayoreo rindiendo la coca con harina, azúcar o talco para los pies, como estaría haciendo el Topo. It's easy, mon amour.

La oveja y Neus durmieron muy bien, yo no; mientras ella tomó el lado de la lana yo tuve que acomodarme al vientre, que aunque caliente quedé sitiado por patas y otras partes. Al final caí borracho cerca del amanecer sin necesidad de contar ovejitas. La nieve no estaba tan terrible como creí en la noche, ¡ah!, la noche que todo lo intrinca, que todo lo abulta. La hija de Camprodon invocó sus orígenes y ordeñó la leche añeja en una botella de agua y que yo me negué a tomar pura.

—Toma, Abilio —dijo ceñuda—. El desayuno.

—¿Sin galleticas? —bromeé.

Mezclé la leche con el cuncho de brandy que había quedado y me la tomé. Salí a mirar cómo estaba la cosa con las llantas y el terreno, eché una meadita humeante sintiendo la mirada de la dama, más de envidia que censuradora, y volví a pelear con el encendido del campero un buen rato. Nos sacudimos la paja y bajamos despacito sin hablar hasta que ya no hubo más nieve; tomamos camino sin más escollos naturales ni policiales y, con un aura triunfal más los achaques de la noche en el cuerpo, llegamos al mediodía a Barcelona entre estornudos.

28

Hice llave con Olympio y cubrimos dos rutas, la veraniega y la invernal. Después de la experiencia con Neus y la oveja, quedó claro que en invierno tocaba ir por la frontera oficial, pasando menos cantidad pero pasando. En un taller de L'Hospitalet, tierra colombiana, encontré la manera de que le acondicionaran al campero un doble techo y algunos ajustes en sus puertas y en la llanta de repuesto, costos que amortizamos en poco tiempo haciendo viajes de fin de semana como dos avezados forofos del senderismo, el montañismo y todo lo que se le pareciera. Que para dónde van los señores: para los lagos de Pessons; que de dónde vienen los señores: del pico de Cataperdís, y sólo veían las mochilas y los aparejos y los lazos y una bolsa de basura medio abierta que siempre echábamos con una peste a sardinas en lata que en caso de requisa los agentes del orden no demoraban mucho en su inspección.

La oveja —que tuvimos que mantener en un solar del Carmel— fue la gran aliada en los viajes por Tor en épocas más benignas. Para dar credibilidad a la jugada, llenábamos el campero de cagarrutas ahorradas y las que con espontaneidad nos brindaba Enriqueta (bautizada en secreto en honor al usurero que nos la cuidaba mientras ella estaba de asueto). Además, para despistar, Olympio decidió pintarle una mancha negra cada vez que viajábamos y, entre la mugre, la pintura y la falta de esquile, de haber tenido cuernos la oveja hubiera parecido un yak del Himalaya. Aparte de un par de veces y por otras razones, la ley nos echó una ojeada por fuera de la ruta estraperlista y pasamos sin problemas; poníamos cara de urgencia porque llevábamos la oveja al veterinario. O, si nos deteníamos a comer y algún desocupado preguntaba si la vendíamos, espetábamos un rotundo no.

—Mira, un Chivas Royal Salute de veintiún años —dije orgulloso y

se lo ofrecí la noche en que la invité a mi piso de soltero, fruto de la bonanza.

—¡Abi, qué botella tan preciosa! —dijo fascinada y después me riñó porque se imaginó lo cara que habría costado.

Hombre, cuando uno está enganchado, mi helmano, la plata es sólo eso, el medio, y aunque los pamploneses somos tacaños territoriales, cuando nos vamos de viaje o nos emborrachamos como que se nos quita; acá también tienen fama, ¿no?, pues qué le voy yo a contar. ¿Agarrado yo? No, es que escatimo algo en el gasto… Me fue muy bien todo ese tiempo; alquilé piso en la Esquerra del Eixample, cerca del hospital y de la cárcel, solito, sin el pebetero olímpico brasileiro. Socio, sí. Compañero de piso, no. Esa noche nos tomamos el whisky en copita, puro, mientras hacíamos cuentas felices; cuentas y revolcones los jueves, a veces en mi casa con la técnica suya del metro para burlar la temida acechanza del Ex; a veces donde ella, con la parafernalia del pizzero; ¿no le conté? Hice un trato con un muchacho que trabajaba de eso, entregando pizzas; quedábamos cerca al piso de ella, me prestaba el uniforme de astronauta y la moto.

—Una doble de Abilio con chili —decía yo por el interfono sin quitarme el casco.

—Sube, noi —decía su voz almibarada.

Y así eludíamos a Taraball si es que estaba al acecho, y quedaba tras sus gafas oscuras como un imbécil, escurrido en el coche de turno. El chico, que entraba minutos antes, me esperaba en la escalera, yo entraba y le devolvía el traje, el casco, y él salía hacia la moto llevándose su buena propina hasta el próximo jueves. Y los dos, arriba, cagados de la risa imaginando al investigador privado, privado de la verdad.

Fueron tiempos prósperos, repartía trago y cigarrillos por Ciutat Vella y por El Raval; la policía había bajado la guardia en la frontera después de capturar a los más de cincuenta en la redada que me contó don Pere; una millonada en tabaco, my Wong. En fin, bien con Neus y bien en el Bogavant, al que tuve que volver contratado de forma virtual para poder renovar mi permiso de residencia. Pero por ahí empezó la cosa a torcerse; algún chismoso le fue con el cuento a Mariño, que entonces trabajaba en un bar de copas del paseo marítimo

y el man renovó odios y se puso a joderme la vida.

—Chino, soy Mariño, no cuelgue o le va peor —dijo la primera vez que contactó.

—¿Qué quiere? —dije, extrañado.

—Pues platica, dinero, billete, pasta, o lo acuso con la policía.

—¿Y eso? —dije sobrado.

—¿Le suena un contrato de pantalla con la señora Neus Coma? —replicó con arrogancia—. Así como lo ayudé a venir, lo puedo ayudar para que lo devuelvan.

—Usted sí es mucho hijueputa, ¿no? —le reproché.

—Mire, considérelo como un sueldo extra que le cobro por los daños causados; y como ahora tiene tanta plata… —dijo risueño.

Logré que me diera una semana para entregarle los mil euros que pidió y que tendría que repetir al mes siguiente. Dijo que nos viéramos en la Ciutadella al caer la tarde, cosa que agradecí pues allí jugaba como local; dijo que nos viéramos detrás de la Cascada para entregarle el sobre y no tuve más que aceptar el chantaje. A Neus no le dije ni pío del asunto porque no sólo se pondría como una fiera, que era lo de menos, sino que lo más seguro era que cancelara el contrato, más por miedo que por hacerme daño. Como no podía con el embuchado, en la noche fui al loft de Olympio y le conté el asunto con la buena o mala suerte de que ahí estaba Chico, su nuevo compañero, y sus maravillosas ideas.

Olympio propuso un operativo de espionaje fotográfico, otro fonográfico, y otro infográfico para acumular pruebas contra el extorsionista ante las autoridades competentes. Pero fue desechado por los riesgos evidentes de contar con la policía y acogimos el plan del bahiano, más radical; él —en sus vueltas de inmigración— había conocido a un ucraniano que ofrecía unos servicios personalizados más baratos y efectivos que pagarle a mi paisano una y otra vez.

—Oi, cara —dijo mientras aspiraba un porro con devoción—, tengo la salida perfeita para você.

Sacó de su billetera una tarjeta de dudosa impresión que decía Servicio de Contactos Especiales y que no eran otros que los de aplicar correctivos físicos a personas indeseables y que el tal Víktor me explicó con naturalidad extrema y en un castellano más que bueno.

Todavía no sé, maese Wong, por qué los europeos o asiáticos o africanos o gringos que llegan a estas tierras aprenden español y no catalán. Porque ya vienen con nociones, porque no saben de la existencia de la lengua, o porque sí, vaya usted a ignorar.

Paliza con nariz rota, este precio, empezó diciendo con mucho profesionalismo. Brazo roto, este otro. Pierna rota, uno poco más. Matar, mataba, pero dijo que eso yo no lo podría pagar. Mientras seguía enumerando servicios, mostraba sus tarifas en un papel, que también tenía en inglés y francés; la lista estaba hecha en máquina de escribir y era evidente que era una copia con papel carbón. ¿Raro, no? Advirtió que no le dijera mi nombre real ni el de la víctima, lo que me hizo pensar además que él tampoco se llamaría como dijo que se llamaba. Sólo tendría que mostrarle al elegido o darle la dirección, una foto y toda la información para llevar a cabo la misión. Y una cláusula final: que podría asistir de lejos o que él mostraba fotos del trabajo y sólo entonces le pagaría. No faltaba imaginarse qué pasaría si uno no pagaba.

Ese día —según las instrucciones de Chico— lo llamé de un teléfono público del centro (especie en vías de extinción) y nos encontramos en el Parc de les Aigües; no tuve que saber sus señas, pues cuando vi venir un armario hacia la higuera donde lo esperaba supe que era él. Campeón nacional de lucha grecorromana de la máxima categoría, según lo hacía constar en primera fila de su currículum oral, policía secreto en la Unión Soviética y guardaespaldas del camarada Nosequetenko en la era postperestroika.

—Paliza con nariz rota —dije como si estuviera pidiendo un plato—. Con recado y amenaza de muerte —pedí como postre.

Tuve que aclararle que la cosa tocaba hacerla el mismo día, pues la entrega de la plata era el lunes siguiente y yo no tenía ni foto ni sabía dónde ubicar antes a Mariño. El man le aplicó un cargo extra por el rescate de la pasta, que con todo salía más barato y me quitaba al paisano de encima.

—Oiga, hermano, todavía está a tiempo, no me haga esto —le dije persuasivo a Mariño al llevarlo hacia la parte baja del monumento, abandonada y con olor a excremento humano y otros desechos.

—Me quitó la viejita y el trabajo, ¿le parece poco? —dijo con saña

—. Deme eso y en un mes nos vemos aquí mismo, o ya sabe —remató largando la mano.

Saqué el sobre y se lo di, diciéndole que esas cosas pasaban con las mujeres y que lo del camello no era culpa mía, y cuando arrepentido quise decir lo que le iba a pasar ya era tarde, vi a la mole asomándose detrás de un árbol con una capucha negra que lo hacía parecer a la misma Muerte, pero gorda. No lo pensé más y di media vuelta y casi corriendo salí de ahí hasta el punto de encuentro con Víktor temiendo que de todas maneras perdería la plata entera.

Lo esperé frente al Parlament no más de cinco minutos y llegó con el sobre ya abierto, lo que me hizo pensar que ya se había cobrado por la derecha y ni me atreví a comprobar. Amplió la foto de Mariño en la pantalla de una cámara muy pequeña, pero vi clarito su cara encharcada y sólo lo reconocí por los churcos bermejos y sus ojos claros y vidriosos, vestigio de las braguetas alemanas y su paso conquistador por los páramos de mi tierra.

29

Lo primero que hice al volver a Pamplona fue hacer una selección de licores del cargamento recuperado y llevársela a la madame en una canasta de mimbre forrada en celofán y un moño hermoso que le pusieron en la mejor floristería del municipio.

—Doña Laurencia —dije ceremonioso al verla salir de su habitación —, esto es para usted.

—Hijo —dijo con los brazos abiertos—, ¡cuánto hace! Megsí, siga, siga.

Algunos clientes se mofaron y preguntaron cuándo era el casorio, a lo que la madame les respondió con su sarta de obscenidades, que al mismo tiempo que insultaban dejaban en el aire un halo de broma que le quedaba muy bien. Cerró la puerta, me mandó sentar y sin dejar que empezara preguntó qué le quería pedir. Le expliqué mi plan. Le ofrecí mejores condiciones de las que el Topo le daba antes; trago más barato, víveres para la cocina y un arriendo superior por la suite y por otra pieza para guardar mercancía que compraría por cuenta propia. Además se me ocurrió que los domingos en la mañana iba a montar un programa de alfabetización para las chicas y tal, empezando por Miladys, claro.

—¿Así de bien le está yendo? —dijo alzando la ceja.

—¿Eso quiere decir que sí?

—Eso quiere decir que tal vez —dijo mientras destapaba el regalo.

Después de un tire y afloje, a la semana siguiente ya estaba instalado en el Danubio Azul, pero sin la pieza adicional; a la vieja le dio miedo que metiera género allí, por la policía y por el Topo, que ella no quería líos, que buscara en otra parte. Aunque las condiciones eran del todo favorables para ella, yo sabía que, a largo plazo y por tranquilidad, el regreso me vendría muy bien.

—La “m” con la “a”, ma —le dije con toda la seriedad del caso.

—Eso ya lo sé —respondió ofendida—. O tú qué crees, ¿que yo no sé leer?

Habilité una de las piezas contiguas a la suite como salón de clase. Compré una pizarra blanca y marcadores y unos cuadernos y lápices y textos escolares de kínder y primero primaria. La verdad no estuvo mal, logré que un par de chicas asistieran cumplidas y así estuvieran trasnochadas llegaban el domingo después del desayuno; aprendieron hasta que la cosa duró. Miladys había hecho hasta quinto primaria allá en su pueblo ribereño, pero hacía mil años que apenas ojeaba revistas y los libros que le traía el poeta ni los abría, además no había vuelto a escribir ni mamá. Eso sí, me puso bien claro que ella iba a repasar y a entrenar la mano, que le dictara los poemas que me gustaban tanto y ella los pasaba a limpio en el cuaderno y que nada de carantoñas, que clase era clase y reclamó lo injusto que le parecía mi ausencia por tanto tiempo y que, si quería de aquello, que me lo fuera ganando. Al final de la primera clase, ya con otro tono y con un suspiro de colegiala de internado soltó:

—Lo que quiero, Nene, es escribirte cartas cuando te vayas por allá —dijo agachando la cabeza mientras dibujaba una florecita en el papel.

Promesas que ni ella ni yo creíamos, pero que dejaban entre nosotros un vínculo que hasta hoy, creo, sigue intacto. No sé, Wong, antes de vivir allí entre meretrices yo no imaginaba que una de ellas pudiera tener una relación medio seria con un hombre y que ese hombre soportara saber que ella pasaba horas enteras con otros y haciendo lo que hacían. Pero uno llega al punto de que se abstrae, que asume que ella lo prefiere a uno y lo otro es una burbuja mentirosa, un mero hábito laboral, y lo que sucede en el trabajo se queda en el trabajo, ¿no? Meretriz, ¿oyó? A que no lo había escuchado; prostituta, furcia, pelandusca, ramera, en fin, puta. Es que cada profesión, según tu cercanía, tiene su despectivo o su ensalzamiento.

Una madrugada, después de un viernes agitado en El Camellón oí golpecitos en la puerta; aunque no había salido al centro a beber aguardiente esa noche, sí me había encerrado en la suite a leer como una bestia hasta tardísimo. El sonido subió de tono y reconocí la clave que solía tocar Miladys, que con su estruendo metálico me sacó de las

profundidades de un sueño esmerilado, y salté a abrir la puerta. Estaba allí, con unas ojeras inmensas y con una palidez que para el color de su raza era motivo de alarma.

—¿Qué pasa? —dije sorprendido.

—Lo sé todo —dijo con tono de telenovela.

—¿De qué?

—Pues de tu hermano —dijo pasito como si alguien la fuera a oír.

Siguió y se sentó en la orilla de la cama arreglándose el desgreñe del pelo. Me senté en la silla como la primera vez que ella entró a la suite, pero con otro susto, un miedo a saber que no creí que fuera a sentir jamás.

Si quieres te averiguo, que aquí chisme es lo que llega había dicho ella; que me cuidara, que no hiciera pendejadas, que hiciera mi vida, había aconsejado la madame; esto no se queda así, que no dé la espalda, amenazó el Puercoespín; no escarbe, que el que busca encuentra, échele tierra al asunto, advirtió el Topo. Todas esas frases me llegaban como cuervos a la cabeza, en alboroto, grajeando sin parar, y tuve que decirle que repitiera porque lo que había empezado a decir me zumbaba como si estuviera dentro de una escafandra, como si tuviera espuma de jabón en los oídos.

—Me lo contó —dijo—. Que al pajarito se le fue la lengua. Al final todos los hombres cantan, por el dolor que no soportan o por el placer que no aguantan —remató como una sabia, iluminada, tal vez por el sopor de la noche interminable, tal vez salpicada con algo de alcohol, de marihuana, con algún soplo de perico.

Fui al armario, saqué una botella de ron que mantenía siempre y me zampé un trago largo así tuviera la barriga vacía, pero lo necesitaba, nunca había necesitado tanto el sosiego que da un primer trago. Le ofrecí pero lo rechazó y dio un par de palmadas suaves en el colchón para que me sentara junto a ella.

—Júrame que esto no va a salir de los dos, Abilio —dijo, cogiéndome fuerte por las muñecas—. Te lo cuento porque sé que sufres, pero tampoco quiero que nos pase nada, Nene…

—¿¡Quién fue!?

—Júramelo o no te lo cuento —decía y apretaba más—. Te vas, te lo cuento y te vas para España ya; prefiero que te vayas a que te pase

algo.

—Yo no te puedo jurar nada —dije—. ¿Qué quieres, que coja la verdad, la guarde y me largue sin más ni más?

—Eso mismito —dijo y soltó mis manos; y con ternura puso la suya en mi pecho, que a esa altura retumbaba tanto como esta vena de aquí —. Hazlo por tu madre, que no se merece otro hijo muerto.

—El Topo ¿cierto? Fue el Topo —le dije fijo a los ojos, como soltando una certidumbre aplazada.

—Eso mismito —volvió a decir mi fruta caribeña, comiéndose la "ese"—. Bueno, no sé.

El pajarito resultó ser un concejal, al que con artes que no quise ni imaginar mi mulata le había sacado al menos parte del misterio. ¿Se acuerda de la parejita que cuidaba la casucha de Pamplona? Resulta que la vieja era tía del Puercoespín y le había soltado el chisme completico al malandro, para que el sobrinito tuviera el dato ahí, guardado en la gaveta de la chaveta, para cuando se ofreciera; y el malandro se lo soltó al concejal después de un mitin en su barrio a cambio de un festín de fritanga y cerveza, para que el edil supiera cómo chantajear al Topo, quien se negaba a nutrir con sus votos las aspiraciones políticas del politiquero.

La vieja, así viviera del trabajo que le daba el Topo, lo odiaba con ese odio taimado de mi gente. Todo venía desde hacía tiempo; en uno de sus arranques de ira el Topo le había pegado un tiro a su perro porque ladraba sin parar mientras él ladraba a sus subordinados. Más de una vez había pensado en envenenarlo con sus sopas y sus tamales, pero su marido la calmaba diciéndole que el perro no muerde la mano que le da de comer. Pero es que me mató al Trotski, chillaba ella; pero ahora tiene dos, argumentaba el marido. Por su lado, el Puercoespín detestaba al Topo porque este se había negado a admitirlo entre sus filas una y otra vez. No, usted no sirve para esta vaina, aquí hay que levantarse con el gallo y acostarse con las gallinas; usted siga de saltamuros, robahuevos, cuchillero, raponero, degenerado mariguanero, que eso es lo que es. Y ni que lo viera en casa de su tía porque lo sacaba a palo. En fin, que debería tenerle un miedo terrible pues sólo hasta entonces, al calor etílico, se decidió a relatar lo que recordaba de la escena que le contó su tía, lo que había oído una tarde

y que muchas noches más adelante el concejal, al calor de un polvo, repetía a mi mulata y ella —como en el juego del teléfono roto— me lo reproducía con aires de salvadora en mi habitación.

Y el pajarito no se quedaba atrás, no lo soportaba porque el Topo ni por toda la plata del municipio quería traspasar esos doscientos y pico de votantes cautivos del Partido Conservador al Partido Liberal. El Topo, aunque no le importaba un pito la política, sí se aprovechaba del asunto y tenía amarrado a más de medio barrio Santa Marta, donde vivía. Fieles al color azul y llegado el tiempo de elecciones, él negociaba con el directorio y secuestraba cédulas y sacaba su buena tajada cobrando el voto a tanto y exigiendo ser el proveedor de víveres y licor para los agasajos de campaña y para los almuerzos los días de elecciones. Así tenía en el bolsillo a sus vecinos, sabiendo que no lo delatarían, dado el caso, a la autoridad. Todo un cacique y toda una amenaza, pues cuando llegaba borracho la barriada cerraba sus puertas y hasta los muchachos más pendencieros se escondían para no contrariar al roedor y sus tiros al aire. Y no menos pavor profesaban los implicados en el secreto y ninguno soltaba el tapujo hasta que las debilidades del bajo vientre abrieron las compuertas. Mi helmano, los secretos, como el agua, terminan encontrando hendijas, rompiendo la roca más terca, horadando el cráneo más tozudo. Y qué mejor que los resquicios del amor para decantarlos, qué mejor que los artificios de mi mulata para llevar a un hombre al umbral del placer y vedárselo, para llevarlo al borde de la delectación y devolverlo a la orilla; peor que una tunda era la tortura de inhibirle ese pináculo, el vuelo sublime, ¡el Everest!

—Lo hubieras visto —continuó Miladys entrecerrando lo ojos— si lo desato, te juro que se arrodilla y hasta me paga el doble el cabroncito…

—Miladys —dije ofuscado—, dime lo que te contó y punto.

—Te lo cuento como me da la gana o no te lo cuento —dijo—. Primero me preguntó nerviosito si le iba a pegar como al Puercoespín, que la lagartija esa le había contado de la paliza, que para qué quería yo saber —Miladys agachó su cabeza y siguió el relato mirando al suelo—. Le dije que era para contárselo a la única persona en el mundo que no descansaría hasta saber qué había sido del agente

Ayala: su madre.

—¿Y usted para qué metió a mi mamá en esto? —le reclamé.

—Para ablandarlo más, Nene —dijo con tono de maestra, levantó la cara y me miró suspirando—: Y porque es verdad.

Se puso de pie y se fue hacia el espejito; el triangulito del hilo dental negro que se le notaba al inicio de sus nalgas parecía una señal de tránsito inútil al borde de un abismo. Por primera vez, verle ese superculo bajo la transparencia del vestido no me hizo ni cosquillas. Se soltó el pelo y se lo volvió a recoger. Después se fue al lavabo, hizo unos buches de agua y se sentó a orinar.

—Me hizo jurar que no se lo dijera a nadie más, que él ni siquiera conocía al agente ni a su familia, que eso ya estaba archivado —iba diciendo hasta que el chorrito terminó por fin—; que por él que echaran al pote a los culpables, pero mejor era no remover esas vainas que nunca se sabía cuándo lo salpicaban a uno. Que me decía el santo pero el milagro se lo sabía a medias.

Regresó del baño distinta, como liberada por haber soltado la revelación; ya había cogido color y tenía la moña alta y coqueta como un coco pequeño. Se volvió a sentar junto a mí y, ahora mirando al techo, empezó a relatarme como si fuera una historia para niños, pausada y haciendo voces distintas todo lo que —palabras más, palabras menos— había escuchado del vil edil.

Una tarde en que el Topo subió a la casita a tomar las onces, le sonó el celular cuando esperaba que la señora le sirviera; al ver el número se paró como un tiro y salió a la parte de atrás. El caldo con huevos, arepa y queso que tanto le gustaban quedaron en veremos, a merced del frío y los moscos. Entonces, la señora chismosa, ni corta ni perezosa, cogió camino del baño y, a través de la celosía burda que todo lo ventilaba, le llegaron los reclamos airados del jefe: ¿Queeeeé? Les dije clarito que le dieran un susto y ¡no más! Y después de una pausa interminable siguió: que cómo se les había ido la mano así, que dónde lo habían dejado, ¿no ven que era un tombo? Que cómo la habían cagado de esa manera, que se los iba a tragar la tierra, que qué hijueputas tan brutos, que sí, que ellos podrían saber mucho de fosas pero esperaba que, si algún día encontraban a ese man, fuera dentro de mil años.

—A ese maldito yo lo mato —dije y me volví como loco; desbaraté la suite, mientras gritaba yo lo mato, lo mato, lo mato; rompí la silla, la lamparita voló en pedazos, rasgué las sábanas y, cuando cogí la puerta a patadas, el estruendo activó a mi mulata, la grande, la pesista en la sombra que atenazó mi pecho con toda su fuerza y con toda su ternura; me prensó durante un largo minuto en el que no pude bramar más y, al sentir que exhalaba mi último centímetro cúbico de aire, aflojó y me llevó a la cama.

—¿Sí ves? —dijo Miladys—. ¿Sí ves cómo te pones? Deja el berrinche o no acabo, que no falta nada.

El Topo hizo otra pausa para escuchar y… que si por lo menos eso lo habían hecho bien, que qué cagada tan grande, y después de otra pausa cambió el tono, pero fresco, Plátano, yo el resto se lo doy, esa platica es suya, no se me ponga así que yo le cumplo, pero entiéndame, esa no era la idea; ese Chapa sí es la mierda, cómo le fue a pegar con eso, cómo me lo fue a matar así, hermano; era un conocido, un amigo. Después se despidió a las carreras, que no lo volvieran a llamar a su número, que se deshicieran de ese teléfono y les confirmó el lugar y la fecha del pago. Colgó, miró hacia la peña, hacia esa tierra roja asaltada por eucaliptos sordos, se puso las manos en la cara y se echó a llorar.

30

La cosa empezó a torcerse porque Taraball, a quien creía burlado pero no vencido, apareció en escena de la forma más insospechada. Y todo por el otro adversario, Mariño, que había estado extorsionando a Neus con la misma amenaza, cosa que ella me ocultó hasta mucho después, cuando todo pasó. Ella tenía que enviarle dos mil euros parapetando el dinero dentro de un sobre con un presupuesto del Bogavant, y se lo hacía llegar a través de un taxi que mi paisano recibía en distintos puntos de la ciudad, para confundir. Y a ella no se le ocurrió otra cosa que llamar a su Ex, adalid de la ley y la justicia por mano propia para que la librara del chantaje.

—Fue mi culpa, Abilio —dijo arrepentida—, pero quién mejor que Francesc para quitarme a ese de en medio.

—¿Y yo qué? —intenté recriminarle.

—Tú nada —dijo firme—. No podía meterte en ese marrón, y tampoco necesito decirte que la orden de alejamiento con Francesc sigue igual, pero mal que bien él da la vida por mí. Lo llamé sin promesas y me echó un cable, aunque todo fuese a peor.

Y no sólo lo llamó sino que se vieron, ¿ah? El muy cabrón también la coaccionó: te ayudo pero tengo que verte o algo así, ¿ah? Menos mal que no es pendeja y aceptó, pero el encuentro fue en público, tan público que fue en el Park Güell, el más público y turístico parque de la ciudad condal sin condesa, lugar en el que si al tipo le hubiera dado por golpearla tal vez los turistas le hubieran tirado monedas en el sombrero ante semejante performance tan bien lograda entre flashes y aplausos políglotas. Allí, después de promesas difusas ella le dijo que lo pensaría, pero es que me hiciste mucho daño; y después de algunos reclamos acalorados él contraatacó: que si sigues con ese sudaca te vas a enterar. En fin, el hombre aceptó el encargo gustoso… ¿Que por qué Neus no llamó mejor a la policía? Ay, mi helmano, pues porque mi

paisano contaría todo el rollo del contrato falso y la jodida sería ella. Ya le dije, Wong, deje el porno y vea series, que son lo mismo siempre —como el porno— pero educan la malicia.

Con cualquier disculpa Neus averiguó con el barman el paradero de Mariño y se lo dijo a Taraball, que esa misma noche lo ubicó en su trabajo; el hombre fue hasta el bar de copas del puerto y lo esperó hasta las tres de la madrugada, cuando acababa el turno, y lo siguió por una callejuela de La Ribera donde vivía y le estuvo siguiendo los pasos hasta días más tarde, cuando ella debía hacer la siguiente entrega. Aunque le habría podido dar el golpe antes, el expoli quería cogerlo con las manos en la masa; montó guardia y lo esperó en el punto convenido con el taxista al otro extremo de la ciudad, a la salida de la estación Penitents del metro, con la idea de echarle mano, montarlo en su coche y llevarlo a la montaña, a su lugar preferido detrás del Tibidabo para darle una tunda y recuperar la plata.

Pero nanay, Mariño salió por la boca del metro y esperó el taxi, que llegó minutos después; Taraball estuvo al acecho, esperando que el extorsionista regresara a tomar el tren, pero cuando se dio cuenta el man se subió al taxi y se fue dejando al detective sembrado en el andén. Esa misma noche regresó al puerto y al salir su objetivo lo siguió por el Gótico (¡ah, las calles del barrio viejo, tan propicias para el beso si se ama, tan servidas para el mal si se quiere!), lo arrinconó y lo amenazó con un cuchillo tipo Rambo.

—¡Eh!, hijoputa chantajista —le dijo al agarrarlo por detrás y ponerle el metal en el costado—, vas a darme los dos mil pavos de la señora Neus Coma y vas a parar el carro con esto o a la próxima te ensarto y te echo a la mar.

—Pero —dijo temblando—, qué quiere, si yo se la di toda al ruso ese.

Mariño había caído en manos de Víktor, que como cualquier policía retirado que se respete había seguido ejerciendo sus habilidades, y, como su servicio posventa a la paliza incluía un seguimiento del sujeto, estando en esas descubrió lo de la extorsión a la jefa.

—A ver, cabrroncete, nos vemos otra vez y por los mismos motivos —le dijo a Mariño el día que lo pilló la primera vez, arriba por Montjuïc; llegó con el taxista al que tendría amedrentado o comprado

y lo convidó a subirse, muy amable, apuntándole con una pistola.

El ucraniano, por solidaridad o estricta moral empresarial, no quiso sacarle más de mi plata, pero lo puso a comer en la mano con la amenaza de cortarle las dos, y cada vez que mi paisano cobraba lo de Neus, que era más cantidad, el matón lo esperaba en el taxi, lo llevaba hasta la casa y le quitaba el dinero, claro. La jefa, el taxista, Mariño, Víktor. Y ahora entraba Taraball, que quería recuperar el botín pero tarde, pues ya era del supuesto ruso. ¡Ah!, ignorantes de la geografía y la historia universal. En definitiva, el paso por el colegio no sirve para nada, mire ahora usted el mapa, no diga que no era más fácil decir la URSS que aprenderse esa ristra de repúblicas; o decir Yugoslavia, al galimatías de ahora. Más fácil así, pero mejor como quedó, ¿no?, excepto por las guerritas y las masacres por cuenta de la xenofobia y la religión, pues creo que ni siquiera por ideología política fue la cosa, en fin, como dice el panameño Rubén, escindido de mi Colombia: ¡Persígnate, brother!

—¿Qué ruso? —le susurró Taraball hundiendo un poco el cuchillo.

—¡Y eso qué importa, hermano! —dijo Mariño—. ¿Y usted quién es…?

Taraball le dio la vuelta y, pecho con pecho, piernas contra piernas, orejas con orejas, lo abrazó contra la pared al ver que alguien venía por la callejuela. Te imaginas a Francesc haciéndose pasar por gay, se carcajeaba Neus al contármelo. Y yo lo imaginaba así, de cuero como solía ir y tan fornido y a medio rapar, como todo un homodominante jamoneándose a otro hombre, diciéndole sandeces al oído.

—Soy quien te va a rajar en canal si abres la boca —dijo con asco por la proximidad; y cuando quedaron solos se apartó—. Y no soy tu puto hermano.

Al separarse, Mariño casi se va de culo al reconocerlo, pero al mismo tiempo debió sentir cierto alivio. Ya lo conocía por el par de escándalos que había montado en el salón del Bogavant o en el despacho, allá donde antes él le daba de comer a ella, sin tenedor ni cuchillo ni cuchara ni mantel.

—Vamos a por la pasta —insistió el exmosso.

—Que no la tengooo —volvió a chillar al sentir la punta del puñal —, me la quitó el ruso… y la otra también —chilló—, mire cómo me

volvió la nariz.

—¿Qué otra pasta? —refunfuñó curioso.

Qué mejor oportunidad, qué oportunidad le cayó del cielo al paisano y su inquina, al cocinero cornuto y a su saña, al bass boy noctámbulo y a su encono.

—¡Pues la de Abilio! —gritó liberado.

—¿Qué Abilio?

¿Se acuerda que le mencioné La Modelo de acá? Pues sí, estuve en la cárcel, en chirona, en el talego; casi tres años en el pote, hasta hace ocho días. ¿Qué pensó, que me había ido a vivir a Pedralbes? A que le bajaron las ventas de birra los sábados, xiānshēng Wong. Sabe, lo recordaba cuando veía los partidos, pero sin cervecita, sobre todo recién entrado en pleno mundial de 2006; había presos de todos los países participantes y más reclusos de los que quedaron fuera por troncos, por güevas. Pues así se empezó a tejer mi camino hacia las celdas.

¿Que cuál Abilio? Pues cuál más, el sintocayo. Así continuó la caída libre, peldaño a peldaño. Mariño vio una salida al aprieto —o eso creyó— y le dijo que él le explicaba todo, que el ruso se estaba quedando con toda la pasta, que tenía cosas muy graves por contarle, pero que le quitara ese puñal de las costillas. Taraball convino y le pasó el brazo de nuevo como un amigazo, cambiando la faca por un revólver corto dentro del bolsillo de la chaqueta. Fueron hacia la plaza de Sant Pere y se sentaron en una banca al lado de la iglesia. Mariño le contó que nos estaba extorsionando porque yo lo había calumniado y porque por eso la jefa lo había echado del Bogavant, que esta era la última cuota, que fue por desesperación que lo había hecho, que había necesitado la plata para una operación de cadera de su madre.

—Vamos, sin culebrones subdesarrollados —apretó—. La pasta, ¿cómo recupero mi pasta?

—Espere, espere, conoce al Abilio, ¿cierto? —siguió desviando la cosa—. El hombre está metido en vainas de contrabando.

—Contrabando, ¿eh? —dijo y se pasó la lengua por los labios como si hubiera comido crema catalana.

—Y ni hablar de lo otro, ¿no? —dijo imprudente Mariño, alzando los índices aludiendo a la cornamenta. Quién sabe si se refería a él

mismo o al Ex; aunque ¿a un ex se le pueden atribuir cuernos? No sé.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que me debes? —respondió hundiéndole el cañón en los riñones.

El mundo es un pañuelo, pero lleno de mocos, my Wong. Resulta que algún día me di una pasada por el puerto para ampliar horizontes y sin saber, qué iba yo a saber, justo le ofrecí mercancía al encargado del bar donde trabajaba Mariño. Empecé tanteando, pedí un cubata y al cabo del rato le pregunté que dónde compraba el licor y tal, y uno se da cuenta, ¿no?, de que la gente hace una cara cuando sabe por dónde van los tiros y entonces solté la oferta.

—Yo traigo cositas a muy buen precio —dije después de un trago largo—. Whisquicito, ginebra, spirits, tabaco, lo que se le ofrezca.

El tipo se mostró interesado, pidió precios y tal, pero que ya tenía proveedor, que ya veríamos, y se quedó en veremos. Lo que debió pasar fue que seguro el hombre le comentó a Mariño que un paisano había venido, que si lo conocía, ah sí, un flaco de chivera y pelo largo. Yo creo que el Santi también se chivó con el hombre, en fin, que Mariño se enteró que yo andaba en esas, por eso se le abrió la codicia y decidió sacarme el jugo y después echarme encima al expoli.

En vista de que Mariño no daba señales de cómo encontrar a Víktor ni cómo devolver el dinero, Taraball urdió un plan para recuperar, si no todo, al menos una parte y a Neus al completo.

—Vamos a hacer esto —dijo—. Y no me faltes, cabrón, que te cuelgo de los cojones.

La idea era que Taraball decidiría dónde sería la próxima entrega y Mariño, como siempre, esperaría al taxi con la plata y al ruso para que le quitara la plata. Llegó el día y Mariño recibió la llamada.

—Cementerio del Poble Nou, en el Beso de la Muerte. Hoy, a las diecisiete treinta —dijo el expoli y colgó.

—Soy Taraball. Sus actividades con el estraperlo me hacen ganar hoy dos mil euros; llévelos al Cementerio del Poble Nou, en el Beso de la Muerte, hoy, a las diecisiete treinta o mañana te deportan a la jungla —recibí la misma llamada, pero con tarifa. Y colgó.

Mariño debió quedar loco con la indicación. Yo también. Y más loco y cabreado debió ponerse Víktor con la escogencia del sitio al recibir de Mariño las mismas señas, más si la entrega no quedaba a pie de

calle como siempre. Taraball llegó primero y nos esperó con el sobre de Neus sentado junto a la escultura escogida, macabra y bella a la vez. Es una talla en mármol blanco donde una muerte alada acoge con su beso rutinario a un joven que acaba de cruzar la frontera, lozano, imberbe, tal vez virgen. Yo llegué después y me miró igual que la noche del buzón; me pidió la plata y que permaneciera ahí justo delante de él. Estábamos solos, sólo vi a una viejita en una de las galerías contiguas limpiando los restos del Día de Difuntos. Al ratico llegó Mariño y le indicó lo mismo.

—Qué, genio, mire en las que vamos… —le alcancé a decir y el Ex intervino.

—¡A callar! —vociferó Taraball. Mariño alzó los hombros con desdén.

Yo no sé qué pretendía el detective, aparte de quitarme la plata; qué iba a hacer, ¿obligar al ucraniano a pasar por el cajero? Tal vez entregarlo a la ley acusándolo de extorsión con mi plata; esa fue la más que más me sonó. No sé, pero el caso fue que después, al ver a Víktor acercarse con toda su anchura y toda su altura, Mariño le dijo que ese era el hombre. El expoli se levantó y le dijo que él era el taxista, que la señora en cuestión nos tenía un mensaje, sacó el revólver y señaló la ruta. Ya caía la tarde y nos llevó a los tres a un mausoleo de cemento chorreado por el tiempo y pleno de hojas caídas de un árbol contiguo. Se acercó y abrió el candado. El chirrido de las rejas de forja, marchitas, confirmó un hielo cinematográfico.

—Pasen, señores —dijo con flema hollywoodense.

Le hice un ademán al paisano para que entrara primero y luego lo seguí tapándome la nariz por el olor concentrado a humedad y a hojas podridas. Estaba oscurísimo, apenas entraba la luz que dejaba pasar la puerta. ¡Entre!, escuché que le decía a Víktor y el ucraniano dio dos pasos, y dos segundos después vino un sonido hueco, ¡puk!, como el de los cómics, y vi caer como un saco a Taraball en el umbral y luego un puño retráctil a la cara y luego una bota inmensa sobre su espalda.

—El dinerro es de quien lo trrabaja y este ya sabe a quién perrtenece —dijo Víktor volviéndose hacia él.

Hizo una seña y apareció otro man, un poco más bajo que él pero enorme, tiró un tubo de cobre al suelo, metió la mano en la chaqueta

de Taraball y sacó mi sobre y el sobre de Neus, que no contenía más que una libreta de apuntes. Después lo cacheó, le sacó el arma, le arrancó el reloj de pulsera y le dio una patada en las bolas para inmovilizarlo.

Mariño y yo nos miramos con terror y quisimos ser por un segundo alguno de los difuntos que poblaban aquel panteón familiar. Escuchamos de nuevo la voz de Víktor que me llamaba, eh chaval, aquí está tu pasta. Yo salí, cagado del susto, pero aliviado a la vez. Es que la gente por allá sí es seria, Wong, recta con la clientela, no como la chusma latinomediterránea. Esos sí son principios.

—Y tú, Marriño, ¿te quedas a dorrmirr? —dijo riendo, cogió el candado, lo encerró y se fue sin despedirse de nadie.

—Esto no se queda así —dijo adolorido Taraball desde el suelo, tocándose el ojo con una mano y el conjunto con la otra.

—No, eso se hincha —le grité y me fui corriendo.

31

Hasta ese día, cuando Miladys me contó lo del Topo, yo había seguido en mi rutina de viajes en compañía del Pollo, el nuevo enrolado en el equipo; al man lo conocía desde hacía tiempo y cuando me lo encontraba por ahí salía con la misma cantaleta, que si algún día necesitaba conductor él dejaba la buseta sin problemas. Y el día le llegó. No sabía cómo agradecerme y le daba tantas vueltas y vueltas al palillo que siempre llevaba en la boca que creí que se lo iba a tragar. Si ve la cantidad de apodos de mi gente, ¿no?, es que ese es otro deporte nacional, allá nadie se salva, bueno, yo, que con el nombre que me pusieron para qué más remoquete.

El Pollo recibió cartilla de todos los movimientos y maniobras, hicimos viajes hasta que aprendió la jugada y pasó la prueba. Al Topo, así le saliera más caro, siempre prefirió que se viajara en pareja y con pasajeros que recogíamos por el camino. Para este oficio no se necesita más que un poco de plata, arrojo y cara. La gente siempre va a querer cosas más baratas y ahí estamos nosotros para dárselas. La idea que yo tenía era comprar un taxi viejo en Venezuela y acondicionarlo para meterle unas cincuenta botellas por viaje, nada de la peste esa de la gasolina, puro combustible del Reino de Escocia y a veces vino por encargo.

Lo tenía todo calculado, iríamos a San Antonio en caravana y yo al regresar lo repartiría en Cúcuta para restaurantes y clientes muy prestantes que ya tenía apalabrados. Después, como siempre, salir hacia la nevera pamplonesa, a llegar más tarde, sí, pero más platudo también. Pero la jugada de trabajar el doble para ganar el triple al final no fue necesaria por todo lo que se vino encima y con la velocidad con que llegó.

Yo no había tenido vida —como dicen los viejos— en los días siguientes a la noticia sospechada de que el Topo, por lo menos, era el

autor intelectual de la muerte y desaparición de Hermes. Esa mañana, después de que Miladys me contó el rollo del concejal, pues no tuve más que creérmelo y rabiar un rato, desgonzado en la cama al arrullo de mi mulata que me repetía al oído: No vale la pena, Nene, que te arruines la vida así, no les hagas esto a tus padres, ya buscaremos otra manera de joderlo.

Le hice caso, me calmé y traté de seguir igual, mientras se me ocurría algo, pero no hacía más que fantasear cómo lo haría, cómo enfrentaría al Topo, cómo le rompería ese iris de rata con la mirada, cómo le diría sin decirle que sabía lo de mi hermano, y antes de que se llevara la mano al cinturón yo sacaba un revólver, le apuntaba y le pegaba un tiro en la rodilla y el roedor chillaba y de hinojos empezaba a decir hermanito, no fue culpa mía, yo no quería que pasara lo que pasó, y yo le metía un pepazo en la otra rodilla y su sangre brillante como la del matadero empezaba a dibujar mapas en suelo de tierra pisada y veía cómo su babaza le salía de la boca y se le encharcaban los ojos y las narices, que yo no fui, que fueron esos malparidos brutos, yo sólo quería darle un susto…

Eso era lo que me jodía más. ¿Qué le habría dicho, qué le habría hecho mi hermano para que el Topo lo mandara a cascar? ¿En qué andaría mi hermano? ¿De qué hablaron aquella noche en El Camellón? ¿Sería que el Topo quería meterlo al negocio? ¿O que mi hermano no le aceptó las condiciones? ¿O sería al revés? No, no, no. Me tenía cabezón y no paraba de maquinar… Le apuntaba a la cabeza y le decía por primera vez Topo Gigio, cállese la jeta, y al mismo tiempo le preguntaba: y mi hermano qué le hizo a usted, rata asquerosa; cómo fue que dijo el otro día que en el estómago es donde más duele, tome, malparido, y le desempacaba tres tiros más en el buche y caía al suelo de bruces; cómo lo mataron, ¿ah?, cómo, y le ponía el cañón caliente en la nuca enrojecida y le peinaba las cerdas empapadas y le veía las orejas aleteando y el Topo resoplaba de dolor y maldecía, que yo no lo mandé matar, Abilio, y yo por fin apretaba el gatillo por última vez y el eco y el silencio se hacían cómplices, retumbando y acallando el plomo en el anillo de los cerros.

Seguía yendo y viniendo, con los viajes casi a diario para no tener tiempo de más, como un robot, pero sin pensar en otra cosa que no

fuera eso, cómo hacer, cómo sacarle el resto de la verdad al Topo. Pensaba también en mis padres, que seguían ignorando resignados no sólo esa verdad, sino esa verdad a medias; no pensé siquiera en decirles, esperaría arreglar cuentas con el Topo y ya vería si les contaba todo. No sabe usted la pena que es saber, así sea de manera vaga, que tu hijo está enterrado por ahí en cualquier rastrojo, íngrimo, solo, o quién sabe con cuántos más. Después me vine a enterar de que los tales Chapa y Plátano eran dos mercenarios que hacían trabajitos para los paramilitares, para particulares y hasta para el Estado; dizque los habían echado de las fuerzas especiales del Ejército porque se habían pasado por las armas a dos indiecitas en el Catatumbo. Si usted un día quiere ir a visitarme, vaya por su cuenta y riesgo, que allá es bonito hasta para morir de muerte natural.

Cómo enfrentarlo, si echárselo a la policía, si buscarme un sicario y mandarlo quebrar sin más. Si-ca-rio, míster Wong, un asesino a sueldo, profesión que desplazó a las más cotizadas profesiones de mi país; se ejerce sin diploma ni certificado de notas ni de buena conducta; eso sí, moto, metralleta y medallita de la Virgen son requisitos indispensables. No es nada fácil echarse un muerto, así sea por encargo. Pero cada día que pasaba me envenenaba más y así el Topo se hubiera vuelto mafiosito y estuviera con sus guardaespaldas todo el día tenía que dar con la forma de tenerlo a solas, con el pretexto de una reunión urgente o inventando algún problema gordo para que tuviera que ir a Pamplona y allí cogerlo y terminar como fuera y de una vez con ese infierno.

—Oiga, hermano, necesito levantarme un fierro —le dije al Pollo.

—¿Un qué? —dijo distraído mirando la carretera y escuchando una de Silvio Rodríguez.

—Pues un revólver —le grité—. ¿Usted tan revolucionario y no sabe lo que es un fierro?

—Ese es lenguaje de matones, no de la insurgencia, compañero —dijo despectivo—. Además yo soy más del ala ideológica.

—Bueno, ¿sabe o no sabe?

El Pollo dijo que conocía un tipo en Bucaramanga, que era de la célula urbana del Ejército de Liberación Nacional, que se movía en las universidades y tal. El Micoyán le consigue desde un Molotov con

botella de cerveza hasta un AK-47, iba diciendo emocionado, pero, eso sí, tiene que esperarse a que contacte con el contacto, porque ese loco es como invisible, está en todas partes y en ninguna, es como Dios, pero ateo.

—Deje de hablar tanta caca y averígüeme uno más cerca y más fácil —le dije.

—Oiga, Abilio, y usted ¿para qué quiere un revólver? —preguntó frunciendo las cejas.

—Oiga, Pollo, y ese palillo ¿es el mismo siempre o lo cambia día de por medio? —le respondí.

email X / Bueno chino lista la cosa, la jefa dijo que SI entonces a ponerse las pilas a mandarme estos papeles pero le toca haser un adelantico de plata…
Respuesta a email X / Gracias, mano, qué alegría. No sabe cómo me cae esa noticia. Yo le mando esa plata mañana mismo y dígale a la señora Neus que le estoy muy agradecido…

Cómo son las cosas, meu adormilado Wong, justo unos días después, por fin, al cabo de interminables semanas, meses de espera, apareció Mariño y la posibilidad de irme empezó a aclararse. Sólo se lo conté a Miladys y empecé con las diligencias del papeleo y las averiguaciones para el visado y todo ese rollo, con la ayuda de una amiga suya allá en la capital.

Ese día estuve generoso y ordené un ramo de flores para mi mamá, así se extrañara; le mandé una navaja suiza a papá así la tirara; le compré tres vestidos de flores estampadas a Miladys así no le quedaran y le dejé en la bomba de gasolina de siempre una caja de whisky al Topo: dígale que es un detalle de Abilio, le dije al dependiente. Era como una señal de que los números iban bien, sólo para aparentar cercanía y normalidad; a esas alturas, aunque poco contacto tenía con él, dejaba razones allí y yo le dejaba los sobres con su plata y las cuentas de Cuajada; él estaba contento conmigo y, aunque yo suponía que esto sería como su caja menor, no era poca la cantidad. El dinero alcanzaba para todos y su parte seguía siendo más que buena. Y ahora que yo sabía lo que sabía y él no sabía que yo sabía, pues jugaba con

ventaja y podía ir tejiendo la telaraña del desquite.

—Mire, Abilio, palpe —dijo el Pollo mostrando el envoltorio—. Solívielo, mano.

Creí que era algo de comer, porque el Pollo no hacía más que cargar con pacas aceitosas llenas de empanadas o pasteles o morcillas o papas rellenas y tragar todo el día. Estaba envuelto en papel de estraza y después en periódico y en una bolsa de plástico, y por fin en un paño de cuadros rucios. Era un 38, otro 38, como si no se consiguiera más en un país donde no hay locales para comprar armas pero se venden más que el pan de la tarde.

—¡Uy, Pollo!, le faltó el moño —le dije.

—Es que no es un regalo —dijo, y después de una leve reflexión agregó—: Bueno, le regalo la mitad, descuéntemelo del sueldo.

—Se le acepta, hermano, pero no me estará tumbando, ¿no? —dije —. ¿Dónde se lo levantó?

—No me va a creer, pero me pasaron el dato de un tombo que vende.

—Le creo, hermano, y entonces…

—Fresco, es de los que decomisan y tiene la serie borrada, todo legal.

—¿Y los tiros?

—¡Uy!, de eso sí no tenía, toca que los tope en otro lado.

—O sea que trajo la empanada pero sin ají —dije mientras pensaba en qué me estaba metiendo—. ¿Cuánto fue que le costó?

Le pagué mi parte y, mientras conseguía la munición, lo guardé en la suite en la misma bolsa plástica y dentro de la cisterna del váter. Cada noche lo sacaba, me sentaba en la cama a darle vueltas al asunto, lo cargaba sin cargarlo, una, dos, tres, cuatro, cinco, seis; le quitaba el seguro, apuntaba al frente, al espejo nuevo pero más grande para que cupiera mi mulata inmensa. Apuntaba y disparaba una, dos, tres, cuatro, le vaciaba el tambor al Topo. Primero le perforaba una oreja, después la otra, en las turmas el tercero y enseguida el letal en el pentagrama de su frente. Y el último al aire, por Hermes. Soplaba la boca del cañón como todo un vaquero, cogía el paño y se lo pasaba por el metal borrando las huellas tornasoladas, esa firma tan nuestra, señales únicas, intransferibles como nuestros actos.

—¿Mamá? —dije, a sabiendas de que era ella.

—Mijo —dijo con voz quebrada—. ¿Por qué no llama, cuánto hace que no sé nada de su merced?

—La estoy llamaaando, mamá —dije—. ¿Le gustaron las rosas?

Las agradeció y empezó a dar consejos, que volviera, que mi papá así no lo dijera me estaba esperando, que ya sabe cómo es; que le llegaban cuentos sobre mí y que estaba muy asustada, que si era verdad que vivía por allá donde me habían visto, que por qué no pasaba por la casa un ratico, que prepararía el cuchuco de trigo con espinazo que tanto me gustaba, que llevara la ropa para lavarla y plancharla, que cómo estaba haciendo; que no importaba que le fueran con el chisme a su papá, que ella sabría cómo arreglárselas. Yo la llamaba muy pocas veces por eso, por la cantaleta. La pobre soltaba la misma siempre, y ese día que resolví llamarla, cuando las flores ya no estarían, soltó de nuevo el rosario de advertencias y que por el amor de Dios me cuidara y yo mientras imaginando que ese mismo ramo lo llevaba ella a mi tumba; se arrodillaba en el cemento pelado y con mimo limpiaba mi nicho al ras del suelo sembrado de pétalos viejos que caían de los otros; iba y cambiaba el agua del vaso vacío (allá también se roban las flores de los muertos; “se roban”, sí, porque yo no), cortaba los tallos largos, se pinchaba con una espina y se chupaba el dedo sin dolor, y ponía las rosas una por una mientras rezaba algún rezo apenas moviendo los labios y con un trapito húmedo pulía mi nombre metálico en letra cursiva: *Abilio Ayala Pérez 1980-2001*, y miraba la lápida, ida, como traspasándola, y al final soltaba unas lágrimas cansadas, sin sal.

Colgamos con el cuídesemijo tranquilamamá y enseguida volvió a sonar el celular y antes de saber quién era me pregunté cómo carajos sabía mamá el número si la llamé al fijo y ese fijo es de los negros con cacho, disco y cable forrado, ¿se acuerda? Pero no, no era ella.

—Abilio, escuche, sáqueme de un mierdero —era el Topo, con una voz que no le conocía.

—¿Qué pasa, Jairo? —dije, entre diligente y sorprendido.

—Que escuche le dije —refunfuñó—. Váyase ya para La Cueva del Chulo y saque un tarro de pintura blanca de cinco galones, de los que

dicen Exteriores, el que tiene una equis roja en la tapa, y cuando lo tenga me llama a este número.

—Listo, Jairo, pero estoy en Pamplona.

—Hágale, mano, alcanza, lo necesito antes de las seis —agregó afanado que dijera la clave "Impulse" al gocho para que me abriera—. Confío en usted, chino…

32

Después del episodio en el cementerio estuve un tiempo escondiéndome. Nunca dormía en mi piso; apenas iba en las madrugadas a cambiar de ropa, lavar la sucia, a limpiar un poco y salir a mi refugio, la biblioteca Agustí Centelles, insigne fotógrafo de la barbarie franquista entre otras vainas. Veía a Taraball por todas partes y en todos los coches aparcados, ¡cuántos coches aparcados en las calles! Paranoia totalis. Me quedaba donde Olympio a veces, el venezolano del bar me dejó dormir allí algunas noches, busqué a la chilena pero nada, y hasta donde don Pere fui a parar; se apiadó de mí y rompió su ley de no aparcar hombres en su reino. Y adivine, también fui a dar con mis terrores al hostal de los mochileros.

—Abilio, ¿qué te trae por aquí? —dijo la primera vez, con una sonrisa y con ceño de extrañeza.

—Hola, Silvia, nada, que me echó la novia —bromeé—. Es que es más brava que usted; cómo está de linda, ¿no?

—No empecemos, Abilio, no empecemos —advirtió—. ¿Cuántas noches?

Y del bísnes, nada, o casi nada, cobrar lo que me debían y sacar excusas a los clientes. Fue una temporada jodida, viajaba en autocar con Olympio y traía menudencias, lo permitido y otras cositas que un chofer me ayudaba a encaletar pago previo en especie o en billetes. Neus se libró de Mariño, que aquella noche durmió entre rejas y espantos, de donde fue rescatado y detenido por ladrón de tumbas y como que estuvo internado medio crazy. Del que no podía zafarse era de su Ex, que seguía insistiendo en que volvieran, que la cuidaría como antes, como a una princesa.

—A que sabes dónde se esconde —le decía Taraball a Neus, cambiando después el tono de cordero y amenazando, que cuidado dónde pisas, que cuidado los vea juntos…

—No te imaginas todo lo que me dijo, Abi —me contó Neus llorando, una noche de visita en su piso—. Que me quiere, pero me mata si no lo quiero.

—Dile que te dé un tiempo y tal, a ver si se calma —sugerí—. Pero ponte firme, que no te llame más, que la orden sigue vigente y si la juez se entera… Y después cambia tu número.

—Y creo que sabe lo de Andorra —dijo angustiada y fingí darle importancia.

Al final el Ex la había convencido de que lo del dinero le daba igual, que la tranquilidad era lo importante, que Mariño ya tenía su merecido, pero también algunas preguntas y tanteos le hacían pensar que Taraball estaba tras la pista. Por eso me cortó también, a medias; nos seguíamos viendo en su piso pero cada dos semanas o así y no sólo los jueves sino cualquier día para despistar. Y así era, cualquier noche a cualquier hora llamaba con las feromonas alborotadas y me urgía:

—Pizza, Abi, quiero pizza —resoplaba y yo tenía que buscar al de la moto, pagarle unas propinas exageradas para armar el paripé y hacer el servicio a domicilio. Nos propinábamos unos revolcones de antología; al cerrar la puerta ya me esperaba en combinación vaporosa, me arrancaba la ropa y ahí mismo en el pasillo trepaba y cabalgaba el Derby de Kentucky de punta a punta tronchándome la fusta sin piedad. Otras veces era yo, que calmaba el verano llegándole por sorpresa: doble de anchoas con chili. Y ella: espera y lavo estos platos y yo asiéndola por la retaguardia, y mientras fregaba con la esponja espumosa le descargaba toda mi tensión de macho impaciente.

Su cuerpo me lo daba como una costumbre, como una condena, pero su apoyo trastabillaba. El campero no lo soltó más y no pisé el restaurante un buen tiempo. Yo estaba perdiendo plata a lo loco, y si no volvía pronto al comercio tendría que entregar el piso y eso sería retroceder demasiado. Neus le hizo promesas a largo plazo al Ex y lo mantuvo en relativo reposo; en la última llamada el Ex le dijo que sí, que esperaría, que además —alardeó— tenía entre manos unos casos complejísimos, espiando políticos y personajes públicos que le ocupaban todos sus sentidos.

—¿Sí ves, mi Nieves pirenaica? —le decía yo, meloso—. ¿Sí ves? Ya está mansito el mancito.

—No lo conoces —respondía—. No bajes la guardia, pero vuelve a tu piso que Francesc está liadísimo, mírate, estás en el pellejo.

La cosa se calmó unos meses y el acoso vino de otra parte, dejé de pagar el alquiler y las cuentas se acumulaban; Olympio se empezó a cansar de la situación y estaba en las mismas, debiendo y buscando trabajo pues los viajes apenas daban para el diario. Hasta llegamos a alquilar camperos en promoción por un día y nos metíamos por la ruta de Tor haciendo viajes después de la medianoche, llenos de mercancía a la vista, arriesgando, entregando la suerte al azar, avanzando sólo con las luces de parqueo, despacio, despacio hasta encontrar y escabullirnos por la red de carreteras haciendo unos rodeos impensables y ridículos, gastando combustible de más y con un agotamiento de huesos y de seso insoportable. Y de Enriqueta, nada. Nos la tenía confiscada el usurero por falta de pago en el hotel.

—Oi, Abilio —dijo Olympio al despertar—, ¿cuándo la vuelves a ver?

—El sábado —respondí, dándole una taza de café—. Mire, pruebe del bueno, colombian coffee, my brazilian. Lo conseguí en un latino, pero carísimo. La Neus me invitó a una degustación de cava en Sant Nosequédenosequién. ¿Por qué?

—Robemos el campero de la jefa, meu cara —dijo sin inmutarse.

—Noooo, meu hermano, ni loco, ¿se la fumó verde o qué?

Ese sábado fuimos a Sant Sadurní d'Anoia y lo pasamos delicioso, como dos tortolitos, degustando la burbuja y el buen tiempo; cuando ya estábamos chispeantes le volví a proponer que me prestara el Land Rover y tal, que yo madrugaba más: lo saco a las cuatro de la mañana y no hay Taraball que desvele tanto. Tú coges taxi para ir a casa y yo te lo parqueo muy tarde. No dijo que no pero tampoco que sí y seguimos dándole al cava y al pan y a la oliva y al jamón.

—Quedémonos a dormir, Abi —dijo con los párpados a media asta.

—Pero me presta el campero —respondí besándola.

—¿Y si te pillan yo qué hago sin esto? —dijo rozándome las gónadas.

—De eso no le va a hacer falta, mamacita —dije alegrón—, pero me presta el campero.

De Víktor no supe más hasta que llegó a La Modelo, después de un año de estar yo preso; mejor dicho, interno que suena más guay, más light. Había regresado a sus Servicios Especiales, pero cayó como un tonto, después de que le encargaran partirle las piernas a una estrella del fútbol y él se resistió por la admiración que le profesaba. Pues fácil, los del encargo le soplaron a los mossos, que fingiendo ser clientes le echaron mano. Al hombre lo destinaron a otra galería, pero nos veíamos en la Escuela de vez en cuando y fue un alivio tenerlo cerca y que supieran que lo tenía cerca, porque no faltó quien me quisiera joder la vida allá adentro.

Lo peliagudo es cuando llegas. Es como un niño estrenando colegio a mitad de curso; todos lo saben, todos te fichan. El nuevo. Entras por un pasillo largo con tu manta en los brazos y comprimiendo el nalgatorio para que no te lo perforen; creo que dolió más estar apretándolo que si en realidad me hubieran violado en las duchas o en mi propia litera. Una cosa era el colegio y otra el aula. Llegas y ahí están, los otros, en un cuartucho de tres por cuatro metros, un lavabo de avión y una ventana de dieciséis pulgadas en alta definición, siete barrotes y un travesaño. Allí te reciben, curtidos y sedados por el paso del tiempo. Te miran como diciendo aquí mando yo y tú incomodas.

—¡Recuento! —grita el funcionario y abre el cerrojo, ¡tran!, y abre otra puerta y ¡tran! ¡tran!, el metal retumba una y otra vez ¡tran! y el eco te despierta y te recuerda dónde estás.

Supongo que tuve algo de suerte y me tocó con tres compañeros soportables hasta cierto punto. Parecía un chiste de esos que hay miles; había un argentino estafador, un argelino acusado de violación, un atracador de joyerías colombiano y este pecho, condenado por delito de contrabando más multa administrativa o algo así. El argentino no paraba de planear negocios rentabilísimos, era un técnico de fútbol más y hablaba hasta por los codos, hasta de patafísica. El africano no hacía más que rezar y por un trastorno de la orientación su brújula le era infiel y muchas mañanas oró con el trasero apuntando a La Meca. Y el peor, un tipo de Pereira —al que en adelante le diré paisa—, un pesado que dormía en la parte alta de mi litera, la que hacía zarandear con sus sesiones masturbatorias una noche sí y la otra también.

—¿Aló? ¿Alá? ¿Alí, estás aquí? —se burlaba el paisa y se partía de risa.

—Andate —atinaba a decir el porteño.

Todos distintos pero todos iguales. Lejos de sus casas, apartados de su centro, de la teta, del aroma primigenio. Y encerrados, sin la más mínima posibilidad de decir me cansé, me largo; me hace falta mi madre y su cantaleta, extraño mis calles con sus huecos, qué ganas de comer de esto o de lo otro. Nada más duro que la nostalgia gastronómica. Hace falta salir, y hace falta dejarse el ombligo para salir de verdad. Sólo así, hasta que no te alejas en realidad de lo tuyo, no tienes ni idea lo que cuesta regresar. Pesa tanto la vanidad, a veces, que cuesta más que el tiquete de vuelta. Te has preguntado, ¿acaso no nos pasamos la vida migrando?, ¿no atravesamos confines todos los días? Sales de casa, al trabajo, migras; dices adiós a tu país íntimo y vas a la batalla diaria con retorno incierto. O cuando en cualquier guerrita estás en el bando perdedor y tienes que marchar, recoger tres cosas y huir, migrar. Adiós, país íntimo. No retorno. Migrar es dejar lo tuyo, lo conocido y propio a cambio de lo incierto y lo ajeno. No puedes llevarlo todo, no puedes dejarlo todo. Siempre habrá cajones vacíos y cajones por llenar. Pero, allá adentro, la prisión es otra nación, el país de donde todos quieren salir, el país con el reloj sin manecillas, el país al que te llevan quitándote la libertad de la que abusaste, al limbo sin juicio o al infierno de las condenas definitivas. Es otro exilio. Otra frontera.

Lloré, lloré mudo las primeras noches. Las lágrimas pesaban más, no como cuando nos dijeron que no había rastro de mi hermano, que ya no buscarían más. Pero eran lágrimas distintas, estas caían como gotas de mercurio sobre la almohada, que las absorbía como un desierto sediento, saladas, amargas. No te imaginas cuántas, no las mías, las de todos, así brotaran hacia dentro. Sabías que por esas celdas habían pasado anarquistas, los de verdad; políticos, los de siempre pero legítimos; intelectuales, los indispensables. Otros no tuvieron más llanto al caer fusilados o al quebrárseles el cogote con el garrote, o al despedirse entre los tufos de la insalubridad. No me cuente de su China, que hasta gorriones mató para salvar una idea. Y no le cuento de mi tierra, que se debate entre riadas de sangre y aguardiente.

—Soltó el moco anoche, ¿no, hermano? —dijo el paisa mientras doblaba la ropa—. Coja oficio y olvídese de las tablas de restar.

Eso lo dijo como a la tercera noche porque las dos primeras no pude ni berrear del susto. Y eso hice, ocuparme y tratar de olvidar el tiempo, que ya tendría que pasar, como un tren impuntual. A leer, mi hermano, lo bueno, lo malo y lo feo, como la peli, o a buscar trabajo en los talleres y pasar de invisible en el patio y en el comedor hasta que tu cuerpo y tu alma van tornándose matéricos y ya eres alguien sin ser nadie y hasta miras a los primerizos con forzados ojos de veterano. Los nuevos. Y los curtidos, que vuelven como a casa, una y otra vez, en un exilio inverso; ya no saben estar fuera. Una especie de propulsión los arroja y hacen lo que mejor se les da y de nuevo les echan mano y al pote otra vez, again and again. Afuera son ellos mismos en territorio extranjero. Y tres años les son pocos. Y tres años se me hicieron mucho, porque yo las tablas no las olvidé. Las concertinas y su festón de púas brillan en la mañana como llamándote, ven, sube, pínchate, rásgate la piel, salta. Y tú montas el rollo, enhebras la cinta, enciendes los carbones y proyectas la película: subo a la malla, trepo, me engancho a ellas, me desgajo los dedos pero no sufro, me descoso los muslos pero no siento, me aúpan los cobardes, me disparan los valientes y por fin soy libre en el país del destierro final. O el sifón del patio desde su centro te invita, ven, ven, mete el brazo, así, tú cabes, mete la cabeza, tú puedes, y te haces enjuto y recuerdas al hombre de goma del circo y allá voy, el brazo y el coco y las piernas y dejas los zapatos y te embutes como carne picada en las tripas fontaneras y avanzas y la baba de los tubos te lubrica y te asquea, y te preguntas, a la izquierda o la derecha, la izquierda siempre es mejor, y sigues y avanzas y ves la luz y subes y hay agua pero los soñadores somos peces y nado hacia la luz y subo y saco las manos y saco la cabeza por un inodoro y el director del penal ahí, mirando desde arriba, entre extrañado y radiante sin saber si guardárselo o mearme de una vez.

—¿Qué leés tanto, papá? —preguntó el paisa.

—*El Conde de Montecristo* —le respondí.

—¿Y de qué trata?

—De venganza, pero de perdón, pero de justicia.

—De la santísima trinidad, pues —sentenció.

33

Me preguntaba por qué el Topo me había escogido a mí y no a Bocadillo. Pues porque estaban juntos en el problema o porque de verdad el man confiaba en mí para esas jugadas urgentes. Se fundía mi cabeza, qué revoltillo de sensaciones, qué mezcolanza de sacudidas. Colgamos y rogué que sí, que ojalá le pegaran un tiro por mí, que yo no sería capaz, pero después me decía, no, usted es quien se lo tiene que pegar y que sepa que es usted y que es por su hermano, que se vaya para el otro barrio sabiendo que así no es la cosa, que el que la debe la paga; ojalá se cagara en los calzones y después se muriera poco a poco, desangrándose gota a gota como una manguera con fuga, que rogara mientras sus pupilas perdieran su brillo y yo le soltaba todas las groserías posibles, por orden alfabético e impecable ortografía.

—Preste las llaves —le dije al Pollo, que salió a la puerta con un chorrete de sopa en el saco.

—¿Cómo así? —dijo buscándolas en el bolsillo—. ¿No dijo que hoy era un solo viaje? Si acabamos de llegar. ¿Y es que va a manejar el ministro?, espere y acabo de almorzar, ¿ya almorzó? Hoy es tronchado y a la vieja le queda…

—Calle la jeta, Pollo, que es en serio. Y voy solo, hermano —le dije negando con la cabeza—. Escuche: voy a hacerle una diligencia al Topo, así que si me pasa algo ya sabe con quién estaba.

Le recibí las llaves y subí al carro. El Pollo se quedó ahí, con una mano en la hoja de la puerta, y con la otra recogiendo los restos de sopa que llevó a su lengua; quedó a la espera de soltar más preguntas que no pudo referir ni yo contestar. La verdad yo no había almorzado, el Pollo me había dejado en el parque después de llegar con el viaje y él había seguido a dejar la mercancía a la casucha. La idea era ir a la parte de atrás del mercado, por donde entraban las reses destazadas para repartir en las pesas y los puestos de carne; allí preguntaría por

un tipo que dizque tenía o sabía dónde encontrar munición y ahí fue cuando entró la llamada del Topo.

Fue tanto el atortole que le pregunté al primero que vi, un tipo que llegaba de llevar media vaca y volvía por más. Recibió mi pregunta con su bata y su pantalón blancos manchados con brochazos marrones de sangre seca, con salpicaduras de sangre reciente y ese olor dulzarrón y penetrante de las muertes reglamentarias.

—Oiga, señor —dije interrumpiéndole el envión—, me dijeron de alguien que vende… plomo, ya sabe… —e hice el ademán de apretar el gatillo con el índice.

Miró feo, y como si le hubiera preguntado la tabla del trece me mandó a comer mierda y que qué tripa se me había torcido. Quedé ahí sin saber qué hacer y mirando el reloj a cada momento; tenía que salir pitando para San Antonio, al barrio La Popita, al taller Miranda y sacar el tarro de pintura con la equis, llamar al Topo y llevarlo quiensabedónde. Entré por el pasillo a ver quién daba razón y, entre el afán de balas y de venganza, entre el miedo de matar y el ansia de un final, llegó —transportada por un leve chiflón— una vaharada de hedores a casquería y vísceras tibias que me llevaron a la náusea, y al querer tomar aire tomé más de lo mismo y vomité sin reparos junto a la pared.

Salí corriendo hacia fuera, crucé la calle y entré a una cafetería a reponerme y pedí un tinto, mejor dicho, un café pequeño. Era viernes y el sitio estaba pleno de gente del campo que llegaba de madrugada a vender el producto de su huerta y a esas horas del mediodía ya tenían en sus panzas unas cuantas botellas de cerveza y sonaban las rancheras y, por el olor a oveja de sus ruanas y sus tufos y los chorros caídos y los orines vertidos en un cubículo ridículo, tuve que salir a la puerta a tomar el fruto de la patria, servido en un vasito de plástico verde pálido como mi rostro. El sol me daba en toda la cara, como mirando desde una cámara puesta en el tejado del mercado, y me quedé ahí, como en una pompa, mareado, pensando inmóvil. Yo, ahí, un mancito, en plena flor de la vida, como diría un señor grande, ahí, parado en medio de ese bullicio, pensando en comprar balas para alimentar el revólver y tal vez usarlo, pensando en hacer plata rápido y largarme de ese pueblo estrecho, pensando en España y su lustre incógnito.

Castigar para reparar. Abandonar para ignorar.

Escuché un chiflido y un dedo que llamaba desde la sombra. Me acerqué y era otro tipo, un tapón rollizo, un tipo que a pesar de su estatura infundía respeto, tal vez por su bigote escurrido o por su ceño tieso, como si le estuviera doliendo el estómago.

—¿Qué se le ofrece, chino? —dijo picando un ojo, incrédulo, socarrón—. Munición o un Alka-Seltzer.

—Las dos —le respondí torciendo la boca.

Me dio lo que necesitaba en un cuartucho y sentenció:

—Lo que le agradece un arma es que la mantenga limpia y lo que su merced le agradece a una arma es que nunca tenga que usarla contra alguien.

Bajé hasta San Antonio en tiempo récord, con los vidrios cerrados y con rock pesado todo el camino, abstraído de tanta pensadera; sólo paré en un puesto de fruta en la carretera y me zampé media docena de naranjas hasta que llegué al taller todo sudado y con la firmeza que daban los galones adquiridos. Parqueé el carro en el sitio señalado y bajé mirando el sol, el mismo que alumbraba en Pamplona pero más violento. Al oír el motor, salió el cuidandero en bermudas, con una escopeta de matar venados y con la siesta interrumpida en las pestañas.

—"Si un hombre que nunca has visto de repente te regala flores" —dije sin saludar, así tal cual como era la clave, que no era otra cosa que una frase publicitaria de un perfume de mujer; el hombre entendió al instante despertando todos sus sentidos.

Y, como era la regla, el tipo no dijo ni mu; indicó que lo siguiera hasta la casita, abrió el armario y pasé diciéndole que prendiera el aire y las luces. Al bajar sentí que la puerta se cerraba y quedé solo, allí, en ese cubo subterráneo donde había estado con el Topo algunas veces, sacando o metiendo mercancía, allí donde aún rebotaban sus palabras la primera vez: y de alguna manera le debo algo por esa amistad con su hermano; pero el día que le dé por torcerse… usted hace su plata conmigo y después se pierde a las Españas a bailar pasodoble… Allí estaban los cerros de cajas con licor, los arrumes de cajas de cigarrillos, y en un rincón los bidones de pintura. Me acerqué a la mesa que tenía encima una botella de whisky medio llena y recordé el

revólver que guardaba en la gaveta. Qué pendejo, pensé, yo buscando y acá estaba este, cargado con sus propias balas, listo para lo que tiene que servir. Tomé un trago largo y miré el reloj. Había tiempo.

Me acerqué a las pinturas, corrí unos potes pequeños y otros hasta que vi unos ocho con las señas claras. Hice espacio y arrastré uno con la equis roja hacia la luz. La curiosidad mató al gato, dicen por ahí. No me resistí. Y no crea que no había pensado en eso, en qué podría contener: coca, oro, plata, armas; por qué carajos el Topo me manda por pintura con la voz trémula, es que iba a pintar algo, clarinete que no. Abrí el tarro y, en efecto, contenía cinco galones de pintura blanca para exteriores, máxima durabilidad y secado en minutos. ¡Las pelotas! Me arremangué y metí el brazo; no tuve que profundizar mucho para encontrarme con un bloque duro como un ladrillo inmenso. Metí el otro brazo con manga y todo y salió un cubo perfecto o casi, forrado en plástico. Me quité el saco —los pamploneses a veces no nos quitamos el suéter ni a treinta grados— y limpié el paquete con él hasta que vi lo que vi. ¡Plata, Wong, una pila de dólares la hijueputa! Un frío me subió por el espinazo hasta la nuca y allí viró en soplete. Sentía las venas en las sienes, bum bum, en la frente, bum bum, y miré hacia la puerta, que permanecía cerrada. Volví al escritorio y tomé otro trago mirando la pintura abierta y los charcos blancos en el suelo.

—Que se joda —dije y la voz retumbó con un eco mudo.

No lo dudé un segundo; si lo hubiera pensado más, quién sabe qué hubiera hecho y quién sabe qué hubiera pasado. Ese fue el primer impulso y así lo hice. Que se joda el Topo, que se quede esperando, que lo quiebren si es que está metido en una grande, que ruegue, que el tiempo se le vaya en evasivas: que ya viene, que el Abilio es de confianza, que esperen, que le debió pasar algo, es que el carro ese está muy viejo, déjenme llamarlo y verán.

Pensé en mi mamá, pensé en papá, pensé en Miladys y en su premonición, que sí, mi mulata, que sí, mi fruta del Caribe adentro, que sí, que esta es la manera, que la encontré sin buscarla, que la rata esa sin saberlo me lo había puesto en bandeja. Apagué el celular, sumergí los paquetes, cerré el tarro de pintura, limpié el piso a medias y fui por otro tarro que cogí al azar. ¡Más billete! Acomodé todo de nuevo, me zampé otro trago largo y subí el botín hasta la puerta

sudando frío y calor. El vigilante, al escuchar la clave, abrió el armario y miró extrañado el cargamento y mi cara congestionada por la tensión.

—Ayúdeme con uno —dije serio.

—¿Eso era todo? —dijo rascándose las nalgas.

—Ya sabe, sin preguntas, que yo no pregunté —respondí seco.

Que se joda, que se joda, iba repitiendo y me dolían las manos de tanto apretar el volante y sentía un calambre en los riñones; crucé el puente y el guardia se extrañó de que no llevara nada de lo de siempre, lo de hacer pantalla, aceite, arroz y esas pendejadas, pero sí le hizo gracia lo de la pintura.

—¿Qué, chamo, es que no hay pintura en Colombia? —dijo burlón.

—Es que aquí es mejor, no siempre es por el precio —adulé.

—Va abierta esta —dijo desconfiado.

—Sí, es que la abrí para comprobar; hay blancos de blancos, ¿no? —dije y quité la tapa para despejar sospechas. Esperé la aprobación y la cerré de nuevo rezando sin rezar.

Al pasar el puente sobre el río triste le quité la tarjeta al teléfono y la tiré, a nadar, que se joda, y ahora qué hago, me largo para Bogotá, a esconderme, sacar la visa y fly to Spain, my brother; sin un tiro, sin sangre, sin remordimientos que esto es lo que merezco y que le den al Topo lo que se merece. Y seguía el revoltillo. Mejor regreso, mejor lo llamo, pero ya tiré la SIM, pero, y si al Topo no lo tiene nadie contra las cuerdas, y si era una prueba, si era una trampa, y si me están siguiendo sus gorilas…

Tiré para el centro de Cúcuta y di varias vueltas y nada, como que no me seguía nadie, pero veía al Bocadillo en cada esquina, a los guardaespaldas en cada ventanilla de coche, al Topo en cada puerta. Resolví entrar al parking de un centro comercial y jugármela toda. Si llegan acá que haya plomo, avemaríapurísima. Abrí la guantera y saqué el revólver, lo empuñé y me escondí detrás de otro coche. Esperé diez minutos y nada, esperé quince y nada. Ya iba a salir cuando escuché un traqueteo metálico; nada, una pareja con un carrito de la compra, felices, gastándose la quincena.

No sé por qué pero en ese momento me acordé del tal Paleo y busqué la tarjeta y encontré la peluquería y pregunté por él. Lo

llamaron desde un teléfono rosado y a los veinte minutos llegó sudando.

—Uy, hermano, es que me cogió lejos —dijo—. ¿Para qué soy bueno…?

—Mire, hermano, sencillo pero serio —dije sacándolo de la peluquería y su sonsonete de secadores y música melosa—. Llame desde un teléfono público a este número, a las seis en punto, diga esto y cuelgue.

Le escribí el número del Topo por detrás de la tarjetica, le di un rollito de billetes y le dije que si hacía eso empezaba a ganar puntos para entrar a la organización, que yo a esa hora estaba con otra llamada, que era una jugada de coordinación, muy precisa y tal. Al man le brillaban los ojos y repetía la clave como un niño la lección:

—El Doche se pinchó, el Doche se pinchó… —repetía con devoción.

—Dodge, se dice doooch. A las seis en punto, ni un minuto más ni un segundo menos —le solté, con mi mejor mirada de malandrín.

Salí para Pamplona, comiéndome unas galletas y pasando con malta, sudado, temblando pero con la certeza de que ya no me seguían o al menos les había burlado un buen rato; ahora faltaba hacer otra pirueta. Me devolví por la autopista internacional, fui hasta Villa del Rosario, recordé mi primera vez y me dije esta es la última, y regresé, nada, ni rastro de nadie hasta que llegué al retén.

—Qué, ¿dos viajecitos en viernes? —preguntó Perol.

—Hombre, es que olvidé unas cositas —dije, y picándole el ojo rematé—: Y le tengo otras para su merced.

—Muestre, a ver —dijo torciendo la boca, suspicaz.

—Es que les voy a pintar la casa a los viejos —dije mostrándole los tarros—. Y como está más barata allá, pues ya sabe.

—Y el regalito —dijo mirando las bolsas.

—Ese se lo dejo donde sabemos —dije y le estreché la mano como una despedida definitiva—. Y muchas gracias por todo, agente.

Al arrancar, lo vi por el retrovisor y se había quedado mirándome, más negro que nunca, con la espumita blanca que se le formaba en la comisura de la boca cuando se olía algo. Y pilas que Quico está más arriba, advirtió como devolviendo atenciones, que hoy todo el mundo está eficiente, que están los jefazos de inspección. No me lo pensé y

tomé el ramal que va para Chinácota. Ya se lo dije, Wong, que si le decía el nombre de ese pueblo no se lo iba a repetir. ¿Se acuerda? Pues por ahí, por donde vivía Berenjeno; una vía más larga pero que engancha más adelante con la central y esta vez me serviría para burlar el otro control.

Al pasar por la casucha de Berenjeno, preciso estaba ahí, con su quijada longa al pie de la carretera, con sus pulgas y su perro, y al verme venir se apresuró a abrir el portón y cuando pasé de largo abrió la boca y su cara fue más larga que nunca y le hice pistola, así, a lo pamplonés, mire, el dedo corazón en alto adornado con índice y anular acurrucados, ¿ve? Seguí derecho y en lo que caí en cuenta más tarde —a causa del desvío— fue que el fajo de billetes que le tenía a Perol entre una caja de bombones no se lo pude dejar. ¡Que se jodiera también!

34

Venga y le acabo de contar lo de la cárcel, que fue mucho pero se lo resumo para no alargarle más el rollo. Leer. Esa fue mi condena y mi escapatoria. Ir a la biblioteca. Poco patio. Poca socialización con los antisociales. Entraba allí después de las obligaciones obligatorias. Recuento. Uno, dos, tres, cuatro. A desayunar. A leer. Cinto Verdaguer. A comer. A la celda. Recuento. Uno, dos, tres, cuatro. A leer. Martí i Pol. Poesía catalana que parecía estar cumpliendo condena también. A cenar. Recuento. Uno, dos, tres, cuatro. A dormir. Y así, un día, una semana, un mes, un año. Y también escribí, organizando lo que le estoy contando y otro poco para ganarme un dinerillo; escribía cartas de amor, cartas a la madre, cartas a los abogados, cartas a oenegés, hasta llegué a escribir cartas que no iban a ninguna parte ni a ningún destinatario.

Querida Mariángeles,
Cuánto tiempo sin ti, sin tus ojos mirando mis ojos, esos dos luceros , esas dos flamas cuando me miras, cuando me amas; esos témpanos cuando me niegas. ¡Oh, María! cada noche cuento las horas que, cojas, toman caminos largos, insomnes. ¡Oh, mi Ángel! Cada día te extraño, cada día te tengo, cada día te pierdo. Ven pronto, no soy otro del que te ama siempre, no soy el mismo que olvidaste allá fuera. Mi condena es no verte, mi frontera es no saber de ti. Tuyo, XX (el de turno)

Llegué a redactar unos cuatro o cinco modelos y con ligeros retoques los vendía más que bien; cogí fama pronto, pero esto también trajo problemas pues no todos querían pagar, o había que negociar si era en plata, en especie o con servicios. O a veces sólo decían ya te pagué, no recuerdas o te lo recuerdo, y mostraban el músculo o una cicatriz. Escribía esas cartas y a menudo eran como si se las escribiera

a ellas, a mis patrias lejanas, inaccesibles, sin himno ni bandera: a Miladys, a la que aparté sin reparo, o a Neus, que me abandonó sin rubor. O a mi madre, a quien nunca le conté dónde estaba; la llamaba —entonces sí más seguido— y le mentía cómo iban las cosas, que el teléfono no servía, que el celular estaba carísimo y lo había suspendido, que la llamaba de la calle porque era mejor y rogaba para que el rumor del patio, o los altavoces o las conversaciones contiguas, no la hicieran sospechar. Por fortuna no permitían llamadas de más de ocho minutos, porque no podía contar o inventar más cosas o por la simple razón de que me entraban unas ganas de berrear las machas.

—Hola, mamá, qué tal por allá…

—Bien, mijo, extrañándolo mucho.

—¿Y papá?

—Ahí, ya sabe cómo es; pero bien —decía con su voz apagada—. Nos hace mucha falta, mijo, usted le daba vida a esta casa, ya ni los canarios nos alegran el día.

—¡Ay, mamá! —alcanzaba a decir y colgaba fingiendo un fallo en la línea.

Bueno, no todo era encierro. Entré en un equipo de microfútbol de suramericanos y jugábamos contra España, contra Catalunya, contra el resto del mundo. Y ganábamos y perdíamos pero nunca había empate. Siempre había un vencedor y un vencido. Y apuestas clandestinas, claro. Y deudas. Por supuesto.

—Te apuesto el postre de la semana a que pierden —retó un mejicano que me había cogido tirria porque no lo habíamos aceptado en el equipo; Suramérica versus África septentrional, joven, de Panamá para arriba son Centracas, le había dicho yo en broma pero no le gustó nada.

Y así empezó un pequeño calvario; me retaba, iba subiendo apuestas y empecé a perder más que el postre o el pan del desayuno, dinero, dinero de preso, una especie de cartones en los que te convierten el dinero que te llega de fuera o por el que pagan el trabajo en los talleres o en la cocina o en la lavandería. Llegué pronto a la ruina y, antes de que el azteca, tolteca, olmeca cobrara con golpes o clavándome algún chuzo, tuve que acudir al ucraniano.

—¿Víktor, cuánto cuesta una nariz rota con advertencia? —le

mandé decir y al otro día llegó un papelito con la cifra.

—¿Tanto? —le respondí—. ¿Y un susto?

La cosa se quedó en una amenaza gratis a través de un colega checheno que estaba de preso preventivo por asuntos de armas y que se lo dejó muy claro al futbolista mejicano haciendo la fila del comedor; el hombre le dijo que la deuda conmigo había caducado y que si no quería jugar en el equipo paralímpico me dejara tranquilo. Y ya dirigiéndose hacia las mesas le quitó su manzana dándole un mordisco de miedo.

Recuento. Uno, dos, tres, cuatro. A desayunar. A leer. Alberti. A comer. A la celda. Recuento. Uno, dos, tres, cuatro. A leer. A cenar. Recuento. Uno, dos, tres, cuatro. A dormir. Y a soñar despierto y a soñar durmiendo. Una noche soñé que abandonaba el balón y me había dedicado de lleno al mundo de los castellers. No diga que no los ha visto, Wong, hay que salir a los parques, a las plazas, mi querido chino rehén, perdone que le diga pero vive como un preso, del trabajo al piso que lo tiene acá mismo, ¿cierto?, y del piso de acá arriba al bar de acá abajo, ¿no?

Los castellers son aquellas torres humanas, de pronto los ha visto en las noticias, eeeesas, esas, no es que estén cambiando las bombillas del alumbrado público, no. Pues eso, soñé que me aliaba con un tipo del Poble Sec encerrado por estafa y el hombre pedía permiso para armar un grupo en La Modelo y se lo daban y ensayábamos y caíamos como peras maduras contra el suelo. Y volvíamos a ensayar y los compañeros se burlaban y los guardias se reían y se confiaban y el día de La Mercé salíamos al patio a honrar la patrona de Barcelona, patrona de los reclusos, y hacíamos la piña y suba uno y suba el otro y agárrense duro y suba y yo era el último y el castillo se iba moviendo hacia el muro despacio, despacio, en una maniobra nunca vista y yo firme ahí, coronando, triunfal, llegaba al borde del muro y quería saltar a la calle como un macaco pero me dolían las piernas, quería brincar como una ardilla pero se enredaba la cola en las púas y nada, despertaba trémulo y adolorido, entonando un estribillo de The Latin Brothers, una orquesta salsera from colombian pípol:

Virgen de La Merced, dame tu ayuda

espérame, espérame madre mía
no sabes cómo te pienso
desde esta celda fría
beso tu foto con sentimiento.

Recuento. Uno, dos, tres, ¿Ayala?, cuatro. A desayunar. Al patio. A comer. A la celda. Hierro. Poesía, pura poesía, que es más corto de leer. Recuento. Uno, dos, tres, cuatro. A clase. A cenar. Recuento. Uno, dos, tres, cuatro. A dormir. Recuento. Uno, dos, tres, cuatro. Cuatro en celda para dos, celda de dos para cuatro. A desayunar. Después de asearme y antes de salir subo a la cama del argentino y me asomo a la ventana. El sol aún no ha remontado el bloque de edificios de la calle Provenza; una señora extiende la ropa en el balcón, paciente, un pantalón beige, del marido, una camisa a rayas, otra blanca; se le cae una pinza, cuelga unas bragas enormes, suyas. Alza la mirada. Verá lo mismo de todos los días, el paredón de esquina a esquina, límpido; las garitas octogonales vigilantes, la araña panóptica y sus redes y sus rejas y sus cerrojos, la gran jaula con sus pajaritos dentro. Riega los geranios, están tristes, señora, échele cáscara de huevo molida que eso hace mi mamá y le florecen todo el año. Se seca el sudor y entra.

Los familiares gritan desde la calle, no bastan las visitas, no basta el vis-à-vis, no basta el locutorio. Cuentan que, antes de poner la red sobre los patios, volaba de todo desde la calle hacia dentro, comida, navajas, envoltorios, droga, una lluvia incontrolable de regalos a domicilio. Y los tequieros, y los teechodemenos, que quiero entrar, guapo, que quiero salir, guapa. Y yo solito, abandonado a mi suerte por Neus, que no volvió a contestar el teléfono ni las cartas. Y los recados del papeleo, que los abogados, que los plazos, que las instancias, que los recursos, que las peticiones, que ya es ramadán otra vez y Alí con su ayuno y el paisa joda que joda, por qué no te comés esta morcilla, Alíbabá, y el hombre aguantando, sin entender muy bien la mamadera de gallo pero sabiendo que le estaba tocando los cojones; algún día le rajará el cuello, pensaba yo, y quién sabe si el que llegue nuevo sea peor.

—Oiga, Alí, no le haga caso —le decía yo despacito para que entendiera—. Está loco.

—No pasa nada, no pasa nada —decía entre sumiso y solapado. Y enseguida, como cada vez que cruzaba palabra, como un disco rayado repetía—: Yo inocente, ¿sabe?

Allá dentro hay tantos inocentes que, de hacerles caso, el hacinamiento terminaría de un plumazo. Maté a mi mujer porque me pegaba. Not guilty. Y quedaría la delincuencia pura, que se ufana de sus crímenes. Maté a mi mujer porque me la jugaba con un tío. Y al tío también. Guilty. Oyes historias que no te atreves a repetir. En otra época dizque fue la Universidad de los Pobres, cuando la contundencia represiva se combatía con conciencia reflexiva. Cuántas historias de culpas sin disculpa, de soledad con diez más en tu celda, de chinches nocturnas chupasangres, de ratas inmensas de ojos tiernos, que de tener arrestos las cazarías para hacerte un estofado crudo mejor que los engrudos que servían a la hora de la cena.

—Oiga, paisa —le dije una vez, ya en confianza—, están dando unos cursos de reeducación o reintegración o algo así.

—Que vayan a reeducar a su madre —decía mirando al techo—, que yo en el próximo permiso ya le tengo echado el ojo a una pulsera empedrada que es una chimba.

Encierro. Libertad. Quién va a saber. Allí unos sienten que no tienen otra salida que volver a entrar. Tienes pareja, tienes hijos, y una condena de diez años y un permiso de tres días. ¿Qué haces? Haces lo que mejor sabes hacer. Libertad. Encierro. Otros, los libres de afuera, al contrario, llegan al trabajo, fichan y van a la taquilla, tras un cristal, tras un mostrador, tras un escritorio de roble tallado o de melamina, años, y van a casa de permiso y regresan a fichar porque no saben otra cosa que hacer. Allí, para la mayoría la consigna es salir cumpliendo o sin cumplir condena. Con túnel o sin túnel, lesionándote para huir del hospital y, si estás de Preventivo, salir del juzgado volando en parapente y, si estás adictivo, volar con lingote de metadona, Maradona.

¡Ah!, los muros, my Wong, póngame la otra, tranquilo no se preocupe; como dicen por ahí: los borrachos, los niños y los locos siempre decimos la verdad, aunque los borrachos somos los que exageramos más. ¡Hip! Los muros de ladrillo, las tapias mentales, las paredes de color incierto, apasteladas, primer piso, segundo piso,

tercer piso, puertas, puertas, puertas, nada que envidiarle a un crucero. Ocuparte, mantener la mente ocupada en lo que fuera. Que hay campo en el gimnasio, al gimnasio, que quedó vacante en un taller, aplicar, que me creció el pelo un poquito, a la peluquería, que se acabó el libro, a la biblioteca, que no quiero hacer nada, a contar pasos en el patio, uno, dos, tres, cuatrocientos, quinientos, seis mil. Cualquier cosa servía para distraerse, hasta seguir el camino de una hormiga: qué lleva ahí, señorita hormiga, pan, qué fuerza, ¿no, hermana?, es comparable a si yo llevara tres sacos de garbanzos en el mercado, pero apenas podía con uno; y después qué va a hacer, señorita hormiguita, por qué no va y me compra la lotería y nos volvemos ricos. ¿Que no tiene tiempo? ¿Muy ocupadita? ¡Tome! Pasar el tiempo. Hola, hormiguita, para dónde va, para la quinta galería, para la calle, por qué no me trae unos cigarrillos de Venezuela que acá se han puesto muy caros. Pero cómo, no dijo que iba a salir, coma mierda, hermana, a un preso no se le ilusiona, ¡tome!, y la despachurraba con la uña.

35

Llegué del vecino país cuando en Pamplona los arreboles pintaban el cielo en el valle del Espíritu Santo, el crisol helado de mi ínclita ciudad, el ombligo que sabía iba a dejar esa misma noche. Llegué a El Camellón a la hora en que Paleo ya habría llamado y dicho la clave; el Topo nos la había dado para avisar cuando la guardia venezolana nos echara mano, cuando nos decomisaran la mercancía; debíamos llamarlo desde un teléfono público o a través de quien fuera, dar la clave, el Dodge se pinchó, y colgar. Todos sabíamos que si eso pasaba la cosa se ponía color de hormiga, que si nos llevaban a la guandoca allá nos podían hacer lo que les diera la gana. Pues esa era mi idea, que si el Topo contestaba sabría que yo estaba fuera de combate y la pintura no le llegaría. Y si no contestaba era que la cosa estaba peor.

Y allá él con su problemita; seguro que estaba necesitando la plata para pagar a la guerrilla, a los paras, a otro narco, a la policía, al ejército. Es que allá se le puede deber a todo el mundo, porque todo el mundo cobra. Seguro le habían incautado su coca y ahora tenía que responder, o iba a comprar un secuestrado, que esos también son mercancía, o estaba pagando rescate por un viaje, que también secuestran cargamentos, ¡ah!, los cerebros que tenemos, ¡ah!, los genios hampones. Allá, for example, los padres de la patria, así con minúscula, es decir, los congresistas, los legisladores, redactan primero la trampa y después aprueban las leyes. Y todos, a mamar de Papá Erario porque el Tío Sam da para otras vainas. Y uno ganándose la vida como puede, ¿no?

Parqueé en frente de El Camellón y bajé el tarro que había abierto y me lo eché al hombro. La madame me vio pasar y también tuve que darle explicaciones. Que es que me regalaron esta pintura, por si acaso se le ofrece remozar la fachada, doña Laurencia, se la dejo en el cuarto de herramientas. Aguanté la tomadura de pelo de las chicas al pasar

por el patio de atrás, que ya se estaban acicalando para la noche que se venía, pero no vi a Miladys. Entré a la suite y pasé el cerrojo; entré al baño y saqué el bloque; había dólares de todos los billetes amarrados con ligas plásticas, la mayoría parecía ser de veinte, cincuenta y cien pero no tenía tiempo para contar ni hacerme una idea de cuánto podría haber, tal vez unos diez mil o más, no sé, qué adrenalina, hermano. Saqué todos los ahorros del pote de chocolate y lo llené con montoncitos de dólares y de nuevo a la cisterna, como un seguro, o para mi mulata, o para los viejos. El resto lo eché a la maleta y puse toda la ropa, así como estaba, la doblada y la sin planchar y la sucia también, y algunos libros. Tenía la sensación de que en cualquier momento todo se iría al traste. Tenía que largarme ya.

—Abilio, Abilio —escuché a Miladys viniendo por el solar. Llegó, y al no poder abrir la puerta tocó.

—Ya voy, ya voy —dije, cerré la maleta embutiendo las últimas prendas que encontré y le abrí.

Ahí estaba, con ese frío y con el vestido de cayenas rojas que le había regalado, escotado y de manga sisa, con una cinta blanca anudada en la cabeza. Alegre en la vestimenta pero con su cara lívida y sus ojos de buey aguados.

—Lo soñé durante la siesta —dijo abatida—. ¿Te vas, cierto?

—¡Ay! mi… —casi se me sale mi amor—. ¡Ay, mi… ladys! —y la abracé como a una amiga, como a un amor, como a una prima mayor.

—¿Qué pasó, Nene? —preguntó apartándome y pasando a la suite.

—No me pregunte —dije cerrando la puerta—. No me pregunte que no le voy a contestar.

—¿Te vas, cierto? —insistió.

—Lo único que le puedo decir es que tenía razón, no vale la pena untarse de sangre; ya encontré cómo librarme de toda esta pesadilla.

Y ella con la pregunta de todo el mundo, que esa pintura para qué; que no tiene importancia, que me la dieron y tal; que qué era todo ese reguero en el baño; que la abrí y se derramó, que ya voy a limpiar, que no pregunte más, carajo, que me voy. En eso sonó la puerta otra vez y era la madame reclamando a su potra cardinal. Abrí a medias.

—A ver, ¿ahí está Miladys? —preguntó ojeando adentro y sin apenas mirarme—. Recuerde, joven, que hay reglas; a ver, mujer, a

mover ese derrière, que es viernes y hay hombres que alimentar.

—Doña Laurencia, permítame un segundito —dije, salí y la tomé por el brazo cerrando la puerta. Saqué un fajo de billetes y le dije que le pagaba unos meses de arriendo adelantado—. Es que surgió un imprevisto y me tengo que ir hoy mismo.

—¿Y eso? —dijo frenando en seco y miró fijo a mis ojos. Me preguntó sin preguntar y le respondí sin responder. Y después de esa pausa remató—: Suerte, mijo, le deseo toda la suerte del mundo.

Me abrazó distinto, fugaz, se metió la plata en la manga y acomodándose el mantón se fue a tientas, taconeando en la penumbra diciendo improperios al aire, que dónde iba a cambiar dólares en ese pueblo atrasado, llamando a su beldad, citando a mi compinche, a su hija grande, a mi flor ribereña, a su joya vital, a mi maestra de colchón que esperaba allí sentada en el borde del catre, como quien no se va a quedar sino un momento y se dedicó a mirarme como una paloma desde una rama, en tanto yo acababa de arreglar la pieza, llevar la pintura al cuartico, limpiar los chorretes del baño, acomodar un poco los libros y lo que iba a dejar.

—¿Y tú sí conoces Bogotá? —me soltó de pronto.

¿Que cómo sabía? ¡Ay!, hermano. Hay cosas contra las que no vale la pena luchar; en cambio aproveché para preguntarle que si su amiga me recibiría unos días en su apartamento mientras conseguía algo y dijo con desgano que quién sabe, que llegara allá a la dirección donde había mandado los papeles, que si quería que yo la llamara que ella no lo iba a hacer. Me acurruqué y cogí su cara entre mis manos y la besé con ternura de esposo viajero mientras le decía que la llamaría, que le escribiría, que cómo me dolía dejarla así de pronto, que no dijera ni mu, que tranquila que todo iba a ir bien, que la quería, que la quería muchísimo.

Cogí la maleta y recordé el día que había llegado y que ella me ayudó a cargar; reviví su contoneo de palmera en tormenta, su fragancia floral, su chasis de caoba pulida y esa toalla cayendo en cámara lenta. Salí diciéndole me voy, y quedó ahí, sentada con la piernas juntas y las manos cruzadas en las rodillas. Allí la dejé, con sus ojos tristes tiñéndose de reproche, con el foco alumbrando su cinta brillante como la aureola de una virgen remendada.

Más o menos lo mismo pasó en mi casa. ¡Mamá!, grité al abrir la puerta más por comprobar si estaba mi padre. Era la primera vez que entraba desde que me había ido y lo hacía para despedirme otra vez. Esperé un momento sin cerrar hasta que la escuché venir por el corredor invocando:

—Avemaríapurísima —repitió varias veces y se detuvo al llegar al zaguán y verme allí.

Al ver su cara asombrada, esperanzada, asustada, así en ese orden, quise que todo fuera distinto; se lo juro, Wong, quise quitarle el asombro diciéndole, sí mamá, soy yo, pero ya lo sabía. Quise complacerla diciéndole que volvía a casa, pero no, ya lo había sentido. Quise decirle que tranquila, pero ya empezaba a padecer de nuevo. Las mujeres son como brujas, ya lo saben sin preguntar, ya lo intuyen sin abrir los ojos, ya te entienden antes de que lo expliques, ya te perdonan aunque no lo merezcas. Por eso son el enigma maravilloso, por eso son la respuesta a la sinpregunta.

Papá estaba en el comedor. Se tomaba el caldo de todas las noches, con su pan ácimo y su huevo nadando, nevado de sal y cilantro. Llevaba ya su bata de cuadros azules de todos los azules y el pelo enmarañado que siempre le quedaba al quitarse la franela. Estaba allí, de espaldas en su puesto, jorobado sobre el plato.

—Buenas, papá —saludé y a la defensiva agregué de inmediato—: Sólo es para dejarles esta pintura que sobró.

Nada más escuché la cuchara caer contra la loza como si ya hubiera acabado pero no movió ni un músculo. Pasé con mamá detrás y metí la pintura en el cuarto de los chécheres, tal cual como venía, sin saber si tenía plata o no, pero sabiendo que mi papá no entraría; allí tenía mamá guardadas las cosas de mi hermano: los uniformes colgados llenos de naftalina, una caja con insignias y pendejadas de esas y botas y gorras y cachuchas y la ropa de civil que yo no quise coger cuando crecí. Ahí quedó el tarro, hasta que San Juan agache el dedo y ahí debe estar. Mamá, no lo vaya a mover que le hace daño hacer fuerza, le dije. Cuando vuelva le pinto lo que usted me diga, déjelo ahí y lo arrinconé de manera que le quedara difícil llegar, a sabiendas de que ella no lo iba a mirar más.

—Bueno, mamá —dije al salir del cuartucho—. Era para esta bobada y para decirle que me voy para Bogotá esta noche.

—¡Ay, mijo! —dijo quebrantada, con las manos enfundadas en el delantal.

Me acerqué y la abracé fuerte, fuerte y percibí, además de sus lágrimas vidriosas, cómo el aroma a crema de almendras en sus manos y el olor de la cebolla recién picada luchaban por quedarse conmigo y acompañarme a dondequieraquefuera. Pasamos por el comedor y papá ya no estaba. Se habría ido contrariado a la habitación sin terminar la cena, estaría sentado al pie de la cama con los brazos cruzados en el pecho, así como se ponía cuando quería que no le hablara nadie.

Llegamos al portón después de un viaje largo atravesando la casa. El patio chiquito con esa higuera extraña nacida del pavimento; la despensa, que olía a granos y harina; la cocina —la oficina, como le dice ella— con sus trastos, sus trapos y su ristra de ajos colgando; la máquina de moler maíz y la calidez de la aguapanela en reposo. El corredor con cuadritos de paisajes y el patio sitiado por ocho pilares, enhiestos, sosteniendo macetas de begonias y novios y nomeolvides y pensamientos.

—Venga y coma algo, venga y despídase de su papá —iba diciendo en una carrerita de pasos cortos, la pobre.

—No puedo, mamá, es que me voy en el bus de las ocho.

Pasé por la sala cerrada, que sólo se abría cuando había visitas que no venían nunca; allí estarían cogiendo polvo los retratos de mi bisabuelo y su uniforme de la Guerra de los Mil Días; el daguerrotipo de los papás de mi mamá, reprobándole todavía el por qué, mija, usted tan de buena familia, por qué se fue a casar con ese marchante del mercado. Y los muebles forrados de no sé qué tela y los floreros porrudos y los elefantes de porcelana poniendo la cola para nosedónde y la lámpara goteante de cristales que no eran cristales, con velas que no eran velas sino unos foquitos cenicientos.

—¿Y adónde va a llegar? —dijo afanada—. Allá están mis primas, las…

—Que no, mamá, me salió una chanfa en la construcción y allá me dan posada.

—Bueno, mijo, que sea para bien —dijo con la indulgencia que sólo

a las madres les sobra.

—De pintor —seguí mintiendo.

—Pero así, todo como a las carreras —remató, con la perspicacia que sólo a las madres les sobra.

—Y todavía tengo que entregar el carro —dije y la abracé otra vez. Le pedí que diera mi adiós al viejo, que la llamaría, que le escribiría, que cómo me dolía dejarla así, pero que tranquila que todo iba a ir bien, que la quería, que la quería muchísimo.

Arranqué el Dodge y al voltear la esquina estallé a chillar, con el pensamiento de que no volvería a verla, con la culpa intacta de haberla dejado hacía meses, de haberle mentido sin escrúpulos y de que ahora la abandonaba quién sabe si hasta nunca; me fui con la pena de que el viejo, sin heredero posible, alquilaría el puesto 38 para una tienda de ropa barata y se iría sin perdonarme. Pero cesó a las dos calles, porque el llanto se va con el susto y lo que asustaba era que me encontraran y me hicieran lo mismo que a Hermes, que fueran a joder la vida a los viejos, que se metieran con mi mulata. Llevé el carro a un parking, pagué por quince días y lo dejé allá tirado. Saqué el revólver, media de ron empezada que había por ahí, los metí en la maleta y me fui a buscar autobús.

Que la Virgen Santísima lo ampare y lo favorezca, se quedó diciendo mi mamá en la puerta, echando bendiciones; la madame me había deseado suerte ahorrándose zalamerías desterradas; Miladys quién sabe si ya estaría en la puerta, tratando de olvidarme atrayendo al personal. El Pollo estaría esperando el carro haciendo crucigramas, Cuajada dándole a la calculadora y sacándose los mocos secos, y la parejita esperando lo del diario allá en las casuchas, por donde pasaría yo en minutos zampado en el bus, con ese paréntesis abierto del qué vendrá, que venga lo que tenga que venir, pensé. Y el Topo, allá lejos, maldiciendo sudoroso, rogando y apretando el sieso, llamándome como loco, o ya muerto y desmembrado, picado en pedacitos en una bolsa de basura negra o enterrado en un rincón del campo junto a mi hermano. ¡Ah!, Topo Gigio, “tú, tú, tú, qué tipo de topo eres”, una estrella de la televisión con gorrito o un narquito con cachucha bajo la epidermis de la madre tierra.

Salí esa noche de Pamplona y llegué temprano a Bogotá, la gran capital, y me hicieron el mismo recibimiento que me brindarían en la Diada Nacional de Catalunya días después. O me topé con las señoras que no eran o es que yo pregunto muy mal.

—Por favor, señora, ¿cómo llego al centro? —pregunté al llegar a la terminal y la señora me miró como si la fuera a atracar, pero al ver mi equipaje y mi cara trasnochada cambió el miedo por aspereza.

—Coja bus, o si tiene pa'l taixi, coja taixi —respondió señalando al maletón.

Cogí taxi. A la carrera 16 con calle 23, por favor. Un sector conocido como La Alameda, donde no hay ni un álamo ni otro espécimen cercano. En Colombia, tierra de poetas, bautizamos sectores y urbanizaciones con nombres así, Robledales del Encinar, verbi gratia, y no sabemos distinguir entre un roble y una encina, porque salvo inmigración forzada no tenemos ni una cosa ni la otra. Yo emigro, tú emigras, ella emigra, nosotros emigramos, ellos no entienden.

—Por aquí debe ser —dijo el taxista al llegar—. Usted sí debe estar con un verano el macho —remató.

Le pagué sin saber si me estaba robando y le dije quédese con el vuelto, así, a lo neoyorquino, como en las pelis, desprendido. Y lo del verano lo entendí cuando se acercó una chica y dijo que qué madrugador, mi amor, cómo está de bueno y otro poco de cosas, pero no, otra vez me tocó decir que no, que a eso no venía. Mi querido Wong, no sólo tengo imán para las señoras gruñonas, también para las prostiputas. Cómo no lo había imaginado, cómo una amiga de Miladys no podría ser una más de ellas, claro, güevón yo; seguro ella supuso que yo supondría, pero, no, no supuse. Allí estaba yo, a salvo, en una calle llena de edificios pequeños de arquitectura criolla, llenos de azulejos de colores, vidrios oscuros y espejos y puertecitas metálicas y letreros, *Adán y Eva*, *Las Vegas Night Show*, *Ipanema Video Bar*, todos muy internacionales, desde el mismísimo *Paraíso* a *Río de Janeiro*; había aterrizado en una zona de tolerancia in the center of the capital district; yo no sabía en qué parte de Bogotá estaba el centro de Bogotá, porque el centro nunca está en el centro, pero sí sabía a qué clase de sitio había llegado. Eran casas de lenocinio, residencias, whiskerías y sitios de strip-tease, "con actividades ligadas al trabajo sexual,

servicios de diversión y esparcimiento, debidamente delimitados y reglamentados para un apropiado funcionamiento dentro de un marco de saneamiento, bienestar social, medio ambiente y control policial", decía en un folletín.

—Señorita, ¿aquí es la carrera 16? —pregunté ignorando los piropos de carácter comercial.

—Gracias por el remiendo; ¿a quién busca, corazón? —respondió con los ojos en piyama.

—Mire, es este número, busco a María Magdalena Orozco, ¿por casualidad la conoce? —dije.

—Qué puntería, baby —dijo, ahora bostezando—. Aquí es, lo que pasa es que el numerito está tapado por el neón, ¿sí pilla? Y es que se la recomendaron o qué. Esa es amiga mía, y debe estar en un guayabo; espérese un rato o lo mata si la despierta. Venga, invíteme a caldo de costilla ya que no quiere nada con una; mire, estoy como nueva, anoche me llevó un doctor a un apartamento que tiene en Chapinero, pero el pobre sólo se echa uno y queda profundo, y yo pues me duermo también, más rico…

Tuve que pararle el chorro y decirle que sí, que la invitaba a desayunar, que yo también tenía mucha hambre, que dónde, que no fuera muy lejos, que mire qué maletica la que traigo. Nos sentamos en un cafecito y hablamos y comimos y fue como si no hubiera salido de El Camellón; frío, minifaldas, olor a cerveza y a fragancias dudosas. Eso sí, más hembras y mejor surtido. Y más cosas que la noche y sus mareas me irían enseñando.

Le conté el rollo, que venía de donde venía, que una amiga era su amiga y me jacté de que sólo iba de paso, que iba para España; y ella también, que venía de no sé qué pueblo del sur, que había venido para una agencia de modelos y que no iba a ninguna parte. Acabamos y la chica salió a la puerta a fumarse un cigarrillo y a ver si bajaba bandera. Yo me quedé ahí, quietico, ante la recomendación de la dueña: eso, espérese aquí o le roban la maleta, que Magda desayuna también acá, espérela.

—Aquí tienes, Abilio, aquí está la dirección del Consulado y todo este papelerío que me dijeron unas estudiantes; allá no la dejan entrar

a una, que todo se hace por Internet —dijo Magda una vez subimos al apartamentico con maleta y todo, a pesar de su insistencia en que la dejara con la señora del cafecito, que era de confianza y tal, pero yo al ternero con la plata no lo soltaba ni a palo.

Era una chica tal vez algo mayor que mi mulata, con unas marcas de acné en las mejillas pero muy bonita y apretadita como ella aunque más chiquita. Vivía en el segundo piso de una casa vieja, en una pieza grande separada por un tabique de madera, que daba paso a una salacomedorcocina con ventana a la calle. Y un váter mínimo como de cabina telefónica; y la ducha, compartida con el resto de inquilinos. Me reprochó que no le hubiera avisado, que eso lo pagaba ella para ella y que trabajaba en otro lado, en las residencias o por ahí, hasta en los talleres que hay en la zona se había metido en sus inicios. Me dijo que fuera buscando una pieza: que te dejo subir porque Miladys me habló muy bien de ti, porque, ¿sabes?, acá no sube ni el obispo; que ella conocía un hotelito en la 20 donde arrendaban por días o por meses.

Me perdí las veces justas para aprender por fin las rutas que servían, los números de los buses y del Transmilenio. ¿Transmilenio?, es el metro de la capital, que va a ras de calle, sin riel y con parada en todos los semáforos. No han podido en casi medio milenio hacer medio túnel en Bogotá y cuando al fin lo aprueben y haya plata, los carros irán por el aire como en Los Supersónicos y todo el mundo tendrá uno, como tener ahora un móvil. Bueno, entre la espera de los papeles que mandaría Mariño y el temor con la pila de dólares me dediqué a la hotelería y al turismo. A la hotelería, metido en el hotel y al turismo, echando pata y metiendo la nariz donde nunca la había metido.

En el hotel, que resultó ser decente, logré un buen precio por el adelanto que hice. Cuánto es, le doy tanto por dos meses y se lo pago ya, le dije al gerente y el hombre cogió el billete en rama y no preguntó más, aunque sí me miraba de arriba abajo cuando salía y cuando entraba. A los dólares, que no fueron tantos como yo pensaba y estaban revueltos con pesos y bolívares, los fui cambiando por euros poco a poco y en distintas casas de cambio en el norte; claro, y metiendo la plata en rollitos apretados y envueltos en film plástico que

iban a la cisterna, como siempre. Cada mañana, después del primer popofax, soltaba el váter, cerraba la tapa, me encaramaba y palpaba el depósito de agua, con su baba y con sus algas, ahí estaba el pote, hasta que lo llené. El resto del dinero dentro del colchón, con una disección perfecta, camuflado con artes que aprendí de mi mamá.

—Venga, mijo, coja ese hilo y esa aguja —me dijo mamá alguna tarde—, venga y aprenda a zurcir que nunca se sabe cuándo se ofrece y su mamá no va a estar siempre para remendarle las medias.

Y se me ofreció. La mucama por orden mía sólo venía los sábados, aseaba el baño, cambiaba sábanas, limpiaba el polvo y yo ahí, claro, leyendo o viendo la tele, por si salía lista la india y le daba por husmear la cicatriz que había dejado en el colchón y que mi madre hubiera reprobado. Me la pasaba en esas, leyendo en la Luis Ángel o en la Biblioteca Nacional, o caminando y soñando con mi viaje, o yendo a ver cine bueno y conociendo museos; es que yo tengo mi vena cultural, no crea, por parte de mi segundo apellido; lo de comerciante sí es por mi papá y se las tira de que es de los honrados, pero sepa que mucho de lo que se come en Pamplona viene del vecino país y el que diga que no ha comprado de contrabando es un mentiroso.

¡Que alce un pulmón el que no se haya fumado un cigarrillo from Andorra!… Tranquis, tranquis, es broma, ganó el Barça y eso hasta el próximo sábado es lo que cuenta, aunque yo no lo vaya a contar.

36

Tampoco le voy a contar todos mis viajes a Andorra como si fueran los del almirante Cristóbal Colón —contrabandista con aquiescencia real—, pero sí el crucial, que viene de cruz, el último antes de caer en desgracia. Al fin no hubo necesidad de robar el Land Rover ni de ganarme el gordo de la lotería. La verdad es que con Neus entramos en una especie de idilio adolescente; esa primavera nos íbamos cada fin de semana a algún pueblo de la Costa Brava y nos quedábamos el sábado, o a veces viernes y sábado y si nos daba pereza el domingo, pues hasta el lunes no aparecíamos por Barcelona. Y como era de esperar, el Bogavant empezó a despelotarse y en menos de tres meses y a las puertas del verano los números rojos empezaron a despuntar y la jefa recobró la sensatez y el timón del restaurante, que en manos del maître y el Santi se debatía entre la mano dura y la anarquía.

—Chao, mi Neus, me voy al extranjero, a traer humo en tubos, a traer resacas en frasco, ¿qué perfume quiere ese pescuecito esta vez? —dije animado la víspera.

—Chao, Abi —dijo—, ya me basta con que vuelvas.

Ante la aparente desaparición de Taraball y en pleno idilio, por fin convino en soltarme el campero, en parte por el encoñe y en parte por puro interés comercial; las existencias de vinos y licores estaban por los suelos, debía a los proveedores esta vida y la otra y necesitaba reponer con urgencia. Y qué mejor que los precios que sólo un servidor ponía sobre su escritorio.

Recogí a Olympio en el loft, la oveja donde el usurero pagando un pastón y nos fuimos oyendo a Maria Bethânia, a Jobim, a Chico Buarque, y cuando acababa la ronda yo le ponía a Milanés, a Aute y a un par de protestones paisanos, Pablus Gallinazus y Luis Gabriel, que cantaba “Colombia, patria querida”…

… por eso cuando estoy lejos
de tus campos y ciudades
cuánto añoro tus paisajes,
lloro y sé cuánto te quiero.

Y así subimos al Pirineo por enésima vez, cantando; las mismas casas de piedra austeras, las iglesias hieráticas de cada pueblo hasta la cima y dele para abajo, en una rutina aprendida, hola, Meritxell, besito, hola, Roger, apretón. Les explicamos todo el rollo de nuestra ausencia, entre verdades y mentiras, y refrendamos nuestro acuerdo con una comilona copiosa y extensa. Hicimos una siesta larga, haciendo tiempo para poder salir cuando oscureciera. Llenamos los compartimientos a tope con rigor de estibador. ¿Todo completo, todo correcto? Merci. Adéu, Meritxell, adéu, Roger, hasta el miércoles. Sí, volvemos por la misma dosis.

—Oi, cara, no sé, tengo una cosiña batiendo en la barriga —dijo en idioma cóctel, cuando empezamos el regreso.

—Eso es la mariguana, hermano —dije tomándole el pelo—. O las rostes o la trucha o los caracoles, o las dos bolas de helado que se zampó.

—No, es otra cosa —replicó desencajado.

No le puse cuidado y le dije que manejara un rato hasta que empezara la carretera buena, saqué los pies por la ventanilla, prendí un Lucky y pusimos a Chico otra vez…

O que será que me dá
Que me queima por dentro, será que me dá
Que me perturba o sono, será que me dá
Que todos os tremores me vêm agitar
Que todos os ardores me vêm atiçar…

¡Ah!, los presentimientos de los inseguros, ¡ah!, los presagios de los agoreros. El garoto empezó a impacientarse, con una interpretación paranoica de la letra y un montón de plumas que vio al pie de la carretera con la última gota de luz. Que eso era de mala suerte, que seguía sintiendo un nosequé sí sabía dónde, que nos detuviéramos un

poco. Se bajó y fue al río a lavarse la cara y al volver venía más pálido que antes.

—¡La figa, meu irmão! —venía agitado, con las manos en el afro incipiente—. Mi hermano, he perdido la figa, no la tengo ¡mira! —y se tocaba el cuello a la espera de encontrar lo que ya no estaba…

El amuleto se perdió, no supimos si subiendo, si en Andorra, si durante la siesta, si cargando, si bajando, si se había caído al río. El garoto corroboró sus augurios y dijo que no seguía, que hasta allí llegaba si no la encontraba. Bajó a Enriqueta, que entre estupefacta y cosquillosa, sentía cómo le metía mano por todas partes y la sacudía como si fuera una alfombra. Sacó la linterna y tiró los fardos de heno, los desbarató en pleno camino como loco y yo diciéndole que se dejara de pendejadas pero no, iba en serio, que se la había regalado su abuela antes de viajar al otro mundo y que era más efectiva que el ángel de la guarda. La FIFA no, Wong, la figa. No, la Liga no, la fff-i-ga, ga, figa. No estamos en fútbol sino en agüeros; es como un dije, una mano cerrada con el pulgar dentro del índice y el corazón, mire, así, y que la gente de allá se lo cuelga o lo tiene por ahí en la casa como buena suerte o para espantar la mala.

—¡No más, hermano! —le grité mientras el hombre revolcaba la hierba junto al río, mientras husmeaba la pista de tierra, mientras registraba una y otra vez la mercancía como un poseso hasta que me harté y le quité la linterna—. ¡Qué pasa!, con el género no se meta, hermano, eso sí que no —y lo amenacé con el puño.

Se aplacó y fue a la parte delantera a echar un último repaso y yo me puse a meter las cosas en su sitio y la hierba desmenuzada y unos plásticos y a Enriqueta; dónde putas estaba la oveja, ¡Olympio! ¡Enriqueta! Con la mano de aerosol que tenía el animal ya era casi negro y no lo veíamos, preste la linterna, que você me la quitó, y alumbré hacia la montaña y hacia la orilla hasta que el chorro de luz chocó con los ojos de la oveja; la subimos, nos subimos y arrancamos callados como novios recién cortados, como esposos aclimatados. Yo al volante, medio emputado, y el hombre pálido, a pesar de la oscuridad, sudoroso, mirando a ninguna parte por la ventanilla, mascullando quiensabequé.

—Tranquilo, hombre —le dije al ir llegando a Alins—, tomemos

algo y seguimos. Sacudió la cabeza con un no rotundo y pasamos de largo. Traté de calmarlo diciéndole que en la billetera yo llevaba relicarios de la Virgen del Carmen, del Niño Huerfanito, del Señor del Humilladero, que mi mamá me los había dado bendecidos por el arzobispo y tal, que esos sí eran infalibles y estando en ese blablablá al voltear una curva vimos a lo lejos los inconfundibles destellos azulados de una patrulla.

Un accidente. Era un accidente; ya habíamos pasado otro pueblito y sabía que si nos devolvíamos seguro que levantaríamos sospechas y que para dónde cogíamos, ¿para Andorra?, no. Un toque a la poli de allá o de Alins y fritos, no había escapatoria, además hasta más adelante no había más carretera que esta, lo tenía estudiado. Así que nos encomendamos a los dioses y orishás de Olympio y a todos los santos de Pamplona y a Santa Enriqueta, nuestra reina de tréboles.

—Buenas, ¿qué pasó? —dije al llegar al sitio y agregué sin dejar responder al poli—: ¿Se puede ayudar en algo?

El policía apenas saludó y nos alumbró uno por uno a los tres y quien le llamó más la atención fue la oveja, no sé si sonrió o se sonrojó pero el hombre se timbró y empezó a preguntar que de dónde veníamos, que por qué tan tarde.

—Es que la llevamos a una expo que hay en Sort —dije y miré a my partner para que asintiera pero vi que tenía una cara de culpable como Caín.

—Abra —dijo sin más el poli apuntando hacia atrás con la linterna y que apagara el coche.

Bajé y abrí mientras le explicaba que nos había cogido tarde porque nos invitaron a cenar y tal, y como se trataba de un favor y poco conocíamos la zona… Y el hombre alumbró la oveja y el piso lleno de cagarrutas y de heno y estuvo a punto de cerrar pero vio algo raro y alumbró de nuevo al fondo y el brillo del celofán de un cartón de cigarrillos nos oscureció más la noche.

—¿Qué es eso? —dijo seco.

—¡Ay, Nossa Senhora do Amparo! ¡Blanca Paloma! —chilló Olympio en su doble nacionalidad, petrificado en la silla.

El agente cerró de un golpe y dijo que esperara y dio voces al compañero que estaba atendiendo a un señor en el suelo que tal vez se

había quedado dormido o se había despistado a causa de tanto carajillo; el coche accidentado era otro campero, no tan viejo como el nuestro, y parecía que hubiera rebotado en la peña y volcado hacia el lado contrario de la vía. Los polis hablaron un poco y el nuestro se acercó a la patrulla, seguro que a llamar por radio o lo que fuera.

Recordé la antigua maniobra de Bocadillo y dije acá tocó tocata y fuga. Me subí, lo encendí, metí primera y apreté el acelerador, rrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr, pasamos rozando al poli, volanteé para esquivar el otro carro y entre el trozo de carretera y la cuneta pasamos raspando y, hágale chico, a toda mecha, a toda pastilla, adrenalina, bilirrubina, escarlatina; no había otra, el poli se había pillado el asunto y no iba a quedarme esperando. Me concentré en la línea blanca y en el retrovisor y apenas escuchaba los lamentos que invocaban la figa perdida y a todos los santos afroandaluces que se le ocurrían, además de los balidos de Enriqueta, que se había dado un golpazo contra los asientos.

Al momento escuchamos el canto de la sirena y el faro móvil de la patrulla pintando de cobalto la noche de pizarra. El Land Rover no era el Dodge reparado, lo sabía, pero sí una cabra por los caminos y mientras encontraba uno había que hacer algo y el cine siempre viene en tu ayuda.

—Tira la oveja —dije sin quitar la vista de la vía y Olympio se negó —. ¡Que tire la oveja! O freno y que nos cojan.

El sonido y el resplandor policiales se notaban más cercanos; no le llevaríamos ni medio kilómetro y al pasar por un viaducto frené en seco. Me bajé, bajé a Enriqueta y la até a los raíles de lado a lado y tiré la mitad del heno al pavimento. Un par de kilómetros adelante encontramos una rotonda y le dije a Olympio que tirara el resto de la hierba, dimos un par de giros y salimos por la ruta de siempre con la idea de despistar con el reguero circular. Roní, Rialp, Sort, Baro, todos pueblos siguiendo la ribera del Noguera, aguas limpias, aguas que sí has de beber y al fin, llegando a Tremp, además del miedo que me entró, algo sentí y me aparté por un camino hacia el campo, un campo de un verdenegro.

Tremp, ¿se acuerda?, municipio que vio nacer al Corregidor corregido y expulsado de mi Pamplona en 1810 por antipático,

antibaile, antipólvora y abstemio. Sin saber y sin quererlo prendió la llama de la independencia de mi ciudad y la del Virreinato de la Nueva Granada, que después explotó en tres pedazos tricolores. Es que eso es lo que falta acá, una llama más fuerte, una chispa que aliente a la pípol, que la encabrite de verdad. Que nos quiten las fiestas de la Lalia, las de la Mercè, que nos prohíban bailar sardanas, que nos talen los castellers, que nos envenenen la escudella, que nos apaguen los correfocs, que nos quemen la estelada, bandera legítima de Cataluña, ¿ah? Si uno se quiere emancipar se emancipa, sin odios tontos, sin resquemor, se dice de aquí en adelante vamos solos y punto.

¡Pero ya!, y a plomo si es preciso. Y después invadir las Baleares y el Rosellón y Valencia y Andorra y, si quedan alientos, pues hasta la isla de Cerdeña podemos regresar. Que por qué digo podemos; claro, así me vaya mañana yo soy de acá, esto es mío también. Acá comí y acá follé y pagué impuestos, bueno, a veces, sobre todo los que ya están impuestos. Eso sí, cuidé de mi ciudad: se le cayó el papelito, noi, recójale la mierdita al perro, señora. Y la caminé, de pe a pa. No es que me arrepienta, tomé esta profesión como puente y terminó por gustarme. Quise venir y vine. Vine pero me voy. Y como en la canción, pero distinto: soy de acá pero no, soy de allá pero tampoco.

En fin, cogimos camino arriba, entre campos de cultivo que no veíamos, hasta que llegamos a un punto ciego muy cerca; ni modo de echar atrás. Era una casa rodeada de lo que me parecieron almendros y vi asomarse a un pagès, un señor del campo, mayor y con un perro al lado.

—Bona nit —dije bajando del carro—, nos perdimos, mi don. ¿Muerde?

—No, pero yo sí —dijo bromeando—. Buenas noches, Salvador, servidor.

Me acerqué y le di la mano; una luminaria nos alumbraba desde un poste de madera; el señor tenía una paja en la boca y un bordón para abrirle la cabeza a cualquiera. Su cordialidad tenía una veladura de desconfianza en los ojos y yo no podía esperar otra cosa dada la hora y mi acento ultramarino. Como le dije que íbamos para Tremp pero me enredé al decirle de dónde veníamos, el viejo se olió algo turbio y nos dijo sin más que ahí acababa el camino y que diéramos media vuelta.

Mi helmano, tocó coger por la orilla temeraria. Don Salvador, ¿vive solo, tiene teléfono?, le pregunté y ante su silencio hostil le solté en lo que estábamos y que tenía que ayudarnos, que necesitábamos guardar el campero allí unos días, sí o sí, que le regalábamos la oveja, ¡ah, no!, ya no teníamos la oveja, que le dábamos una caja de coñac, que le dábamos plata por el parking.

—¡No quiero nada! —refunfuñó y el perro lo acompañó con un gruñido persistente.

Olympio seguía adentro, tullido por la adversidad, y aproveché para meterle un gol al viejo.

—Mire, señor, ese africano que ve ahí es un loco asesino que me pusieron de copiloto, está armado y si no le hago la seña de okey rápido es capaz de descuartizarnos a los dos y al animal sin pestañear.

El viejo se desencajó y aproveché para seguir:

—Déjenos dormir en el coche y le juro que mañana nos vamos temprano —dije. El viejo indicó que lo guardara en un cobertizo al lado de su camioneta—. Por las buenas es mejor, lo siento, pero así está la cosa. Y si le da por avisar lo meto en el rollo y digo que ya lo hemos guardado acá varias veces, que usted nos cuidaba la oveja y que nos cobraba a tanto la noche y todo lo que se me ocurra, mi don, perdone, pero no tenemos otra salida. Y usted tampoco.

No dormimos un carajo. A ratos y mal. Y cuando logré hacerlo fue para sufrir. Soñé que el viejo aparecía blandiendo su bordón y detrás llegaban los policías y el señor accidentado con una bolsita de suero en la mano, y detrás venía Taraball y los skins con sonrisas pérfidas y al final Neus, con el cuchillo más grande del Bogavant, y hasta Enriqueta, que nos delataba alevosa. Se acercaban todos rodeando el campero y encendían antorchas y empezaban a reírse y yo me daba cuenta de que todos estaban de acuerdo desde el principio y arengaban: ¡qué!, memos, cretinos, papamoscas, forasteros, invasores, plaga, que creyeron que esto era para ustedes, a la selva, que acá no se les ha perdido nada, ¡fuera!

Qué enredo, ¿no? No menos que la realidad al despertar y ver a Salvador mirando por la ventanilla con el ceño serio, después de haber dado un golpe con su palo contra el capó. ¿Café?, preguntó y bajamos

estirando el garrote de nuestros huesos. Buena gente esta gente del campo, hasta que sacan el cobre. Nos invitó a seguir a su casa y tomamos unas rebanadas tiesas de pan que él mismo horneaba con algo de tomate y aceite, los tres en silencio, sobre todo Olympio, que estaba advertido de su origen violento somalí, hasta que Salvador soltó la lengua.

—¿Cuánto paga? —dijo con la mirada baja, rascando un ajo sobre el pan.

El sorbo de café que tomaba el africano mudo en ese momento se le fue por el camino viejo y desembocó en una tos que yo no sabía si ayudarle con unos golpecitos en la espalda o echarme a reír o decirle al viejo lo que dicen en mi tierra: por la plata baila el perro, ¿no? Después de unos segundos de azore reaccioné con naturalidad y le dije: tanto, a lo que el viejo asintió fingiendo conformidad aunque se le notó una chispita en los ojos viendo que la cantidad era superior a la que esperaba. Le pedí su número de teléfono, terminamos de desayunar, le pagué una parte adelantada, metimos el Land Rover en un pajar contiguo, le pusimos hierba encima y por los lados para taparlo o al menos para hacerlo parecer abandonado hacía años. Le quité las matrículas, el alternador, escondí el bulto y cerré con llave; gracias, maestro Topo, cuánto me enseñaste, rata matrera.

Lo que planeamos fue separarnos y contactar más adelante. Tomamos el tren hasta Lleida y de allí, él hacia Tarragona a esconderse donde un amigo y yo a Barcelona a ponerle el pecho a Neus.

—La batería, sacó la mano la batería, o sea, se averió y nos dejó tirados —dije, y antes de que siguiera me regañó.

—¿Y a qué esperas?, ve a por una, casi me matas y yo llamándote como si fuera tu mujer —dijo con una mueca rara, un gesto que no le conocía.

—¿Y es que acaso no lo eres? —dije azucarado, pero endurecí el discurso para equilibrar—. O es que pensaste más en el coche y en la mercancía que en mí, ¿ah?

Le expliqué que lo habíamos empujado hasta la casa de un pagès, que no había cobertura, que nos había dado posada el señor, todo muy convincente menos la manera y los tiempos de ir al rescate que me

daban vueltas en la cabeza sin saber cómo hacer. Me dio dinero para el recambio y regresé al piso a dormir la desvelada, que no duró mucho porque sonó el móvil y el sonsonete, que si ya había comprado el repuesto, que cuándo; tuve que improvisar con el cuento de que esas baterías para coches tan viejos eran difíciles de conseguir, que ya la había encargado, que en un par de días llegaba y tal. Logré tenerla calmada mientras tramaba el plan, mirando rutas, horarios, trenes, buses, taxis o alquileres. Al final, logré tomarle el pelo casi una semana hasta que una mañana llamé al viejo y le dije que iba; cogí el tren sólo con mi mochilita, ante la negativa rotunda del brasileño, de quien no supe más. Era el mediodía en Tremp, cuando después de un bocadillo con jamón de jabalí y una cañita me encaminé hacia el camino, saliendo del pueblo pueblerino. El sol picaba y el campo presumía con su oleaje de cebada esperando la siega. Me acerqué a la casa de Salvador como si fuera la primera vez, mirando un mapa, haciéndome el toche, o sea el pingo, o sea el gringo, el sueco, por si acaso.

El señor salió muy saludador, me ayudó a despejar el Land Rover y dijo que él también tenía que bajar al pueblo por unas cosas; le fui a pagar el resto y amagó con cogerlo. Fue cuando vi movimiento de gorras tras las ventanas. ¡Polis! ¡Tombos! El viejo me había delatado y me estaban esperando, ¡chivato, soplón, acusapaletas! No lo pensé ni un segundo más y arranqué a correr camino abajo y empecé a oír los gritos de la ley que empezaba a correr tras de mí. Salté una acequia y corrí por el cultivo abriendo paso entre la cerveza en rama, miraba hacia atrás y sólo veía a uno de ellos; pensé que la ventaja que llevaba alcanzaría hasta llegar a la carretera principal, pero me encontré con la vía del tren.

Virgen del Agarradero, agárrame a mí primero, bordeé la malla y al fin encontré un tramo más bajo, ¡deténgase!, escuchaba la voz agitada del policía más cerca. Salté la malla y me rasgué el pantalón y corra, hermano; el man, o no pudo saltar o se demoró más, no supe; ya se oían los coches de la C-13 y una sirena se despertó. Tomé ventaja, atravesé otro camino, pasé otro campo más pequeño y llegué a la parte trasera de un edificio de vivienda que tenía en los bajos una venta de coches o un taller y lo primero que pensé fue robar uno, pero no,

preferí seguir el protocolo de fuga número 1 en Mi mejor: cambiar de piel. Me puse otra camiseta, una gorra y gafas oscuras, dejé la mochila tirada y atravesé la carretera exagerando una cojera y con una bolsita de supermercado rumbo a una gasolinera que estaba en diagonal. Pasó la patrulla con su cantar.

—Bon dia —dije al entrar y fingí buscar algo cerca de la ventana. Una señora muy adornada echaba gasolina en un deportivo. Ese es el mío, pensé. Cuando la rubia entró a pagar, salí sin despedirme y sin cojear, fui hacia el coche y nada, las llaves no estaban como en Hollywood; me acerqué hacia otro coche que entraba a repostar y mostré la billetera abierta al señor que lo conducía.

—Policía secreta de Cataluña, he de tomar su coche, es una emergencia —dije en un catalán pamplonés, pero abrí la puerta con decisión. El señor bajó mudo, alelado por la aparición y no pudo armar una frase cuando yo ya estaba dentro—. Lo puede ir a buscar a la comisaría de Solsona —improvisé.

Llegué a Lleida y tomé el primer tren que había, vía Sitges, y llamé a Jan, el diseñador holandés, ¿se acuerda? Él tenía el piso allá. ¡Ah!, Sitges, Sitges, le cuento una cosa: allá en ese pueblo lindo, por ahí en el 57 un par de jefazos de la política colombiana pactaron repartirse el pastel entre los dos partidos de siempre, todo muy democrático, y así tumbar a un dictador en pasantía sin saber —o sabiendo— que abrían la puerta a muchos años de guerra que aún no termina. Bueno, en fin, llamé y llegué donde Jan pero no llamé a Neus. Ya estarían buscando al dueño del Land Rover, pero los papeles falsos que tenía preparados, más la ausencia de las matrículas, los ocuparían algo pero no tanto; en todo caso estaba jodido, tendría que largarme un tiempo o para siempre; iría al piso de don Pere y sacaría los ahorros y saldría hacia Francia, adiós Barcelona, adiós Neus, adiós sueño americano en Europa. La cagué.

37

Como en Bogotá estuve tan desocupado y gastando plata, estudié cocina en la plaza que le conté. Dos semanas y una buena pasta me costó sacarme el cartón, con todas las firmas y todos los sellos. Si pensaba hacer la jugada bien, había que acreditar, ¿no? Una maravilla; me dieron ganas de ser cirujano plástico con especialidad en tetas pero ese costaba mucho, además uno sirve para lo que sirve y punto. Con eso sólo faltaba esperar el sobre con la estampilla postal de Juanqui I y pedir la cita en el Consulado del Reino de España, el resto ya lo tenía listo.

No habían pasado dos meses y, aunque a veces soñaba vainas raras, el tema del tumbe (el rooobo) al Topo había caído en un letargo a veces temible, a veces mohoso, pero una llamada rompió ese estado. Fue una noche en que estaba en un prostíbulo vecino, donde una chica me tenía prendado; se llamaba Clara pero le decían la Hipotenusa, por la capacidad angulatoria de sus zancas o algo así, es que yo de geometría pocón pocón. Estábamos ya en el post fumándonos un cigarrillito y sonó my ringtone.

—Nene —se oyó la voz de Miladys llorando—, estuvo aquíiii y me pegóooo, y…

—¿Quién, el Topo? —interrumpí—. ¿Y usted cómo me encontró?

—Como no me llamas, llamé a Maggi y ella me dio tu número —dijo sin parar de llorar y luego me recriminó—: Y eso qué importa, ¡no ves que me hizo daño! No, y no fue el Topo, un tipo dizque de parte de él.

La tranquilicé con amenazas para el desgraciado y con embelecos para ella y al fin me contó; era un tipo que había ido un par de veces a El Camellón y había estado con un par de las chicas y tal. Esa noche, llegó y preguntó por ella, ya sabes, Nene, para un servicio, y al entrar a la pieza sacó una pistola y me apuntó.

—¿Qué prefiere, mija, una mamadita primero o me cuenta dónde

está el tal Abilio? —dijo el cabrón.

—Que no me cuente detalles de esos le he dicho mil veces —grité y tuve que salirme de la pieza.

Por las señas que dio, el tipo resultó ser el Seboso, ¿se acuerda?, uno de los guardaespaldas del Topo. Gordo, rapado, con chivera pero sin bigote y el inconfundible acento cucuteño. No podía ser otro. Amenazó a mi mulata y le dio con la culata en la frente, no pudo hacer nada la pobre, cayó aturdida y el man la redujo en un instante tapándole la boca con una cinta de embalar para que no gritara: Que usted es la noviecita del sardino, cuentan, iba diciendo el tipo mientras le cogía el dedo corazón y se lo doblaba hacia atrás. Suelte la lengua, mija, o no vuelve a tocar el acordeón.

—Y yo diciéndole con la cabeza que no sabía nada y con la boca, pues ni modo, ¡mmmmmmmm! Y me lo partió, Nene, me lo partióoooo —empezó a llorar.

Qué dolor tan arrecho debe ser eso, ¿no? Me partió el corazón, la pobre… No, hombre, sí, no, el tipo le partió el dedo corazón y a mí el mío de oírla llorar así. ¿Y arrecho? Arrecho, Wong, del latín arrectus, derecho, tieso, erguido. Cuando a uno se le para el pipí o sea la polla, está arrecho. Pero cuando uno es un valiente, también es un arrecho. Y cuando uno es un arrecho para las matemáticas, pues también. Y cuando a uno le da dolor de barriga, puede ser un dolor arrecho, o no. Eso. Le partió el dedito y cuando vio que le cogía el meñique, mi cómoda de caoba pulida que ya no aguantaba más el dolor y no estaba dispuesta a soportar otro peor, cantó. Asintió con la cabeza y le contó.

—Calladita, mamita, o la quiebro; mire que en el cementerio de acá debe hacer un frío que ni se imagina… —dijo el Seboso con una risita de orate y quitándole la cinta de un tirón siguió—: Cuente a ver…

Ella le dijo que lo único que sabía era que me había ido para Bogotá, pero hacía mucho, que ya debería estar en España, porque él se iba a estudiar a España, y debió repetir tanto que el hombre no se comió el cuento y amenazó con acariciarle la mano otra vez. Le revisó el celular y apuntó mi número, que ya se habría tragado algún pez, tan amantes de lo que brilla. No crea, Miladys resistió pero al final, hermano, el suplicio o el tiempo sacan a la luz lo más oculto. Aunque alguna mentira siempre se cuela, con su disfraz prestado.

—El malnacido ese, porque sepa que el granhijueputa me dejó acá tirada, se iba a quedar donde una amiga mía, creo —dijo fingiendo.

—Nombre. Dirección —decía el tipo, con voz de ser ex milico—. Papel y lápiz —pidió y vio el cuaderno de alfabetización sobre la mesita de noche—. Apunte aquí.

—Apunte usted —dijo mi negra—. ¿No ve cómo me dejó la mano?

El tipo cogió el cuaderno sin soltar el arma y se puso a hojear. Estaban escritos los poemas que yo le había dictado. Silva, Benedetti, T. S. Eliot, Alberti, la Pizarnik y hasta la Safo y Píndaro, el variopinto legado del poeta apresurado. Estaban los dibujitos de palmeras y canoas sobre ríos planos que hacía añorando su San José del Purgatorio. Y en la última página había un listín con unos pocos teléfonos y direcciones. El único dato que había de Bogotá era el de Magda, pero decía Maggi, así como el caldo.

—¡Ja! —exclamó el Seboso—. ¿No será acá, no, mija? —dijo mostrándole el cuaderno y poniéndole la pistola en el chichón.

—Siiií —chirrió Miladys encogiéndose ante el contacto del cañón.

El tipo arrancó la hoja y se la metió al bolsillo y fue saliendo de espaldas apuntando y diciéndole con el dedo en la boca que chito y al llegar a la puerta le soltó: Tan buena que está, mamacita, hemos debido tirar al principio, pero el deber es el deber.

La llamada de Miladys me cayó como un plomo y lo primero que hice al colgar fue llamar a Maggi pero la vieja no aparecía. En buzón. Me lo había dicho, siempre que estaba con un cliente apagaba el celular y, como su jornada laboral era de antiguo yuppie, pues ni modo. Fui a buscarla a su apartamento y nada, timbré hasta que me dolió el dedo y la llamé y le dejé razones, que era urgentísimo y nanay, pregunté a todas las colegas posibles hasta que al fin una dijo que le había oído decir que se iba de puente a Melgar con un doctorcito, pero como era tan mentirosa no le había creído. En fin, desaparecida en combate y yo sin saber qué hacer. O sí. Regresé al hotel a dormir con la idea de buscar otro refugio al día siguiente y desaparecer. Y desaparecí. Temprano hice maleta, saqué la plata y salí no sin pelear con el gerente que se negó a devolverme lo del medio mes que faltaba, pero al fin, qué carajo, tocaba salir pitando y punto.

Me trasladé no muy lejos, hacia los cerros, al barrio de La Candelaria, a la antigua Bogotá, la colonial y la revisada, la hedionda y la perfumada; llegué a un hostal de los de toda la vida, con pensionados y agentes viajeros y profesores y gente que llega para hacer diligencias al poder central que todo lo centraliza y que poco lo centrifuga. Y allí me encerré.

—Malparido culicagado —me despertó Maggi el lunes siguiente—. Casi me matan por su culpa, ojalá lo encuentre yo primero que el otro cabrón —bajé el teléfono y pensé ¡mierda!, el Seboso, mientras la boquisucia seguía con su sermón ponzoñoso. Colgué.

Qué cagada, ahora que ya habían llegado los papeles y al cabo de mes, mes y pico de estar deambulando por la capital y visitando pueblos, los había llevado al Consulado y estaba a la espera de la noticia. Yo no le había contado a Mariño todo lo que había pasado, lo llamé para agradecerle y le dije que estaba haciendo un cursillo de mesero y etiqueta gastronómica y tal. Y se lo oculté, primero porque el man también conocía al Topo y uno nunca sabe, y segundo, porque para qué.

Llamé a Miladys para confirmar mis sospechas y me insultó peor, que sí, que había sido él, que le había roto un dedo a Maggi igual que a ella, que dónde estaba. Pero si yo la llamé para avisarle y no la encontré, me defendí. Que me cuidara, que qué iba a hacer, siguió angustiada. ¿Que qué iba a hacer? Pues seguir escondido. Apenas salía, pues, así la putita del dedo partido no tuviera ni idea dónde estaba yo, le habría dado la seña del hotel y el encargado —quien me había sugerido algunos hostales de la zona— seguro que ya tendría vendado su dedo corazón.

Había estado como una monja de clausura y sólo salía algunas noches a visitar a mi potranquita contorsionista; pasaron un par de semanas sin novedad hasta que llegó el día. Recibí el mensaje. Me dieron la visa, ahora tendría el pasaporte bendecido por los chapetones. ¡Por fin, por fin! Le pedí a Clara el favor de acompañarme a recogerlo con la promesa de invitarla a comer una bandeja paisa atómica en un roto de la calle 24, arriba de la séptima, para festejar.

—Me largo, me largo —salí gritando del Consulado, liberado por

tanta tensión, como si hubiera ganado la lotería, como si hubiera metido el gol de mi vida, como si hubiera aprobado el examen final de física nuclear.

Ahí estaban todos y todas, los aspirantes a visado, los candidatos a inmigrantes, con sus carpetas y sus fotocopias; estaban los que preguntan despistados, estaban los que se las saben todas, las que se van de paseo, los que se van a estudiar, las que se van con trabajo, los que se van de mulas, los que se van amenazados, las que se van para un casting, todos y todas, ellos y ellas, ellas y ellos, en vilo revisando una y otra vez los papeles, con las manos sudorosas, esperando entrar y enfrentarse al poder que da estar detrás de un escritorio, el dominio que otorga resguardarse tras una ventanilla en nombre del Reino y jugar con la ilusión de la gente que sólo quiere ganarse la vida sin hacerle mal a nadie, bueno, casi, dejando el terruño y viajando como hijos insurrectos a la Madre Patria, más puta que madre pero madre es madre aunque sea puta, ¿o no? Y allí los dejé, anhelando ese sello que les abriría las ventanas, que despejaría los puentes, que liberaría las puertas de la vetusta y promisoria European Union, haciendo caso al Libertador que en una de sus incontables cartas dijo que “la única cosa que se puede hacer en América es emigrar”.

¿Ya se fueron todos, Wong? ¿Se van a perder el desenlace? O es que ya lo dije. Se me subió el etílico, póngame un tinto, mejor, dicho un café americano de América, chino de la China.

Lo primero que pensé fue regresar de inmediato al centro y, antes de ir a almorzar con mi capricho obtusángulo, concretar la reserva del tiquete y salir en el primer pájaro que cruzara el Caribe, la Atlántida y el mar de los Sargazos y aterrizara en cualquier parte, en cualquier terraza. Esperamos buseta en la carrera 11 y buscamos puesto atrás, el de los músicos; al ir superando el pasillo, ese embudo humano con sus efluvios y sus rabias, vi que la gente me miraba raro, como si tuviera cara de recién cogido gracias a la compañía tan vistosa. Logramos sentarnos al cabo de un rato al ir por El Lago y yo no hacía más que abrir el pasaporte confirmando que sí, que mi foto tornasolada decía que me iba por fin, y ella, con una especie de envidia feliz, miraba su reloj a cada momento.

Iba embelesado licuando jugos gástricos, imaginaba la bandeja

paisa, su carne molida, el chicharrón crujiente, el arroz vaporoso, la tajada de plátano maduro, el chorizo tostadito, el aguacate en su punto, el huevo frito blandito por favor y los fríjoles, my Wong, eje y razón de ser de dicho plato. Pero las ganas de tiquete pudieron más y seguimos hasta la 19, a la agencia de viajes.

Esperamos sentados, yo mirando revistas de viajes imposibles mientras Clara se quedaba afuera un momento dándole al celular. Hicimos la vuelta y después de algunas piruetas informaticotelefónicas, me dieron vuelo para el día siguiente, carísimo y con unas escalas deliciosas: Bogotá-Frankfurt-Madrid-Barcelona. El hambre por Clara ocultó las ganas del almuerzo, sobre todo porque la chica, cuando entró, no hizo más que manosearme mientras la encargada hacía la gestión; era una señora apetecible de mediana edad, que se fue ruborizando hasta el punto de que no supe si me sacó el pasaje más rápido por indignación o porque también le estaban dando ganas y quería reprimirlas, y si a Clara no le hubiera entrado una llamada la habría invitado a un trío.

—Hola, corazón… sí… sí —dijo Clara mirándome de soslayo—. Todo bien, sí, no, sí, me demoro cinco minuticos en salir… claro, siiiiií, bueno, chao, chao, yo le hago una perdida… Una llamada sin que conteste, corazón, eso, chao, chao.

—¿Y eso? —le pregunté, como si estuviera celoso. Dijo que nada, que bueno, que sí, que me tenía una sorpresita, que me quería llevar a un sitio especial que conocía para celebrar, pero que almorzáramos después, que había reservado hora y ya se estaba haciendo tarde.

—¡Uy, Clarita!, si me hace una apertura en spagat aéreo como la del otro día —le dije enhiesto, poético— la sigo hasta los confines del averno, donde no hay rotonda ni regreso posible.

Salí excitadísimo ante la insistencia de la sorpresa y, de tacaño, cogimos buseta de nuevo, busqué en el último puesto mientras ella pagaba. Llegó y puso su chaqueta de bluyín desteñido sobre mi regazo y me sacó el miembro de la Academia y empezó a darme unos masajes competentes, y el chofer frenaba y volvía a arrancar y yo le decía pare, mija, pare, ¿falta mucho para llegar? La buseta iba desgranando pasajeros en cada esquina de La Candelaria y salimos hacia territorio cherokee, hacia los barrios del suroriente, hasta que quedamos los dos,

un par de colegiales escapados y un gordo con gorra de lana que iba un par de puestos adelante. De pronto, llegando a un semáforo el tipo gritó parada y se levantó: era el Seboso. Nunca, nunca hasta ese día se me había arrugado así el pipí, repentino, ipso facto, ¡fuuuip!

38

Y no fue la última vez que me sucedió lo mismo, mi querido Wong; el día que regresé a Barcelona de mi fuga fugaz, por razones similares y que paso a contarle como colofón, mi amigo el de abajo pasó una vez más de la turgencia exultante a la más completa mansedumbre. Para terminar, pues, todo empezó con la infaltable llamada de Neus.

—¿Dónde te has metido? —dijo enfurecida—. Me tienes de los pelos, ¿dónde está mi coche? ¿Por qué no me coges el teléfono?

—Es que tuve que dormir en Tremp, que casi no podemos poner la batería —dije y con mirada cómplice a Jan me fui al baño para seguir —: Y ahora tengo que ir a recoger a Olympio a Tarragona. Llego tarde para… ya sabes, mamita… tranquila, todo está bien, fresca, yo lo llevo al parqueadero y salgo para allá, espérame en el piso.

—Vale, vale, y déjalo así sin sacar la mercancía que yo tomo un taxi hacia casa —dijo seria y después cambiando el tono—: Y te espero para comer la mejor pizza del mundo…

Colgué y salí. Jan me esperaba con cara de enfado, de frustración; se habría olido algo raro. El mancito no había hecho otra cosa que disparar todo el rato desde que llegué. Me recogió en la estación como si fuera su exnovio que regresaba para la reconciliación definitiva. Yo había pasado algunas veces por su tienda, fugaz, y le seguía su juego, hasta me había regalado unas camisas que nunca usé, pero esa noche —después de un baño perfumado que preparó con mimo— no pude huir de estrenar uno de sus modelitos, ya no de camisa sino de piyama.

—Pareces un oliebollen recién salido del aceite, calentito —dijo al verme salir del baño.

Ya olvidé la receta, pero me contó que es una especie de buñuelo que comen en Navidad y, con ese tono de tierra tostada de la seda más los puntitos blancos como de azúcar glacé, la comparación era la

mejor posible. Destapó cava y unas latas finísimas con frutos marineros y un arenque dizque finísimo pero que olía a diablo putrefacto. Si no es por las náuseas y por el arsenal de cuentos cruentos sobre mi relación con las putas de El Raval y los procedimientos médicos que habían hecho los médicos para que no se me cayera el nabo, no sé en qué habría parado la noche. Después de la llamada de Neus, ni desayuné y me despedí aduciendo el llamado urgente de la jefa, y de beso cachetero y promesa de volver con más calma desagravié la sed trunca del naranjo mecánico y salí pitando.

Esta es mi última noche con ella pensé, no tardarían en descubrir lo del Land Rover y le llegarían a ella y se le vendría el mundo encima a la pobre. ¿Qué hacer, decirle la verdad y huir juntos? ¿Ocultarle todo y perderme como todo un canalla? Lo primero me gustaba más, pero escapar con ella sería más difícil, más engorroso. Mejor —después de hacer el amor— le diría toda la verdad y que ella escogiera y, si escogía escapar, que lo hiciéramos cada uno por su cuenta y tal vez nos encontraríamos en París, en alguna placita romántica, nos pintaríamos el pelo de rosa, de verde y posaríamos de pareja underground o lo que fuera la moda, o pondríamos un barcito de tapas a nombre de algún testaferro, de algún estudiante varado que estaría encantado con la coima y comiendo gratis en La Montera, hasta el nombre me lo curré mientras veía pasar los postes desde la ventana del tren.

—Soy yo, don Pere —repetí por el interfono—. ¿Puedo pasar?, es urgente.

Subí de tres en tres las escaleras y llegué resollando al piso, que ya estaba abierto; pasé diciendo buenas y seguí hasta el salón. Don Pere esperaba en su sillón, mirando por la ventana la poca luz que entraba del callejón.

—Tienes voz de fugitivo, noi —dijo sin mirarme—. La reconozco, como si fuera la mía hace años.

Aunque pensaba contarle y pedirle consejo, su introducción me alivió y despejó el camino pues no sabía cómo empezar. Le referí lo acontecido y justificó al campesino, paisano de generación y su soplo: es que, cuando uno llega a estas alturas y recuerda por lo que ha

pasado, los viejos no tenemos pelos en la lengua. Le confesé con vergüenza que tenía un guardado detrás de la lavadora y que lo necesitaba para escapar. Fue cuando me miró y fue como la primera vez, con un interrogante, como diciendo ¿y este? con una especie de desconfianza benévola.

—Ve y sácalo —dijo recio—. Y si te he visto no me acuerdo.

Me dolió muchísimo haber terminado esa amistad que, si bien era rara, fue real, porque nos hicimos compañía y compartimos las peripecias de la profesión, hasta que pasó lo que nos pasa a los colombianos, que cuando no la cagamos a la entrada la cagamos a la salida. No sé qué le molestaría más, si el abuso de esconder la plata a hurtadillas o que no se la hubiera confiado a él. Saqué la plata y salí sin despedirme, no porque no quisiera sino porque cuando regresé al salón y quise decir algo, de espaldas alzó enérgico la mano como diciendo: ¡calla y adéu!

Llamé al pizzero, que ya estaba libre, y tuve que triplicar la tarifa para convencerlo. Que ya se iba a la cama, pero al fin convino aunque tuve que ir hasta su piso: hermano, la entrega de hoy es la última, no lo jodo más, coja la pasta, cómprele algo a la novia. Me dio el uniforme veraniego y el casco, fundamental en la maniobra. Compré una pizza de camino y por fin legué adonde Neus. Me dispuse a timbrar, a enfrentarla a ella con todo el peso de la verdad y lo que ese lastre desatara al soltárselo, pero después de la revolcada de rigor.

—Pizza de pepperoni entero porque en rodajas duele mucho —dije burlón, tratando de abstraerme del problema y ponerle picante al último capítulo.

—Sube —dijo, así, seca, sin más.

En el corto viaje de ascensor la imaginé como la primera vez allá sobre su escritorio, con esa camiseta tensa y empapada, con esas goticas de sudor en el bozo bufando de gozo y yo con el zucchini de Arcimboldo en su máximo semblante, así como se me puso, rígido, adolorido al llegar a su piso y encontrar la puerta abierta. Canté bueeeenas y entré directo a la cocina a dejar la caja y sacar una cerveza de la nevera. Cuando cerré la puerta y me disponía a abrir la birra, ¡pin!

—Brindemos —dijo Taraball, apuntando con su pistolón.

¡Fuuuip! Mínimo común múltiplo. Enseguida aparecieron un par de policías y me esposaron sin decir ni pío. Me llevaron al salón donde esperaba Neus con una cara que parecía un rompecabezas sin armar. Una parte decía perdona, pero… otra, colombiano de mierda, la cagaste… otra estaba a punto de llorar y el último pedazo de rostro no decía nada, inexpresivo. En cambio yo había quedado frito al ver al Ex en la cocina y solté la cerveza al suelo; en el salón tampoco pude modular ni me dejaron.

Taraball tomó la palabra y dijo con regocijo: Qué creías, sudaca, estás en mi casa y mi casa se respeta; no sé si se refería al piso o a España, pero qué importaba. Explicó que la cosa estaba así: yo quedaba detenido por los aquí presentes representantes de la ley, quienes me habían capturado en las inmediaciones de Tremp, en la casa del señor tal, quien testificaría que bajo coerción había escondido el coche tal, cargado de bienes de origen ilegal, bla, bla, bla… Que a la señora aquí presente y bajo amenazas se le había sustraído el mismo vehículo para la comisión de los delitos citados y que quedaría exculpada de cualquier nexo con el acusado, que firmaría una confesión con los términos que acababa de referir. No había que devanarse el seso para concluir que le habían propuesto entregarme en bandeja a cambio de olvidar sus debilidades, aunque de la incautación del coche y de una multa ejemplar no se iba a salvar.

—Y si no firmas aquí y ahora —dijo Taraball— tengo un kilo de coca para poner en tu piso y ahí sí te pudres en Cuatre Camins, lejos de tu puto país, de tu puta madre.

Firmé.

Así fue y aquella tarde en Bogotá la cosa se torció pero se enderezó. El Seboso me enseñó la cacha del arma que salía del arnés de guardaespaldas bajo su chaqueta de cuero barato. Bajamos los tres de la buseta y caminamos no más de cien metros para entrar en un parque inmenso. La chica, sin saber qué hacer, iba detrás a cierta distancia. Volteé y la miré que me la comía, desgraciada, barragana, sapa, y ella bajó la cabeza avergonzada. El man, que me iba empujando con disimulo, se dio cuenta y le gritó:

—¡Piérdase, puta! Ya entregó la encomienda —y volteándose hacia

mí—: Y usted camine, que vamos a hacer bísnes como decía su querido jefe.

—¿Cómo así? —le pregunté que qué le había pasado.

—Deje así —dijo—. Espere, vamos allí y nos contamos cositas.

No había casi nadie en el parque a esa hora. Salvo algún vagabundo y tres muchachos que peloteaban; el resto de la humanidad debía estar almorzando. Por supuesto el hambre se me fue y no sabía con qué iba a salir el Seboso. Me llevó hacia unos arbustos que bordeaban la reja. Un riachuelo paupérrimo bajaba arrastrando aguas inseguras y un trío de gallinazos indagaba unos despojos con su cota de malla sombría. Se notaba que había estado allí por la presteza con que sacó un cartón escondido y lo puso a manera de cojín sobre una piedra y se sentó.

—Siéntese —dijo señalando con el dedo otra piedra más baja. Lo hice, y cuando alcé la cabeza tenía la pistola sobre el muslo en señal de advertencia, la misma que casi le abre la cabeza a Miladys. Pensé en ella y en el turupe que tendría: cobarde.

—Mire, a mí me gustan las cosas claritas —dijo borrando su semblante burlón—. Yo sé que usted tiene una plata que no es suya y me va a decir dónde la tiene y cómo me la va a dar. Mire, hermano, le cuento esto para que sepa de qué color están las cosas: del Topo no sé nada —dijo cogiendo el arma sopesándola—. Ni rastro. Él me mandó a traer unas cervezas al Zulia y se quedó con mi socio y Bocadillo esperando una llamada. La vaina fue que nos tumbaron un cargamento y el Topo quedó en calzoncillos; yo no sé si eran otros narcos, o la guerrilla o qué, pero le pusieron hora para reponer el polvo o la plata. Hasta ahí supe.

Aunque yo intuía algo así, la confirmación me estremeció y pensé que todo estaba en cero, que estaba en manos del matón, que la cosa no tenía pinta de acabar.

—Yo demoré más de la cuenta tomándome dos cervecitas que salvaron este pellejo —dijo con un suspiro corto—. Al volver me crucé con una Chevy Van más negra que ese chulo, y pasó a toda velocidad levantando un polvero el macho y me olió a picho. Llegué y preciso, ahí estaban mi colega y Bocadillo, tirados en el galpón como un colador. Vi que Bocadillo estaba en las últimas, hermano, tenía los ojos muertos y no paraba de decir: la plata, Abilio, la plata,

AbiliolaplataAbiliolaplata como un disco rayado y se fue para el otro barrio diciendo lo mismo hasta que se apagó despacito, el desgraciado.

Yo me tomé la cabeza y lo imaginé con su barbita rala ensangrentada, diciendo mi nombre, implicándome mientras moría, ahí, al borde, con su cantinela menguando su voz, como cuando yo le bajo el volumen a la radio para escuchar si está lloviendo.

—Y usted era el que iba a llevar la plata —dijo—. Pero se le abrió la agalla y se la tumbó, o no.

—¿Y usted qué quiere, hermano? —empecé a tantear, cagado del susto, pero sabiendo que no me iba a quebrar allí y quedarse sin un centavo.

—¿Cuánto era? —dijo clavándome los ojos—. Quiero la mitad y otro poquito, para que vea que no soy tan codicioso. Usted se va para las Españas y yo me pierdo por ahí. ¿Dón-de tie-ne la pla-ta, mijo?

—Mire, mano, en dos días llega en un camión con yuca que viene por Duitama, pero no sé ni cuánto hay —improvisé convincente.

Alzó la pistola y amenazó: Y qué más. Tuve que soltarle que en el hostal tenía la plata de irme, que yo viajaba en ocho días y que si quería le daba eso en garantía.

Durante el viaje de regreso —pagué taxi— le conté la historia de mi hermano y el Topo, que el tipo lo había mandado matar y tal, que se merecía algo peor, por eso me llevé esa plata, que no es mucha, no crea, rematé. El hombre confesó que lo único que le dolía era la muerte de su colega, que al Topo no le tenía ni esto de aprecio ni de respeto; qué tal, dando órdenes como todo un capo el enano cabrón, y lo jodieron por novato. No sé si se escapó o si le estarán arrancando las uñas en este instante, ni me importa; ese debe estar muerto o más lejos que nosotros. Yo estoy mamado con todo esto, y si nos portamos bien los dos salimos ganando, chino.

Al llegar, entré al baño fingiendo meada apremiante y me encerré oyendo sus amenazas. Saqué el dinero de la cisterna, siempre la cisterna, me metí la mitad en los calzoncillos y la otra parte del dinero se la di. Esto es una mierda —dijo—. No crea que me la juego por esta chichigua. El caso es que el Seboso se instaló en mi habitación, que allí íbamos a esperar al del camión. Pedimos bandeja paisa de común acuerdo y porque las ganas regresaron; nos pusimos a ver televisión,

callados la boca. En la noche, la misma dosis porque a él le encantaba y a mí porque me tocó. Puso una poltrona en la puerta y se sentó ahí, a celar. Yo me acosté vestido y di vueltas en la cama toda la noche y el hombre gruñía al oír mis movimientos. Al amanecer lo escuché roncar y aproveché para sacar la plata de la colcha y cerrar maleta. Cuando despertó nos saludamos con desdén y como todo ser humano tiene que ir al baño, más después de lo que nos comimos, pues al entrar a descargar me advirtió pistola en mano, cogió mis zapatos y yo le dije con las manos que fresco, que yo quieto.

¿Quieto? ¡Las pelotas! Me dio el arrebato, saqué mis botas nuevas de la maleta y le enganché una silla al pomo de la puerta del baño con cuidadito mientras le gritaba si se me había quedado adentro el reloj y el hombre dijo que no, pujando. Agarré el equipaje y salí a toda mecha; qué le pasa dijo el de recepción; que me deja el avión —se me escapó—, y salí a buscar un taxi como loco y no pasaba ni uno como en el celuloide, pero por fin. A El Dorado, por favor; el vuelo sólo salía hasta por la noche pero a dónde más ir, allí al menos estaría seguro, entre mucha gente y agentes del orden. Metí la maleta en consigna y deambulé por el aeropuerto viendo Topos y Sebosos por todas partes hasta que llegó la hora del check in y subí a buscar la puerta de embarque. Pero como todo ser humano tiene que ir al baño, más cuando me comí lo que me comí más una hamburguesa de plástico en el aeropuerto, entré al primero que vi y estando allí, en la indefensión de estar sentado en la taza, sentí unas pisadas y la voz:

—A mí no me jode, triplehijueputa —escuché al Seboso—. O arreglamos, o de aquí no sale.

Me subí los pantalones y le dije a través de la puerta metálica que lo del camión era paja pero que yo sabía la clave para entrar a La Cueva del Chulo, la oyó nombrar, ¿o no? Allá hay mucha plata y millones en mercancía y un cuaderno con todos los contactos y las cuentas.

—Y por qué no se queda y vamos los dos por el tesoro —dijo entre burlón y conciliador—; eso, para qué se va; quédese en su patria, que da para todo pero no para todos, ¿ah, chino?, no sea bruto, vámonos, y si aparece el Jairo le damos plomo, que socios es lo que tengo. Abra, quédese en su tierrita pero vivo, que allá nada se le ha perdido y nada le van a regalar.

—No, hermano —dije firme y aterrado—. Si no cree, quiébreme ya y nos morimos pobres. Se lo juro. Usted le dice el santo y seña y el man le abre el búnker sin chistar. De ahí en adelante lo que quiera —le di las indicaciones para llegar y le recité la clave.

—Mire, usted se va —dijo amenazante—. Pero si me falla, papá y mamá también viajan. Y de ñapa le violo y le destazo a la negra.

Viajé.

Y aquí llegué al otro día y de aquí me voy mañana. Vine, vi y salgo vencido. Llegué con mucho y regreso sin nada. Nada me retiene y algo me estará esperando. Nadie me extrañará y algunos aún me añoran. Gano y pierdo. Gracias, mi paciente Wong, venga y le ayudo a cerrar, que retorno como un Hänsel derrotado buscando las migas por el mismo camino, el que yo tracé. Que pase lo que tenga que pasar, el destino no existe, mi helmano, se tira una línea y ella se cruza con las demás hasta que se acaba la tinta. La vida es una obligación y la muerte una necesidad, apunte eso, que no somos de donde somos, somos de donde estamos.

Sí, me largo, parto con la dicha del viajero, que no es de ninguna parte. Adónde ir sino adonde se mamó leche, allá voy Pamplonilla la Loca, la mía, la emparamada, la pelota que va al muro rebota. Adéusiau, Barna estimada, la tan mirada y pisoteada; te dejo mañana que ya es hoy 23 de abril de 2009, día de mi lengua viperina, día de tu Sant Jordi, con tus rosas y tus libros, con tus historias que mucho vendes y tanto compras. Te dejo un trozo de la mía, que como tantas otras tan sólo se narran y punto. Eso es lo único que ellas necesitan.

Regreso porque quiero y porque me toca; así como vine, porque me lo busqué, no porque huyera de mi país y su guerrita a cuentagotas, no. Salté el charco porque aquí dizque todo iba bien y me lo creí, creí que aquí regalaban la felicidad, pero no, aquí sólo regalan perejil.

La noche previa al regreso a su país, Abilio, un joven colombiano, le cuenta su historia al dueño de un bar en Barcelona, ciudad a la que llegó con malas artes y entre el estupor mundial por los atentados del 11S y las proclamas independentistas locales. En su pueblo natal, ante las pocas oportunidades, Abilio —lector anárquico y voraz— consigue ser fichado por una banda colombo-venezolana de contrabandistas, lo que le permitirá —además de encontrar pistas sobre la misteriosa muerte de su hermano— ganar "dinero fácil" y perseguir su sueño suramericano en Europa.

Con un ritmo que no decae nunca y un trabajo notable con el lenguaje que ensancha las fronteras de nuestro español, *Aquí sólo regalan perejil* atrapa al lector por su trama picaresca y sus matones a sueldo, prostitutas, policías corruptos y otros personajes de dudosa calaña mezclados entre gente común. Y por hablar del mundo actual —un mundo de migrantes y sueños, bajezas y decepciones— en un tono cargado de humor del bueno.

LUIS LUNA MALDONADO

Nació en Pamplona (Colombia) en 1963. Trabaja en Barcelona como creativo publicitario y artista plástico. Fue seleccionado en dos ocasiones para el Salón Nacional de Artistas de su país y dirigió el Museo de Arte Moderno de su ciudad. Entre 2006 y 2014 editó la publicación *pHi (papel Higiénico ilustrado)* y el libro de relatos *Cortoletrajes. Historias comunes sobre gentes corrientes* (2013). Por *Aquí sólo regalan perejil* obtuvo el Premio Ñ BaPro - Clarín de Novela 2017.

Luna Maldonado, Luis
Aquí sólo regalan perejil : Clarín Alfaguara / Luis Luna Maldonado. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2018.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-738-478-9

1. Novela. I. Título.
CDD A863

Foto de cubierta: © Getty Images
Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Agustín Ceretti

© Luis Luna Maldonado, 2018
© De esta edición (2018):
Arte Gráfico Editorial Argentino S.A.
Tacuarí 1842, CABA

Edición en formato digital: mayo de 2018
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-738-478-9

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Aquí solo regalan perejil
Dedicatoria
Epígrafe
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos